Tom Clancy

Con la colaboración de
Steve Pieczenik

Juegos de Estado

(Op-Center III)

Las autopistas de la información y el auge de los juegos de rol hacen concebir un plan terrible a un grupo neonazi.

En la recién unificada Alemania renacen todos los horrores. Es el comienzo de los Días del Caos, durante los cuales alguien intenta sembrar la violencia y resucitar aterradoras pesadillas. El plan consiste no sólo en desestabilizar Alemania, sino en provocar disturbios en todo Occidente.

La intervención armada de los cuerpos especiales de seguridad se hace inevitable, y Paul Hood y su equipo pondrán al descubierto a una peligrosísima banda que utiliza la tecnología punta para fomentar el odio e incidir en los acontecimientos mundiales.

Tom Clancy nos hace vibrar de nuevo con esta sensacional novela, tercera de la serie Op-Center, en la que los hechos que narra harán reflexionar al mundo occidental.

Tom Clancy & Steve Pieczenik

Juegos de Estado

Título original: *Games of State*
Tom Clancy & Steve Pieczenik, 1996
Traducción: Víctor Pozanco
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco

JUEGOS DE ESTADO

Tom Clancy y Steve Pieczenik

AGRADECIMIENTOS

A Jeff Rovin, por sus ideas y por su valiosa contribución a la preparación del manuscrito.

A Martin H. Greenberg y Larry Segriff así como a los señores Robert Youdelman y Tom Mallon y a la maravillosa gente de The Putnam Berkley Group, incluyendo a Phyllis Grann, David Shanks y Elizabeth Beier. Y, como siempre, a Robert Gottlieb, de la agencia William Morris, nuestro agente y amigo, pues sin él este libro no hubiera sido nunca concebido. Pero, sobre todo, a vosotros, los lectores, quienes determináis si nuestro esfuerzo ha merecido la pena.

UNO

Martes, 9:47, Garbsen. Alemania

Hasta hacía unos días la veinteañera Jody Thompson (21 tenía exactamente) no estaba para guerras.

Y menos aún lo estaba en 1991. La entonces adolescente pensaba demasiado en los chicos, en el teléfono y en el acné para prestar atención a la guerra del Golfo. Todo lo que recordaba eran unas imágenes televisadas de fogonazos blancos que rasgaban un verde cielo nocturno, y haber oído hablar de los misiles Scud dirigidos a Israel y a Arabia Saudí.

No se enorgullecía de recordar tan poco. Pero las quinceañeras tenían prioridades propias de su edad.

Vietnam pertenecía a la generación de sus padres, y todo lo que sabía de Corea era que, un año antes de que ella terminase el bachillerato, se les erigió, al fin, un monumento a los ex combatientes.

Aunque la segunda guerra mundial fue la de sus abuelos, curiosamente era la que mejor conocía.

Hacía cinco años, Jody dejó a sus llorosos padres, a su embelesado hermanito, a su vecino y novio y a su compungida *springer Ruth* y embarcó en un avión en Rockville Centre, en Long Island, rumbo a Alemania, para intervenir en la película documental *Tirpitz*.

Hasta que no se hubo sentado en el avión con el guión, Jody no sabía apenas nada de Hitler, del Tercer Reich ni del Eje. A veces, su abuela hablaba con fervor del presidente Roosevelt; y, en ocasiones, su abuelo hacía algún respetuoso comentario acerca de Truman, cuya bomba atómica lo salvó de que lo matasen en un campo de concentración de Birmania (donde le mordió en la oreja a uno de sus torturadores).

Cuando Jody le preguntó a su abuelo por qué hizo algo que no sólo no cambiaría su situación, sino que, muy al contrario, recrudecería la tortura, el amable anciano le contestó: «Porque a veces hay que hacer lo que hay que hacer».

Al margen de lo anterior, Jody sólo conocía la guerra por TV, mientras hacía *zapping* y veía, de pasada, un documental de la A&E antes de ir a la Escuela de Artes Visuales.

Ahora, Jody tenía que hacer una especie de cursillo acelerado sobre el caos que afligió al mundo. Detestaba leer. Ni siquiera lograba terminar los artículos de *TV Guide*. Sin embargo, el guión de la coproducción germanonorteamericana la fascinó. No trataba sólo de barcos y cañones, como temió, sino que las personas tenían un papel predominante. Y a través del guión supo de los centenares de miles de marineros que sirvieron en las gélidas aguas del Ártico, y de las decenas de miles que se ahogaron allí. Leyó acerca del acorazado gemelo del *Tirpitz*, el *Bismarck*, «el Terror de los Mares». Supo que las factorías de Long Island representaron un papel clave, del que estaban legítimamente orgullosas, en la fabricación de aviones de combate para los aliados. Supo que muchos soldados no eran mayores que su novio, y que debieron de estar tan asustados como lo hubiese estado Dennis.

En cuanto llegó al lugar del rodaje, Jody vio que aquel guión cobraba vida.

Hoy, junto a un chalé de Garbsen, en las afueras de Hannover, había visto la reconstrucción de escenas en las que un desgraciado

joven, ex oficial de las SA, dejaba a su familia para servir a bordo del acorazado alemán.

Jody había presenciado los sobrecogedores efectos especiales del rodaje del ataque de los Lancaster de la RAF que volcaron al acorazado en la noruega Tromsofjord en 1944, sepultando a los mil miembros de la tripulación. Y allí, en el interior del tráiler de accesorios, había llegado a tocar piezas auténticas de aquella guerra.

Aún le resultaba difícil creer que semejante locura hubiese sucedido, pese a tener al alcance de la mano un sinfín de pruebas repartidas por varias mesas; un despliegue sin precedentes de medallas, acolladores, gorgueras, insignias, armas y otras reliquias, cedidos para la ocasión por coleccionistas europeos y norteamericanos.

En las estanterías había mapas pulcramente conservados, encuadernados en piel, libros militares y plumas estilográficas de la biblioteca del mariscal Von Harbou, prestados por su hijo. En una carpeta de uno de los archivadores había unas fotografías del *Tirpitz*, hechas por un avión de reconocimiento y por submarinos de bolsillo. En una urna de plástico transparente se exhibía un fragmento de una de las bombas Tallboy, de 5500 kg, que alcanzaron al acorazado. El oxidado fragmento, de quince centímetros, serviría de ilustración de fondo a la relación de personajes y entidades que aparecería al final de la cinta.

Para no manchar de grasa las reliquias, la alta y estilizada morenita se limpió las manos en su sudadera de la Escuela de Artes Visuales. Luego cogió el auténtico machete de la *Sturmabteilung* que había ido a buscar y lo desenfundó. Sus grandes ojos marrones recorrieron el arma desde la plateada punta de la hoja hasta la empuñadura, que era de color marrón y tenía un circulito en el que estaban inscritas las iniciales SA; debajo se veía el águila alemana y la esvástica. La hoja mediría unos veinte centímetros de largo.

El machete era pesado y horrible. Jody se preguntó cuántas vidas habría cercenado, a cuántas esposas habría dejado viudas y cuántas madres habrían llorado por su causa.

En una de sus caras, la hoja llevaba grabada la leyenda *Alies für Deutschland*

Cuando Jody vio por primera vez el arma la noche anterior, durante los ensayos, un veterano actor alemán que intervenía en la película le dijo que significaba «Todo por Alemania».

—Por entonces, quienes vivían en Alemania —le explicó el actor— debían entregarse plenamente a Hitler: el trabajo, la vida, todo tu ser —añadió inclinándose un poco hacia ella—. Si tu pareja murmuraba algo contra el Reich, tenías que delatarla. Es más: debías enorgullecerte de delatarla.

—¡El machete, Thompson!

La potente voz del director Larry Lankford sacó a Jody de sus reflexiones. Volvió a meter el machete en la vaina y corrió hacia la puerta del tráiler.

—¡Perdone! —gritó—. ¡Creía que aún no lo necesitaba!

Jody bajó los escalones de un salto, rebasó el control de seguridad y rodeó por el tráiler.

—¿No lo sabía, eh? ¡Esto nos cuesta dos mil dólares por minuto! —le espetó Lankford, que llevaba al cuello un pañuelo de vivo color rojo. Irguió la cabeza y empezó a dar palmadas—. Una palmada… treinta y tres dólares; dos palmadas, sesenta y seis; tres, noventa y nueve…

—¡Ya voy, ya voy! —dijo Jody, jadeante.

—… ciento treinta y dos…

Eso me pasa por imbécil, pensó Jody. No tenía que haber creído al ayudante del director, Hollis Arlenna, que le aseguró que Lankford no estaría listo para rodar antes de diez minutos. Ya le había advertido un ayudante de producción que Arlenna era un tipejo muy pagado de sí mismo, con un inflado ego que alimentaba tratando de apocar a los demás.

Al acercarse Jody, Hollis Arlenna se interpuso entre ella y el director. La muchacha se detuvo jadeante y le tendió el machete. Él desvió la mirada al darse la vuelta y corrió hacia el director.

—Gracias —dijo Lankford amablemente al entregarle el joven el arma.

Mientras el director le mostraba al actor cómo entregarle el machete a su hijo, Arlenna retrocedió unos pasos y se puso junto a Jody sin mirarla.

No me sorprende, pensó Jody.

Apenas una semana después de su llegada, Jody tenía ya una idea de cómo funcionaba el mundo del cine. Si uno era listo y ambicioso, intentaban hacer que parecieses imbécil y torpe para eliminarte de la competencia; y si fracasabas, la gente se alejaba de ti. Probablemente, así era como funcionaban las cosas en todos los mundillos, aunque la gente del cine parecía moverse en el suyo como pez en el agua.

Mientras se encaminaba de nuevo hacia el tráiler, Jody pensó en lo mucho que añoraba la camaradería de sus amigos en Hostra. Pero estaba claro que la universidad era una cosa, y el mundo real otra. Quería ser directora de cine y había tenido mucha suerte al poder intervenir en aquella película. Estaba resuelta a sacarle el máximo partido a la experiencia; a aprender, y a ser tan agresiva como los demás, si así lo requería sobrevivir en aquel mundo.

Cuando Jody llegó al tráiler, el ya viejo vigilante de seguridad le guiñó el ojo amablemente.

—Como esos déspotas no le pueden gritar a las estrellas, se ensañan con usted —dijo—. No les haga caso.

—No pienso hacérselo, señor Buba —mintió Jody, sonriente.

La joven cogió la tablilla que había colgada a uno de los lados del tráiler. Sujeta con la pinza había una lista de las escenas que tenían que rodar aquel día en la que se detallaban los accesorios precisos para cada una de ellas.

—Si esto es lo peor que me espera mientras esté aquí, lo soportaré —añadió Jody.

Buba le devolvió la sonrisa al subir Jody al tráiler. La muchacha se moría de ganas de fumar, pero no estaba permitido hacerlo en el tráiler, y no tenía tiempo para salir. Debía de reconocer que en aquellos momentos se moría de ganas por mucho menos (por supuesto, por arrancarle la cabellera a Hollis).

Al llegar a la puerta, Jody se detuvo y miró a lo lejos.

—Señor Buba —dijo ella—. Creo que he visto a alguien merodear por el bosque.

El vigilante se puso de puntillas y miró en derredor.

—¿Dónde?

—A menos de un kilómetro. No ha entrado en el ángulo de la cámara, pero no me gustaría estar en su pellejo si le estropea la toma a Lankford.

—¡Me mataría! —dijo el vigilante, que se alcanzó el *walkie-talkie* que llevaba colgado del cinturón—. No sé cómo ha podido pasar, pero voy a llamar para que echen un vistazo.

Mientras Buba comunicaba con su enlace, Jody volvió al tráiler e intentó olvidarse de Lankford y de su soplón al volver a entrar en un mundo más oscuro, un mundo en el que los dictadores disparaban armas y no cámaras y atacaban a los demás países y no a los actores del reparto.

DOS

Jueves, 9:50, Hamburgo, Alemania

Paul Hood se despertó sobresaltado al posarse el reactor en la pista número dos del aeropuerto internacional de Hamburgo.

¡No…!, clamó el inquilino de su interior.

Con la cabeza apoyada en la contraventana calentada por el sol, Hood siguió con los ojos cerrados para tratar de que el sueño no se desvaneciese.

Sólo un poco más…

El estruendo de los motores, intensificado al reducir el aparato la velocidad, acabó con lo que quedaba de su sueño. Momentos después, Hood apenas lo recordaba. Lo único que sabía era que había sido muy agradable. Masculló en silencio, abrió los ojos, se desperezó y se rindió a la realidad.

A sus cuarenta y tres años, el delgado director del Centro de Operaciones tenía los músculos agarrotados y doloridos. Y no era para menos, después de ocho horas de vuelo en un compartimento de la clase «turista».

En el Centro de Operaciones, a los vuelos como aquél los llamaban «cortos», pero no porque lo fuesen realmente, sino porque quedaban fuera del límite de las trece horas de vuelo requeridas para que un funcionario del gobierno tuviese derecho a billete de primera clase.

Bob Herbert creía que Japón y Oriente Medio interesaban tanto al gobierno de EE. UU. porque a negociadores y diplomáticos les gustaba viajar a lo grande, y predijo que el día que los vuelos de veinticuatro horas diesen derecho a hotel de cinco estrellas, además de a billete de primera clase, Australia pasaría al primer plano del interés comercial o político norteamericano.

Pese al agarrotamiento, Hood estaba descansado. Bob Herbert tenía razón: el secreto para dormir en los aviones no estaba en tener un asiento más o menos reclinable (él había dormido estupendamente sin apenas reclinarlo); la clave estaba en el silencio, y los tapones para los oídos le habían ido a las mil maravillas.

Hood se irguió en el asiento con el entrecejo fruncido. *Venimos a Alemania invitados por el viceministro de Asuntos Exteriores Hausen para ver material de alta tecnología por valor de millones de dólares, y dos taponcitos de cera para los oídos hechos en Brooklyn y que no cuestan más que cincuenta centavos me hacen feliz*. Alguna moraleja tenía que encerrar aquello.

Hood se quitó los tapones y los volvió a guardar en la cajita de plástico. Trataba de retener, por lo menos, el placer que había sentido en su sueño, pero incluso el placer había desaparecido ya. Hood subió la contraventana y miró con los ojos entornados hacia la calinosa luz del sol.

Sueños, juventud y pasión, pensó. Las cosas más deseables siempre se desvanecían. Quizá por eso eran tan deseables. En cualquier caso, se dijo, ¿de qué puñeta se quejaba? Su esposa y sus hijos eran felices y estaban sanos; los adoraba, y también adoraba su trabajo. Era más de lo que tenía la mayoría de las personas.

Irritado consigo mismo, Hood se inclinó hacia Matt Stoll. El apuesto oficial de apoyo del Centro de Operaciones ocupaba el asiento contiguo al pasillo, a la derecha de Hood, y acababa de quitarse los auriculares.

—Buenos días —saludó Hood.

—Buenos días —correspondió Stoll, que guardó los auriculares en la funda.

Matt Stoll alzó la vista hacia Hood y miró el reloj, aunque el tiempo no parecía pasar para él, que seguía con su carita de querubín.

—Vamos con veinticinco minutos de adelanto —vocalizó con su preciso silabeo de costumbre—. Es una lata porque quería escuchar *Rockin ´68* por novena vez.

—¿Eso es todo lo que ha hecho en ocho horas? ¿Escuchar música?

—En treinta y ocho minutos te sueltan de una tacada Abba, Monroe, Sting, Diamond. Ya sabe: el viejo truco de la hermosa fealdad; un sándwich de pechuga con pan duro. Si quieres pechuga, hay que apechugar…

Hood se limitó a sonreír. No quería reconocer que también a él le había gustado Abba.

—En fin —dijo Stoll—, esos tapones para los oídos que me dio Bob se me han fundido enseguida en la cabeza. ¿Acaso olvidan ustedes que nosotros los fornidos sudamos más que ustedes los canijos?

Hood miró al entrecano oficial de inteligencia, que seguía dormido en un asiento, al otro lado del pasillo.

—Quizá hubiese sido mejor que escuchase música yo también —se lamentó Hood—. Estaba soñando y…

—Se esfumó el sueño.

—Sí.

—Sé lo mal que sienta —dijo Stoll—. Es como cuando se va la luz y se te apaga el ordenador. ¿Sabe lo que hago yo cuando me sucede esto?

—¿Escuchar música? —aventuró Hood.

—Ya veo por qué es usted el jefe y no yo —repuso Stoll, sorprendido—. Acierta. Escucho música. Algo que me evoque momentos más gratos.

—¿Sabe qué hago yo? —dijo Bob Herbert con su sureño acento desde el otro lado del pasillo—. Recurro a los tapones de cera para descansar la mente. Vale la pena ser canijo para poder ponérselos. ¿Le van bien a usted, jefe?

—Fenomenal —contestó Hood—. Me he dormido antes de pasar Halifax.

—Debería usted probarlos en la oficina —sugirió Herbert—. La próxima vez que al general Rodgers le dé el ataque de pánico o Martha se ponga a discursear, póngaselos y finja escuchar.

—Dudo que funcionase —terció Stoll—. Mike dice más con el silencio que con las palabras; y Martha larga casi sus peroratas a toda la ciudad a través del correo electrónico.

—Eh, ustedes, nada de meterse con Martha —los advirtió Hood —. Es una buena persona y lo que hace…

—Ya —dijo Herbert—. Sería capaz de denunciarnos por discriminación racial o sexual si le llevásemos la contraria.

Hood no se molestó en replicar. Lo primero que aprendió en materia de liderazgo, durante sus años de alcalde de Los Angeles, era que no se conseguía hacer cambiar de opinión a los demás discutiendo. Por consiguiente, era mejor callar. Esto lo situaba a uno *au-dessus de la viêlée* y le daba un aura de dignidad. El oponente sólo podía ponerse a la altura de su interlocutor si dejaba atrás los escalones inferiores, lo que significaba compromiso. En su caso, tarde o temprano todos iban a su terreno, incluso Bob, aunque tardase más que los demás.

Cuando el reactor se hubo detenido y hubieron colocado la escalerilla, Herbert miró a Stoll.

—Bah. El mundo ha cambiado mucho. Me parece que lo que necesitamos son tapones electrónicos. Si no oímos lo que no nos conviene no corremos el riesgo de equivocarnos políticamente.

—Las autopistas de la información están concebidas para una mayor apertura mental, no para el enclaustramiento —replicó Stoll.

—Bueno, mire, yo soy de Philadelphia, en el estado de Mississippi, y allí no teníamos autopistas, sólo caminos vecinales que se inundaban en primavera. Todo el mundo arrimaba el hombro para limpiarlos.

Cuando apareció la señal luminosa que autorizaba a desembarcar, todos se levantaron salvo Herbert. Mientras los demás se alcanzaban el equipaje de mano, él se recostó en el respaldo con los ojos fijos en el luminoso. Quince años atrás, perdió las piernas en el atentado contra la embajada de EE. UU. en Beirut. Hood sabía que aún lo violentaba que viesen que no podía andar.

Aunque ninguna de las personas que trabajaban con Herbert le daba a su discapacidad la menor importancia, a él no le gustaba que lo mirasen los extraños. No soportaba inspirar compasión.

—Allá en mi tierra —dijo Herbert entristecido—, todos empezaban en un extremo del camino y trabajaban codo con codo. Las diferencias de opinión se zanjaban probando con una de ellas. Si no funcionaba se recurría a la otra, y terminaba por hacerse el trabajo. Ahora, en cambio, si estás en desacuerdo con alguien se te acusa de odiar a cualquiera que sea la «minoría» a la que pertenezca.

—El oportunismo barre —se quejó Stoll—. Es el nuevo «sueño estadounidense».

—Entre algunos —puntualizó Hood—. Sólo entre algunos.

En cuanto abrieron la puerta y el pasillo quedó expedito, una azafata alemana se acercó con una silla de ruedas de las líneas aéreas. La silla personal de Herbert, con teléfono celular y miniordenador incorporados, la facturaron.

La joven azafata situó la silla detrás de Herbert, se inclinó sobre el respaldo y le ofreció la mano, pero él la rehusó.

—No es necesario —refunfuñó Herbert—. Hago esto desde que usted iba a párvulos.

Herbert apoyó sus poderosos brazos en los del sillón, se aupó y se dejó caer en el asiento de piel de la silla de ruedas. Luego, enfiló

pasillo adelante seguido de Hood y Stoll, que acarreaban sus bolsas.

Aunque el calor del verano hamburgués impregnaba la escalerilla de desembarque, no era tan sofocante como el que acababan de dejar atrás en Washington.

Al llegar a la concurrida terminal, otra azafata los acompañó hasta donde los esperaba un funcionario del gobierno llamado Lang, enviado para ayudarlos a pasar la aduana.

Cuando la azafata que subió al avión hubo cumplido su misión y se dio la vuelta para marcharse, Herbert la sujetó de la muñeca.

—Perdone mi brusquedad —le dijo—, pero es que yo y ésta —añadió dándole unas palmaditas a los brazos de la silla— somos viejos amigos.

—Lo comprendo —admitió la joven—. Y le ruego me disculpe si lo he ofendido.

—En absoluto —le aseguró Herbert—. En lo más mínimo.

La azafata se alejó sonriente y el funcionario del gobierno se presentó. Les dijo que, en cuanto cumpliesen con el trámite aduanero, una *limousine* los llevaría al hotel Alster-Hof, a orillas del lago de la ciudad. Les indicó el camino y se rezagó hasta quedar a prudente distancia. Herbert se propulsó hacia los mostradores de la aduana y pasó frente al ventanal que daba a la bulliciosa plaza Paul Baumer.

—Bien —dijo Herbert—. Tiene narices la cosa.

—¿Qué? —preguntó Hood.

—No tengo aquí a nadie allegado ni por casualidad, y sin embargo aquí estoy, en una ciudad machacada por los bombardeos de los aliados, y trato de ser amable con una azafata y de trabajar, codo con codo, con la misma gente que cosió a tiros a mi padre en la batalla de las Ardenas. Lo cierto es que cuesta digerirlo.

—Como ha dicho usted antes, el mundo ha cambiado mucho —le recordó Hood.

—Sí —admitió Herbert—. Ha cambiado tanto que me cuesta lo indecible adaptarme. Pero lo conseguiré, Paul. Con la ayuda de Dios

lo conseguiré.

Y tras decir esto, Herbert reemprendió la marcha. Esquivó estadounidenses, europeos y japoneses… todos —Hood estaba seguro de ello— corriendo a su modo en la misma carrera.

TRES

Jueves, 9:59, Garbsen, Alemania

Werner Dagover frunció los labios contrariado. Acababa de ver a una mujer recostada en el tronco de un nogal, al otro lado de la loma.

Bonito. Muy bonito, pensó. *Los de la carretera deben de estar ciegos*. Antes, en Alemania, por un descuido así, uno ya se podía despedir del trabajo.

Mientras se encaminaba hacia la mujer, Dagover, un vigilante de seguridad ya sesentón pero de robusto pecho, recordó que, cuando tenía siete años, el tío Fritz fue a vivir con ellos.

Fritz Dagover, maestro talabartero de una escuela de equitación del Ejército, estaba de oficial de guardia cuando un ebrio preparador deportivo sacó sin permiso de las cuadras el caballo de un *Generalmajor*. Lo cogió para dar un paseo por la noche y el animal se rompió una pata.

Aunque el instructor cometió la infracción sin conocimiento de Fritz, los llevaron a ambos ante un consejo de guerra y los expulsaron del Ejército.

Pese a que durante la guerra escaseaba la mano de obra y a ser un buen guarnicionero, el tío Fritz no pudo encontrar trabajo. Murió siete meses después, tras ingerir una cantimplora de cerveza aderezada con arsénico.

Es cierto que se cometieron muchas barbaridades durante los doce años del Reich —reflexionó Werner—, *pero se valoraba mucho*

la responsabilidad personal. Al enterrar todo nuestro pasado, también enterramos la disciplina, la ética profesional y muchas otras virtudes.

En la actualidad, pocos vigilantes de seguridad estaban dispuestos a jugarse la vida por lo que cobraban. Si su presencia tras las cámaras de una fábrica o de unos grandes almacenes no bastaba como elemento de disuasión, tanto peor para la empresa. Le importaba poco a la mayoría haber aceptado cumplir con su trabajo.

Pero no era ése el caso de Werner Dagover, de la Sichern, nombre de la empresa de seguridad radicada en Hamburgo que significaba justamente eso: Seguridad.

Tanto si era una mujer que, accidentalmente, interrumpiese una toma como un grupo de alborotadores que celebrase el nacimiento de Hitler durante los insidiosos Días del Caos de aquella semana, Werner se ocuparía de que el sector que le tenían asignado fuese seguro.

Después de comunicar a su enlace telefónico que había una mujer en el bosque, aparentemente sola, Werner apagó el *walkie-talkie*, irguió el pecho, se alisó la chaqueta y se remetió bajo el sombrero los pelos que asomaban en la frente. Como había aprendido en sus treinta años de servicio en la policía de Hamburgo, no se podía imponer autoridad sin aspecto autoritario.

Contratado eventualmente por la Sichern para aquel trabajo, Werner fue asignado al tráiler de accesorios, estacionado junto a la carretera que pasaba frente a la pequeña población. Al recibir la llamada de Bernard Buba, cogió la bicicleta, recorrió los escasos quinientos metros que lo separaban del lugar del rodaje y dejó la bicicleta junto al tráiler de accesorios.

Cruzó discretamente el claro en el que rodaban la película, llegó al otro lado de la loma y se adentró en el bosque, de unas diez hectáreas, que limitaba con otra carretera. Los vigilantes de la

Sichern debían vigilar para que no irrumpiese ningún excursionista ni nadie ajeno al rodaje, como aquella mujer.

Al acercarse Werner al árbol, de espaldas al sol, pisó una cáscara de nuez. La estilizada joven se dio la vuelta, sobresaltada. Era alta, con pómulos aristocráticos, firme nariz y unos ojos que parecían hechos de oro líquido al darles directamente la luz del sol. Llevaba una holgada blusa blanca, tejanos y botas negras.

—Hola —dijo ella, jadeante.

—Buenos días —correspondió Werner, que se detuvo a dos pasos de la joven y se tocó el ala del sombrero a modo de saludo—. Señorita —continuó el hombre—, ruedan una película al otro lado de la loma y tenemos órdenes de no dejar que entre nadie en el recinto —añadió tendiéndole la mano—. Si tiene la bondad, la acompañaré hasta la carretera.

—Por supuesto —dijo la joven—. Perdone. He sentido curiosidad por ver qué hacían tantos hombres de uniforme en la carretera. He pensado que a lo mejor había ocurrido un accidente.

—Habría oído una ambulancia —argumentó Werner.

—Sí, claro —reconoció ella, a la vez que alargaba el brazo hacia el tronco del árbol—. Cojo la mochila y voy con usted.

Werner llamó a su enlace a través del *walkie-talkie* y le anunció que iba a acompañar a una mujer hasta la carretera.

—Una película, ¿eh? —dijo la joven, que se colgó la mochila del hombro izquierdo—. ¿Trabaja alguien famoso?

Cuando Werner iba a decirle que no sabía mucho de actores de cine, oyó un crujido de hojas por arriba. Alzó la vista y vio a dos hombres con mono verde paramilitar y pasamontañas que saltaron desde la rama del nogal más próximo. El más bajito aterrizó frente a él empuñando una Walther P38 Werner no vio a su compañero, que quedó a su espalda al saltar.

—Ni una palabra —le ordenó a Werner el que lo encañonaba—. Sólo denos su uniforme.

Werner vio por el rabillo del ojo que la joven sacaba una Uzi desmontable de la mochila. Su expresión era fría, impasible, desentendida de la mirada de desprecio que Werner le dirigió.

La joven se situó junto al compañero que empuñaba la Walther, lo apartó con el cuerpo y apoyó el cañón del arma bajo el mentón de Werner. Vio el nombre en la placa de identificación.

—Para que no haya malentendidos, señor Dagover —dijo ella—, matamos a los héroes. Deme el uniforme *inmediatamente*.

Tras unos momentos de vacilación, Werner se desabrochó la hebilla del cinturón a regañadientes, y a continuación palpó el *walkie-talkie* para asegurarse de que no se había soltado de la anilla y dejó el pesado cinturón de cuero en el suelo.

Mientras Werner se desabrochaba los grandes botones metálicos del uniforme, la mujer se agachó a coger el cinturón. Enarcó las cejas al coger el *walkie-talkie* y darle la vuelta. La lucecita roja de «transmisión» estaba encendida.

Werner tragó saliva, consciente del peligro que corría por haberlo encendido para que su enlace pudiera oírlos. A veces, el trabajo entrañaba riesgos. No se arrepentía de haberlo hecho.

La joven cerró la conexión con el pulgar, miró al compañero que estaba detrás de Werner y asintió con la cabeza.

Werner Dagover boqueó como un pez al pasarle el emboscado más de medio metro de alambre de cobre por el cuello y tirar con fuerza hacia atrás. Lo último que sintió fue un intenso dolor que recorrió su columna vertebral y le produjo un estertor.

Rolf Murnau, un achaparrado joven de Dresde, vigilaba junto a un robledal lo que fue el Berlín este. Tenía diecinueve años, iba armado y estaba muy atento a cualquier movimiento que se produjese en la loma que se alzaba entre ellos y el lugar del rodaje de la película.

La Walther P38 que sujetaba con una mano no era la única arma que portaba. Remetido bajo el cinturón llevaba un pasamontañas lleno de tuercas que lo convertía en una inesperada y terrible

cachiporra. Un recio alfiler de sombrero oculto bajo el cuello de la camisa, era perfecto para perforar la yugular de quien se le enfrentase. Era visto y no visto. Incluso el afilado canto del cristal de su reloj de pulsera era un arma eficaz, si lo estampaba contra el ojo de un adversario. Y el brazalete que ceñía su muñeca se convertía en un puño de hierro con sólo deslizarlo hasta la mano.

Rolf miraba hacia atrás de continuo para asegurarse de que no se acercaba nadie desde la carretera.

Y no, no se acercaba nadie, por supuesto. Tal como planearon, él y otros dos miembros de Feuer aparcaron en el límite del bosque contiguo a la carretera y se adentraron por una fronda durante el descanso que los vigilantes se permitían para tomar café. Éstos estaban demasiado enfrascados en su charla para notarlo.

Los negros ojos de Rolf estaban alerta. Tenía la boca pequeña y los labios blancuzcos. Los apretaba, visiblemente tenso. También aquello formaba parte de su adiestramiento. Tardó mucho tiempo en aprender a dominar el parpadeo. Todo combatiente aguardaba a que su adversario parpadease para atacar. También aprendió a hacer los ejercicios de adiestramiento con la boca cerrada. Un gemido o un jadeo podían advertir al adversario de que su golpe había sido eficaz, o que se hallaba uno en dificultades. Además, con la boca abierta, era fácil morderse la lengua si recibía un golpe en el mentón.

Las mujerzuelas, los homosexuales y toda aquella ambiciosa gente del cine no querían más que dinero, pensaba Rolf, que se sentía fuerte y orgulloso de sí mismo al oírlos en el claro del rodaje, al otro lado de la loma. Todos morirían abrasados por las llamas de Feuer (muy a tono con el significado del nombre de la organización: Fuego). Unos morirían aquel mismo día y otros un poco después. Pero al final, gracias a personas como Karin y el famoso *Herr Richter*, el mundo sería como el *Führer* lo quiso.

El joven llevaba el pelo cortado a cepillo, tan corto que, pese a ser negro, apenas ocultaba la esvástica tatuada en el cráneo. El

sudor, tras media hora embutido en el pasamontañas, hacía que su pelo resplandeciese como el de un niño. Pero hacía caso omiso del sudor. Karin exigía marcialidad. Por consiguiente, no le hubiese gustado verlo secarse el sudor, o rascarse si algo le picaba. Sólo a Manfred se le toleraban tales libertades, aunque rara vez se las permitía.

A Rolf le encantaba la disciplina. Karin decía que, sin disciplina, él y sus camaradas *eran como eslabones sueltos de una cadena*. Y estaba en lo cierto. Tiempo atrás, en grupos de tres, cuatro o cinco, Rolf y sus amigos sólo atacaban a personas que fuesen solas, pero nunca a una *fuerza* organizada, y menos aún a la policía ni a las brigadas especiales antiterroristas. No sabían cómo canalizar su ira, su pasión. Karin iba a cambiar aquello.

A la derecha de Rolf, detrás del roble, Karin Doring terminó de quitarle el uniforme a Werner, para que el grandullón Manfred Piper se lo pusiera. Cuando hubieron despojado al cadáver de la ropa interior, la ya casi treintaañera jefa del grupo (veintiocho tenía exactamente Karin) arrastró el cuerpo por la hierba hasta una peña, sin que Rolf se ofreciese a ayudarla.

Cuando Manfred se hubo puesto el uniforme, Karin lo examinó con detenimiento y le ordenó ir a cumplir con su misión.

Por el rabillo del ojo, Rolf vio a Manfred algo tenso y nervioso. El plan requería que Karin y uno de ellos se acercasen al lugar del rodaje, lo que significaba tener que hacerse pasar por un vigilante de Sichern. Y como el viejo Dagover tenía un pecho tan robusto, la chaqueta no le venía a Rolf. De modo que, aunque corta de mangas y pese a lo mucho que le apretaba el cuello, Manfred cargó con el trabajo.

—Ya echo de menos mi parka —dijo Manfred al abrocharse la chaqueta del uniforme—. ¿Te has fijado en él cuando se nos acercaba?

Rolf sabía que Manfred no se dirigía a él y guardó silencio. Karin estaba ocupada en ocultar el cadáver entre la hierba, detrás de la

peña. De modo que tampoco ella contestó.

—En cómo se ajustaba la chaqueta y el sombrero —prosiguió Manfred—. Estaba orgulloso de su uniforme. Caminaba erguido. Seguro que se formó en el Reich. Quizá estuviese con los «Lobatos». Creo que en el fondo de su corazón aún se sentía de los nuestros.

El cofundador de Feuer meneó su calva cabezota, terminó de abrocharse los botones y tiró de las bocamangas todo lo que dieron de sí.

—Es una lástima que gente con tales orígenes se apoltrone. Con un poco de ambición y de imaginación podrían ser muy útiles a la causa.

Karin se incorporó y fue en silencio hasta la rama en la que colgó el arma y la mochila. No era tan habladora como Manfred.

La verdad es que Manfred tiene razón, pensó Rolf. Lo más probable era que Werner Dagover fuese como ellos. Cuando Feuer prendiese la llama que desencadenaría el incendio, encontrarían aliados entre personas como él; hombres y mujeres a quienes no asustaba borrar de la faz de la Tierra a deficientes mentales, disminuidos físicos, extranjeros de color, etnias o religiones indeseables. Aunque, lo cierto era que el vigilante había tratado de alertar a sus superiores, y Karin no era de las que perdonaba a quienes se interponían. Lo mataría incluso a él si se atrevía a desafiar su autoridad, y haría bien.

Como le dijo a Rolf al abandonar el instituto para convertirse en paramilitar a tiempo completo, «si alguien se interpone una vez en tu camino, lo volverá a hacer». Y eso, decía ella, era algo que ningún jefe podía tolerar.

Karin cogió su Uzi, volvió a guardarla en la mochila y fue junto a Manfred.

Éste tenía treinta y cuatro años y carecía de la formación y de la cultura de su compañera, pero vivía entregado a ella. En los dos años que llevaba con Feuer, Rolf siempre los había visto juntos. No habría sabido decir si era por amor, porque se sentían mutuamente

protegidos o por ambas cosas, pero envidiaba que se sintiesen tan unidos.

Cuando Karin estuvo preparada, dedicó unos momentos para caracterizarse de la joven frívola que fingió ser ante Dagover. Luego miró hacia la loma.

—¡Vamos! —ordenó impaciente.

Manfred la cogió del brazo con su manaza y fueron hacia el lugar del rodaje. Cuando se hubieron alejado, Rolf dio media vuelta y corrió hacia la carretera para esperarlos junto a la cuneta.

CUATRO

Jueves, 3:04, Washington, D.C.

Mientras miraba el montoncito de cómics que tenía encima de la cama, el general Mike Rodgers se preguntaba qué puñeta había sido de la inocencia.

Lo sabía muy bien: *Ha muerto, como muere todo*, se dijo con amargura.

El subdirector del Centro de Operaciones, que había cumplido ya los cuarenta y cinco años, se despertó a las dos de la madrugada y no pudo volver a conciliar el sueño.

Desde la muerte del teniente coronel W. Charles Squires en acto de servicio al frente del comando «Striker», Rodgers no paraba de darle vueltas, noche tras noche, a la incursión del ruso. Las Fuerzas Aéreas estaban encantadas con el rendimiento mostrado en su primer viaje por el helicóptero Mosquito. Todo el mundo ensalzaba a los pilotos, que hicieron lo imposible por sacar a Squires del tren en llamas. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza unas significativas frases pronunciadas al término de la misión.

... no teníamos que haber dejado que el tren entrase en aquel puente...

... fue cuestión de apenas dos o tres segundos...

... el teniente coronel no pensaba más que en sacar al prisionero de la locomotora...

Rodgers, que al margen de su carrera militar era licenciado en historia universal, estuvo en Vietnam en dos ocasiones, en misiones de supervisión; también mandó una brigada mecanizada en el golfo Pérsico. Sabía muy bien que «la esencia de la guerra era la violencia», como dijo lord Macauley, y que los soldados morían en combate, a veces a miles. Pero eso no hacía más fácil de digerir la muerte de cada uno de ellos, sobre todo si el soldado dejaba mujer y un hijo de corta edad.

Cuando no habían hecho más que empezar a disfrutar del compañerismo, del buen humor (Rodgers sonrió al pensar en la fugacidad de la vida) y del extraordinario *savoir-faire* de Charlie Squires, lo habían perdido.

En lugar de quedarse en la cama y lamentarse por haberse desvelado, Rodgers cogió el coche desde su casa de estilo campestre y fue al *drugstore* local. Pensaba ir a visitar a su amiguito Billy Squires por la mañana, y quería comprarle algo.

Como a Melisa Squires no le hacía mucha gracia que Billy abusase de las golosinas ni de los videojuegos, comprarle cómics le pareció acertado. Al chico le gustaban los superhéroes.

Los acaramelados ojos marrones de Rodgers miraban sin ver, mientras pensaba una vez más en su propio superhéroe. Charlie era una de esas personas que adoraba la vida y, sin embargo, no vaciló en darla para salvar a un enemigo herido. Lo que él hizo los ennoblecía a todos (no sólo al comando «Striker» y a los 78 empleados del Centro de Operaciones, sino a todos y cada uno de los ciudadanos del país que Charlie amaba). Su sacrificio fue un testamento, y una muestra de que sus compatriotas eran capaces de sentir compasión.

A Rodgers se le llenaron los ojos de lágrimas y trató de distraerse volviendo a hojear los cómics, cuyo precio lo había escandalizado, ya que costaban veinte veces más que cuando él los leía.

Rodgers había salido con poco dinero y tuvo que pagarlos con tarjeta. Sin embargo, lo que de verdad lo escandalizaba era que,

entre los personajes de aquellos cómics, no distinguía a los «buenos» de los «malos»: «Superman» era un irascible melenudo; «Batman» un sicópata de mucho cuidado; «Robin» había dejado de ser un tipo de una pieza, como Dick Grayson, para convertirse en un mocoso malcarado, y el empedernido fumador «Wolverine», antes sólo un resentido, se divertía ahora abriendo en canal a la gente con sus garras.

Si a Melisa no le gustaban las golosinas, aquello tampoco lo iba a digerir muy bien.

Rodgers dejó caer los cómics al suelo junto a sus zapatillas. No pensaba regalarle semejante cosa a un niño.

Quizá fuese preferible esperar un poco y comprarle un libro de la colección «Hardy Boys», pensó. Aunque no estaba muy seguro de querer saber qué había sido de Frank y Joe. Pudiera ser que los dos hermanos llevasen ahora aros en los labios, pilotasen helicópteros y tuvieran mucha artificiosidad. Al igual que Rodgers, su padre habría encanecido prematuramente y se dedicaría a ligar con mujeres obsesionadas con casarse.

¡Qué puñeta! Pararé en una juguetería y le compraré un «madel-man»!, decidió Rodgers. Eso, y quizá un juego de ajedrez o algún vídeo educativo. Una combinación que cumpliese con la clásica conseja: *men sana in corpore sano*.

Rodgers se frotó, abstraído, su prominente nariz y se alcanzó el mando a distancia. Se recostó en los almohadones, encendió el televisor y empezó a hacer *zapping* entre vacuas películas de la serie «B» y coloreadas viejas series no menos vacuas. Optó por sintonizar un canal que emitía películas de culto y que, en aquellos momentos, proyectaba una de Lon Chaney, Jr. en el papel de «Hombre Lobo». Chaney le suplicaba a un joven de bata blanca que lo curase, que le ahorrase el sufrimiento.

—Sé cómo te sientes —musitó Rodgers.

Chaney tenía suerte, pensó. Su dolor solía terminar con una bala de plata. En el caso de Rodgers, como ocurriría con la mayoría de

los supervivientes de la lucha en el frente, contra la delincuencia o contra el genocidio, el sufrimiento podía mitigarse pero nunca cesar. Y era más doloroso ahora, de madrugada, cuando las únicas distracciones eran la farfulla del televisor y las luces de los faros de los coches que irrumpían en la estancia. Como rezaba en una de las elegías de Fulke Greville: «El silencio aumenta el pesar».

Rodgers apagó el televisor y la luz. Luego, se echó boca abajo, ahuecó los almohadones y recostó la cabeza.

Era consciente de que no podía dejar de sentirse como se sentía, pero también de que no debía dejarse vencer por el abatimiento y la tristeza. Tenía que pensar en la viuda de Charlie y en su hijo, además de en la triste necesidad de nombrar un nuevo jefe del comando «Striker». Debería asumir la dirección del Centro de Operaciones durante el resto de la semana, mientras Paul Hood seguía en Europa. Y hoy iba a ser un día de los de aúpa, lo que el jefe de los servicios jurídicos del Centro de Operaciones, Lowell Coffey, describía atinadamente como «darle la bienvenida al zorro en el conejal».

De noche, con aquel silencio, todo se hacía menos llevadero, pero poco tardaba Rodgers en decirse que muchos otros no vivían lo bastante para sentirse abrumados por las cargas de la vida, y entonces tales cargas se le hacían menos pesadas.

Creído de *poder comprender* por qué un cuarentón «Batman», o cualquier otro personaje por el estilo, podía a veces trastocarse, Rodgers logró al final conciliar un sueño libre de pesadillas…

CINCO

Jueves, 10:04, Garbsen, Alemania

Jody torció el gesto nada más entrar en el tráiler y echarle un vistazo a la lista de accesorios.

—Maravilloso —masculló—. De verdad maravilloso.

El desenfado con que, pese a su exasperación, habló con el señor Buba dejó ahora paso a auténtica preocupación. El objeto que necesitaba estaba en los lavabos del tráiler de accesorios, y para llegar hasta allí, entre el laberinto de mesas y baúles, tendría que hacer maniobras casi circenses. Al paso que llevaba, Lankford ya habría revelado la toma y habría pasado a la siguiente antes de que ella regresara.

Jody dejó la pesada tablilla encima de una mesa y se dirigió a los lavabos. Era más rápido gatear bajo las mesas, pero no era cuestión de dar un espectáculo, porque estaba segura de que la verían.

Aquel fin de curso, cuando el profesor Ruiz le comunicó que la habían aceptado para trabajar en aquella película, le dijo que estaba seguro de que, aunque al principio en Hollywood no supiesen valorar sus ideas, su creatividad o su entusiasmo, terminarían por claudicar. Le advirtió, sin embargo, de que no sacrificase nunca la dignidad, porque, una vez sacrificada, no se volvía a recuperar.

De modo que se olvidó de gatear y se dispuso a hacer un alarde de esquiva a través del laberinto.

Según la lista de accesorios, tenía que ir a buscar un uniforme reversible de invierno que, en la vida real, llevó un marinero del *Tirpitz*. Lo tenían en los lavabos porque el armario estaba atestado de armas de fuego antiguas. Las autoridades locales habían ordenado que las guardasen bajo llave, y el armario era el único mueble que tenía cerradura.

Jody se deslizó con sigilo hacia los servicios. Habían arrimado a la puerta un baúl y una mesa, a cuál más pesados, de tal modo que sólo pudo entreabrirla. Entró a duras penas y, nada más cerrar, sintió náuseas. El olor a alcanfor era insufrible, aunque no tanto como en el apartamento que su abuela tenía en Brooklyn.

Empezó a rebuscar entre las cuarenta y tantas bolsas de ropa que había amontonadas, cada una con su etiqueta. Aunque procuraba no respirar por la nariz, no lo conseguía del todo y no podía abrir la ventana —a la que le habían soldado un enrejado de hierro en prevención de robos— porque los topes de la «guillotina» estaban atrancados.

Masculló en silencio. *No, si… ya verás tú cómo me lío*, se dijo, porque las etiquetas estaban escritas en alemán.

Había una hoja con la traducción en la tablilla y, tras soltar un callado taco y hecha un manojo de nervios, empujó la puerta y salió.

Mientras caracoleaba por el laberinto, Jody oyó voces fuera del tráiler. Las oía cada vez más próximas.

No se preocupe por el entusiasmo ni por la creatividad, profesor Ruiz, pensó Jody, que temió que su carrera fuese a terminar en cuestión de veinte segundos.

La tentación de gatear era muy grande, pero la resistió. Cuando estuvo lo bastante cerca de la tablilla, se inclinó y la descolgó con el dedo índice. Desesperada, tarareó y se contoneó como no se había contoneado desde su primer baile de fin de curso. Y al momento volvió a meterse en los servicios, cerró la puerta, apoyó la tablilla en el lavabo y empezó a comparar frenéticamente lo que decía en las etiquetas con la lista de accesorios.

SEIS

Jueves, 10:07, Garbsen, Alemania

Buba dirigió la mirada hacia la parte trasera del tráiler. Había oído voces.

—Nunca he tenido suerte —farfulló una mujer en tono abatido—. Si una estrella va a unos grandes almacenes, llego cuando ya se ha marchado; si coincido en ir al mismo restaurante, es justo el día antes, o el día después, y en los aeropuertos, se me escapan por minutos.

Buba meneó la cabeza. ¡Ay, madre! ¡Ésa se le ha colado al pobre Werner!

—¡Ni siquiera aquí! —prosiguió la mujer al asomar por detrás del tráiler—. Paso por casualidad por donde ruedan una película, a escasos metros de una estrella, y no hay manera de que la vea.

Bueno, por lo menos va con Werner, pensó Buba sin dejar de mirarlos. Él llevaba el sombrero un poco caído hacia adelante y parecía ir algo encogido. La gesticulante mujer era la viva imagen de la frustración.

Buba se sintió tentado a decirle que ver a una estrella de cine no tenía gran interés, que actores y actrices eran como los demás, en todo lo que los demás pudieran tener de antojadizos y desagradables.

Con todo, aquella joven le daba lástima. Werner era muy quisquilloso con el reglamento, pero quizá podían saltárselo para que

la pobre mujer pudiera ver a una estrella.

—Werner —dijo Buba—, como esta mujer ya está aquí, ¿por qué no…?

No pudo terminar la frase. Manfred fue de pronto hacia él, sin darle tiempo a reaccionar, y le descargó un tremendo golpe en la boca con la porra de Werner que le partió dos dientes y el labio inferior.

Atragantado por la sangre y las piezas dentales, Buba se trastabilló hacia atrás y cayó contra el tráiler. Manfred lo volvió a golpear, ahora en la sien. La cabeza de Buba se ladeó bruscamente.

El veterano vigilante resbaló y quedó recostado en el tráiler. La sangre que manaba de su cabeza rezumó por el cuello y los hombros y empezó a encharcarse en el suelo.

Manfred abrió la puerta de la cabina del tráiler, lanzó al interior la ensangrentada porra y subió.

—¡Jody! —gritó al verlo el ayudante del director.

Karin miró en derredor, se arrodilló, se quitó la mochila y sacó la Uzi.

Hollis Arlenna fue hacia el tráiler.

—¿Qué diantres hace ahí, Jody? ¿Aspira a ex compañera o qué?

Karin se levantó y se dio la vuelta. El ayudante del director, que estaba a unos treinta metros, se detuvo.

—¡Eh! ¿Quiénes son ustedes? —gritó señalando hacia el tráiler—. ¡Esas armas son para la película! ¡No pueden…!

Se oyó un breve tableteo de la Uzi, y Hollis Arlenna cayó de espaldas. Quedó inerte en el suelo, con los brazos en cruz y los ojos desorbitados.

Al verlo desplomarse, cundió el pánico. Se oyeron gritos y carreras. Apremiado por una joven actriz, un compañero más o menos de su misma edad trató de abrirse paso hacia el caído ayudante del director. Gateó hacia Arlenna, pero la Uzi de Karin lo paró en seco. Le alcanzó en la cabeza y quedó hecho un ovillo en el suelo. La actriz chilló despavorida desde detrás de una cámara.

Manfred puso en marcha el potente motor del tráiler, cuyo ruido ahogó los gritos que se multiplicaban en el lugar del rodaje.

—¡Vamos! —le gritó Manfred a Karin al cerrar la puerta del vehículo.

La joven retrocedió hacia el tráiler, sin dejar de empuñar la Uzi y, sin que su rostro reflejase la menor emoción, subió a la cabina por el otro lado, izó la escalerilla desplegable y cerró la puerta.

Manfred arrancó hacia el bosque y dejó atrás el cuerpo de Buba, ya sin vida.

SIETE

Jueves, 10:12, Hamburgo, Alemania

A Jean-Michel le pareció muy apropiado que la reunión con el autoproclamado nuevo *Führer* se celebrase en el barrio hamburgués de St. Pauli.

En 1682 se erigió una iglesia consagrada a san Pablo en la ondulada orilla del Elba. En 1814 los franceses atacaron y saquearon la apacible población y, desde entonces, nada había vuelto a ser igual. Salas de baile, burdeles y hoteles de mala muerte proliferaron para solaz de los marineros de los vapores que recalaban en el puerto. Y a mediados del siglo, St. Pauli era ya conocido como un barrio de perdición.

La noche de St. Pauli seguía como en el siglo pasado, sólo que con el concurso de la técnica. Chillones rótulos fluorescentes y provocativas carteleras anunciaban de todo: *jazz*, boleras, espectáculos pornográficos, tatuajes, esculturas en cera y garitos. Inocentes preguntas como «¿Tiene hora?» o «¿Tiene fuego?» acercaban a quienes pasaban por el barrio a las prostitutas, mientras se ofrecían drogas con voz queda y cautelosa.

Era apropiado que el representante de los Nuevos Jacobinos se entrevistase allí con Felix Richter. El nuevo grupo francés y la unión de ambos movimientos volverían a cambiar Alemania, y esta vez para bien.

El francés dejó a sus dos compañeros de viaje dormidos en la habitación y cogió un taxi frente al hotel, situado a orillas del lago que ocupaba el centro de la ciudad.

Los quince minutos que duró el trayecto hasta St. Pauli terminaron en la Grosse Freiheit, en pleno corazón del barrio. Por la mañana no había más que turistas que querían ver sin dejarse seducir.

Jean-Michel se alisó el pelo hacia atrás y se abrochó su *blazer* verde. Era moreno, alto y algo sobrado de kilos. Tenía 43 años y ocupaba el cargo de vicepresidente ejecutivo de Demain. Estaba ansioso por conocer a Richter. Los pocos que lo conocían estaban de acuerdo en sus dos rasgos principales.

En primer lugar, Richter era un hombre entregado a su causa… y eso estaba muy bien, porque Jean-Michel, Dominique y el resto del grupo francés eran también personas entregadas a su causa (Dominique sentía el mayor desprecio por quienes no se entregaban). En segundo lugar, Richter era de un feroz extremismo: podía abrazarlo a uno con efusión o decapitarlo, según se le antojase.

En este sentido, Richter tenía mucho en común con el oscuro jefe del francés. Dominique era un hombre que odiaba o adoraba; se mostraba generoso o cruel, en función de las circunstancias. Napoleón y Hitler fueron así.

Formaba parte de la idiosincrasia de los líderes, se decía Jean-Michel, *que no pueden permitirse la tibieza*. Lo enorgullecía conocer a Dominique y confiaba en que él se enorgulleciese de conocer a Richter.

Jean-Michel se encaminó hacia la negra puerta metálica de la entrada del club de Richter: el Auswechseln. Era una puerta lisa, sin adornos, y no tenía más que una mirilla y un timbre con interfono. Junto al vano asomaba una figura esculpida en mármol, que representaba la cabeza de una cabra. El francés llamó al timbre y aguardó.

El Auswechseln (Reserva) era uno de los locales nocturnos más decadentes, inmundos y boyantes de St. Pauli. Los hombres debían ir acompañados de una mujer. Al entrar, les daban sendos collares numerados, uno azul y el otro rosa respectivamente. Quienquiera que tuviese el mismo número era su nueva pareja para la noche. Sólo admitían a personas bien vestidas y atractivas.

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca a través de la boca de la cabra.

—Jean-Michel Horne —contestó el francés, que estuvo a punto de añadir en alemán que tenía una cita con Richter, pero se abstuvo.

Si los compañeros de Richter no sabían a quién esperaba, significaría que obraba a sus espaldas. En tal caso, Jean-Michel y su grupo harían bien en desentenderse de él.

Al cabo de un momento, se abrió la puerta y asomó un musculoso individuo de casi dos metros de estatura que le indicó a Jean-Michel que entrase. El gigantón cenó la puerta con llave, apoyó su manaza en el hombro del francés y lo condujo junto al mostrador de la recepción. Allí lo registró de arriba abajo y le dijo que aguardase unos instantes.

Jean-Michel vio una cámara de vídeo en la pared, y se percató de que el gigantón llevaba un pequeño receptor a modo de audífono. A través de la cámara, alguien debía de comparar su aspecto con la fotografía enviada por fax desde el despacho de Dominique en Demain.

—No se mueva de aquí —le dijo el gigante, que dio media vuelta y se adentró en la oscuridad.

Eficiente, pensó Jean-Michel mientras el grandullón cruzaba la pista de baile. Nunca estaba de más adoptar precauciones. Tampoco Dominique habría accedido al lugar que ocupaba de no ser cauto.

Jean-Michel miró en derredor. No había más luz que la de cuatro pequeños fluorescentes circulares de color rojo a la derecha de la barra. No bastaban para que pudiera hacerse una idea del aspecto del club, ni siquiera para estar seguro de que el gigantón se hubiese

alejado mucho. De lo que no cabía duda era de que, a pesar del zumbido de los extractores, el local apestaba; olía a tabaco, alcohol y lujuria.

Al cabo de un par de minutos, Jean-Michel oyó de nuevo pasos. Eran muy distintos a los del gigantón. Sonaban firmes, aunque ligeros. Quien fuese, no arrastraba los pies como el que lo había recibido. Felix Richter apareció entonces iluminado por el rojo resplandor de las luces de la barra.

Jean-Michel reconoció al vivaz treintañero que había visto en fotografías que, sin embargo, no reflejaban su dinámico talante.

Richter medía poco más de 1,80 m, era rubio y llevaba el pelo corto y perfectamente esculpido a navaja. Vestía un terno impecable, llevaba unos zapatos relucientes como el charol y una corbata a rayas negras y rojas. No lucia anillos, alfiler de corbata ni gemelos, porque la gente de Richter consideraba todo ello joyas propias de afeminados, para quienes no había sitio en el partido.

«Medallas. Eso es lo único que les dejo llevar a mis hombres», escribió en una ocasión Richter en el editorial de su periódico *Unser Kampf (Nuestra lucha)*.

Con todo, lo que más llamaba la atención en Richter no era su atuendo sino sus ojos. Las fotograbas no los captaban en absoluto. Incluso en la rojiza penumbra del local emitían un felino fulgor: cuando se Ajaban en algo lo enfocaban sin parpadear siquiera.

Richter no desviaba la mirada ante nadie.

Al acercarse, el alemán movió la mano derecha como si sacase lentamente un arma, la deslizó muslo arriba hasta la cadera y luego la tendió hacia adelante. Era un movimiento extraño pero elegante. El francés se la estrechó con vigor, sorprendido por la fuerza del apretón.

—Me alegra que haya venido —dijo Richter—, aunque esperaba que su jefe también acudiese.

—Como usted sabe, Dominique prefiere dirigir las operaciones desde su empresa —se disculpó Jean-Michel—. Con la moderna

tecnología apenas necesita salir.

—Entiendo —dijo Richter—. Si no se le fotografía, y rara vez se le ve, conserva su aura de misterio.

—Sí, pero eso no significa que se desinterese de lo importante —señaló Jean-Michel—. Me ha enviado para que lo represente en estas conversaciones y lo tenga informado durante los Días del Caos.

—Y para asegurarse de que la donación que tan generosamente nos ha hecho se emplee bien —replicó Richter, sonriente.

—Se equivoca usted, Richter —objetó Jean-Michel—. No va con la forma de ser de Dominique. Él sólo invierte en aquellos en quienes cree.

El francés soltó la mano de Richter, que cogió del codo a su imitado y lo condujo lentamente a través de la oscuridad.

—No se crea en la obligación de defender a Dominique ante mí —dijo Richter—. Es una buena política estar atento a lo que hacen nuestros iguales.

¿Iguales?, pensó Jean-Michel. Dominique era dueño de una empresa que facturaba millones de dólares al año, y controlaba a los grupos derechistas más fuertes de Francia y… del mundo. A muy pocos los consideraba sus *iguales*. Y por más coincidentes que fuesen sus objetivos, no consideraba a Richter un igual.

—¿Está satisfecho con el hotel que le hemos reservado? —preguntó Richter por cambiar de tema.

—Sí. La habitación es muy agradable —contestó Jean-Michel, molesto aún por la arrogancia de Richter.

—Me alegro —dijo el alemán—. Es uno de los pocos hoteles antiguos que quedan en Hamburgo. Durante la guerra, los bombardeos de los aliados redujeron casi toda la ciudad a escombros. Hamburgo pagó muy caro ser ciudad portuaria. Es una ironía que resistieran tantos edificios antiguos de madera —añadió con un ampuloso ademán que pareció querer abarcar todo St. Pauli —. Los aliados no atacaban a las prostitutas ni a los borrachos, sólo

a las mujeres y a los niños. Y sin embargo nos llaman monstruos a nosotros, y nos acusan de atrocidades como el mítico Holocausto.

Jean-Michel no pudo evitar sentirse identificado con el apasionamiento de Richter. Aunque en Alemania era ilegal negar el Holocausto, ya en sus tiempos de estudiante de medicina, Richter no se privaba de negarlo en público. Ni siquiera cuando le retiraron la beca de que disfrutaba cesó en sus comentarios antisemitas.

Aunque los tribunales eran reacios a procesar a los agitadores no violentos, no tuvieron más remedio que proceder contra él cuando una cadena de TV extranjera grabó y difundió un vídeo de un discurso titulado «La mentira judía», que Richter pronunció en Auschwitz.

Richter pasó dos años en la cárcel, tiempo durante el cual sus compañeros mantuvieron vivo el joven grupo y se esmeraron en fomentar el culto a la personalidad de Richter.

El coraje y la entrega de aquel hombre indujeron a Jean- Michel a dejar a un lado el mal comienzo de su entrevista. Tenían asuntos importantes que tratar.

Llegaron junto a una mesa, y Richter encendió la lamparita del centro. Bajo la translúcida pantalla se veía un pequeño dios Pan que tocaba el flautín.

Jean-Michel se sentó tras hacerlo Richter. Aunque la luz no llegaba a darle en los ojos, Jean-Michel se los veía. Eran casi tan translúcidos como la pantalla de la lámpara.

Richter había ganado una fortuna con su club, y con una agencia de azafatas de compañía con delegaciones en Berlín, Stuttgart, Frankfurt y Hamburgo. Sin embargo, el francés estaba por asegurar que, incluso cuando era pobre, Richter va era un cabroncete.

El francés dirigió la mirada hacia la planta superior. Había puertas en todo el derredor. Era obvio que daban a las habitaciones en las que los miembros del club podían hacer algo más que bailar.

—Tenemos entendido que tiene usted aquí un apartamento, Richter.

—En efecto —repuso el alemán—, aunque sólo lo utilizo una o dos noches por semana. Paso casi todo el tiempo en las dependencias del Partido Nacionalsocialista del Siglo Veintiuno en Bergedorf, al sur. Allí es donde se realiza el verdadero trabajo del movimiento: escribir discursos, atender las llamadas y el correo electrónico, emitir programas radiofónicos, editar nuestro propio semanario… Por cierto, ¿tiene el *Unser Kampf* de esta semana?

—Sí.

—Estupendo —prosiguió Richter—. Todo es legal. Ya no es como en los primeros tiempos, cuando las autoridades no dejaban de perseguirme por supuestas infracciones. En fin… ha venido usted a honrar los Días del Caos, y a representar a su jefe en las conversaciones, tal como concertamos en nuestra única conversación telefónica.

—En efecto, Richter —reconoció Jean-Michel, que se inclinó hacia adelante y entrelazó las manos—. He venido a hacerle una proposición —añadió, algo decepcionado al ver que Richter ni siquiera pestañeaba.

—Soy todo oídos.

—Aunque no sea del dominio público —dijo Jean-Michel—, Dominique apoya, desde hace tiempo, a grupos neonazis de todo el mundo: los «cabezas rapadas» de Inglaterra, los «soldados» de Polonia y la Hermandad Blanca norteamericana. Quiere formar una red mundial de organizaciones con el objetivo común de la pureza étnica.

—Y con sus Nuevos Jacobinos a la cabeza —observó Richter—, elevaría sus efectivos humanos a unos seis mil miembros.

—Más o menos —convino Jean-Michel—. Y en cuanto funcione la conexión estadounidense el número aumentará.

—Casi con toda seguridad —dijo Richter—. He visto copias de sus juegos. Son muy entretenidos.

—Lo que Dominique le propone, Richter, es que integre a su organización en la red. Él la financiará, le proporcionará acceso a la

tecnología de Demain, y le concederá un papel en la configuración del nuevo orden mundial.

—Un papel… —dijo Richter—, como en una comedia…

—En una comedia no —replicó Jean-Michel—; un papel en la Historia.

—¿Y por qué habría de aceptar yo un papel en la obra de Dominique, si tengo mi propia compañía y mi propia obra? —preguntó Richter, sonriente.

Jean-Michel no salía de su asombro ante el engreimiento del alemán.

—Porque Dominique tiene recursos con los que usted no puede ni soñar, y porque a través de sus contactos le puede ofrecer protección política y personal.

—Protección, ¿frente a quién? —se extrañó Richter—. El gobierno no volverá a tocarme. Los dos años que pasé en la cárcel me han convertido en un mártir de la causa. Y mis seguidores me son muy fieles.

—Hay otros líderes —replicó Jean-Michel en tono ligeramente amenazador—. Nuevos *führers* en potencia.

—¿Ah, sí? —exclamó Richter—. ¿Se refiere a alguno en particular?

El francés ardía en deseos de apretarle las clavijas a Richter, y no iba a desaprovechar la ocasión.

—Con franqueza, Richter, existe el convencimiento de que Karin Doring y el grupo Feuer son las estrellas ascendentes en el movimiento.

—¿Ha habido conversaciones? —preguntó Richter con suavidad.

—Sí —contestó Jean-Michel.

Al francés le constaba que Felix Richter y Karin Doring fueron enemigos declarados dos años antes. Karin llegó de la Alemania oriental incitando al terrorismo, mientras que Richter, que acababa de salir de la cárcel, abogaba por el activismo político.

Doring y Richter se criticaron con dureza hasta que miembros de Feuer tendieron una emboscada y mataron a dos integrantes del grupo de Richter. Ambos líderes se entrevistaron entonces en un hotel de Berlín y convinieron en proseguir cada uno con sus métodos, sin criticarse. Pero subsistía la tensión entre la tosca guerrillera de la Alemania oriental y el atildado médico germanoccidental.

—Karin es enérgica, carismática y audaz —dijo Jean-Michel—. Tenemos entendido que planeó y condujo el atraco al banco de Bremen, incendió la sala de un tribunal en el juzgado de Nuremberg…

—Ha hecho eso y más, en efecto —lo atajó Richter—. Karin es una buena combatiente. Es como una pantera que dirige a otros felinos, una aliada, un soldado. De lo que ustedes, ni sus seguidores, se dan cuenta es de que no es persona que pueda forjar ni dirigir un partido político. Se empeña en participar personalmente en cada una de sus operaciones, y cualquier día la policía acabará con ella al mínimo descuido.

—Quizá —dijo Jean-Michel—, pero, entretanto, en sólo dos años, Feuer ha logrado superar los mil trescientos miembros, además de contar con treinta activistas «liberados».

—Cierto —admitió Richter—. En su mayoría son germanorientales. Unos bestias. En cinco años, yo he conseguido cinco mil a este lado de la antigua frontera. Y ésa, amigo Horne, es la base de un movimiento político. Ése es el futuro.

—Cada uno tiene su lugar —replicó Jean-Michel—. Dominique cree que cualquiera de ustedes dos sería un fuerte aliado, y por eso me ha ordenado hablar también con ella.

Los penetrantes ojos de Richter miraron el reloj y luego a Jean-Michel. Eran como precisos y fríos mecanismos. Jean- Michel los observó al levantarse el alemán. Era obvio que la breve audiencia había concluido, con el patente desconcierto de Jean-Michel.

—Iré a recogerlo a su hotel esta tarde a las cinco y media —dijo Richter—. Ella y yo intervendremos en el mitin de esta noche en Hannover, así verá usted quién es el líder. Hasta luego, entonces. Buenos días.

En cuanto Richter dio media vuelta, el fornido guardaespaldas apareció de entre las sombras, detrás de Jean- Michel.

—Perdone, Richter —volvió a hablar Jean-Michel sin arredrarse.

Richter se detuvo.

—Tengo instrucciones de informar a Dominique esta mañana, no por la tarde —le informó Jean-Michel ya en pie—. ¿Qué le digo acerca de su oferta?

Richter se giró hacia él. Incluso en la sombra, Jean-Michel distinguía aquellos ojos repulsivos.

—Que estudiaré su generoso ofrecimiento, y que, entretanto, aspiro a su apoyo y amistad —contestó.

—Pero… no creo que ésa sea forma de despedirme —dijo Jean-Michel.

—¿Despedirlo? —exclamó Richter en un tono tan suave e impersonal que resultaba siniestro.

—No soy un secretario ni un guardaespaldas —le recordó el francés—. Soy un representante de Dominique, y espero cortesía.

Richter se le acercó lentamente.

—Un representante de Dominique… —repitió el alemán.

—¡De nuestro líder Dominique! —casi gritó Jean-Michel, indignado—. Creo que, por lo menos, le debe usted la deferencia de tenérmela a mí. Quiere ayudarlo…

—Los franceses siempre apoyan a los líderes de la oposición —dijo Richter—. Ayudaron a que Dacko derrocase a Bokassa en la República Centroafricana en 1979, y concedieron asilo al ayatollah Jomeini mientras planeaba su regreso a Irán. Lo hacen para obtener tratos de favor cuando la oposición llega al poder, aunque rara vez los consiguen —añadió en tono glacial—. Respeto a Dominique,

pero, a diferencia de usted, amigo Horne, no tengo que inclinarme ante él. Es él quien necesita mi ayuda, y no al revés.

¡Este hombre es ridículo!, pensó Jean-Michel. Ya había oído bastante.

—Bien. Entonces tendrá que excusarme —dijo el francés.

—No —lo atajó Richter—. Usted saldrá de aquí cuando yo lo ordene.

Jean-Michel lo fulminó con la mirada y dio media vuelta. Al hacerlo, se topó con el guardaespaldas, que lo agarró del cuello y lo hizo mirar de frente a Richter a viva fuerza.

—¿Está usted loco, Richter? —gritó el francés.

—Bobadas —replicó Richter—. No puedo estar más cuerdo.

—¿No irá a pensar que Dominique no va a enterarse de esto? ¿Cree que lo aprobará? Nosotros…

—*¡Nosotros!* —tronó Richter, exasperado—. ¿Quiénes se han creído *ustedes* que son?

Richter deslizó la mano muslo arriba, exactamente igual que cuando se la tendió al francés, sólo que ahora empuñaba un afilado cuchillo. La punta se detuvo a escasos milímetros del ojo izquierdo de Jean-Michel.

—Por lo pronto, le voy a decir lo que es usted —le espetó Richter —. No es más que un perrillo faldero.

A pesar de su ira, el francés se amilanó. *Esto es una locura*, pensó Jean-Michel, que se sintió atrapado. Ninguna «gestapo» tenía cabida en la era de las videocámaras y de las inmediatas y airadas reacciones internacionales. Pero allí tenía a aquel alemán, que lo amenazaba con torturarlo.

—Me habla usted como de igual a igual —dijo el alemán en tono pausado—. ¿Qué ha hecho usted en la vida aparte de servir a un visionario?

A Jean-Michel se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva y no replicó. Richter le había acercado tanto la punta del cuchillo que,

cada vez que parpadeaba, le hacía un pequeño rasguño en el párpado. No pudo evitar gemir, más que de dolor de pánico.

—Estaba equivocado —continuó Richter—. No es ni siquiera un perrillo faldero. Es el cordero que el pastor envía en su lugar para hacerme un ofrecimiento, pero también para probar qué tal tengo la dentadura. ¿Y si le muerdo? Así sabría Dominique algo más de mí. Si cree que sus subalternos no me temen, ahora podrá aprender que en adelante deberá tratarme de un modo distinto. En cuanto a usted, si le muerdo con demasiada contundencia, no tendrá más que sustituirlo.

—¡No! —gritó Jean-Michel, más indignado que acobardado—. Usted no lo entiende…

—Ya lo creo que sí. He examinado sus credenciales en mi ordenador, nada más entrar usted por la puerta: ingresó en la organización de Dominique hace veintiún años y once meses, ha llegado a vicepresidente debido a sus conocimientos científicos y obtuvo la patente de un chip de videojuegos que le permitió a Demain vender juegos muy avanzados con respecto a los de la época. No obstante, hubo problemas en Estados Unidos porque una empresa californiana aseguraba que su chip era similar al que ellos se disponían a comercializar.

Jean-Michel estaba hecho un manojo de nervios. ¿Se limitaba Richter a demostrarle lo mucho que sabía de él, o insinuaba saber bastante más acerca de los orígenes de Demain?

—Acaban de concederles a ustedes una patente para un chip de silicio que estimula las células nerviosas, un chip que Demain utilizará en sus nuevos programas informáticos. En su época de estudiante era usted apolítico, y abrazó la ideología de Dominique cuando él lo contrató en Demain. Entonces lo introdujo en el restringido círculo de sus Nuevos Jacobinos, para ayudarlo a que Francia se deshaga de argelinos, marroquíes e israelíes, nuestros enemigos comunes. Pero la palabra clave es ayudar, amigo Horne. Es la ley del más fuerte: las etnias menos afortunadas son

prescindibles. Los fieles servidores ocupan un escalafón más alto, pero también son sustituibles.

Jean-Michel no replicó.

—Sólo nos queda otro asunto que tratar —prosiguió Richter—. ¿Hasta dónde le clavo los dientes al cordero?

Richter dirigió la punta del cuchillo hacia arriba. Jean-Michel intentó de nuevo retroceder, pero el guardaespaldas lo agarró del pelo y lo inmovilizó. Richter tocó el borde del párpado superior con la punta del cuchillo.

—¿Sabe que yo estudié medicina antes de fundar el Partido Nacionalsocialista del Siglo Veintiuno? —preguntó Richter—. ¡Conteste!

—Sí —repuso Jean-Michel—. Por favor… —añadió, tan humillado que se odió por implorar.

—Llegué a doctorarme —dijo Richter—. Y habría sido un buen médico de haber ejercido, pero preferí no hacerlo. Y ¿sabe por qué? Porque comprendí que nada podía hacer por los genéticamente inferiores. Le comento esto porque, como puede ver, le he encontrado otra utilidad a mi formación: para controlar el cuerpo y, por lo tanto, la mente. Así, por ejemplo, si presiono con la punta del cuchillo hacia arriba, sé que encontraré el músculo recto lateral, y si corto ese músculo, le resultará sumamente difícil mirar hacia arriba o hacia abajo. Tendrá que llevar un parche, pues, de lo contrario, se desorientaría al enfocar los ojos de manera distinta, aparte de que…

Richter se interrumpió sin poder contener la risa.

—… aparte de que —repitió el alemán al continuar— parecería un monstruo: un aparatoso caso de bizquera.

Jean-Michel jadeaba. Le temblaban las piernas. De no tenerlo cogido el guardaespaldas del pelo, se habría desplomado. Dejó de ver la punta del cuchillo al mirar el rubicundo rostro de Richter. Sintió un pinchazo por encima del globo del ojo.

—No, por favor —dijo, sollozante—. *Mon dieu*, Richter…

Las lágrimas le nublaban la vista. El temblor del mentón hizo que, a cada movimiento del ojo, sintiese una dolorosa laceración.

Lentamente, el alemán acercó la mano izquierda a la base de la empuñadura del cuchillo, como si fuese a empujarlo hacia arriba.

—¿Sabe que este pequeño ejercicio que hacemos aquí usted y yo es parte de un lavado de cerebro? —prosiguió el alemán—. Estudié las técnicas del KGB, que obraban verdaderos milagros. Lo que se le dice a una persona, cuando siente dolor o miedo, el cerebro lo registra como verdadero. Naturalmente, hay que repetirlo una y otra vez para que sea eficaz; de un modo sistemático.

Richter empujó el cuchillo hacia arriba con suavidad. El pinchazo le produjo a Jean-Michel un agudo dolor en la frente que hizo que gritase, y luego empezó a gemir. Se avergonzaba de su reacción, pero no podía contenerse.

—¿Qué opina ahora de la igualdad, mi pequeño corderillo? —preguntó Richter.

—Creo que… ya me ha demostrado que tiene razón —concedió Jean-Michel, que tragó saliva, aterrorizado.

—¿Tengo razón? —exclamó Richter—. Es la primera cosa inteligente que le oigo decir, aunque me temo que ha sido por casualidad —añadió con un nuevo movimiento del cuchillo que le arrancó otro grito al francés—. Yo le diré cuál es mi razón: en un futuro muy cercano, Dominique me necesitará mucho más de lo que yo pueda necesitarlo a él. Sus Nuevos Jacobinos forman un reducido contingente, adecuado para un trabajo de zona. Yo, en cambio, tengo capacidad para operar en todo el mundo. Y lo haré. Sus nuevos programas informáticos inundarán las ciudades norteamericanas, pero sólo pueden ser parcialmente persuasivos. Yo y mis lugartenientes podemos inspirar a los nazis estadounidenses. Pertenecemos a la Madre Patria, a la cuna del movimiento. Ustedes frieron conquistados y obligados a servir. El mundo me seguirá a mí, y lo hará muy pronto, no dentro de cinco, diez o quince años.

Además: nos financiará. Y eso, amigo Horne, no significa que Dominique y yo seamos iguales, sino que yo soy superior.

Richter sonrió, dejó caer el cuchillo en la palma de la mano y lo volvió a enfundar bajo su manga.

Jean-Michel, entre dolorido y aliviado, no cesaba de gemir.

—Bien —dijo Richter—. Cuando comunique con Dominique, dígale que le he dado a usted una lección de humildad. Y estoy seguro de que lo entenderá. También puede decirle que nadie, ni siquiera Karin Doring, dirigirá el movimiento en Alemania, salvo yo. Es mi destino. ¿Tenemos algo más que tratar?

El guardaespaldas aflojó su presa en el pelo de Jean-Michel lo justo para que pudiese mover la cabeza.

—Estupendo —añadió Richter al darse la vuelta—. Ewald le pedirá un taxi y le concederá un minuto para que se rehaga. Confío en verlo esta noche. Será una velada memorable.

Cuando Richter hubo desaparecido entre las sombras del local, el guardaespaldas soltó al francés, que se desplomó en el suelo, temblando de pies a cabeza. Con el ojo izquierdo lo veía todo borroso y rojizo, velado por la sangre que rezumaba del párpado superior y que se le encharcaba en el inferior.

Hecho un ovillo, con las piernas agarrotadas, Jean-Michel sacó un pañuelo del bolsillo, se lo aplicó al ojo y luego lo miró. Al contemplarlo, vio que estaba ligeramente teñido de un color rosado: sangre disuelta en lágrimas. Le dolía muchísimo el ojo al parpadear. Sin embargo, más que el dolor físico, lo que sentía era un dolor anímico por haberse desmoronado del modo como lo había hecho.

Mientras Jean-Michel trataba de mitigar el dolor de su herida, se dijo que, pese a la humillación, había cumplido con su cometido: hacer el ofrecimiento de Dominique, aunque aquella intratable sabandija lo rechazase.

Lo que Richter no sospechaba era que la verdadera razón de que Dominique se mostrase tan resuelto a colaborar con él no era por

secundar su movimiento de pureza étnica, sino para crearle un serio problema al gobierno alemán.

Dominique quería desestabilizar Alemania lo justo para que el resto de Europa se hartase de dejar que Alemania impusiera su modelo al resto de la Unión Europea. Éste era un papel que le correspondía a Francia, inspirada por las grandes fortunas del país. Y lo que hiciese la Unión Europea lo secundarían Asia y el resto del mundo.

Y así será. Jean-Michel estaba seguro de ello, sobre todo con una EE. UU. sumida en el caos. Y cuando se lograra el objetivo, pensó Jean-Michel, Dominique eliminaría a Richter.

Como los franceses comprobaron hacía más de medio siglo, era un mal asunto dejar que los fascistas alemanes se hiciesen demasiado poderosos.

Minutos después, Jean-Michel logró incorporarse y sentarse en una silla. La sangre de la herida empezaba a coagularse y a rozarle el ojo. Cada parpadeo acrecentaba su odio hacia aquel alemán.

Pero habrás de olvidarte de ello por el momento, pensó. Como científico, Jean-Michel Horne había aprendido a ser paciente. Además, tal como Dominique le dijo antes de partir, también de los reveses se aprende. Y aquél le había enseñado muchas cosas acerca del nuevo *Führer*.

El francés volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo y se dispuso a salir. No se dejó ayudar por Ewald. Abrió la puerta, acercó la mano al ojo herido para protegerlo de la luz del sol y se dirigió lentamente hacia el taxi que aguardaba.

OCHO

Jueves, 11:05, Hamburgo, Alemania

Desde el aeropuerto al centro de la ciudad, por la autopista, tardaron 35 minutos.

Como siempre que viajaba en misión oficial, Hood esperaba tener tiempo para visitar monumentos y museos. Era una verdadera frustración tener que conformarse con ver, de pasada y a 150 km/h, iglesias que ya eran antiguas cuando Estados Unidos acababa de nacer, aunque lo cierto era que, de haber tenido tiempo, lo hubiese dedicado a hacer turismo. Dondequiera que fuese, se volcaba en el cumplimiento de la misión que tuviese encomendada. Y eso no dejaba mucho tiempo para el ocio ni para hacer turismo.

Su sentido del deber era una de las virtudes que habían hecho que se ganase el sobrenombre de *papá Paul* en el Centro de Operaciones. Aunque no le constase, sospechaba que el apodo lo habría acuñado la directora de la Oficina de Prensa del Centro de Operaciones: Ann Farris.

Hood sintió una extraña tristeza al ver los modernos rascacielos, que asomaban y desaparecían vertiginosamente del ahumado cristal de la ventanilla. Tristeza por sí mismo y por Ann. A la joven divorciada se le notaba a la legua el afecto que sentía por él. Cuando por razones de trabajo se quedaban a solas, sentía una peligrosa proximidad. Emanaba de ella una embriagadora atracción a la que podía sucumbir fácilmente. Pero ¿qué sentido tendría?

Paul estaba casado y tenía dos hijos pequeños, y no los iba a dejar. Ciertamente, ya no le atraía hacer el amor con su esposa. Ella ya no era la devota, solícita y dinámica Sharon Kent con la que se casó. Ahora, Sharon era toda una personalidad de la TV por cable, con una vida propia, aparte de la familia y de los compañeros de trabajo, que él sólo conocía de verlos en la fiesta que la cadena organizaba antes de Navidad. Además, ya no era tan joven, y no lo deseaba tanto como antes.

En cambio tú, por lo menos de corazón, pensaba Paul Hood, *aún eres el Cid, con su lanza inmaculada y su semental lanzado al galope*.

Claro que eso era… de corazón, porque, por lo demás, debía reconocer que tampoco él era el jinete que fue, salvo a ojos de Ann. Y ésa y no otra debía de ser la razón de que, a menudo, se sintiese atraído por ella.

Con todo, él y Sharon habían forjado una vida juntos, y una clase de amor distinto al que antes sintieron. La idea de volver a casa por las noches, después de coquetear en la oficina lo hubiese hecho sentirse mal.

Cuando volvía con el coche a casa desde Andrews a altas horas de la noche, tras quedarse a revisar comunicados de prensa con Ann, no paraba de darle vueltas a una hipotética relación con ella. Pero concluía en que, de implicarse, se habría sentido como un vil gusano, que se oculta de la luz del día y se arrastra por el fango, en busca de lo que necesita para sobrevivir.

Y aunque hubiese podido digerir el sentimiento de culpabilidad, pensaba que Ann no se merecía una relación así. Era una buena mujer, con un corazón de oro, y dejarle concebir esperanzas cuando no las había, mezclarlos a ella y a su hijo en su vida, hubiese sido tan injusto como equivocado.

Lo que no es obstáculo para que la desees, ¿verdad?, se dijo Hood.

Quizá fuera ésa la razón de que él y Sharon trabajasen tanto. Volcaban la pasión que antes sintieran el uno por el otro en algo que aún los entusiasmaba: un trabajo que podía ser cualquier cosa menos aburrido.

Pero… Dios mío, se decía Hood amargamente, *¡qué no daría yo por pasar con ella una noche como antes!*

El hotel Alster-Hof estaba situado entre los dos espectaculares lagos de la ciudad, aunque Hood, Stoll y Herbert no iban a poder disfrutar de la vista, al no disponer de tiempo más que para rellenar las fichas y darse unos chapuzones antes de tener que volver a salir.

Herbert inspeccionó la habitación para asegurarse de que no había micrófonos ocultos, y Stoll se asomó a la ventana a echar un vistazo. Después volvieron a salir los tres.

—Tenemos una vista magnífica, ¿verdad? —dijo Herbert ya en el ascensor.

Herbert trataba de compensar su inferioridad física con un par de instrumentos: bajo el brazo izquierdo de la silla llevaba un palo sujeto con dos ganchos, y una navaja bajo el derecho.

—Estos lagos, con tantas embarcaciones, me recuerdan al Chesapeake —volvió a decir Herbert mientras con las yemas de los dedos hacía girar el palo en los ganchos.

—Son el Binnenalster y el Aussenalster —los ilustró el ascensorista—, o sea: Alster Interior y Alster Exterior.

—Apropiado —reconoció Herbert, sin dejar de juguetear con el palo—, aunque yo los habría llamado Gran Alster y Pequeño Alster, porque el grande es unas diez veces mayor que el pequeño, ¿no?

—Sí. Uno tiene doscientas hectáreas y el otro poco más de veinte —contestó el joven ascensorista.

—No me he equivocado de mucho —dijo Herbert al llegar el ascensor a la planta baja—. Los nombres que yo les hubiese puesto son más adecuados. Resulta fácil distinguir lo grande de lo pequeño, pero lo de exterior e interior confunde, si no sabe uno en qué parte de la ciudad se encuentra.

—Quizá podría dejar una nota en el buzón de sugerencias —sugirió el ascensorista—. Esta ahí a la derecha, junto al de la correspondencia.

Herbert y Hood miraron al muchacho, no demasiado seguros de si les tomaba el pelo o quería ser amable. El sentido del humor alemán no gozaba de mucho prestigio, aunque, por lo visto, las nuevas generaciones estaban impuestas en los sarcasmos que prodigaban el cine y la TV estadounidenses.

—No es mala idea —admitió Herbert, que salió el primero del ascensor y miró hacia atrás, a Stoll, que parecía aplastado bajo el peso de su mochila—. Llevas la traductora, ¿no? ¿Cómo serían los nombres que propongo en alemán?

Stoll tecleó los nombres en su traductora electrónica, del tamaño de un libro de bolsillo. De inmediato, apareció el equivalente alemán en la pantalla de cristal líquido.

—Según esto, Grossalster y Kleinalster —repuso Stoll.

—No suena bien —objetó Hood.

—No —refrendó Herbert—, pero qué quieres que te diga, suena bastante mejor que esos topónimos de Mississippi; los de Filadelfia, por ejemplo, se las traen. ¿Cómo va a sonar bien, en ningún idioma, «El estanque del gato muerto» o «La cueva de las lombrices»?

—Pues a mí me gustan —dijo Stoll—. Son… descriptivos.

—Sí, pero no muy agradables para enviar una postal —replicó Herbert—. La verdad es que, en mi pueblo, las únicas postales que venden en el «super» son de la calle mayor y del edificio de la antigua escuela.

—Yo preferiría el estanque y la cueva.

Al cruzar el concurrido vestíbulo, Hood miró en derredor en busca de Martin Lang y del secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, Richard Hausen.

A Hausen no lo conocía y al magnate alemán de la electrónica Martin Lang ardía en deseos de volverlo a ver. Habían coincidido en una cena organizada en Los Angeles para los asistentes a un

congreso sobre electrónica. A Hood le impresionaron la cordialidad, la sinceridad y la inteligencia de Lang. Era un humanista convencido de que sin empleados felices no había empresa. Éstos jamás se habían declarado en huelga. Las épocas de crisis las soportaban los altos ejecutivos, no los obreros y empleados.

Llegado el momento de presupuestar la construcción del nuevo edificio inteligente concebido por Mike Rodgers y Matt Stoll (el Centro de Operaciones Regional o COR), Lang fue el primero en señalar la importancia de elegir muy bien los ordenadores que necesitaban. El *software* patentado por su empresa, basado en el aprovechamiento de la energía lumínica, un sistema bautizado *Leuchtturm* («Faro»), era compatible, muy avanzado y… muy caro.

Si antes decían que las cosas de palacio iban despacio, ahora habría que decir que las del gobierno eran un infierno, pensaba Hood, consciente de que el solo hecho de conseguir que se aprobase la construcción del COR era ya muy peliagudo. No era fácil que el Congreso aprobase la asignación de 5000 millones de dólares para la construcción del edificio, y menos aún si compraban tecnología extranjera. Por otra parte, el COR no encontraría facilidades para instalarse en otros países, a menos que comprasen tecnología extranjera.

La cuestión, pensaba Hood, terminaría por reducirse a dos aspectos. En primer lugar, Alemania no tardaría en ser el país líder de la Unión Europea. La capacidad de contar con una «unidad móvil de espionaje», por así decirlo (y hacerlo con relativa facilidad), permitiría a EE. UU. vigilar todos los movimientos europeos. Y eso le gustaría al Congreso. En segundo lugar, la empresa de Lang —Hauptschlüssel o «Llave Maestra»—, tendría que acceder a comprar muchos de los materiales necesarios, para aquel y otros proyectos de las empresas estadounidenses. De manera que buena parte del dinero se quedaría en EE. UU.

Hood confiaba en poder venderle estos argumentos a Lang. Él y Matt harían una demostración de una innovación tecnológica que sin duda interesaría a los alemanes. Se trataba de un descubrimiento que el Departamento de Investigación y Desarrollo del Centro de Operaciones hizo al estudiar un procedimiento de inspección de los circuitos eléctricos de alta velocidad.

Aunque Lang era una persona honorable, era también un empresario y un patriota, y en cuanto estuviese al comente de qué equipamiento informático necesitaba el COR, podría conseguir que su gobierno adoptase contramedidas tecnológicas en interés de la seguridad nacional.

Por su parte, Hood podría pedir al Congreso que financiase combatir tales contramedidas, dinero que accedería a gastar en empresas norteamericanas.

Hood sonrió. Por extraño que les pareciese a Sharon, que detestaba el tira y afloja, y a Mike Rodgers, que era cualquier cosa menos diplomático, a él le encantaba negociar. La política internacional era como una compleja partida de ajedrez: aunque ningún jugador saliese indemne, era divertido comprobar cuántas piezas era uno capaz de conservar.

Se detuvieron junto a las cabinas telefónicas, alejados del ir y venir de los clientes. Hood contempló admirativamente la barroca decoración del vestíbulo y la abigarrada mezcla de trajeados ejecutivos y de turistas que vestían del modo más informal. Le gustaba observar a la gente a cierta distancia. Todos iban a lo suyo, a sus ocupaciones, a su destino, pendientes de quienes los acompañasen…

La rubia melena llamó su atención desde la entrada, no por la melena en sí sino por cómo se movía. Al dejar la mujer el vestíbulo, irguió la cabeza hacia la derecha y la melena ondeó hacia la izquierda con desenvoltura.

Hood se quedó traspuesto. *Como un pájaro que remonta el vuelo desde el árbol*, pensó.

Mientras Hood observaba, paralizado, la mujer desapareció hacia la derecha. Hood se quedó sin aliento, incapaz de parpadear siquiera. El bullicio del vestíbulo, tan clamoroso hasta hacía un momento, se convirtió en quedo murmullo.

—¿Los ha visto, jefe? —preguntó Stoll.

Hood no contestó. Corrió hacia la puerta, esquivando clientes y maletas.

Es la rubia, pensó Hood, que, al llegar a la entrada, salió a la calle y miró hacia la derecha.

—¿Taxi? —le preguntó el uniformado portero.

Hood no lo oyó. Miró hacia el norte y vio que un taxi se adentraba en el tráfico. Pero la deslumbrante luz del sol le impedía ver quién iba dentro. Hood dio media vuelta y miró al portero.

—¿Era una mujer quien acaba de coger ese taxi? —le preguntó.

—*Ja* —dijo el joven portero.

—¿La conoce usted? —lo apremió Hood, consciente de su destemplado tono—. Perdone por mi brusquedad —añadió—, pero es que… me parece que la conozco. ¿Se hospeda aquí?

—*Nein* —repuso el portero—. Sólo ha dejado un paquete y se ha marchado.

—¿Ha dejado el paquete ahí adentro? —preguntó Hood señalando con el pulgar hacia el vestíbulo.

—No, en conserjería no —contestó el portero—. Se lo ha dado a una persona.

Una anciana inglesa salió en aquel momento a pedir un taxi.

—Perdone —le interrumpió el portero a Hood, que aguardó impaciente mientras el joven se acercaba al bordillo y tocaba el pito para que acudiera un taxi.

Justo en aquel momento llegaron junto a él Stoll y Herbert.

—Hola —dijo Stoll.

Hood miraba hacia la acera, desconcertado.

—Ha salido disparado, como quien va tras el perro que cruza la autopista. ¿Se encuentra bien? —preguntó Stoll.

—Sí —contestó Hood.

—Ya lo veo, ya —mintió Herbert.

—Bueno… la verdad es que no del todo —reconoció Hood en tono algo distante—. Es que yo… Bah, dejémoslo porque es una larga historia.

—También *Dune* es una larga historia, y me encanta —dijo Stoll —. ¿Por qué no me la cuenta? ¿Se trata de alguien que ha visto?

—Sí —contestó Hood tras un breve silencio.

—¿Quién es? —preguntó Herbert.

—Una rubia —repuso Hood en tono casi reverente.

—Estupendo —exclamó Stoll, que chascó la lengua y miró a Paul risueño—. Perdone por la curiosidad.

Stoll miró entonces a Herbert, que se encogió de hombros, sin querer entrar en el tema.

Cuando el portero regresó de atender a la anciana, Hood volvió a dirigirse a él en tono reposado.

—¿Ha visto a quién le entregaba el paquete la rubia?

—No. Lo siento —repuso el portero—. He ido a buscar un taxi para el señor Tsuburaya y no me he fijado.

—No importa —dijo Hood—. Es natural —añadió a la vez que le daba al joven un billete de diez dólares—. Si volviese, ¿podría enterarse de quién es? Dígale que Paul… Bueno, no. No le diga quién ha preguntado por ella, sólo averigüe quién es.

—*Ja* —dijo el portero, que sonrió a modo de agradecimiento y fue a abrir la puerta de un taxi.

Stoll miró a Hood y le dio un golpecito con el codo en la cadera mientras le decía:

—Hombre… por diez dólares, me puedo quedar yo también a esperarla. Doble seguimiento.

Hood hizo caso omiso. Era absurdo. No sabía si era una ensoñación o una pesadilla.

Al poco, se detuvo frente a la entrada del hotel una *limousine* negra. El portero se apresuró a acercarse al vehículo, del que bajó un hombre fornido de cabello plateado.

—¡Señor Hood! —exclamó Martin Lang, que le dirigió a Hood una franca sonrisa y se le acercó con la mano tendida—. ¡Cuánto me alegra volver a verlo! ¡Tiene usted un aspecto magnífico!

—Es que Washington me sienta mejor que Los Angeles —contestó Paul.

Aunque Hood lo mirase, aún tenía en la retina la imagen de la mujer: el movimiento de su cabeza, su resplandeciente melena.

¡Ya basta!, se reprendió Paul. *Has venido aquí a trabajar. Y tienes tu vida*.

—En realidad —musitó Stoll—, Paul tiene tan buen aspecto porque ha podido dormir en el avión. Y ahora se pasará el día pinchándonos para que estemos bien despejados.

—Lo dudo —dijo Lang—. Ustedes son más jóvenes que yo y, por tanto, tienen más vitalidad.

Mientras Hood presentaba a sus compañeros, un hombre alto, rubio y de distinguido aspecto, que aparentaba unos cuarenta y cinco años, bajó del coche y se les acercó lentamente.

—Permítame que le presente a Richard Hausen, señor Hood —dijo Lang.

—Bien venido a Hamburgo —dijo Hausen.

El viceministro tenía una voz vibrante y refinada. Los saludó a los tres con sendos apretones de manos y una leve inclinación de cabeza.

A Hood le sorprendió que el viceministro no llevase un nutrido séquito. Los altos cargos norteamericanos no daban un paso sin, por lo menos, dos solícitos miembros de su secretaría.

La primera impresión de Stoll fue algo distinta.

—A mí me recuerda a Drácula —musitó el oficial de apoyo del Centro de Operaciones.

Hood tendía a ignorar los comentarios que, por lo bajo, solía hacer Stoll, aunque en este caso no andaba muy equivocado, quizá porque Hausen llevaba un traje negro y era muy pálido. Además, rezumaba por todos sus poros la vieja cortesía europea. Aunque a juzgar por lo que leyó antes de partir, el enemigo de Drácula, el doctor Van Helsing, le cuadraba mejor a aquel hombre, sólo que en lugar de dedicarse a la caza de vampiros se dedicaba a la caza de neonazis.

La psicóloga del Centro de Operaciones, Liz Gordon, recurrió a la base de datos de las Naciones Unidas para redactar un informe sobre Hausen. Decía que era un hombre que «sentía por la extrema derecha el mismo odio que el capitán Ahab por *Moby Dick*». Según el informe de Liz, Hausen no sólo consideraba a los derechistas radicales una amenaza, para el lugar que ocupaba su país en el seno de la comunidad internacional, sino que «los atacaba con tal saña que parecía albergar una personal animosidad contra ellos. Acaso por algo que hubiese ocurrido en el pasado; algo que quizá arrancase de malos tratos recibidos durante la infancia, nada infrecuentes en niños enviados a estudiar a una gran ciudad».

Martha Mackall sugería, en una nota al pie del informe, que Hood debería tener muy en cuenta una cosa: Hausen podría querer estrechar lazos con EE. UU. para enfurecer a los nacionalistas, e incluso para provocar que lo atacasen a él personalmente. «Eso le daría imagen de mártir, algo siempre conveniente para los políticos», decía Martha Mackall.

Hood tenía la sugerencia archivada en el compartimiento mental de las hipótesis. De momento, interpretaba la presencia de Hausen en la reunión como una prueba de lo mucho que la industria electrónica alemana se interesaba por operar con el gobierno de EE. UU.

Lang los condujo hasta la *limousine* y luego se dirigieron a un prestigioso restaurante. El magnate les aseguró que era el mejor de

la ciudad en especialidades alemanas, y con la más extraordinaria vista sobre el Elba.

A Hood le daba igual lo que fuesen a comer ni dónde, ya que todo lo que quería era entrar en materia cuanto antes, abordar las conversaciones, y agilizar las cosas.

Ya en el restaurante, sin embargo, Hood disfrutó de verdad con el almuerzo, aunque, cuando retiraban los platos del postre, Stoll le confesó, susurrante, que la sopa de anguila y las moras con nata y azúcar no le gustaban tanto como una empanada y un batido de fresa.

Almorzaron más temprano de lo que era habitual en Alemania, y el restaurante estaba casi vacío.

La conversación fue totalmente política, salpicada de comentarios acerca del reciente 50 aniversario del Plan Marshall. En sus casi dos décadas de trato con altos ejecutivos de multinacionales, inversores y políticos, Hood había comprobado que la mayoría de los alemanes agradecía el programa de reconstrucción que los sacó de la ruina económica en la posguerra. No obstante, también había comprobado que esos mismos alemanes no se recataban en justificar los actos del Reich. Sin embargo, en los últimos años había notado que eran cada vez más los alemanes que se sentían orgullosos de haber aceptado plenamente la responsabilidad por lo que hizo su país durante la segunda guerra mundial. Richard Hausen, por ejemplo, había influido para que se indemnizase a los supervivientes de los campos de concentración.

Aunque Martin Lang también se sentía orgulloso de su país, su orgullo estaba impregnado de amargura.

—Los gobernantes japoneses no pronunciaron una sola palabra de excusa hasta quince años después del fin de la guerra —dijo Lang sin esperar a que les sirvieran el aperitivo—, y los franceses tardaron aún más en reconocer que el Estado fue cómplice de la

deportación de setenta y cinco mil judíos. Lo que hizo Alemania supera todo lo imaginable, pero por lo menos nosotros, como nación, nos esforzamos en comprender lo que ocurrió.

Lang señaló que una de las consecuencias de la introspección alemana era una cierta tensión con Japón y con Francia.

—Es como si, al reconocer nuestras atrocidades —continuó Lang —, traicionásemos un criminal código de silencio. Y ahora se nos tacha de pusilánimes, y de falta de firmeza en nuestras convicciones.

—Y ésa es la razón —musitó Herbert— de que hubiese que lanzarles a los japoneses la bomba atómica, para obligarlos a sentarse a la mesa de las negociaciones de paz.

Otro significativo cambio advertido por Hood en los últimos años, era un creciente resentimiento por la asimilación de la ex República Democrática Alemana. Ése era uno de los personales *Zahnschmerzen* o «dolores de muelas» de Hausen, como decía él.

—Es otro país —dijo Hausen—. Es como si Estados Unidos tratase de absorber México. Los alemanes del Este son nuestros hermanos, pero adoptaron la cultura y el estilo de vida soviéticos. Son indolentes y creen que les debemos reparaciones por abandonarlos al término de la guerra. No aspiran a conseguir de nosotros equipamiento industrial o titulaciones académicas sino dinero. Los jóvenes que no lo consiguen se organizan en bandas violentas. El Este arrastra a nuestro país a un abismo económico y espiritual del que tardaremos décadas en salir.

A Hood le sorprendió que el político expresase tan abiertamente su resentimiento. Y aún le sorprendió más que el camarero, que le servía con impecables modales, se permitiese, sin embargo, asentir por lo bajo mientras llenaba las copas de agua.

—De cada cien marcos que gana, veinte van a parar al Este —los ilustró Hausen señalando al camarero.

No hablaron del COR durante el almuerzo. Tratarían del asunto después, en el despacho de Hausen, en Hamburgo. Los alemanes

preferían conocerlos un poco antes de entrar en el juego de la seducción política.

Hacia el final del almuerzo, sonó el teléfono móvil de Hausen, que lo sacó del bolsillo de la chaqueta, se excusó y ladeó el cuerpo para contestar.

Se limitó a monosílabos, sin que su expresión dejase traslucir nada del contenido de la conversación. Cuando hubo terminado, Hausen dejó el teléfono encima de la mesa.

—Era mi secretario. Se ha producido un ataque terrorista durante el rodaje de una película en las afueras de Hannover. Cuatro personas han resultado muertas, y una joven estadounidense ha desaparecido, probablemente secuestrada.

—¿No habrá sido durante el rodaje de *Tirpitz*? —exclamó Lang, blanco como la cera.

—Sí —contestó Hausen, visiblemente afectado.

—¿Se sabe quién ha sido? —preguntó Herbert.

—Nadie lo ha reivindicado, pero, la autora de los disparos ha sido una joven.

—Doring —dijo Lang—. Sólo ha podido ser Karin Doring, líder de Feuer, uno de los grupos neonazis más violentos de Alemania —añadió en tono quedo e impersonal—. Es lo que Richard comentaba ahora: capta a los jóvenes más violentos del Este.

—¿No había vigilancia? —preguntó Herbert.

—Sí —contestó Hausen—. Una de las víctimas es un vigilante.

—¿Y por qué sabotear el rodaje de una película? —preguntó Hood.

—Era una coproducción germano-norteamericana —les informó Hausen—. Ésa es suficiente razón para Doring. Quiere echar de Alemania a todos los extranjeros. Pero los terroristas también han robado un tráiler lleno de recuerdos nazis: medallas, armas, uniformes…

—Unos nostálgicos de mierda —soltó Herbert.

—Quizá —dijo Hausen—, pero a lo mejor se trata de otra cosa. Desde hace años, diversos grupos organizan aquí lo que llaman «Días del Caos».

—He oído hablar de ello —comentó Herbert.

—Supongo que, a propósito, los medios informativos no se hacen eco de ello —volvió a decir Hausen—. No quieren hacerles publicidad.

—¿No es eso caer en una censura al estilo nazi? —preguntó Stoll.

—¡No, por Dios! —exclamó Herbert con el entrecejo fruncido—. No se lo reprocho. He oído hablar de los Días del Caos a amigos de la Interpol, y es un asunto muy feo.

—Ya lo creo que lo es —convino Hausen, que miró a Stoll y a Hood con cara de preocupación—. Grupos de fanáticos de toda Alemania, y de otros países, se reúnen en Hannover, a cien kilómetros de aquí, y celebran asambleas e intercambian ideas y propaganda sobre su enfermiza ideología. El grupo de Doring y otros muchos atacan objetivos simbólicos o estratégicos durante esos días.

—Nuestros servicios de inteligencia opinan que se trata del grupo de Doring —terció Lang—. Es lista y muy escurridiza.

—Y el gobierno no reprime con toda energía los Días del Caos por temor a crear mártires —aventuró Herbert.

—En efecto —refrendó Hausen—. Eso es lo que temen muchos miembros del gobierno: alimentar el orgullo de la derecha alemana por lo que el país, galvanizado y movilizado por Hitler, fue capaz de conseguir. Estos sectores del gobierno quieren erradicar el extremismo por la vía jurídica, sin recurrir a la represión policial de los extremistas. Y sobre todo durante los Días del Caos, en los que tantos grupos antagónicos se manifiestan, el gobierno va con pies de plomo.

—¿Y cuál es su postura personal? —preguntó Hood.

—Creo que deberíamos hacer ambas cosas —contestó Hausen—. Machacarlos allá donde los encontremos, y luego utilizar la ley para fumigar a quienes se oculten bajo las piedras.

—¿Cree que Karin Doring, o quienquiera que haya sido, quiere los recuerdos para los Días del Caos? —volvió a preguntar Herbert.

—Bien distribuidas, tales reliquias son como un puente que une a los nostálgicos con el Reich —dijo Hausen como si pensara en voz alta—. Los símbolos son muy útiles para motivar a las personas.

—¿Motivarlas para que realicen más atentados? —pareció reflexionar Herbert en voz alta.

—Para eso o, simplemente, para ganarse un año más de lealtad —contestó Hausen—. Son más de setenta los grupúsculos que se disputan la clientela, y la lealtad es muy importante para ellos.

—Además, el robo de tales reliquias inflama los corazones de quienes se enteran por los periódicos —añadió Lang—: de hombres y mujeres que, como dice Richard, en privado aún adoran a Hitler.

—Y de la joven norteamericana, ¿qué se sabe?

—Colabora en la filmación de la película —dijo Hausen—. La última vez que la vieron estaba en el tráiler. La policía cree que han aprovechado que estaba dentro para raptarla.

Herbert miró a Hood, que reflexionó unos momentos y asintió luego con la cabeza.

—Perdonen —se excuso Herbert, que se impulsó con la silla y le dio unas palmaditas a su teléfono móvil—. Voy a buscar un confortable rinconcito para hacer unas llamadas. Quizá podamos completar un poco los informes de los servicios de inteligencia.

Lang se levantó, le dio las gracias y le pidió excusas, pero Herbert le dijo que no había por qué.

—Perdí a mi esposa, y mis piernas, en Beirut, en un atentado terrorista —dijo Herbert—. Cada vez que asoma el terrorismo por alguna parte, me da oportunidad de machacarlo —añadió mirando a Hausen—. Esos cabrones son mi personal «dolor de muelas», señor Hausen, y vivo para aniquilarlos.

Herbert hizo girar la silla y se alejó entre las mesas. Hausen volvió a sentarse, visiblemente crispado. Liz estaba en lo cierto,

pensó Hood al mirarlo: algo muy profundo bullía en el interior de aquel hombre.

—Hace más de cincuenta años que libramos esta batalla —comentó Hausen muy serio—. Contra una enfermedad puede uno vacunarse, de una tormenta puede uno protegerse, pero ¿cómo se combate el odio? Porque la cosa va en aumento, señor Hood. Cada año son más los grupos, y más numerosos sus miembros. Si un día se unen, ya podemos rezar.

—Mi adjunto en el Centro de Operaciones me dijo una vez que una idea se combate con una idea mejor —dijo Hood—. Quisiera creer que es cierto. De lo contrario —añadió señalando con el pulgar hacia Herbert, que se dirigía a una balconada que daba al río—, no tendría más remedio que estar de acuerdo con él, que es el jefe de nuestro servicio de inteligencia: habrá que machacarlos.

—Son muy hábiles para ocultarse —argüyó Hausen—. Están bien armados. Y es casi imposible infiltrarse, porque sólo admiten como nuevos miembros a los muy jóvenes. Rara vez averiguamos sus planes.

—Bueno, eso es… de momento —le dijo Matt.

—¿Qué quiere decir, señor Stoll? —le preguntó Lang.

—¿Ha visto la mochila que he dejado en el coche?

Hausen y Lang asintieron con la cabeza.

—Si entre todos logramos hacer realidad el COR, haremos migas a muchos de ellos en cuanto metan las manos… en la masa.

NUEVE

Jueves, 11:42, Wunstorf, Alemania

Cuando Jody Thompson oyó los gritos fuera del tráiler, creyó que era Hollis Arlenna que la llamaba. De pie en el cuartito del aseo, siguió comparando la lista de prendas con lo que decía en las etiquetas. Maldecía por lo bajo a quien las hubiese escrito en alemán, y a Arlenna, por ser tan imbécil.

Luego oyó los disparos. Sabía muy bien que no correspondían a ninguna escena de la película, porque todas las armas estaban en el tráiler. Buba era el único que tenía la llave del armario en el que las guardaban. Después oyó gritos de dolor y de pánico. Era obvio que algo terrible debía de ocurrir. Dejó de buscar la prenda y aplicó la oreja a la puerta.

En cuanto arrancó el motor del tráiler, Jody pensó que debían de tratar de alejarlo de lo que ocurriese en el lugar del rodaje. Después oyó que cerraban la puerta de golpe y que alguien se movía por el interior del vehículo en silencio.

Mal asunto, pensó Jody. Porque, de ser un vigilante de seguridad, lo oiría hablar a través de su *walkie-talkie*.

Jody echó el cerrojo sin hacer ruido, se acuclilló y se sujetó a los sacos de ropa para no caer. No pensaba abrir la boca hasta que alguien entrase a por ella.

Aplicó el oído. Quien fuese, deambulaba entre las mesas en las que estaban los machetes, las medallas, y abría y cerraba los baúles.

Luego, superpuesto al runrún del ventilador del techo, Jody oyó que el intruso forcejeaba con la puerta del aseo del otro lado del tráiler. Un momento después se oyeron cuatro fuertes golpes.

Jody se sujetaba a las bolsas de ropa con tal fuerza que perforó una de ellas con las uñas. ¿Qué demonios pasaba allí afuera?, pensó Jody, que se recostó en la pared para alejarse lo más posible de la puerta. Le latía el corazón como si le fuese a estallar.

Al coger el tráiler una curva, Jody oyó que intentaban abrir la puerta del aseo con brusquedad e impaciencia. No era lo más aconsejable permanecer allí, pensó Jody, que, al alzar la vista y mirar en derredor, se fijó en el glaseado cristal de la ventana. No obstante, como estaba enrejada nadie podía entrar y, en aquellos momentos, tampoco salir.

En cuanto vio moverse la manecilla de la puerta, se agachó y gateó por detrás de los sacos de ropa hasta quedar detrás de la taza del váter. El minúsculo compartimiento de la ducha quedaba a sus espaldas, y Jody se recostó en la puerta de cristal. Con el pulso cada vez más acelerado, se mordió el pulgar para ahogar su jadeo.

De pronto, oyó un tableteo de metralleta y vio que saltaban astillas de madera y plástico de la puerta, que salpicaron el suelo y los sacos de ropa.

Entonces asomó en el vano el cañón de la metralleta, que apartó los uniformes alemanes hacia un lado.

Unos ojos se fijaron en Jody. Era el rostro de una mujer.

Sin dejar de morderse el pulgar, Jody miró la pequeña metralleta y a los fríos ojos líquidos de la mujer que la esgrimía.

Con un expresivo movimiento del cañón, la mujer le indicó que se levantase.

Jody se puso en pie con los brazos caídos. Le rezumaba el sudor por los muslos.

—Levante las manos y dese la vuelta —le espetó la armada intrusa.

Jody levantó las manos hasta la altura de la cabeza y titubeó. Había leído muchas veces que, a menudo, a los rehenes los liquidaban con un tiro en la nuca.

—Por favor —suplicó Jody—. Me han contratado como estudiante en prácticas. Me ofrecieron colaborar en esta película hace unas pocas…

—¡Dese la vuelta! —la apremió la mujer.

—¡No, por favor! —imploró Jody, pese a obedecer.

Ya de cara a la ventana, Jody oyó que apartaban los uniformes hacia uno de los lados y notó el frío contacto del cañón del arma en la nuca.

—Por favor —farfulló, sollozante, Jody, que contuvo la respiración mientras la alemana la registraba de arriba abajo, le hacía dar media vuelta otra vez y le encañonaba la boca—. No sé de qué va esto —musitó Jody con lágrimas en los ojos—. No diré nada a nadie…

—¡Cállate! —le gritó la alemana.

Jody obedeció. Estaba dispuesta a hacer lo que la persuasiva metralleta quisiera, por más terrible que fuese descubrir hasta qué punto anulaba su voluntad aquella joven, que tan resuelta a utilizarla parecía.

El tráiler frenó en seco y Jody se venció por la inercia hacia el lavabo. Pero enseguida volvió a erguirse y a levantar las manos. La mujer no se había movido, impasible. Entonces se abrió la puerta del tráiler y se acercó un joven, que se quedó detrás de Karin y miró hacia el cuarto de baño. Era de tez muy pálida y llevaba una esvástica tatuada en la cabeza.

Sin dejar de mirar a Jody, Karin ladeó el cuerpo hacia el joven.

—Empieza —le ordenó.

El joven dio un marcial taconazo, se giró y empezó a llenar los baúles con las reliquias.

—No me gusta matar mujeres —le dijo Karin a Jody—. Pero no puedo coger rehenes. Me entorpecen.

Jody se quedó lívida al pensar que iba a morir. Y empezó a sollozar de nuevo. Acudieron a su mente fugaces imágenes de cuando iba al parvulario: de hacerse pipí encima porque la señorita le había gritado, de romper a llorar y no poder contener el llanto, de las burlas de sus compañeros.

Humillada, Jody se dejó caer al suelo y suplicó por su vida. Las lágrimas le nublaban tanto la vista que apenas distinguía el contorno del lavabo.

Pero la alemana no le disparó. Se limitó a ordenarle a otro hombre, que acababa de aparecer, que cogiese los uniformes, y luego salió y cerró la puerta.

Jody aguardó, sorprendida, temerosa de que una ráfaga de metralleta atravesara la puerta y la acribillase. Se levantó y se arrimó al lavabo para tratar de proteger, por lo menos, parte de su cuerpo.

Pero en lugar de disparos oyó que arrastraban algo y lo adosaban a la puerta.

No me va a matar, pensó Jody. *Sólo me va a encerrar*.

Aguardó expectante, con la ropa empapada en sudor, mientras los intrusos desvalijaban el tráiler. Al poco, los ovó bajar y después se hizo un silencio absoluto.

Luego, vio por la ventana a uno de los secuestradores, aplicó el oído y oyó un ruido metálico, como si perforasen una chapa. Después, oyó como si rasgasen una tela y olió a gas.

—¡No! —gritó Jody, que se irguió y se abalanzó sobre la puerta.

El depósito del combustible, pensó, horrorizada. *Lo han abierto*.

—¡Ha dicho que no le gustaba matar mujeres! ¡Por favor!

A los pocos momentos, Jody olió humo y oyó pasos que se alejaban del tráiler. Casi simultáneamente vio el anaranjado resplandor de las llamas reflejado en el glaseado cristal de la ventana. Le habían pegado fuego al tráiler con ella dentro.

Clarísimo. No le gusta matar mujeres, pensó Jody. *Sólo dejarlas morir…*

La joven cargó contra la puerta, que no cedió. El anaranjado resplandor se hizo más intenso.

Jody no pudo hacer más que resignarse a quedar allí atrapada. Y gritar. Gritar presa del pánico y de la desesperación.

DIEZ

Jueves, 5:47, Washington, D.C.

Liz Gordon acababa de moler café y de encender su primer cigarrillo del día cuando sonó el teléfono.

¿Quién será a estas horas?, se preguntó.

Aspiró el humo del cigarrillo y se sacudió la ceniza que se le había caído en su flamante camisón Mike Danger. La adormilada treintañera se pasó los dedos por sus enmarañados rizos castaños y se rascó la cabeza, contrariada. No recordaba dónde había dejado el inalámbrico.

Se había despertado a las cinco, y llevaba tres cuartos de hora sin parar de darle vueltas a lo que aquella misma mañana les diría a los miembros del comando «Striker».

Dos días antes, tuvo su tercera sesión en grupo con aquellos soldados que, pese a ser de élite, eran tan jóvenes que no habían digerido la muerte de Charlie Squires.

Perder a Squires afectó especialmente a Rookie Sondra DeVonne. Lo sentía por su familia, y porque ya no podría contar con sus enseñanzas ni con su experiencia.

—¿Dónde puñeta estará el teléfono? —masculló Liz, que apartó bruscamente el montón de periódicos que tenía encima de la mesa de la cocina.

La irritaba no encontrar el teléfono, aunque no por temor a que colgasen antes de que le diese tiempo a contestar. A aquellas horas

sólo podía ser Mónica, desde Italia. Y su compañera de apartamento y mejor amiga no colgaría hasta conseguir sus mensajes, porque ya llevaba fuera de casa un día entero.

Y si llama Frank Sinatra, pensó la psicóloga del Centro de Operaciones. *Lo mejor es provocar que deje su número para poder llamarlo siempre que me apetezca hablar con él*.

Durante los tres años que llevaban viviendo juntas, la amiga de Liz —joven músico que se mataba a trabajar— se pasaba la vida haciendo «bolos» en clubes nocturnos, bodas y bares musicales. Trabajaba tanto que Liz la obligó a ahorrar la mitad del dinero que ganaba para que pudiera tomarse unas vacaciones.

Liz encontró el inalámbrico en una silla de la cocina. No obstante, antes de contestar se tomó un respiro para concentrarse.

La relación con sus pacientes era de tal naturaleza que creaba en su mente mundos separados para cada uno de ellos; mundos en los que se sumergía de lleno para tratarlos. De lo contrario, se producían lagunas, falta de concentración y distracción. Y aunque Mónica era su mejor amiga y no su paciente, a veces resultaba difícil separar lo uno de lo otro.

Al adentrarse en el mundo de Mónica, Liz comprobó la lista de mensajes que tenía fijada a la puerta del frigorífico con un imán. Sólo habían llamado el batería de Mónica, Angelo «Tim» Panni, y su madre, ambos para asegurarse de que había llegado a Roma sin novedad.

—*Pronto*, señorita Sheard —dijo Liz, que contestó al teléfono con una de las dos palabras que conocía en italiano.

—Perdone, Liz, no soy Mónica —anunció una voz inequívocamente varonil—. Soy Bob Herbert.

—¡Bob! —exclamó Liz—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué ocurre en la tierra de Freud?

—Creía que Freud era austríaco —dijo Herbert.

—Así es —repuso Liz—, pero los alemanes lo «tuvieron» durante un año. El *Anschluss* se produjo en mil novecientos treinta y ocho, y

Freud murió en el treinta y nueve.

—La verdad es que no tiene mucha gracia —dijo Bob—. Da la impresión de que la madre patria tensa el músculo para levantar un nuevo imperio.

—¿A quiénes se refiere? —preguntó Liz tras alcanzarse un cigarrillo.

—¿No ha oído aún las noticias esta mañana? —preguntó a su vez Herbert.

—No las dan hasta las seis —le recordó ella—. ¿Qué demonios ha pasado, Bob?

—Un comando neonazi ha atentado contra el rodaje de una película —le explicó Herbert—. Han matado a varias personas y han robado un tráiler lleno de recuerdos nazis. Y aunque hasta el momento no se los ha localizado, parece que han cogido a una joven norteamericana como rehén.

Liz exhaló una densa nube de humo y frunció el entrecejo.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Por lo visto es un grupo dirigido por una tal Karin Doring. ¿Ha oído hablar de ella?

—Me suena el nombre —contestó Liz, que salió de la cocina con el teléfono y fue hacia su despacho—. Espere un momento, que echaré un vistazo, a ver lo que encuentro.

Liz encendió el ordenador, se sentó y accedió a la base de datos de su despacho del Centro de Operaciones. A los pocos segundos, apareció en pantalla el expediente de Karin Doring.

—Karin Doring —dijo Liz—. *El Espectro de Halle*.

—¿El espectro de qué? —preguntó Herbert.

—De Halle —repuso Liz mientras leía el informe—. Es la ciudad de la Alemania oriental en la que nació. La llaman espectro porque desaparece del lugar de sus atentados sin dejar rastro. Nunca lleva pasamontañas ni disfraces. Quiere que la gente sepa que es ella quien está detrás de cada atentado de su grupo. Y lo consigue. En una entrevista que le hizo el año pasado un semanario llamado

Nuestra lucha, se describía a sí misma como la Robin Hood del nazismo, que combate por la oprimida mayoría alemana.

—Típico de una sicópata —dijo Herbert.

—Pues no lo es —replicó Liz—. Ése es el problema con esta clase de personas —añadió sin soltar el cigarrillo ni dejar de leer el informe—. Cuando cursaba el bachillerato, a finales de los setenta, fue una temporada miembro del Partido Comunista.

—¿Para espiar al enemigo?

—No lo creo —contestó Liz.

—Por lo visto, no acierto ni una —se lamentó Herbert—. Será mejor que me calle.

—No. Lo que usted aventura es una deducción lógica, aunque acaso equivocada. Es obvio que en el plano ideológico trataba de encontrarse a sí misma. El izquierdismo comunista y la ultraderecha nazi son muy similares en cuanto a la rigidez de su pensamiento. Todos los radicalismos se asemejan. Las personas como Karin Doring no logran sublimar sus frustraciones y, por lo tanto, las exteriorizan. Se convencen, a menudo de modo subconsciente, de que los demás son los culpables de sus problemas, y al decir «los demás» se refieren a todo aquel que disienta de ellos. En tiempos de Hitler, achacaban el paro a los judíos. Se lamentaban de que los judíos copasen los más altos cargos en bancos y universidades, de que los médicos judíos fuesen los más prestigiosos y de que, en definitiva, estuviesen presentes en todas partes y de que fuesen prósperos, claramente distintos y con tradiciones diferentes. Eran un blanco fácil. Y lo mismo cabía decir de los judíos en la Rusia comunista.

—Entiendo —dijo Herbert—. ¿Sabe algo de los contactos de esa mujer, de sus costumbres y escondrijos?

—Es una individualista —contestó Liz tras releer los distintos apartados del documento—. Opera en pequeños grupos, de tres o cuatro miembros, a lo sumo. Y nunca envía a nadie a cumplir una misión que ella sea capaz de llevar a cabo personalmente.

—Eso encaja con lo del atentado de hoy —comentó Herbert—. ¿Hay datos sobre sus otros atentados?

—Nunca los reivindica —repuso Liz.

—También eso encaja.

—Sin embargo, de acuerdo a lo manifestado por testigos presenciales, el año pasado su grupo fue el responsable de un atentado con bomba en unas galerías comerciales en Bonn, en la tienda de un árabe, y del envío de un paquete-bomba a la embajada de Sudáfrica en Berlín.

—Una mujer despiadada —dijo Herbert.

—Sí —contestó Liz—. A eso se debe su ascendiente entre los neonazis más duros. Lo que resulta extraño es que la tienda en la que puso la bomba era de ropa para caballero, y que el paquete-bomba era, en realidad, una caja de botellas de *whisky* destinada a una fiesta a la que sólo asistieron hombres.

—¿Y qué tiene eso de extraño? Puede que odie a los hombres.

—Eso no encaja con la ideología nazi —argumentó Liz.

—Cierto —admitió Herbert—. Tanto en la guerra como en el genocidio, no hacían distingos a la hora de asesinar. Aunque si la tal Doring la tiene tomada con los hombres, puede que no mate a la joven norteamericana.

—No se haga ilusiones —dijo Liz—. También dice aquí que un hombre y una mujer que se ofrecieron a colaborar para identificarla murieron dos días después de hablar con la policía: él apaleado y ella en accidente de automóvil. Y otra mujer, que quería abandonar el grupo Feuer, también apareció muerta.

—O sea: seducida, abandonada y… apaleada —inquirió Herbert —. Típico de esa gentuza.

—Sí —dijo Liz—, aunque la «arrepentida» apareció muerta en unos lavabos, salvajemente golpeada y apuñalada. Es una verdadera alhaja esa tal Doring. O sea, que de respetar a las mujeres, nada.

Liz se remitió entonces al resumen biográfico incluido en el documento.

—«Su madre murió cuando ella tenía seis años y se crió con su padre» —leyó Liz—. Apostaría cualquier cosa a que algo turbio debió de haber en su relación.

—Abusos.

—Sí —dijo Liz—. Es una historia que se repite. De niña, Karin debió de sufrir malos tratos: le pegarían o abusarían sexualmente de ella, o ambas cosas. De pequeña, lo sublimaría con un comportamiento díscolo, y luego buscaría un camino para canalizar su ira. Probó con el comunismo y, por la razón que fuese, no le gustó…

—Porque el comunismo estaba en su agonía —aventuró Herbert.

—Probablemente. Y entonces fundó un grupo neonazi y asumió el papel de la figura paterna, algo que su propio padre nunca hizo.

—¿Dónde está ahora el padre de Doring? —preguntó Herbert.

—Murió de cirrosis hepática —contestó Liz—. Eso ocurrió cuando Karin tenía quince años, más o menos en la época en que se convirtió en una activista política.

—Bien —dijo Herbert—. Podemos aventurar que conocemos al enemigo. No le importa matar hombres, ni le hace ascos a matar mujeres. Aglutina un grupo terrorista y deambula por el país atacando intereses extranjeros. ¿Con qué objeto? ¿Para asustarlos y ahuyentarlos?

—Karin Doring sabe que no puede conseguirlo —repuso Liz—. Siempre habrá embajadas y legaciones comerciales. Lo hace para atraerse a otros mal nacidos inclinados a la violencia. Y le aseguro que funciona, Bob. Hace cuatro meses, cuando se puso este informe al día, Feuer tenía mil trescientos miembros y un crecimiento anual del veinte por ciento. Cuentan con veinte activistas «liberados», que van de campamento en campamento dirigidos por ella.

—¿Dónde tienen esos campamentos? —preguntó Herbert.

—Cambian de lugar —contestó Liz—. El informe incluye tres fotografías —añadió a la vez que las hacía aparecer en pantalla y leía los epígrafes—. Una la tomaron junto a un lago, en Mecklenburgo; la

segunda se obtuvo en un bosque de Baviera, y la tercera en una zona montañosa, junto a la frontera austríaca. Ignoramos cómo se desplazan, pero tengo la impresión de que se instalan en tiendas de campaña dondequiera que vayan.

—Probablemente lo hagan en autocar o en furgoneta —dijo Herbert en tono abatido—. Los comandos terroristas que cuentan con ese número de miembros siguen cierto método para establecer líneas de abastecimiento regulares. Pero con los teléfonos móviles y las mensajerías que tienen servicio nocturno, pueden conseguir lo más imprescindible casi en cualquier parte. ¿Cuántos de sus campos conocemos?

—Sólo los tres que aparecen en este informe —repuso Liz.

Sonó el teléfono. Debía de ser Mónica, para preguntar qué mensajes tenía. No obstante, Liz no pensaba contestar, aunque imaginaba lo furiosa que debía de estar su compañera de apartamento.

—¿Quiénes son sus lugartenientes? —preguntó Herbert—. ¿En quiénes confía?

—Su hombre de confianza es Manfred Piper, que se unió a ella en cuanto acabaron el bachillerato. Parece ser que Doring dirige el aparato militar y Piper se encarga de recaudar fondos y financiar la captación de nuevos miembros.

Herbert permaneció en silencio unos momentos.

—En definitiva, no parece que el informe nos sirva de mucho, ¿verdad?

—Para conocerla a ella es útil —replicó Liz—. Sin embargo, para lograr detenerla, me temo que no.

—En fin, Liz —dijo al cabo de un momento Herbert—, nuestra anfitriona alemana cree que con el robo del tráiler lleno de recuerdos nazis tendrá baratijas que repartir en los Días del Caos, que es como su jueves lardero para alimentar el odio. Si tenemos en cuenta su currículo de atentados contra objetivos políticos, ¿cree usted que todo eso encaja?

—Creo que no enfoca usted de manera acertada la cuestión —lo quiso orientar Liz—. ¿Qué película rodaban?

—*Tirpitz* —contestó Herbert—. Supongo que el título alude al famoso acorazado.

Liz buscó en la base de datos de «Películas en rodaje» un listado de las películas que se hallaban en fase de producción en todo el mundo, facilitado por Web.

—Por supuesto que el rodaje de la película era un objetivo político, Bob. Se trata de una coproducción germano-norteamericana —le hizo saber Liz después de localizar el filme en cuestión.

—Mataban dos pájaros de un tiro: se hacían con las reliquias y atacaban al personal estadounidense —dijo Herbert tras reflexionar un momento.

—Exacto.

—Mire —continuó Herbert—. Voy a hablar con las autoridades alemanas. Incluso puede que asista a alguno de los actos de los Días del Caos.

—Tenga cuidado, Bob —le advirtió Liz—. A los neonazis les importa bien poco que uno vaya en silla de ruedas. Recuerde que es usted… distinto.

—Claro que lo soy, pero no se preocupe. Llámeme al móvil si averigua algo más acerca de esa mujer o de su grupo.

—Descuide —dijo Liz—. Vaya con cuidado.

ONCE

Jueves, 11:52, Toulouse, Francia

La estancia era amplia, oscura y de paredes recubiertas de paneles de madera. Sólo estaba encendida la lámpara de pie contigua a la enorme mesa de despacho, sobre la que no había más que un teléfono, un fax y un ordenador, dispuestos en un apretado semicírculo.

Detrás de la mesa, apenas visibles entre las sombras, había varios estantes con guillotinas en miniatura. Las había de madera y hierro, de cristal, metálicas, e incluso una de plástico que se vendía en Estados Unidos.

La guillotina se utilizó en Francia para ejecutar a los condenados a muerte hasta 1939. El último en morir decapitado en la guillotina fue Eugène Weidmann, en el patio del penal de Saint Pierre, en Versalles.

A Dominique no le gustaban las guillotinas como la que acabó con la vida de Weidmann: con grandes y sólidos cubos para recoger la cabeza, mamparas para proteger a los verdugos de las salpicaduras de sangre y amortiguadores del sonido para que se oyese menos el espeluznante tajo.

A Dominique le gustaban las originales.

Frente a la mesa, en la espectral oscuridad, había una guillotina de 2,5 m de altura utilizada durante la Revolución francesa, sin

restaurar. Los postes estaban oxidados y el montante brillaba, como si el paso de tantos cuerpos hubiese pulido a *madame la Guillotine*.

El filo de la hoja, bloqueada a escasos centímetros del larguero superior, estaba manchado de óxido y de sangre reseca. El cesto de mimbre —también original— estaba muy deteriorado, pero tenía adheridas partículas de la paja utilizada para limpiar la sangre y pelos de las cabezas de los ejecutados.

La guillotina tenía el mismo aspecto que en 1796, cuando le pusieron al condenado el arnés y le sujetaron las piernas con correas de cuero; cuando la *lunette* (la argolla de hierro que impedía que la cabeza se moviese) se ciñó al cuello de su última víctima.

Por más intenso que fuese su pánico, las víctimas no podían ni rebullirse.

En cuanto el verdugo soltaba el muelle, nada podía detener el tajo mortal de la hoja de 35 kg.

La cabeza caía al cesto, el cuerpo era empujado al interior de otro cesto —de mimbre también, pero forrado de piel— y la guillotina quedaba libre para la siguiente víctima.

La ejecución era tan rápida que algunos cuerpos aún pataleaban mientras se vaciaban de sangre por el cuello al ser retirados del cadalso.

Se decía por entonces que, durante varios segundos, el cerebro aún vivo de los decapitados permitía a las víctimas ver los espeluznantes estertores del resto de su cuerpo.

Durante los días más febriles del Terror, el verdugo Charles Henri-Sanson y sus ayudantes ejecutaron a un ritmo de una víctima por minuto. En tres días, guillotinaron a 300 personas, entre hombres y mujeres; a 1300 en seis semanas (importante contribución al total de 2831 ejecutados entre el 6 de abril de 1793 y el 29 de julio de 1795).

¿Qué opinaba usted de eso, amigo Hitler?, se decía Dominique. Las cámaras de gas en Treblinka se concibieron para matar a

doscientas personas en quince minutos; las de Auschwitz, para matar a dos mil.

¿Impresionarían tales cifras al consumado asesino? ¿O torcería el gesto con desdén, por considerarlos unos aficionados?

Dominique estaba orgulloso de poseer aquella guillotina. Detrás, en la pared, tenía enmarcadas páginas de periódicos de la época y grabados, así como documentos originales firmados por Danton y otros líderes de la Revolución francesa. Pero su tesoro más preciado era la guillotina. Incluso con las lámparas del techo apagadas y las cortinas corridas sentía su presencia; la presencia de aquel artefacto que le recordaba que, para alcanzar el éxito, había que tener decisión. Los hijos de los nobles perdieron la cabeza bajo aquel siniestro tajo. Ése fue el precio de la revolución.

Sonó el telefono. Era la línea número tres, una línea privada por la que nunca contestaban sus secretarias. Sólo sus socios y Horne tenían aquel número.

Sentado en su mullido sillón de piel, Dominique se inclinó un poco hacia adelante. Era un hombre alto y desgarbado, de nariz grande, frente abombada y fuerte mandíbula. Su pelo, negro y muy corto, contrastaba con su indumentaria: jersey de cuello vuelto y pantalones, ambos de un blanco deslumbrante.

—Sí —contestó tras pulsar el botón del micrófono.

—Buenos días, Dominique. Soy Jean-Michel.

—Es aún muy temprano —dijo Dominique tras mirar el reloj.

—La entrevista ha sido muy breve, señor.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Dominique.

Jean-Michel le contó lo de la lección que le habían obligado a escuchar, bajo tortura, y que el alemán lo consideraba un igual. También le dijo que había averiguado muy poco acerca de Karin Doring.

Dominique lo escuchó sin hacer el menor comentario y, cuando Jean-Michel hubo concluido, se limitó a interesarse por su estado.

—¿Cómo está su ojo, Jean-Michel? —le preguntó.

—No creo que sea nada grave —repuso Jean-Michel—. Tengo hora esta tarde para el médico.

—Bien —dijo Dominique—. Sabe usted perfectamente que no debió ir sin Henri y sin Yves. Los envié para que lo acompañasen.

—Ya lo sé, señor —reconoció Jean-Michel—, y lo siento. Lo he hecho porque no quería intimidar a Richter.

—Y no lo ha intimidado. —Pese a su tono sereno y al relajado rictus de su ancha boca, los ojos le brillaron de rabia al preguntar—: ¿Está Henri ahí?

—Sí —contestó Jean-Michel.

—Que se ponga —ordenó Dominique—. Y, ah, Jean-Michel, no se le ocurra ir sin ellos esta noche.

—Descuide, señor.

El pequeño Führer *pasa a la ofensiva*, pensó Dominique, y *se dedica a amedrentar a los mensajeros*. La verdad era que no le sorprendía demasiado. La vanidad de Richter lo hacía creer en su propia prensa (su vanidad y el hecho de ser alemán). Era de esa clase de personas que no sabía lo que significaba la humildad.

Henri se puso entonces al teléfono y Dominique habló con él durante unos pocos segundos. Cuando hubieron terminado, Dominique cerró el micrófono y se recostó en el respaldo del sillón.

Aunque Richter era todavía demasiado débil para tener peso en Alemania, tendría que pararle los pies antes de que se fortaleciese. Y había que hacerlo con firmeza y no necesariamente con amabilidad.

El arrogante alemán era todavía el aliado potencial que más interesaba a Dominique, pero si no lograba entenderse con él, llegaría a un acuerdo con Karin Doring.

La alemana era también una persona muy independiente, aunque necesitaba dinero. Y cuando se enterase de lo que le iba a ocurrir a Richter entraría en razón.

La ira que desprendían los ojos de Dominique remitió al mirar la oscura silueta de la guillotina. Al igual que Danton, que empezó su cruzada contra la monarquía como un hombre moderado, Dominique

se radicalizaría. De lo contrario, tanto sus aliados como sus enemigos lo considerarían débil.

No iba a ser fácil escarmentar a Richter sin alejarlo, pero, como dijo Danton en un discurso dirigido al Comité Legislativo de la Defensa en 1792: «¡Fuerza, más fuerza, siempre fuerza!». La fuerza de la guillotina; la fuerza de la convicción. Entonces como ahora, eso era lo que necesitaba el pueblo para hacer la revolución.

Dominique dirigiría una revolución triunfante. Luego, saldaría una vieja deuda, no con Richter sino con otro alemán; un alemán que lo traicionó una noche, hacía mucho tiempo. El hombre que lo había iniciado todo.

Destruiría a Richard Hausen.

DOCE

Jueves, 11:55, Wunstorf, Alemania

La alarma contra incendios instalada en el cuarto de aseo hizo que Jody dejase de gritar.

El humo que había penetrado por la abertura de la ventilación disparó la alarma. El estridente sonido ahogó su pánico, la hizo reaccionar y serenarse.

Quieren volar el tráiler, se dijo.

Al igual que cuando se vio encañonada por la metralleta, Jody sabía que cada instante que pasaba podía ser para ella el último.

Se acercó a la ventana e introdujo la mano a través de los barrotes. Logró forzar los topes de la hoja, apoyó las palmas en el cristal y apretó hacia arriba.

Con la cara pegada a los barrotes, vio que habían introducido en la boca del depósito una mecha, improvisada con trapos retorcidos, que aunque ardía con una débil llama no tardaría en inflamar el combustible.

Jody sacó el brazo por la ventana, pero por más que lo estirase, se quedaba a más de un palmo de la mecha.

¡Oh, no, Dios mío!

Se apartó de la ventana, se retiró el pelo que se le vencía sobre los ojos y miró en derredor. Tenía que haber algo que pudiera utilizar para desprender la mecha. En la cisterna. En el lavabo. Pero nada.

Aunque el lavabo…

No. En el cuarto de aseo no había nada que pudiera utilizar como recipiente.

¡Piensa!, se ordenó.

Se giró lentamente y miró en la ducha. No había toallas de baño. Intentó arrancar el toallero del lavabo, pero no pudo. Entonces reparó en el tubo flexible de la ducha. Abrió el grifo, descolgó el tubo del receptáculo y lo acercó a la ventana. No llegaba, aunque por pocos centímetros.

Al ver que las llamas lamían la boca del depósito, Jody no pudo contener un grito de desesperación. Al momento se sobrepuso, arrancó la toalla del toallero, la empapó de agua en el lavabo y volvió a la ventana.

Jody metió la mano entre los barrotes y dejó caer la toalla. Oyó un siseo y miró hacia afuera. La parte superior de la mecha había dejado de llamear, pero aún ardía por la inferior.

Como no había más toallas, Jody se quitó la blusa y repitió la operación. En este caso, en lugar de soltar la prenda, golpeó con ella la chapa del tráiler y dejó que gotease por la carrocería. Luego, volvió a empapar la blusa y de nuevo golpeó la chapa con más fuerza, hasta conseguir que chorrease un hilillo de agua que apagó la mecha y la hizo humear.

A fragante leña quemada le olió a Jody el humo del chamuscado trapo.

¡A hacer puñetas!, le espetó mentalmente Jody a la mujer que la había dejado allí atrapada. *«No me gusta matar mujeres…». Pues no, zorra, no. ¡Te has quedado con las ganas!*

Jody volvió a esconder el brazo y se puso la blusa mojada. Agradeció el fresquito, al pensar que había estado a punto de achicharrarse.

—Bueno. Ahora toca puerta —dijo con más confianza en sí misma.

De una fuerte patada, desprendió el toallero. Luego, apoyó el hombro en la puerta y logró entreabrirla, lo justo para introducir la

barra del toallero y utilizarla como palanca.

Habían arrimado tantos muebles a la puerta que Jody tardó varios minutos en poder salir.

—¡Te has quedado con las ganas! —gritó con los puños cerrados.

Al darse la vuelta y mirar hacia el interior del tráiler sintió un escalofrío.

¿Y si al no oír la explosión vuelven?, pensó Jody, tan exhausta que tuvo que sobreponerse para correr hasta el otro extremo del tráiler.

Con una rama retiró del depósito el requemado trozo de mecha, volvió a subir al tráiler y se sentó en la cabina.

Jody apretó el encendedor y, mientras esperaba que se calentase, rasgó varios trozos de tela que asomaban de uno de los baúles del tráiler. Cuando el encendedor estuvo al rojo, encendió uno de los trapos y fue hacia el depósito de combustible.

Utilizó uno de los trapos para secar el derredor de la boca del depósito, introdujo otro y dejó colgar la mitad hacia afuera. Entonces con el trapo encendido prendió el trozo de mecha que acababa de improvisar, lo tiró y se alejó del tráiler hacia el bosque.

Había visto la voladura de muchos vehículos en el cine, pero, como era natural, se trataba siempre de voladuras cuidadosamente controladas. Nunca hacían estallar el depósito de combustible.

No tenía ni idea de cuál podía ser la intensidad de la deflagración, del estruendo ni de los destrozos que provocara.

Sólo pensó en taparse los oídos mientras corría.

A los pocos segundos, se oyeron varias explosiones, al reventar la carrocería y los neumáticos. Al instante, la alcanzaron la onda expansiva y el calor de la deflagración, tan intenso que lo notaba bajo la húmeda blusa y en el cuero cabelludo.

Jody se olvidó del calor al ver la lluvia de fragmentos de metal incandescente y cristales que caía a su alrededor. Le recordó la lluvia de fuego de *Los Diez Mandamientos*, y que, al ver la película, hizo que dijera que no había manera de escapar a algo semejante.

La joven se tiró al suelo, se protegió la cabeza con los brazos y escondió el cuerpo entre las rodillas.

Un trozo de parachoques, de considerable tamaño, atravesó la copa de un árbol y se estrelló en el suelo, a un palmo de sus pies.

Jody corrió a refugiarse bajo un roble, confiando en que las ramas le sirvieran de protección, si caían cerca de ella fragmentos más grandes del tráiler.

Se abrazó al tronco llorosa y abatida, como si la hubiesen vaciado de toda su energía. Permaneció allí incluso después de que cesara la abrasadora lluvia, no tanto por temor a moverse como por el incontrolable temblor de sus piernas. No se tenía en pie. Su desfallecimiento fue de tal naturaleza que ni siquiera pudo seguir abrazada al árbol.

Jody trató de sobreponerse. Se alejó del árbol con paso lento y vacilante. Estaba tan agotada y desorientada que optó por descansar. No obstante, aunque la muelle y verde hierba le tentaba a tumbarse allí mismo, optó por encaramarse a un árbol. Se echó sobre dos ramas convenientemente juntas, recostó la cabeza en otra y cerró los ojos.

Me han dejado aquí para que muera, pensó. *Y han matado a otros. ¿Con qué derecho?*

Seguía asustada pero había logrado dominar sus sollozos. Y aunque consciente de su vulnerabilidad, se había dado cuenta de que era capaz de sacar fuerzas de flaqueza y sobrevivir.

No han podido matarme, se dijo.

Se le representó la imagen de Karin como si la tuviese delante; su expresión fría y vivaz. Aquella mujer había despertado en ella un odio profundo. Odiaba su suficiencia, su prepotencia. Una parte de ella clamaba por hacer que aquel monstruo supiese que había estado a punto de arrebatarle la vida pero no su espíritu.

La otra parte de Jody quería dormir. Y al cabo de unos minutos, la mitad que deseaba dormir se impuso, aunque no sin una dura porfía.

TRECE

Jueves, 6:40, Quantico, Virginia

Mike Rodgers no tenía intención de ir a visitar a Billy Squires hasta las siete, pero como poco después de las seis lo llamó Melissa por teléfono, se puso el uniforme, cogió el álbum de cómics (porque algo le tenía que llevar y no le daba tiempo a elegir otra cosa) y salió al momento.

—No ocurre nada grave —le había dicho Melissa al llamarlo— pero ¿podrías venir un poco más temprano? Quiero que veas una cosa.

Melissa no pudo extenderse porque tenía a Billy al lado. De todas maneras, en cuanto Rodgers llegase, lo vería y lo comprendería.

El general detestaba los misterios, por eso, durante los tres cuartos de hora que duró el trayecto, no paró de darle vueltas y de imaginar todo tipo de calamidades (una invasión de hormigas en toda regla, un ataque aéreo a cargo de una escuadrilla de murciélagos o cualquier travesura que hubiese hecho Billy al límite de la barrabasada).

Pero no se trataba de nada de lo que había imaginado.

La base del comando «Striker» estaba en la academia del FBI de Quantico, en Virginia. Los miembros del comando se alojaban en apartamentos de la base, y sus familias en casas de la ciudad.

Melissa y Billy vivían en la casa más grande de las asignadas, muy cerca de la piscina. El reglamento les permitía seguir en la

residencia de Squires hasta que nombrasen un nuevo comandante.

Por lo que a Rodgers concernía, podían ocupar la casa el tiempo que quisieran, y el nuevo comandante alojarse en otra. No pensaba apartar a Billy de sus amiguitos hasta que Melissa lo considerase preparado para afrontarlo.

Además, tal como va la selección, pensó Rodgers tras mostrarle el pase al vigilante de la entrada, *tardaremos siglos en tener un nuevo comandante*. La persona que realmente quería para el puesto, el coronel Brett August, lo había rechazado por dos veces, y probablemente lo volvería a rechazar si de nuevo se lo proponía, como pensaba hacer.

Entretanto, el comandante Shooter, «cedido» por la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews, desempeñaba el cargo con carácter interino.

Aunque Shooter le caía bien a todo el mundo y era un consumado estratega, carecía de experiencia en combate. No había ninguna razón para temer que flaquease, pero tampoco para estar seguro de que estuviese a la altura de las circunstancias.

El delicado equilibrio mundial, que llevó al comando «Striker» a realizar misiones en Corea del Norte y Rusia, no permitía correr riesgos de esa índole.

Rodgers dejó su flamante *Blazer* color rojo manzana en el *parking* y corrió hacia la puerta de la entrada. Melissa la abrió antes de que él llegase. Tenía buen aspecto, y parecía relajada.

La joven viuda era una persona inasequible al desánimo. En vida de Charlie, aunque viera a su esposo caer derrotado en sus batallas en la piscina, hecho polvo en la pista de *hockey* o puesto en evidencia por no encontrar una palabra de siete letras en el Trivial, no perdía jamás la sonrisa.

Tras la muerte de su esposo no se había desmoronado. Se encargaba de organizar las excursiones con las familias de los demás miembros del comando —incluso preparaba los bocadillos—, y procuraba que todo fuese para su hijo lo más normal posible.

Aunque Melissa rara vez dejaba traslucir su tristeza en público, Rodgers imaginaba que habría vertido muchas lágrimas a solas. Pero prefería no hurgar en la llaga.

El general subió ágilmente las escaleras del porche y se abrazaron afectuosamente.

—Gracias por venir, Mike —dijo ella.

—¡Qué bien huele! —exclamó él, sonriente—. ¿Champú de albaricoque?

—Sí.

—Es la primera vez que lo huelo, cosméticamente hablando.

—He decidido cambiar algunas cosas —dijo ella bajando la vista —. Ya sabe…

—Natural —la reconfortó él, que la besó en la frente y pasó al interior.

Resultaba extraño entrar allí por la mañana y no oler al excelente café que Charlie tomaba siempre con el desayuno.

—¿Dónde está Billy? —preguntó Rodgers.

—En la bañera. Quema mucha energía mientras juega en la bañera, y así está luego más tranquilo en el colegio.

Rodgers oyó el ruido del chapoteo que llegaba desde arriba y miró a Melissa.

—¿Síntomas de hiperactividad en el colegio?

—Sólo desde hace unos días —dijo Melissa—. Por eso le he pedido que viniese un poco antes.

La viuda de Squires cruzó el salón y le indicó a Rodgers con un ademán que la siguiera.

Entraron en el cuarto de jugar. Había muchos cuadros en las paredes (grabados de aviones de combate, la mayoría). Encima del televisor, había una fotografía enmarcada de Charlie con un galón negro en un canto, y en la repisa de la chimenea y en los estantes de la librería, varias fotos de la familia.

Rodgers evitó mirar las fotos mientras Melissa lo conducía hasta la consola del ordenador. Dejó el álbum de cómics al lado de la

impresora y ella encendió el ordenador.

—Creí que a Billy podía servirle de distracción pedir la conexión con Internet —dijo ella—. Tiene «mensajería».

—¿Mensajería? —preguntó él.

—¿No irá a decirme que no sabe de qué va?

—Pues no —reconoció el general—. No estoy muy al día en actividades tan sedentarias como la tecnología punta.

—Es un menú que permite a los usuarios un acceso relativamente sencillo a los archivos de texto de Internet.

—¿Como si fuese el fichero de una biblioteca pública?

—Más o menos —dijo Melissa, sonriente—. Existe una cadena de conexiones, organizada por Web, que permite a los niños que se han quedado huérfanos hablar entre sí. No caben discriminaciones por cuestiones de raza, por ejemplo, porque no se ven las caras. Billy conectó con la red, y comunicó con varios chicos estupendos que tenían mucho en común con él. No obstante, anoche, uno de ellos, un chico de doce años llamado Jim Eagle, invitó a Billy a una multiconferencia en un emplazamiento electrónico llamado «Centro de Mensaje».

El ordenador emitió un zumbido y Melissa se inclinó hacia el teclado. Activó la comunicación con el «Centro de Mensaje» y, en cuanto ésta se hubo establecido, Rodgers adivinó de qué iba a tratarse el «mensaje».

La S del logotipo del «Centro de Mensaje» aparecía con el característico reborde de las fotografías movidas, de tal manera que semejaba el logotipo de las SS nazis.

Melissa tecleó para que apareciese la «LPF» (la «Lista de Preguntas Frecuentes»), incluida entre las opciones de la barra del menú para facilitar el manejo a los recién incorporados a la red. Rodgers la leyó con expresión de repugnancia.

La primera pregunta tenía que ver con «Netiquette» (la que incluía los términos apropiados para referirse a negros, judíos, homosexuales, mexicanos y otras minorías). La segunda, daba una

lista de las diez figuras de la Historia más importantes, con una breve relación de sus logros. Adolf Hitler era el primero de la lista, en la que figuraban el asesinado líder nazi norteamericano George Lincoln Rockwell; James Earl Ray, asesino de Martin Luther King; el general de caballería de los confederados Nathan Bedford Forrest; y un personaje de ficción, Simon Legree, capataz encargado de vigilar a los esclavos en *La cabaña del tío Tom*.

—Como es natural, Billy no sabe nada de estas cosas y, por lo tanto, sigue a ciegas la conversación con Jim Eagle —le explicó Melissa—. Y ese muchacho (si es que de un muchacho se trata, cosa que dudo) se dedica a localizar a chicos que se sienten solos y desgraciados, y trata de captarlos para el movimiento.

—Por el procedimiento de proporcionarles una nueva figura paterna o materna —dijo Rodgers.

—Exacto —convino Melissa, que se extendió entonces en detalles sobre las conversaciones de su hijo con el supuesto Jim Eagle.

Había modelos de cartas, breves y con muchas faltas de ortografía, para expresar odio a individuos o grupos concretos. También aparecían viejas canciones con la letra cambiada, con el mismo fin: alimentar el odio. Llegaban al extremo de difundir instrucciones para matar y disecar a una mujer negra.

—Esto es lo que Billy vio —dijo Melissa, que señaló a la impresora muy seria pero sin alterarse—. Incluso le han enviado bocetos. Lo he dejado ahí, como si no le diera importancia. No he querido asustarlo.

Rodgers miró la bandeja de la impresora y vio la copia en color. Era una fotografía de un cuerpo deshuesado, visto desde arriba y de costado, con instrucciones y flechas indicadoras. Parecía tomada en un depósito de cadáveres.

Más de una vez, se le había revuelto el estómago al general ante las carnicerías de los frentes de batalla, pero las atrocidades de la guerra eran anónimas, y aquello, en cambio, era personal, puro sadismo.

Le daban ganas de hacer pedazos el Primer Mandamiento, pero se contuvo al comprender que con eso no haría sino ponerse al mismo nivel que aquellos mal nacidos.

Rodgers cogió la hoja de papel, la dobló y se la guardó en un bolsillo del pantalón.

—Les pediré a los informáticos del Centro de Operaciones que le echen un vistazo a esto —dijo Rodgers—. Disponemos del programa «Samson», que utilizamos para detectar determinados *software*. Quizá podamos detenerlos.

—Volverán a empezar —le previno Melissa—. Además, esto no es lo peor.

Melissa tecleó unos dígitos, activó una opción de la red Web y se detuvo en una breve secuencia de videojuego, que se repetía cada quince segundos.

En la imagen aparecía un individuo que, con un lazo de nudo corredizo, perseguía a un hombre de raza negra por el bosque. Para dar caza a su presa, tenía que saltar o esquivar los cadáveres de los negros linchados. Encima de la viñeta había un rótulo que decía:

TENEMOS UN LAZO PARA TI. APARECERÁ DENTRO DE NUEVE HORAS Y VEINTE MINUTOS. ¡HACHEBÉ ORGANIZA UNA EJECUCIÓN PÚBLICA! ¡Y HABRÁ MÁS!

—¿Tiene idea de quién es Hachebé? —preguntó Mike.

—Sí —contestó una voz a sus espaldas—. Me lo dijo Jim.

Rodgers y Melissa se giraron y vieron a Billy, que se acercó a ellos alegremente.

—Hola, Billy —lo saludó Rodgers.

Billy correspondió al saludo. Mike se agachó y se abrazaron.

—Buenos días, general Rodgers —contestó Billy—. Hachebé es h y b, las iniciales de Hermandad Blanca. Dice Jim que quieren acabar con todos los demás.

—Entiendo —dijo Rodgers, que se acuclilló junto al niño—. ¿Y a ti qué te parece eso?

—No sé —repuso Billy encogiéndose de hombros.

—¿No sabes? —exclamó Melissa.

—Bueno —dijo Billy—. Anoche, al ver la foto, pensé que habían matado a papá, y me quedé muy triste.

—Ya veo que lo entiendes —lo consoló Rodgers—. Esas personas son malas, malas de verdad. La mayoría de la gente no cree que sean capaces de hacer cosas tan horribles.

—Dice Jim que la gente sí que lo cree, pero que no lo quiere reconocer.

—Eso no es cierto —dijo Rodgers—. Todo el mundo le tiene manía a algunas cosas, como a los perros que ladran o a las alarmas de los coches. Incluso odian a algunas personas: a un jefe, a un vecino o…

—Papá odiaba a los que toman café soluble —explicó Billy—. Decía que eran unos «pedrestes».

—Pedestres —lo corrigió Melissa, que desvió la mirada y frunció los labios.

—Estoy seguro de que papá no los odiaba de verdad, Billy —dijo Rodgers, sonriente—. A veces utilizamos palabras demasiado alegremente, que no significan lo que queremos decir. Lo importante es que sepas que Jim está equivocado. Entre mis amistades no hay nadie que odie a grupos de personas. Los chicos como Jim disfrutan humillando a los demás. Tiene que odiar. Es como una enfermedad; una enfermedad mental. Puede darles por odiar a los inmigrantes, o a quienes profesan una religión distinta; a quienes tienen el pelo de otro color; a los que son más bajitos, o a quienes prefieren las hamburguesas a las salchichas.

A Billy se le escapó la risa.

—Lo que trato de explicarte —prosiguió Rodgers— es que esas personas son malas, y que no debes creer nada de lo que te digan. Tengo libros y vídeos de personas como Winston Churchill, Frederick Douglas y el Mahātmā Gandhi.

—Mahātmā… ¡Qué nombre más raro! —exclamó el pequeño.

—Podrá sonarte raro —le empezó a explicar Rodgers—, pero sus ideas eran muy buenas. Todos esos hombres decían cosas maravillosas. La próxima vez te traeré algunos de sus libros y los leeremos juntos.

—¡Qué bien! —exclamó Billy.

Mike Rodgers se incorporó y señaló con el pulgar a la impresora con expresión de asombro. El melenudo «Superman» de moda ya no parecía tan negativo.

—Hoy sólo te he traído unos cómics —pareció lamentarse Rodgers—. Es un álbum de «Batman». La próxima vez te conseguiré uno de Gandhi.

—¡Muchas gracias! —dijo Billy, que al ver que su madre asentía con la cabeza, se apresuró a coger el álbum de «Batman».

—Bueno. Podrás leerlos a la salida del colegio —terció Melissa después de hojear el álbum superficialmente.

—Eso es —secundó Rodgers—. Ahora, si no tardas en arreglarte, te llevaré al colegio en el coche. Podemos parar en el hostal a desayunar. A lo mejor, incluso, nos da tiempo para jugar una partida de videojuego en la máquina. Serás la primera persona en ir a todo gas en mi nuevo *Blazer*.

—¡Oh, sí! —exclamó, entusiasmado, el pequeño—. En la máquina del hostal tienen un videojuego chulísimo.

—Muy bien —dijo Rodgers.

Billy amagó un saludo militar, volvió a dar las gracias por el álbum y echó a correr hacia la escalera.

—Estoy en deuda con usted —dijo Melissa.

La joven viuda posó la mano en la muñeca de Rodgers, la ciñó con fuerza y lo besó en la mejilla.

Pillado por sorpresa, el general se ruborizó, desvió la mirada y se soltó del apretón con la intención de subir al cuarto de Billy.

—Mike —lo llamó Melissa.

Rodgers se detuvo y se dio la vuelta.

—No lo interprete mal —continuó ella—. Es que yo también me siento muy ligada a usted. Hemos pasado mucho juntos… No se puede evitar.

El rubor del general se intensificó. Hubiese querido decirle cuánto los quería él —tanto como quiso a Charlie—, pero se abstuvo. En aquel instante, no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos.

—Gracias —se limitó a decir Rodgers, sonriente.

Billy bajó como una exhalación y el general lo siguió, como una pajita atrapada en un torbellino. Cruzó el salón a la carrera, dispuesto a cargar con la mochila y con el apetito de su joven amigo.

—¡Nada de golosinas, general! —advirtió Melissa al verlos enfilar hacia el aparcamiento—. ¡Y no deje que se excite demasiado con el videojuego!

CATORCE

Jueves, 8:02, Washington, D.C.

La senadora Barbara Fox y sus secretarios llegaron a la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews en el Mercedes de la senadora.

El secretario Neil Lippes iba sentado detrás, junto a la senadora. El subsecretario, Bobby Winter, iba al volante y tenía un maletín en el asiento del acompañante.

Llegaron con excesiva antelación a la reunión de las 8:30, tal como educadamente les informó el vigilante antes de autorizar la entrada del vehículo.

—Al contrario —replicó la ya canosa senadora a través de la ventanilla—. Llevamos veinticinco millones de dólares de retraso.

El vehículo enfiló hacia un edificio de aspecto corriente, de dos plantas, situado junto al pabellón de los pilotos de la Reserva Naval.

Durante la «guerra fría», aquel edificio de color marfileño lo utilizaron las tripulaciones que, en caso de ataque nuclear, tenían encomendado evacuar de la capital a los miembros clave del gobierno.

Ahora, tras una operación de cirugía plástica que costó cien millones de dólares, el edificio era el cuartel general del Centro de Operaciones y sede del Centro de Crisis Nacionales (CECRIN).

Los 78 funcionarios fijos que trabajaban allí eran destacados expertos en táctica y logística, militares, diplomáticos, analistas de información, informáticos, sicólogos, expertos en reconocimiento,

expertos en medio ambiente, abogados y expertos en relaciones con los medios informativos.

El CECRIN compartía otros 42 funcionarios de apoyo con el Ministerio de Defensa y con la CIA, y mandaba el comando «Striker» de intervención táctica.

Como sus compañeros del Senado —siempre tan preocupados por el presupuesto— no dejaban de recordarle, la senadora Fox intervino en la redacción del proyecto de constitución del CECRIN. Incluso durante una temporada fue su principal valedora. En principio, el Centro de Operaciones se concibió como enlace y apoyo para la CIA, el Departamento de Seguridad Nacional, la Casa Blanca, los Ministerios de Exteriores y de Defensa, el SID, la Agencia Nacional de Reconocimiento y el Centro de Análisis de Inteligencia y de Amenazas Potenciales. No obstante, después de una eficaz operación en Filadelfia (con rescate de rehenes de por medio) que los mentecatos del FBI les pasaron como quien pasa una patata caliente y de descubrir y desactivar un intento de sabotaje contra la lanzadera espacial, el Centro de Operaciones se ganó la consideración de *primum ínter pares* respecto de similares organismos.

Lo que se concibió como un centro de información, tenía ahora capacidad para controlar, promover y ejecutar operaciones en todo el mundo.

Nuevas prestaciones conllevaron un nuevo presupuesto de 61 millones de dólares, o sea, un 43% superior al del segundo año, que sólo creció un 8% en relación al primer año.

Y ése era un presupuesto que la senadora californiana de 52 años, que cumplía su cuarto mandato, no estaba dispuesta a aprobar, con las elecciones para su escaño en puertas, y menos aún teniendo, como tenía, amigos en la CIA y en el FBI que clamaban por un aumento porcentualmente igual.

Barbara Fox era una vieja amiga de Paul Hood que no vaciló en aconsejar al presidente que nombrase a Paul director del Centro de

Operaciones. Pero tanto Paul Hood como su adjunto, Mike Rodgers, iban a tener que frenar su escalada de operaciones mucho más de lo que ya temían.

Winter aparcó detrás de una enorme jardinera que parecía ejercer de barricada contra potenciales atentados terroristas con coches-bomba.

La senadora y sus secretarios bajaron del vehículo y cruzaron el sendero de pizarra flanqueado de césped. Cuando llegaron a la puerta de cristal, una cámara de vídeo los filmó. Al cabo de un instante, una voz de mujer que les llegó a través del altavoz contiguo a la cámara los autorizó a entrar. Se oyó un zumbido electrónico y Winter abrió la puerta.

Dos agentes armados los saludaron. Uno estaba junto al mostrador de seguridad y el otro detrás del cristal a prueba de balas. El agente que estaba fuera de la garita examinó las acreditaciones, pasó un detector de metales por el maletín y les indicó que podían bajar a administración.

Al fondo del pasillo había un ascensor, junto al que montaba guardia un tercer agente armado.

—Me parece que ya sé cómo recortar unos cincuenta mil dólares del presupuesto —le dijo Barbara a Neil mirando al agente.

Winter y Lippes se echaron a reír, y a continuación bajaron los tres en el ascensor hasta la planta baja, corazón del Centro de Operaciones.

Al salir se toparon de nuevo con los de seguridad (una agente, en este caso).

—Setenta y cinco mil dólares —les dijo Barbara a sus secretarios.

Tras comprobar las acreditaciones, la agente les indicó que pasasen a la sala de espera. La senadora la fulminó con la mirada.

—Estamos aquí para ver al general Rodgers, no para que nos haga esperar a su antojo.

—Lo siento, senadora, pero no está.

—¿Que no está? —exclamó Barbara Fox mirando el reloj—. ¡Por Dios! —añadió con un resoplido de exasperación—. Creía que el general Rodgers vivía aquí. ¿Lleva teléfono en su coche?

—Sí, senadora.

—Pues llámelo, por favor.

—Lo siento —replicó la agente—. No tengo el número. El señor Abram sí lo tiene.

—¡Pues llame al señor Abram! —le espetó Barbara—. Dígale al señor Abram que queremos verlo. Y dígale también que no nos gusta hacer antesalas.

La agente marcó el número del ayudante del director adjunto. Aunque oficialmente su turno terminaba a las seis de la mañana, podía tomar ciertas iniciativas en ausencia de su superior.

Mientras la agente esperaba que contestase el teléfono, se abrió la puerta del ascensor y apareció la oficial de asuntos políticos y económicos, Martha Mackall. Pese a sus 49 años y a su cara de madrugón, aquella mujer de color aún se conservaba bien.

Martha cambió de expresión en cuanto vio a Barbara.

—¡Senadora Fox! —exclamó, radiante—. ¿Qué tal está usted?

—Furiosa —contestó Barbara Fox.

Se estrecharon la mano, y Martha miró a la joven agente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Creía que ese Superman no necesitaba dormir —contestó la senadora.

—¿Superman? —dijo Martha.

—El general Rodgers.

—Ah, ya —exclamó Martha, que rió—. Dijo que esta mañana iba a pasar a ver a los Squire.

—A cuidar del chico, supongo yo —dijo la senadora.

La agente desvió la mirada, algo violenta. Martha señaló hacia el pasillo.

—¿Por qué no lo espera en mi despacho, senadora Fox? Pediré que les traigan café y *croissants*.

—*¿Croissants?* —exclamó, sonriente, la senadora—. Setenta y cinco mil y unos cuantos billetes de cien, Neil.

Los secretarios volvieron a reírle la gracia, y Martha rió también. La senadora sabía que Martha no tenía ni idea de qué iba la cosa, y de que sólo trataba de ser agradable. No había nada malo en ello, pensó la senadora Fox, aunque no cuadraba con la personalidad de Martha, a quien nunca tuvo por persona con sentido del humor.

—¿Qué tal van las cosas en la Comisión del Senado para la Supervisión de los Servicios de Inteligencia? —preguntó Martha mientras se adentraban por el alfombrado pasillo—. Parece que la incursión del comando «Striker» en Rusia no ha tenido repercusiones negativas.

—Habida cuenta de que el «Striker» evitó un golpe de Estado, no me sorprende —replicó la senadora Fox.

—Ni a mí tampoco —dijo Martha.

—Lo último que he sabido —continuó la senadora— es que el presidente Zhanin comentó a sus hombres de confianza en el Kremlin que pensaba colocar una placa en el puente cuando lo reconstruyan, en honor al teniente coronel Squires.

—Sería maravilloso —dijo Martha, sonriente.

Al llegar a la puerta de su despacho, Martha introdujo el código en el teclado del marco de la puerta, que se abrió enseguida.

Martha les cedió el paso a los tres, y antes de que le diese tiempo a ofrecerle asiento a la senadora, apareció Bill Abram.

—Buenos días a todos —saludó el jovial y bigotudo oficial—. Sólo quería decirles que el general Rodgers ha telefoneado hace un minuto, desde el coche, para decir que llegará un poco más tarde.

La adusta expresión de la senadora acabó de agriarse.

—¿Algún problema con el coche? —preguntó Barbara Fox con el entrecejo fruncido.

Martha se echó a reír.

—Caravana —dijo Abram—. No creía que el tráfico estuviese tan mal a estas horas.

La senadora Fox se sentó en un mullido sillón. Sus secretarios se quedaron de pie, detrás.

—¿Y no ha dicho el general *por qué* ha salido tan tarde? Sabía que estaba citado conmigo.

—Sí lo recordaba, sí —contestó Abram, que torció ligeramente el gesto—. No obstante… verá… me ha pedido que le comunique que ha quedado atrapado en una simulación de combate con efectivos del «Striker».

—No tenía previsto ningún ejercicio de simulación de combate para esta mañana —terció Martha fulminándolo con la mirada—. Ni se ha entretenido jugando en la piscina… —añadió, ceñuda.

—No, no —le aseguró Abram jugueteando distraídamente con las puntas de su pajarita—. Ha sido algo… imprevisto, fuera de programa.

—Esperaré —dijo la senadora Fox contrariada.

Bobby Winter seguía con el maletín en la mano. Al oír a la senadora optó por dejarlo en el suelo, junto al sillón.

—Esperaré —repitió Barbara Fox—, porque lo que debo comunicarle no puede esperar. Pero le prometo que, cuando llegue, el general Rodgers va a encontrarse con un Centro de Operaciones muy distinto al que dejó anoche —añadió, tiesa como un palo—. Muy distinto de hoy en adelante. Y para siempre.

QUINCE

Jueves, 14:10, Hamburgo, Alemania

El grupo de Paul Hood salió del restaurante a las 13:20. Bob Herbert pidió que lo dejasen en el hotel, para seguir con sus llamadas acerca del atentado ocurrido en el lugar del rodaje de *Tirpitz*.

Luego, el grupo fue a la planta *Hauptschlüssel* de Martin Lang, situada en un pintoresco paraje de Gluckstadt, a treinta minutos en coche al noroeste de Hamburgo.

Al igual que Hamburgo, la ciudad estaba a orillas del Elba, pero, a diferencia de Hamburgo, era una ciudad muy apacible y típica del Viejo Mundo, el último lugar en el que Hood podía esperar encontrar una moderna factoría de microchips. El edificio semejaba una pirámide truncada, recubierta de arriba abajo de oscuros espejos.

—Un alarde invisible —dijo Stoll.

—No es mala descripción —corroboró Lang—. Se diseñó para reflejar el entorno, no para alterarlo.

—Después de ver hasta qué punto lo contaminaron todo los comunistas en la Alemania del Este (el aire, la belleza y la propia guerra), nos propusimos diseñar edificios que, además de complementar el entorno, resultasen gratos a los empleados —terció Hausen.

Hood reconoció para sus adentros que, a diferencia de los políticos estadounidenses, Hausen no utilizaba relamidos latiguillos para consumo del electorado.

El interior de la pirámide estaba dividido en tres plantas, muy bien iluminadas y despejadas, destinadas a otras tantas naves. La planta principal estaba dividida, a su vez, en tres secciones. Nada más entrar, había un amplio espacio con varios cubículos en los que los empleados trabajaban ante sendas consolas de ordenador. A la derecha se alineaban varios despachos, y al otro lado de la sección, detrás de los cubículos, había una estancia esterilizada. En esta estancia, tras un tabique de cristal, operarios de ambos sexos con bata blanca de laboratorio, gorro y mascarilla trabajaban en un complejo proceso de fotorreducción. Cianotipos de tamaño normal quedaban convertidos en microchips y circuitos impresos.

Aunque sin perder su afabilidad, Lang estaba visiblemente afectado por el atentado terrorista al rodaje de *Tirpitz*.

—Los empleados trabajan de ocho a cinco —explicó Lang—, con dos descansos de media hora y uno de sesenta minutos. Tenemos gimnasio y piscina en el sótano, así como pequeñas habitaciones, con cama y ducha para quienes deseen descansar o refrescarse.

—No quiero ni imaginar lo que ocurriría en Washington si hubiese camas y duchas en los lugares de trabajo —dijo Stoll—. Nadie daría ni golpe.

Después de mostrar a sus invitados la primera planta, cuyo espacio útil quedaba muy reducido por los elementos arquitectónicos del sostén de la estructura, Lang los condujo a la segunda.

Nada más llegar, sonó el teléfono móvil de Hausen.

—Podría tratarse de alguna noticia sobre el atentado —dijo el viceministro, que se alejó discretamente hacia un rincón.

Mientras Hausen hablaba por teléfono, Lang les mostró a los estadounidenses el automatizado proceso de fabricación de los microchips.

Stoll se rezagó del grupo para estudiar los paneles de control y vigilancia, mientras las cámaras de fotorreducción y las selladoras hacían el trabajo que antes realizaban expertas manos. Dejó su mochila encima de una mesa y empezó a charlar con una operaria,

que utilizaba un microscopio para el control de calidad de los microchips.

Stoll le preguntó a la operaría si podía mirar a través del microscopio. Ésta dirigió la vista hacia Lang, que asintió con la cabeza. Stoll echó un vistazo y felicitó a la mujer por el impecable aspecto que tenía el microchip a través de la lente.

Cuando hubieron terminado de visitar la segunda planta, el grupo fue hasta el ascensor, a esperar a Hausen.

El viceministro seguía enfrascado en su conversación telefónica, aunque apenas hacía más que escuchar a su interlocutor.

Entretanto, Stoll le echó una ojeada a la mochila y se la volvió a colgar del hombro. Se unió de nuevo al grupo y le sonrió a Hood, que le guiñó el ojo.

—Siento no poder llevarlos a los laboratorios de la tercera planta —se excusó Lang—. Allí es donde se lleva a cabo la labor de investigación y desarrollo de nuevos productos. Yo no tendría inconveniente —añadió mirando a Stoll—, pero los accionistas armarían un escándalo. Lo cierto es que trabajamos en una nueva tecnología que revolucionará la industria.

—Comprendo —dijo Stoll—. Por casualidad, ¿esa nueva tecnología no tendrá algo que ver con los corpúsculos cuánticos y con el principio de superposición de la mecánica cuántica?

Lang palideció. Se quedó sin habla.

—¿Verdad que le dije que haríamos migas a quienes atrapásemos con las manos en la masa? —le recordó Stoll, sonriente.

Lang asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Pues bien, señor Lang —dijo Stoll dándole una palmadita a la mochila—. Le aseguro que no exageraba.

A Hausen acababa de venírsele el mundo encima. Seguía al teléfono, en un rincón de la planta. Era una voz del pasado la que oía, de un pasado que lo atormentaba. No podía creer que fuese real.

—Hola, *Haussier* —lo saludó la voz con fuerte acento francés.

Su interlocutor utilizaba el apodo que tan bien le cuadraba a su apellido, inspirado en Haussier, el famoso agente de Bolsa. Muy pocas personas sabían que así era como lo llamaban en sus tiempos de estudiante de ciencias económicas en la Sorbona.

—Hola —correspondió Hausen en tono receloso—. ¿Quién es?

—Tu amigo y condiscípulo, Gérard Dupré —dijo su interlocutor en tono susurrante.

Hausen se quedó blanco como la cera. Era una voz menos arrogante y enérgica de lo que él recordaba. Pero sí podía ser la de Dupré, pensó. Por un instante, Hausen no supo qué decir. Un tropel de imágenes y rostros se agolpó en su mente.

—Sí, soy Dupré —continuó su interlocutor—, el hombre al que amenazaste; el hombre a quien advertiste que se abstuviese de volver. No obstante, he vuelto, como Gérard Dominique, el revolucionario.

—No eres tú —dijo Hausen.

—¿Quieres que te dé el nombre del café? ¿O el de la calle? —casi le amenazó Gérard con aspereza—. ¿O acaso los nombres de las chicas?

—¡No! —le espetó Hausen—. ¡Fuiste tú quien lo hizo, no yo!

—Si tú lo dices…

—¡No! ¡Es que es la verdad!

—Si tú lo dices… —repitió Gérard.

—¿Cómo has conseguido este número?

—No hay nada que no pueda conseguir —dijo Gérard—. Ni nadie con quien yo no pueda comunicar.

—¿A qué viene dar señales de vida ahora? —preguntó Hausen—. Han pasado quince años.

—Apenas un instante para los dioses —contestó Gérard, que soltó una risa—. Los dioses… que, por cierto, son quienes van a juzgarte ahora.

—¿Juzgarme? —exclamó Hausen—. ¿A santo de qué? ¿Por decir la verdad acerca de tu crimen? Hice lo debido.

—¿Lo debido, imbécil? Lealtad. *Haussier*, lealtad. Ésa es la clave de todo. Lealtad, a las duras y a las maduras. Lealtad en vida y lealtad en el momento de la muerte. Es una de las cosas que distingue a los humanos de los infrahumanos. Y en mi deseo de eliminar a los infrahumanos, *Haussier*, me propongo empezar por ti.

—Eres tan monstruoso ahora como antes —le espetó Hausen, al que le sudaban tanto las manos que tenía que sujetar el teléfono con fuerza para que no se le resbalase.

—Ahora lo soy más —dijo Gérard—, mucho más. Muchísimo más. Porque ahora no sólo tengo el deseo de hacer mi voluntad, sino que dispongo de los medios para conseguirlo.

—¿Tú? Los medios los conseguiría tu padre, en todo caso.

—¡Los conseguí yo! —replicó Gérard, furioso—. Yo. Todo es mío. Todo lo que tengo lo he ganado con mi esfuerzo. Mi padre tuvo suerte después de la guerra. Por entonces, todo el que tenía una fábrica se enriquecía. Pero no. Era tan imbécil como tú, *Haussier*, aunque, por lo menos, él tuvo la buena ocurrencia de morir.

Esto es un despropósito, pensó Hausen.

—Mira, Dupre —dijo Hausen—, ¿o debo llamarte Dominique? No sé dónde paras ni qué es de ti. También yo soy más de lo que era. Muchísimo más. No soy el estudiante universitario que conociste.

—Ah, ya lo sé —exclamó Gérard, que prorrumpió en una carcajada—. He seguido tu carretón, cada uno de tus pasos: tu ascenso hasta el gobierno, tu campaña contra los grupos xenófobos, tu matrimonio, el nacimiento de tu hija y tu divorcio. Por cierto, tu hija es una muchacha encantadora. ¿Qué tal le va con el *ballet*?

—Hazle el menor daño y te juro que te mato —le espetó Hausen crispando la mano en el teléfono.

—Qué poco apropiada es esa brusquedad para un político —replicó Gérard—. Bien mirado, por cierto, eso es lo hermoso de la

paternidad. Si te amenazan a un hijo, todo lo demás no importa: ni el dinero, ni la salud…

—Contra mí puedes hacer lo que te venga en gana —dijo Hausen.

—Lo sé, *Haussier*. La verdad es que he procurado mantenerme alejado de las adolescentes. Ya sabes que crean muchos problemas.

Aunque Hausen miraba a las baldosas del suelo, lo que veía era al joven Gérard Dupré, airado, violento, lleno de un odio incontenido. No iba a dejarse dominar por la ira y ponerse a su nivel; ni siquiera para replicar a amenazas dirigidas contra su hija.

—De manera que pretendes juzgarme, ¿no es eso? —dijo Hausen, esforzándose por conservar la calma—. Pues bien: por más que me hundas, más te hundirás tú.

—Lo dudo —replicó Gérard—. Verás, he interpuesto muchas capas de solícitos y leales empleados entre yo y mis actividades. Es más: he forjado un imperio de servidores que piensan como yo. Uno de ellos se consagró a seguir la vida y milagros de Richard Hausen. Ya no está con nosotros, pero me proporcionó muchos datos acerca de ti.

—Aún existen leyes —le recordó Hausen—. Hay muchas maneras de ser cómplice de un delito.

—Quién mejor que tú para saberlo, ¿verdad? —ironizó Gérard—. En cualquier caso, el tiempo ha hecho que lo de París haya prescrito. La ley no puede pedirnos cuentas ni a ti ni a mí, pero imagina lo que supondría para tu imagen que la gente lo supiera. Cuando empiecen a aparecer fotografías de aquella noche…

¿Fotografías?, pensó Hausen. ¿Pudo haberlos captado la cámara?

—Sólo quería que supieras que me propongo hundirte —lo amenazó Gérard—. Quiero que lo tengas en cuenta, y que sufras con la espera.

—No te preocupes, que encontraré el medio de evitarlo —dijo Hausen.

—Puede —reconoció Gérard—, pero no te olvides de esa muchachita de trece años que baila tan bien. Aunque yo jurase apartarme de las adolescentes, muchos miembros de mi grupo…

Hausen cortó la comunicación, se guardó el móvil en el bolsillo y se giró. Esbozó una trémula sonrisa y le preguntó a un empleado dónde estaban los servicios. Luego, le indicó a Lang con un ademán que condujese al grupo abajo, sin esperarlo a él. Necesitaba estar solo un rato para reflexionar y decidir lo que tenía que hacer.

Ya en los servicios, Hausen se dirigió al lavabo y se tiró agua por la cara y dejó que se deslizase por ella lentamente. Luego, se llevó las manos al rostro.

Gérard Dupré.

Había confiado en no volver a oír jamás aquel nombre. Correspondía a alguien a quien no quería ver ni en pintura.

Pero había vuelto. Y su vuelta lo obligaba a volver también a él (de nuevo a París, de nuevo a la noche más negra de su vida; de nuevo a merced del temor y del remordimiento que tanto tiempo tardó en ahuyentar).

Al viceministro se le saltaron las lágrimas; lágrimas de temor y… de vergüenza.

DIECISÉIS

Jueves, 8:16, Washington, D.C.

Después de dejar a Billy en el colegio, Mike Rodgers se permitió unos minutos de respiro.

El electrizante videojuego de la máquina del hostal lo había excitado demasiado. Cuando se hubo sosegado un poco, llamó desde el coche a Darrell McCaskey. El oficial de enlace con el FBI del Centro de Operaciones había salido ya a realizar sus gestiones de calle. Rodgers lo localizó en el teléfono de su coche. No le hubiese sorprendido al general cruzarse con él mientras hablaban.

Rodgers empezaba a creer que la moderna tecnología no era más que un truco de avispados industriales para vender dos cajitas de lata y una varita de metal por miles de dólares. Claro que las cajitas de marras iban equipadas con transformadores del sonido que alteraban la voz que salía por un extremo y la normalizaban al llegar al otro. Si se producía un cruce, el involuntario intruso no oiría más que ruido.

—Buenos días, Darrell —dijo Rodgers.

—Buenos días, general —correspondió McCaskey con su adormilada voz de por las mañanas—. No me pregunte por el partido de voleibol de anoche. Los del DOD nos dieron una paliza.

—No se lo voy a preguntar —le comunicó Rodgers—. Lo que quiero es que me compruebe una cosa. ¿Ha oído hablar de un grupo llamado Hachebé, acrónimo de las siglas de Hermandad Blanca?

—Sí. No vaya a decirme que le ha llegado el soplo sobre «Baltic Avenue». Pasa por ser algo de alto secreto.

—No —dijo Rodgers—. No tenía ni idea.

No es que McCaskey utilizase mal las preposiciones, no. Es que «Baltic Avenue» era el nombre en clave de las operaciones contra amenazas interiores. Estaba sacado del juego del Monopoly. «Baltic Avenue» era la primera casilla después de *Go*, o sea, el principio de una misión. Los códigos cambiaban cada semana, y todos los lunes por la mañana, McCaskey le comunicaba a Rodgers el nuevo código. En los últimos meses sus predilectos códigos de inicio de misión eran «Moses», inspirado en *Let my people go*, y «Peppermint Lounge», nombre de una discoteca que se hizo célebre en los años 60.

—¿Va dirigida contra Hachebé la operación «Baltic Avenue»? —preguntó Rodgers.

—No —contestó McCaskey—. Por lo menos, no directamente.

La prudencia aconsejaba a McCaskey no preguntarle más acerca de aquella misión concreta. Aunque la línea telefónica tuviese un deformador del sonido, sólo era eficaz contra los cruces. La línea podía estar «pinchada» o podían producírsele interferencias (varios grupos racistas poseían equipos de alta tecnología).

—¿Qué sabe acerca de Hachebé? —preguntó Rodgers.

—Son de cuidado —dijo McCaskey—. Tienen campamentos paramilitares en el sudeste, sudoeste y noroeste. Ofrecen casi de todo: desde clases para hacerse sus propias balas hasta actividades extraescolares para captar jóvenes miembros. Publican el semanario clandestino *Pührer* (como *Führer* pero con pe), que dispone incluso de agencias informativas y de promoción en Nueva York, Los Angeles y Chicago. También patrocinan un popular grupo de *rock* llamado Awed (All White Electric Dudes).

—Y están conectados a Internet —completó la descripción Rodgers.

—Ya lo sé. ¿Desde cuándo se dedica usted a escudriñar en Internet? —preguntó McCaskey.

—Yo no me dedico a eso —dijo Rodgers—, pero el hijo de Charlie Squires sí. Conectó con un juego de rol que ofrece participar en el linchamiento de negros.

—Qué asco.

—Repugnante —refrendó Rodgers—. Cuénteme todo lo que sepa de ese grupo.

—Es una curiosa coincidencia que me lo pregunte —se extrañó McCaskey—. Ahora mismo acabo de hablar con un amigo alemán de la Sociedad para la Protección de la Constitución, con sede en Düsseldorf. Están muy preocupados por los Días del Caos, durante los que se reúnen todos los neonazis (los que están en la clandestinidad aparecen en público y los «legales» se ocultan. Ya sabe de qué va).

—No estoy muy seguro de saberlo —dijo el general.

—Como las organizaciones neonazis son ilegales —empezó a explicar McCaskey—, los hitlerianos conocidos no pueden reunirse en público. Por eso lo hacen en cuadras, bosques o fábricas abandonadas. Los que pasan por meros activistas políticos, aunque aboguen por doctrinas neonazis, pueden reunirse en público.

—Entiendo —dijo Rodgers—. Pero ¿por qué no vigilan a los presuntos hitlerianos?

—Cuando la policía los localiza sí que los vigilan —explicó McCaskey—. Es más: algunos, como por ejemplo un tal Richter, han pasado cierto tiempo en la cárcel. No obstante, han apelado a los tribunales, alegando hostigamiento injustificado, y ha habido que dejarlos tranquilos. La opinión pública está muy soliviantada contra los cabeza rapada, pero creen que a los imbéciles como Richter hay que dejarlos tranquilos por más organizados que estén.

—Ya. El gobierno no puede permitirse perder demasiados votantes, ¿no es eso?

—En efecto —convino McCaskey—. Ni dejar que los neonazis aparezcan como víctimas, ya que explotan argumentos que ponen

los pelos de punta. Además, tienen carisma y se lo montan muy bien para que hablen de ellos en los informativos.

A Rodgers no le gustaba nada lo que oía. Lo sublevaba que los medios informativos sirviesen de caja de resonancia a los delincuentes. Lee Harvey Oswald fue, quizá, el último asesino que, pese a tener la oportunidad de alegar su inocencia ante las cámaras de la TV, fue condenado por la opinión pública (aunque no de manera unánime). Había algo en la cara de perro apaleado de un sospechoso, y en la dura expresión del fiscal, que decantaba la opinión a favor del presunto delincuente.

—¿Y qué hay de ese amigo alemán suyo? —preguntó Rodgers.

—Los alemanes están preocupados —dijo McCaskey— porque, además de los Días del Caos, organizan lo que llaman la Red 1 hule, que consiste en un centenar de buzones de correo electrónico y códigos de contacto que permiten, a los grupos y células neonazis, comunicarse y concertar acuerdos. No hay manera de seguir el curso de la correspondencia hasta el primer remitente y, por lo tanto, las autoridades nada pueden hacer para frenarla.

—¿Quién o qué es Thule? —volvió a preguntar Rodgers.

—Es un lugar: la legendaria cuna de la civilización europea —dijo McCaskey, que soltó una carcajada—. Cuando yo era pequeño, leía muchas novelas fantásticas e historias de aventuras protagonizadas por los bárbaros ambientadas allí: *Ursas de Ultima Thule* es un conocido ejemplo.

—Virilidad y pureza europea, un símbolo irresistible —reflexionó Rodgers.

—Exacto —convino McCaskey—, aunque nunca creí que un lugar tan paradisíaco pudiese ser utilizado para algo tan perverso.

—Deduzco que esa Red Thule se ha introducido también en EE. UU.. ¿No es así? —dijo Rodgers.

—No directamente —contestó McCaskey—. Tenemos nuestros propios demonios familiares. Desde hace un par de años, el FBI, el Centro de Seguimiento de Ayudas a los Pobres de Alabama y el

Centro Simon Wiesenthal estudian con detenimiento la irrupción de los grupos xenófobos en las autopistas de la información. Al igual que en Alemania, el problema radica en que esa gentuza no suele quebrantar la ley. Además, se amparan en la primera enmienda a la Constitución.

—La primera enmienda no les da derecho a incitar a la violencia —dijo Rodgers.

—Es que no incitan a la violencia. Son unos indeseables, pero muy cautos.

—Algún patinazo darán —aventuró Rodgers—. Y cuando lo den, quiero estar ahí para cazarlos.

—De momento, no lo han dado —suspiró McCaskey—. El FBI vigila todas las localizaciones electrónicas neonazis en la red Web (sus cinco recintos de actividades electrónicas de Internet y sus ocho boletines electrónicos de ámbito nacional). Y también tenemos un acuerdo de reciprocidad con Alemania, para intercambiar información captada *on-line*.

—¿Sólo con Alemania? —preguntó Rodgers.

—No. También con el Reino Unido, Canadá e Israel —repuso McCaskey—. Los demás no quieren remover demasiado el asunto, porque, hasta la fecha, esos grupos no han incurrido en nada ilegal.

—Sólo inmoral —dijo Rodgers.

—Desde luego —convino McCaskey—. Sabe usted mejor que nadie que hemos combatido en muchas guerras para que los estadounidenses (incluidos los de la Hermandad Blanca), tengan libertad de expresión.

—También combatimos en una guerra para demostrar que Hitler estaba equivocado —recordó Rodgers—. Estaba equivocado. Lo sigue estando. Y por lo que a mí respecta seguimos en guerra contra esa escoria.

—A propósito de la guerra —dijo McCaskey—: antes de salir de casa he recibido una llamada de Bob Herbert. Da la casualidad de

que necesita información acerca de un grupo terrorista llamado Feuer. ¿Se ha enterado usted del atentado de esta mañana?

Rodgers le dijo que aún no había oído los informativos, y McCaskey lo puso al corriente. Aquellos asesinatos le recordaban que los neonazis eran tan fríos como los monstruos que los inspiraban, de Hitler a Heydrich y a Mengele. Y no podía creer, ni *quería*, que los «padres» de la Constitución tuviesen en cuenta los derechos de esa gentuza al redactar el borrador.

—¿Ha encargado a alguien lo que necesita Bob?

—Liz tiene más información acerca de Feuer —le informó McCaskey—. Hablaré con ella cuando llegue a mi despacho. La pondré al corriente y le comunicaré enseguida a Bob lo que me diga (a Bob, a la CIA y a la Interpol). Buscan a los autores del atentado y a la chica desaparecida.

—De acuerdo —dijo Rodgers—. Cuando haya terminado, páseme los datos. Podemos reunirnos usted, Liz y yo para comentarlos. No creo que mi entrevista con la senadora Fox sea muy larga.

—¡Uff! —exclamó McCaskey—. ¿He de verlo a usted después de entrevistarse con ella?

—Tranquilo, que seguiré de una pieza —le aseguró Rodgers.

—Si usted lo dice…

—¿Lo duda, eh?

—Paul es diplomático, señor —dijo McCaskey—. Pero… permítame que se lo diga: usted es un «cañero». Y jamás he conocido a un miembro del Senado que haga el menor caso a nadie que no le lama el trasero.

—Ya lo he hablado con Paul —le hizo saber Rodgers—. Tiene la impresión de que, tras demostrar nuestra eficacia en Corea y en Rusia, deberíamos adoptar una posición más dura ante el Congreso. Estoy de acuerdo con él en que los logros y sacrificios del comando «Striker» no le van a facilitar a Barbara Fox negarnos el aumento presupuestario que hemos solicitado.

—¿Un… *aumento*? —exclamó McCaskey—. Verá, general: el FBI ha tenido que reducir su presupuesto en un nueve por ciento, según me ha comentado el director adjunto. Y el FBI puede considerarse afortunado. Se rumorea que el Congreso quiere reducir el presupuesto de la CIA entre un doce y un quince por ciento.

—La senadora Fox y yo vamos a hablar muy claro —dijo Rodgers —. Necesitamos más efectivos humanos en el exterior. Los cambios operados en Europa y en Oriente Medio, sobre todo en Turquía, nos obligan a tener más agentes sobre el terreno. Confío en hacérselo comprender.

—General, confío en que tenga usted razón. Pero dudo que esa mujer haya tenido un solo momento de sensatez desde el asesinato de su hija y del suicidio de su marido, que se pegó un tiro en la boca.

—Sigue formando parte de una comisión cuyo objetivo es la salvaguarda del país —replicó Rodgers—. Y eso es prioritario.

—También ha de responder ante los contribuyentes —argüyó McCaskey—. Pero, en fin, le deseo suerte.

—Gracias —dijo Rodgers.

Aunque la verdad era que el general no se sentía tan optimista como aparentaba, no se molestó en decirle a McCaskey lo que opinaba A. E. Housman de la suerte: «La suerte es azarosa, pero los problemas son seguros».

Allá donde interviniese Barbara Fox, los problemas estaban garantizados.

Minutos después, Rodgers estaba en la autopista en dirección a la base de Andrews. Durante el trayecto telefoneó a Hood para su breve intercambio de impresiones de todas las mañanas. Le contó lo sucedido con Billy, y que había encargado a Darrell McCaskey averiguar quién estaba detrás de aquel juego de rol vía Internet.

Hood le dijo que le parecía muy bien la medida.

Cuando hubo terminado de hablar con Paul, Rodgers se preguntó si el problema con los grupos xenófobos radicaba en un aumento de

su capacidad de penetración o en que, simplemente, la inmediatez de las modernas comunicaciones potenciaba su presencia.

Quizá se deba a ambas cosas, pensó tras franquearle el paso el centinela que guardaba la verja de acceso al recinto de la base. La atención que los medios informativos prestaban a esos grupos propiciaba que quienes tenían una mentalidad racista formasen sus propios grupos y provocasen que los medios informativos hablasen del «fenómeno» del rebrote del racismo.

Es como lavarse una mano limpia con la otra sucia, se dijo Rodgers.

El general aparcó y se encaminó con paso vivo hacia la entrada principal. La entrevista con la senadora Fox estaba concertada para las 8:30, y eran ya las 8:25. Barbara Fox solía llegar a sus citas con antelación (y cabrearse si la persona con quien estuviese citada no hacia otro tanto).

Primer tanto en mi contra, pensó Rodgers. *Y como esté de mal humor, no me libra nadie del segundo*.

Cuando el general bajó del ascensor, la condolida expresión de Anita Mui, la centinela del sótano, le confirmó que ya perdía por 0-2.

Bueno, pensó mientras iba pasillo adelante, *no voy a tener más remedio que afrontar la situación. Eso es lo que hacen los buenos capitanes*. Y a Rodgers le encantaba el mando. También le encantaba supervisar el comando «Striker» y dirigir el Centro de Operaciones cuando Hood estaba ausente. Se entusiasmaba con los logros de su país. El solo hecho de ser un pequeño tornillo de la gigantesca maquinaria estadounidense, lo llenaba de indescriptible orgullo.

Y los tornillos no tienen más remedio que relacionarse con las roscas, aunque sean senadoras, se dijo el general.

Rodgers se detuvo en seco al llegar frente al despacho de Martha Mackall. La puerta estaba abierta y la senadora Fox aguardaba dentro, sentada. Por su ceñuda expresión comprendió que tenía el

partido más cuesta arriba de lo que imaginaba, porque pasaban dos minutos de las ocho y media.

—Perdone, senadora —se presentó el general.

—Entre, general Rodgers —dijo Barbara Fox con acritud—. La señorita Mackall me ha estado hablando de su padre. Mi hija era una gran admiradora de su música.

—A todos nos gustaba mucho lo que hacía Mackall —correspondió Rodgers tras cerrar la puerta—. Allá en Vietnam lo llamábamos *el Alma de Saigón*.

Martha ponía cara de profesional en ejercicio. Rodgers conocía muy bien aquella expresión. Martha siempre iba al terreno de aquellos que pudieran darle un empujoncito en su carrera. Si Barbara Fox se las tenía tiesas con Rodgers, la secundaría, con más dureza de la habitual en ella, si hacía falta.

Rodgers se sentó en el borde de la mesa de Martha. Si la senadora Fox quería la ventaja de jugar en terreno propio, tendría que mirarlo de abajo arriba.

—Lamentablemente, general Rodgers, no he venido aquí a hablar de música —dijo Barbara Fox—. He venido a hablar de su presupuesto. Siento que el director, Paul Hood, tenga otro compromiso más urgente (para gastarse un dinero que no va a tener), tal como me comunicó ayer por teléfono su ayudante. Pero he optado por venir, pese a todo.

—Paul y yo elaboramos juntos el presupuesto —replicó Rodgers —. Puedo contestar a todas sus preguntas.

—Sólo tengo una pregunta que hacerle —dijo Barbara Fox—. ¿Desde cuándo se dedica la Editora Nacional a publicar novelas?

Rodgers se crispó. McCaskey estaba en lo cierto. Hubiese sido preferible que el propio Paul hablase con la senadora.

La senadora Fox puso su maletín en el regazo y lo abrió.

—Piden ustedes un aumento del dieciocho por ciento, en unos momentos en que similares organismos del Estado ven recortado su presupuesto —le informó Barbara Fox a la vez que le pasaba un

informe de trescientas páginas elaborado por ella—. Éste es el presupuesto que presentaré ante la Comisión Financiera, y que supone una reducción del treinta y dos por ciento.

—¿Reducción? —exclamó Rodgers mirando a la senadora.

—Podemos hablar acerca de la distribución del setenta por ciento restante —prosiguió Fox—, pero dé por hecho el recorte.

Rodgers sintió el impulso de tirarle el informe a la cara a Barbara Fox, pero se dominó. Se limitó a cogerlo y dejarlo encima de la mesa de Martha.

—Menudo valor tiene usted, senadora.

—Tanto como usted, general —replicó Fox sin alterarse.

—Desde luego que lo tengo. Lo he demostrado contra los vietnamitas, los iraquíes y los norcoreanos.

—Todos hemos visto sus medallas —dijo la senadora en tono amable—. Nadie pone en tela de juicio su valor.

—En tela de juicio no —replicó el general—, pero sí en consejo de guerra y con petición de la pena capital. El Centro de Operaciones tiene importantes misiones en curso. Perdimos a Bass Moore en Corea y a Charlie Squires en Rusia. Si nos recortan el presupuesto, no podremos prestar a nuestros hombres el apoyo necesario.

—¿Para qué? —preguntó la senadora—. ¿Para más aventuras en el exterior?

—No —contestó Rodgers—. Los servicios de inteligencia de la nación se han volcado en los MEINLEC: medios de inteligencia electrónica, satélites espía, escuchas, reconocimiento fotográfico, ordenadores. Todo eso son herramientas, pero no basta con herramientas. Hace treinta e incluso cuarenta años teníamos muchos efectivos humanos en el mundo: agentes que se infiltraban en gobiernos extranjeros, servicios de inteligencia y grupos terroristas. Utilizaban su sentido común, su iniciativa, su creatividad y su valor para proporcionarnos información. La mejor cámara del mundo no puede sacar documentos secretos de un cajón. Sólo manos expertas

pueden acceder a un ordenador que no esté *online*. Un satélite espía no puede mirarle a los ojos a un terrorista, aventurar hasta qué punto está comprometido y si es recuperable. Tenemos que volver a disponer de esos efectivos.

—Un bonito discurso, general —ironizó la senadora—, pero no cuenten ustedes con mi apoyo. Lo cierto es que no necesitamos tales efectivos para proteger los intereses estadounidenses. El comando «Striker» evitó que un lunático coreano bombardease Tokio, y salvó el gobierno de un presidente ruso que aún tiene que demostrar que es nuestro aliado. ¿Por qué han de sufragar un cuerpo de policía internacional los contribuyentes?

—Porque son los únicos que pueden hacerlo —replicó Rodgers—. Combatimos un cáncer, senadora, y hay que extirparlo dondequiera que se descubra.

—Estoy de acuerdo con la senadora Fox —terció Martha—. Hay organismos en los que Estados Unidos puede canalizar sus preocupaciones. Las Naciones Unidas y el Tribunal Internacional de La Haya se constituyeron y fundaron para ese fin. Además, está la OTAN.

—¿Dónde estaban, Martha? —exclamó Rodgers sin mirarla.

—¿Quiénes?

—¿Dónde estaban las Naciones Unidas cuando dispararon el misil Nodong desde Corea del Norte? *Nosotros* fuimos los cirujanos que extirpamos el objeto extraño, quienes evitamos que a los japoneses los asaltase una fiebre de un millón de grados centígrados.

—Perfectamente. Fue una misión brillante —concedió la senadora Fox—, pero no tenían por qué llevarla a cabo. Mire, Estados Unidos sobrevivió mientras la Unión Soviética y Afganistán combatían; y, también, mientras Irán e Irak se enzarzaban en una larga guerra. Sí, sobreviviremos a otros conflictos similares.

—Dígales usted eso a las familias de los estadounidenses víctimas del terrorismo —dijo Rodgers—. No pedimos juguetes, ni

lujos, senadora. Pedimos lo necesario para la seguridad de los ciudadanos estadounidenses.

—En un mundo perfecto, se podría garantizar la seguridad de todo edificio, todo avión y toda vida humana —dijo la senadora cerrando su maletín—, pero no estamos en un mundo perfecto. Por consiguiente, el presupuesto se reducirá, tal como le he indicado, y de nada le servirá discutir ni apelar.

—Magnífico —ironizó Rodgers—. Cuando regrese Paul, podrán empezar por recortar mi sueldo.

—Por favor, general —dijo la senadora entornando los ojos—, no dramatice.

—No es mi intención dramatizar —replicó Rodgers, que se levantó y tiró del borde de su chaqueta—. Sólo que no creo en hacer las cosas a medias. Es usted una aislacionista, senadora. Lo ha sido desde la tragedia ocurrida en Francia.

—Eso no tiene nada que ver.

—Por supuesto que sí. Y me hago cargo de sus sentimientos. Los franceses no encontraron al asesino de su hija. No pareció importarles mucho. De modo que, ¿por qué ayudarlos? El árbol no le deja ver el bosque de nuestros intereses nacionales, senadora.

—Escuche, general, yo no he perdido a nadie en el extranjero y estoy de acuerdo con la senadora. El Centro de Operaciones se creó para ayudar a otros organismos de la nación, no para ayudar a otras naciones. Creo que perdemos eso de vista.

—Su padre cantaba una canción titulada *El chico que apagó las luces* —dijo el general mirando a Martha—. Trataba de un muchacho blanco que apagó las luces de un club para que un cantante negro pudiese actuar allí.

—No saque a relucir a mi padre —le espetó Martha—. Ni me diga que soy afortunada por poder cantar en este club, general. Nadie me ha regalado nada…

—Déjeme terminar —la atajó Rodgers—. No iba yo por ahí.

El general conservó la calma. Nunca le levantaba la voz a una mujer; era una cuestión de urbanidad, como le inculcó su madre.

—Lo que trataba de decir —prosiguió Rodgers— es que lo que Goschen llamó el «espléndido aislamiento» ya no existe, ni en el mundo de la música ni en el de la política. Si Rusia se hundiese, afectaría a China, a los países del Báltico y a Europa, y si Japón sufriese…

—La teoría del dominó me la enseñaron a mí en básica —dijo Martha.

—A todos, general Rodgers, a todos —secundó la senadora Fox —. ¿De verdad cree que el general Michael Rodgers y el Centro de Operaciones son los pilares del orden mundial?

—Nosotros tenemos nuestro papel —repuso Rodgers—, sólo que debemos representarlo mejor.

—¡Y yo digo que ya hacemos demasiado! —le espetó la senadora —. Cuando yo era aún neófita en el Senado, a los aviones de combate norteamericanos no se les permitió sobrevolar el espacio aéreo francés para bombardear Trípoli y Bengazi. ¡Y los franceses pasan por ser nuestros aliados! Por entonces, dije en la Cámara que nuestros bombarderos se habían equivocado de capital. Y lo dije en serio. Más recientemente, terroristas rusos volaron un túnel en Nueva York. ¿Cree que el ministro ruso de Seguridad puso toda la carne en el asador para capturar a esos asesinos? ¿Acaso nos advirtieron sus íntimos amigos del Centro de Operaciones ruso de que podía suceder algo así? Y sin ir tan lejos, hoy, aquí y ahora: ¿qué hacen los agentes rusos para quitar de la circulación a los delincuentes rusos que asolan nuestras costas? Nada, general. No hacen nada.

Paul fue a Rusia para concertar acuerdos de colaboración con su Centro de Operaciones —dijo Rodgers—. Y creo que lo conseguiremos.

—Ya lo sé —admitió la senadora—. He leído su informe. De todas formas, ¿sabe usted cuándo obtendremos esa colaboración?

Después de habernos gastado decenas de millones de dólares para que su Centro de Operaciones sea tecnológicamente tan avanzado como el nuestro. Para entonces, el general Orlov se habrá retirado, y puede que lo sustituya un general que nos sea hostil, y de nuevo nos volveríamos a encontrar con un enemigo a quien nosotros mismos habríamos fortalecido.

—La historia estadounidense está llena de riesgos y quebrantos —replicó Rodgers—, pero, también, de alianzas sólidas y duraderas. No podemos renunciar al optimismo y a la esperanza.

La senadora se levantó, le pasó el maletín a uno de sus secretarios y se alisó la falda, tan negra como su talante.

—Es de sobra conocida su afición a dar lecciones, general —dijo Barbara Fox—, pero yo no tengo vocación de alumna. Sí, soy optimista, y albergo la esperanza de que Estados Unidos solucionará sus problemas. Sin embargo, no pienso apoyar que el Centro de Operaciones se convierta en un nido de agitadores internacionales. Admitiría que fuera un «tanque de cerebros», un servicio de inteligencia e incluso un centro para el encauzamiento de las crisis nacionales, pero no, desde luego, un centro para ejercer el mesianismo a nivel internacional. Y para lo que he enumerado, les basta con el presupuesto que le acabo de dar.

La senadora miró a Rodgers, le tendió la mano a Martha y dio media vuelta.

—Senadora —la llamó Rodgers.

Barbara Fox se detuvo y se giró. Su considerable estatura (era casi tan alta como el general) imponía. Sus intensos ojos azul grisáceo le sostuvieron la mirada a Rodgers.

—Darrell McCaskey y Liz Gordon van a trabajar juntos en un proyecto —le dijo el general—. Supongo que ha oído usted hablar del grupo terrorista que ha atentado contra el rodaje de una película en Alemania.

—No —contestó la senadora—. El *Washington Post* de esta mañana no dice nada.

—Lo sé —admitió el general—. El gobierno se ha enterado a través de los directores del *Washington Post* y de la CNN —continuó Rodgers, que especuló con la posibilidad de que, en efecto, Barbara Fox aún no lo supiera—. Ha ocurrido hace cuatro horas, y han muerto varias personas. Bob Herbert está allí por razones de trabajo, y nos ha pedido ayuda.

—Y usted cree que debemos ayudar a las autoridades alemanas a investigar, ¿no es eso? —dijo la senadora—. ¿Qué intereses vitales estadounidenses están en juego? ¿Cree que merece tanto la pena como para que los contribuyentes se preocupen?

Rodgers midió muy bien las palabras. Había tendido la trampa y Barbara Fox estaba a punto de caer en ella. Iba a recibir un golpe que no esperaba.

—Sólo se van a preocupar dos contribuyentes —contestó Rodgers —: los padres de una joven estadounidense de veintiún años que muy probablemente ha sido secuestrada por los terroristas.

Los intensos ojos de la senadora se nublaron. Un ligero temblor la sacudió de arriba abajo pese a permanecer erguida.

—Es usted de esos militares que no hace prisioneros, por así decirlo, ¿verdad, Rodgers? —se dolió ella.

—Si el enemigo se rinde, sí, senadora —replicó él.

Barbara Fox siguió mirándolo. Toda la tristeza del mundo pareció concentrarse en aquellos ojos, y Rodgers se sintió fatal.

DIECISIETE

Jueves, 14:30, Hamburgo, Alemania

Henri Toron e Yves Lámbese habían descansado de sobra. El regreso de Jean-Michel los había despejado y, tras la llamada telefónica de Dominique, pusieron los cinco sentidos en su trabajo.

Los cinco sentidos, aunque tarde.

La culpa la tenía Jean-Michel, por supuesto. Los habían enviado para ejercer de guardaespaldas, pero él prefirió ir solo al club de un barrio como St. Pauli.

Llegaron los tres a Alemania a la una de la madrugada. Henri e Yves estuvieron más de una hora jugando al siete y medio y luego se quedaron dormidos más de la cuenta. Pero si Jean-Michel los hubiese despertado, lo habrían acompañado (alerta y dispuestos a protegerlo de los *boches*, como llamaban a los alemanes despectivamente).

Pero no. Jean-Michel los había dejado dormir. ¿Qué tenía él que temer después de todo?

—¿Por qué cree que Dominique nos ha enviado con usted —clamó Henri al ver a Jean-Michel—: para dormir o para protegerlo?

—No pensaba que fuese a correr ningún peligro —replicó Jean-Michel.

—Cuando se trata con alemanes siempre se corre peligro —dijo muy serio Henri.

Dominique había llamado justo en el momento en que Yves envolvía cubitos de hielo en una toalla, para aplicarle frío al ojo de Jean-Michel.

Se puso Henri al teléfono.

Su jefe no levanto la voz, nunca lo hacía. Se limitó a darle instrucciones y a decirle que saliesen a cumplirlas. Ambos sabían que tendrían que pechar con un correctivo: ver prolongada su jornada de trabajo durante un mes, por quedarse dormidos. Era lo reglamentado en caso de una primera falta. A la segunda se los despedía, aunque les dolería más fallarle a Dominique que perder la falange de un dedo que se verían obligados a dejar en uno de los cestitos de las guillotinas en miniatura de Dominique.

De modo que cogieron un taxi y fueron a St. Pauli.

Ahora estaban apoyados en un coche aparcado a pocos metros de la entrada del Auswechseln.

Aunque las calles empezaban a llenarse de turistas, en los veinte metros que había de distancia entre los franceses y el club no transitaba apenas nadie.

El alto y fornido Henri (medía más de 1,90) fumaba un cigarrillo, y su compañero, Yves, que le sacaba por lo menos tres dedos y era más ancho de hombros, mascaba chicle.

Yves llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta una Beretta 92F y Henri una GP automática. Tenían que ir al club y conseguir, como fuese, que Richter se pusiera al teléfono.

Henri e Yves llevaban más de dos horas vigilando la entrada del club a través del humo de los cigarrillos de Henri, que encendía uno tras otro. Cuando al fin se abrió la puerta, Henri le dio a Yves una palmadita en el brazo y los dos fueron hacia el club.

Vieron asomar a un individuo gigantesco. Simularon ir a rebasarlo, dieron media vuelta y, antes de que al matón le diese tiempo a trasponer el umbral, Henri le encañonó el estómago y le ordenó volver a entrar.

—*Nein* —dijo el matón del club.

O era muy fiel a su jefe o llevaba chaleco antibalas. Henri no se molestó en volvérselo a ordenar. Se limitó a pisarle con toda su alma el empeine y a empujarlo hacia el interior. El gigantón se trastabilló de espaldas hasta la barra y gimoteó al encañonarle Henri la frente. Yves sacó a su vez la pistola y desapareció en la oscuridad.

—¿Dónde está Richter? —le espetó Henri al matón.

—¡Váyase a hacer puñetas! —le replicó el alemán.

—¡Por última vez! ¿Dónde está Richter? —lo apremió Henri encañonándole el ojo izquierdo.

—¡Nadie entra en mi club pistola en mano con exigencias! ¡Suelte a Ewald! —oyeron los franceses a su espalda.

Pese a oír pasos, que procedían del fondo del club, Henri no dejó de encañonar a Ewald.

Una oscura silueta, que apareció al otro extremo de la barra, se sentó en un taburete.

—Le he dicho que suelte a Ewald inmediatamente.

Yves se acercó por la derecha a Richter, que no se movió. También Henri permaneció inmóvil.

—Escuche —dijo Henri—, mi compañero marcará un número en el teléfono del bar y le pasará la comunicación.

—No voy a ponerme mientras tengan encañonado a mi empleado.

Yves se situó justo detrás de Richter, que, pese a ello, no se giró.

Henri miró a Richter en la oscuridad. El francés tenía dos alternativas: soltar a Ewald (con lo que Richter se saldría con la suya y se sentaría un mal precedente para lo que había que hacer por la tarde) o pegarle un tiro (con lo que enfurecerían a Richter, pero también podían atraer a la policía). Además, cargarse a Ewald no garantizaba que Richter obedeciera.

Tendrían que atenerse a lo prioritario.

Aparte de obligar a Richter a ponerse al teléfono, Dominique les había ordenado hacer otra cosa. Y como no estaban allí para bravuconear, irían a lo práctico.

Henri dio un paso atrás y soltó al matón, que se irguió indignado, fulminó a Henri con la mirada y se situó junto a Richter con la intención de protegerlo.

—Tranquilo, Ewald —dijo Richter—. No van a hacerme ningún daño. Me parece que han venido para entregarme a Dominique.

—No pienso marcharme de aquí mientras estén ellos, señor.

—De verdad, Ewald. No tema por mí. Aunque sean franceses no son imbéciles. Así que márchese. Su esposa está esperándolo y no quiero que se intranquilice.

El fornido alemán miró a su jefe y luego a Yves, a éste con furia contenida.

Como usted mande —obedeció Ewald—. Buenas tardes.

Buenas tardes —correspondió Richter—. Lo veré por la mañana.

Ewald clavó de nuevo la mirada en Yves, dio media vuelta y rozó con el cuerpo a Henri al salir.

Se oyó cerrarse la puerta y el local quedó en un silencio tan absoluto que Henri podía oír el tictac de su reloj. Con un movimiento de la cabeza, señaló hacia el teléfono, que estaba en uno de los extremos de la barra.

—Vamos —le dijo Henri a Yves—. Adelante.

Yves marcó un numero y le pasó el auricular a Richter, que permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas en el regazo.

—Conecta el altavoz —le pidió Henri a su compañero.

Yves lo conectó y colgó el auricular.

—¿Félix? —se oyó después de que el teléfono hubo sonado doce veces.

—Sí, Dominique —contestó Richter—. Soy yo.

—¿Cómo está?

—Bien —dijo el alemán sin quitarle ojo a Henri, que encendía un cigarrillo con la colilla del que apuraba—. Pero me sobran sus guardaespaldas. ¿Por qué me insulta, amenazándome con emplear la fuerza? ¿Creía que no iba a querer ponerme al teléfono?

—En absoluto —replicó Dominique en tono conciliador—. No los he enviado para eso. A decir verdad, Felix, han ido a cerrar su club.

Henri habría jurado que acababa de oír cómo le crujían las vértebras a Richter al erguirse.

—¿Cerrar mi club? —exclamó Richter—. ¿Acaso eso tiene algo que ver con lo que le ha sucedido a ese corderillo de Jean-Michel?

—No —contestó Dominique—. La culpa la ha tenido él, por ir solo. Lo que pretendo es demostrarle lo inútil que es negarse a mi oferta.

—¿Amedrentándome como a un cualquiera? —protestó Richter—. Me decepciona usted.

—Es su problema, Richter. A diferencia de usted, yo no tengo pretensiones. Sólo creo en mantener mi influencia por todos los medios a mi alcance. Y a propósito: no se moleste en llamar a su servicio de orden para los actos de esta noche. Todos los miembros de su servicio de orden han optado por pasarse a un grupo rival.

—Mi gente no hace esas cosas —dijo Richter—. No se la somete con la violencia.

Henri notó un cambio en el tono de voz de Richter. Ya no era tan altanero. Percibió su mirada mientras apagaba su colilla en el libro de registro de socios del club (un puro eufemismo burocrático utilizado en muchos países europeos, puesto que cualquiera que recibiese el visto bueno del portero quedaba inscrito como socio al pagar la entrada).

—No —dijo Dominique—. Nadie va a violentarlos. Pero ellos lo siguen a usted, y usted hará lo que yo le diga, o va a perder más que su medio de vida.

El libro de registro de socios empezó a humear. Richter se levantó y fue hacia donde se encontraba el libro. No obstante, se detuvo en seco al sacar Henri la pistola y encañonarlo.

—Esto es puro rencor, amigo mío. Muy poco sensato —le reprochó Richter—. ¿Qué ganamos perjudicándonos mutuamente? Sólo ganan nuestros adversarios.

—Usted ha sido quien ha empezado por utilizar la violencia —le recordó Dominique—. Espero que sea la última vez.

La página del libro que la colilla había prendido empezó a llamear. Iluminaba el rostro de Richter con un anaranjado resplandor.

Richter enarcó las cejas, boquiabierto.

—El seguro le permitirá comenzar de nuevo —prosiguió Dominique—. Entretanto, me ocuparé de que su grupo tenga el dinero suficiente para seguir con su actividad. La causa no saldrá perjudicada, pero su orgullo sí que resultará herido. De todas maneras, Richter, eso no me quita el sueño, la verdad.

Henri cogió el llameante registro, lo dejó en la barra y alimentó el fuego con un montón de servilletas de papel. Luego, dispuso varias en hilera, hasta el depósito de anhídrido carbónico que alimentaba la bomba de soda.

—Ahora le sugiero que deje solos a mis hombres —dijo Dominique—. Éste no es el Feuer que le interesa a usted. Así que… buenas tardes, Felix.

La comunicación se cortó y se oyó la señal de marcar a través del altavoz.

Henri fue hacia la puerta y, con un enérgico ademán, les indicó a Yves y a Richter que lo siguieran.

—Explotará en menos de dos minutos —dijo Henri—. Larguémonos.

Yves rebasó a Richter, se sacó el chicle de la boca y lo pegó bajo la barra.

Richter no se movió.

—Mire usted —continuó diciendo Henri—, para que no le tiente apagar el fuego, Dominique nos ha ordenado asegurarnos de que abandona usted el local o… de que no lo abandona. ¿Qué prefiere?

El calor de las llamas hería ya los ojos de Richter, que fulminaba con la mirada a los dos franceses. Al momento, optó por salir del club, y Henri e Yves corrieron tras él.

Richter siguió calle adelante sin decir palabra y paró un taxi. Henri e Yves fueron en dirección contraria, hacia las azules aguas del Elba.

Ni siquiera volvieron la cabeza al oír la explosión, el estruendo de la lluvia de cascotes y los gritos de los heridos que pedían socorro…

Cuando el taxista oyó la explosión, paró el coche, miró hacia atrás, masculló un juramento y bajó del taxi para ver si podía ayudar.

Felix Richter permaneció sentado, mirando hacia adelante. Como no sabía qué aspecto tenía Dominique, no podía representársele su rostro. No veía más que un rojo trazo en el que parecía concentrarse su odio. Y allí, en el reducido espacio del taxi, empezó a gritar. Gritó desde la pelvis, como los cantantes de ópera. Gritó hasta vaciar sus pulmones, hasta vaciar su alma, hasta que le dolieron los tímpanos y la garganta.

Sin resuello, volvió a llenar de aire sus pulmones y gritó de nuevo, para desahogar su odio y su frustración.

Cuando se hubo quedado sin aliento permaneció en silencio. Jadeaba y tenía la frente bañada en sudor, que le rezumaba por las comisuras de los párpados. Pero se había tranquilizado.

Miró de nuevo hacia adelante y vio que la gente se arremolinaba para ver el incendio. Algunos lo miraban, y él les devolvía la mirada con expresión altiva, sin temor ni vergüenza.

Las masas, pensó. *Las masas eran la fuerza del Führer, la sangre que bombeaba su corazón para regar la tierra. Las masas…*

De ninguna manera se uniría a Dominique después de aquello. Se negaba a ser su peón o su trofeo. No iba a consentir que Dominique se saliese con la suya.

Acabar con él no podré, se dijo Richter. *Pero sí puedo humillarlo cuando menos lo espere*.

Las masas, el pueblo, la sangre de una nación deben seguir a un corazón fuerte. Y el gobierno, el cuerpo, obedecer sus deseos.

Y al ver a través del retrovisor las llamas que consumían su club, Richter decidió lo que iba a hacer.

Bajó del taxi y se alejó unos doscientos metros, vacilante, eludiendo a la muchedumbre que se adensaba. Entonces cogió otro taxi y fue a su apartamento a hacer una llamada. Una llamada que estaba seguro que alteraría el curso de la Historia alemana… y la del mundo.

DIECIOCHO

Jueves, 8:34, Nueva York

El pardo edificio de tres plantas de Christopher Street, construido en 1844, era uno de los más vetustos del barrio neoyorquino de West Village. La puerta, los alféizares y los dos escalones del portal eran los originales.

Aunque la vieja capa de pintura marrón tenía muchos desconchones, la decoración interior era bonita y tenía la belleza de lo antiguo.

Como el edificio se asentaba en un terreno poco firme —demasiado cercano al Hudson—, los suelos estaban un poco pandeados. Como consecuencia de ello, muchos ladrillos exteriores se habían movido, y su desplazamiento había originado unas onduladas líneas simétricas en la fachada, afeada por parches de cemento que rellenaban las grietas.

La finca estaba entre la floristería de la esquina y una confitería.

Desde que llegaron a Estados Unidos, a principios de los 80, los Dae-jung —joven matrimonio coreano propietario de la floristería— no habían prestado la menor atención a quienes entraban y salían de aquel edificio de más de siglo y medio de antigüedad. Tampoco se la prestaban Daniel Tetter y Matty Stevens, los cuarentones propietarios de la confitería Voltaire de la puerta de al lado. En los veintisiete años que llevaban en el negocio, Tetter y Stevens sólo

habían visto un par de veces al propietario de la finca, que vivía en Pittsburgh.

Pero, tres meses atrás, un agente de la sede neoyorquina del FBI, llamado Douglas DiMonda, de 32 años, y el comisario de la policía de Nueva York, Peter Arden, de 43 años, fueron a hablar con los propietarios de ambos establecimientos.

Los policías informaron a los tenderos de que hacía cuatro meses se había constituido una brigada conjunta, entre el FBI y la policía de Nueva York, que investigaba a los ocupantes de la finca de al lado. Les dijeron que el arrendatario, Earl Gurney, era un hombre blanco, notorio racista y sospechoso de incitar a la violencia contra negros y homosexuales en Detroit y Chicago.

Lo que no les dijeron a los comerciantes es que, en el grupo paramilitar al que Gurney pertenecía (Nación Pura), se había infiltrado un agente del FBI hacía un año.

Un supuesto «John Wooley» le escribía en clave a su «madre», Grenda Hills, a California. Le contaba cómo era el campo de adiestramiento de Nación Pura en los montes Mohawk de Arizona, así como su propósito de ofrecerse como brazo militar de otras organizaciones blancas racistas.

El agente infiltrado sabía que se preparaba una operación de gran envergadura en Nueva York, mucho más importante que las que causaron la muerte de tres negros en Detroit y la violación de cinco lesbianas en Chicago.

Por desgracia, la organización no incluyó en el comando enviado a Manhattan al agente infiltrado, que ignoraba qué se proponía hacer exactamente Nación Pura. Sólo lo sabía el comandante Gurney.

Después de meses de vigilancia desde la calle y desde coches aparcados, de tomar las huellas dactilares en latas y botellas sacadas de las bolsas de basura y de todo tipo de indagaciones, DiMonda y Arden llegaron a la conclusión de que tenían en la ciudad a varios de los más peligrosos miembros de Nación Pura.

Seis de los siete hombres y una de las dos mujeres que vivían en el edificio estaban fichados (varios por delitos violentos). Sin embargo, la brigada conjunta ignoraba cuáles pudieran ser los planes de Gurney.

Aunque tenían los teléfonos «pinchados», sólo captaban conversaciones sobre el tiempo, el trabajo y la familia. Y ninguno de los inquilinos tenía fax. El examen del correo, realizado con mandamiento judicial, no había revelado nada útil. Era casi seguro que los inquilinos adoptaban precauciones, quizá porque tramaban algo y se sabían vigilados.

Dos semanas antes de que los agentes fuesen a ver a los Dae-jung y a Tetter y Stevens, la brigada conjunta detectó movimientos que obligaban a pasar a la acción.

Observaron que los nueve inquilinos de la finca entraban, una y otra vez, con cajas, bolsas y maletas. Iban por parejas, aunque uno de ellos se limitaba sistemáticamente al papel de acompañante, con las manos siempre en los bolsillos de la chaqueta.

Los agentes no albergaban la menor duda de que lo que llevaban en los bolsillos eran armas, igual que en las cajas, bolsas y maletas. Sin embargo, a DiMonda y a Arden no les interesaba un simple decomiso de una caja de armas. En aquel edificio podían tener oculto todo un arsenal. Y eso sí que les interesaba.

Desecharon la idea de obtener un mandamiento judicial para registrar el edificio, porque cuando los agentes llegasen a la tercera planta (los terroristas solían tener su cuartel general en los pisos altos), habrían destruido todo documento o disquete comprometedores. Además, DiMonda y Arden no iban a tener miramientos con semejantes individuos. El director del FBI, Moe Gera, había autorizado una expeditiva intervención policial, tan discreta como pudieran, pero contundente.

Los dueños de la floristería y de la confitería permitieron, gustosos, que utilizasen sus establecimientos como bases para la operación. Estaban asustados, no sólo por el asalto proyectado, sino

por las repercusiones. Pero los cuatro participaron en la manifestación organizada en el Village, en el verano de 1995, para protestar contra los ataques de los cabeza rapada. Dijeron que los remordimientos no los dejarían vivir si otros morían por su pasividad.

DiMonda les prometió que la policía de Nueva York les proporcionaría protección, tanto en sus hogares como en la tienda.

La brigada organizó el servicio con mucha antelación. Al agente Park del FBI, de padre coreano, lo enviaron a trabajar en la tienda de los Dae-jung. Tetter y Stevens emplearon a un «oficinista» negro llamado Johns que, en realidad, era inspector de la policía de Nueva York.

Ambos empleados pasaban muchos ratos fuera de la tienda, en la entrada, fumando y dejándose ver por quienes entraban y salían de la finca.

Al cabo de dos semanas, ambos comercios contrataron a otros tres empleados cada uno, con lo que había un total de ocho agentes en los flancos de la finca, por así decirlo. Todos ellos trabajaban durante el primer turno, que era cuando más actividad había en el edificio. A los auténticos empleados de ambas tiendas se les concedieron vacaciones pagadas.

Cada uno de los nuevos empleados se aseguró de que, quienes entraban y salían de la finca, los viesen lo bastante a menudo como para que acabasen por no fijarse en ellos.

Al policía de barrio le asignaron temporalmente otro destino, y lo sustituyó el inspector Arden. DiMonda ocultó su físico de gimnasio bajo holgadas prendas y se dedicó a merodear por la calle, en el papel de vagabundo que, ocasionalmente, dormía en el portal de la finca, del que había que desalojarlo con cajas destempladas. (El propio Gurney llegó a quejársele a Arden y a pedirle que «no dejase que aquel hediondo desecho se acercase a su casa». Y Arden le aseguró que haría lo que pudiera).

El FBI obtuvo del propietario el plano del edificio, convencido de que se lo mostraba a un potencial comprador. En la sede del FBI

procesaron el plano en un ordenador y elaboraron una imagen tridimensional del edificio, que sirvió para estudiar el plan de asalto.

Eligieron la fecha y se decidió actuar por la mañana temprano, que era cuando menos concurrida estaba la estrecha calle. Quienes trabajasen, ya habrían salido de sus casas; y aún no habrían llegado los turistas que a diario visitaban el Greenwich Village.

La mañana del «Día D», antes de amanecer, varios agentes de policía de paisano entraron en las tiendas (cinco en cada una), encargados de conducir a comisaría a la gentuza que detuviesen sus compañeros.

La brigada originaria tenía orden de pasar a la acción en cuanto DiMonda gritase ¡eh!, fenómeno que se produciría cuando algún inquilino, o el propio Arden, lo empujasen para echarlo del portal.

En cuanto la brigada pasase a la acción, un contingente de apoyo de doce agentes bajaría de una furgoneta aparcada en la esquina de Bleecker Street. Seis de estos agentes sólo acudirían si oían disparos. Y cuando intervinieran, la policía bloquearía los accesos a la calle y se aseguraría de que nadie más saliese de su apartamento.

Si los neonazis lograban salir del edificio, los otros seis agentes del contingente de apoyo ocuparían posiciones en la calle para detenerlos. También tenían una ambulancia aparcada en Bleecker Street.

La operación empezó a las 8:34.

DiMonda se acomodó en el portal con un vaso de café y un rosco judío.

Durante las pasadas semanas, las dos primeras personas que salían de la finca lo hacían entre las 10:00 y las 10:30, cogían el metro hasta la calle 33 y seguían a pie hasta una oficina de la Sexta Avenida.

La oficina no se molestaba en ocultar lo que era: la sede de la redacción y administración del semanario racista *Pührer*. Al salir de la oficina, los sospechosos portaban lo que tuviesen que llevar al apartamento de Christopher Street.

Los agentes del FBI habían examinado cajas enviadas a la redacción de la revista y ninguna de ellas contenía armas. Lo único que podían aventurar era que los empleados de la revista compraban armas y municiones en las calles, las guardaban en la oficina y las entregaban a Nación Pura o a otros grupos similares.

La puerta de la finca de Christopher Street se abrió a las 8:44. DiMonda lanzó el vaso de café hacia la entrada de la confitería y se dejó caer de espaldas hacia el vestíbulo.

En la entrada de la confitería aguardaba Arden, que salió en cuanto vio rodar el vaso.

Una joven, rubia teñida y malcarada, pasó por encima de DiMonda.

—¡Agente, eche a este individuo de aquí! —gritó.

El tipo alto y bigotudo que acompañaba a la joven agarró a DiMonda por la camisa con la intención de empujarlo a la acera.

—¡Eh! —gritó a su vez DiMonda.

Un agente salió de la floristería y se situó detrás de la joven, que fue a empujar a DiMonda. El agente se interpuso, y la empujó a ella hacia la entrada de la floristería.

La joven le gritó justo en el momento en que asomaba otro agente y le decía que quedaba detenida. Comoquiera que la joven ofreciese resistencia, los agentes la esposaron y la condujeron a la trastienda.

Entretanto, Arden había irrumpido en la portería del edificio.

—¿Qué puñeta hace usted? —le gritó a Arden el neonazi, que forcejeaba con DiMonda y lo empujaba hacia la confitería, de la que asomaron dos agentes para obligarlo a entrar.

—No se preocupe, señor —le gritó Arden a su vez—. Me aseguraré de que este pordiosero no vuelva a molestarlo.

El agente lo dijo por si acaso escuchaba alguien desde arriba, aunque ya había desenfundado su Sig Sauer P226 de 9 mm y se había apostado junto a la pared, a la izquierda de la escalera.

DiMonda se situó a la derecha y empuñó su Colt 45 automático. Luego, entraron, por parejas, los ocho agentes restantes. Dos de ellos cubrieron la entrada del apartamento de la primera planta. Uno se acuclilló junto a la puerta y el otro vigiló la escalera.

La segunda pareja pasó entre DiMonda y Arden y se situó en el primer rellano. A continuación, subieron con precaución por las escaleras. Iban justo por el centro de los escalones y muy erguidos, para centrar su peso. Así se movían con mayor eficacia y evitaban que los viejos peldaños crujiesen demasiado.

Luego, irrumpieron otros dos agentes, que se detuvieron a mitad del segundo tramo de escaleras. La cuarta pareja de agentes subió hasta el segundo rellano. Uno de ellos cubrió la puerta del apartamento y el otro la escalera.

DiMonda y Arden subieron entonces hasta el último piso.

El italoamericano se situó frente a la puerta, y Arden a la derecha, junto a la escalera. Este último miró a su compañero y empuñó la pistola. Le dejaría la iniciativa a DiMonda. Si el agente del FBI entraba, él entraría también; si retrocedía, le cubriría la retirada y lo seguiría.

DiMonda echó mano al bolsillo de su raída chaqueta y sacó un adminículo que parecía una jeringuilla, aunque con un cañoncito minúsculo. Se acuclilló empuñando la pistola con la mano derecha mientras, con la izquierda, introducía la punta del adminículo en el ojo de la cerradura. Luego, miró a través del cañoncito.

El pequeño instrumento era una FOALSAC (una microcámara de gran angular que permitía al usuario ver en el interior de una habitación, de manera totalmente silenciosa y sin emitir el menor destello). El cañoncito contenía una pila de cadmio y una película.

DiMonda movió con cuidado la FOALSAC de izquierda a derecha. No tenía más que tocar levemente la base del cañoncito para fotografiar lo que quisiera.

Cuando llevasen ante los tribunales a aquellos mal nacidos, las pruebas fotográficas serían importantes. Porque, a través de su

FOALSAC, DiMonda acababa de fotografiar ametralladoras, dos lanzagranadas M79 y numerosos subfusiles.

Había tres personas en el apartamento. Un hombre y una mujer desayunaban en una rinconera de la derecha. La tercera persona (Gurney) estaba frente a la consola de un ordenador, de cara a la puerta. Eso significaba que los otros neonazis estaban en los dormitorios de las plantas interiores.

DiMonda alzó tres dedos y señaló en dirección a la habitación. Arden miró hacia las escaleras y, a su vez, alzó tres dedos y señaló también al apartamento.

Arden aguardó hasta que los agentes que inspeccionaban los demás apartamentos le comunicaron que tenían localizados al resto de los canallas de Nación Pura, dos en cada apartamento.

DiMonda dio entonces la señal para que procediesen con el siguiente paso.

Los agentes actuaron con rapidez, ya que cualquier inquilino podía salir a comprar el periódico o a dar un paseo.

DiMonda retiró su FOALSAC del ojo de la cerradura. Como era muy probable que las puertas de los apartamentos estuviesen reforzadas con barras metálicas, los agentes no intentaron echarlas abajo. Lo que hicieron fue adosar explosivo plástico junto a los pomos (cargas lo bastante potentes para reventar las cerraduras y las bisagras). Sobre el explosivo plástico colocaron sendas plaquitas metálicas para concentrar la explosión. Dichas plaquitas iban conectadas a un temporizador. Bastaba tirar de un cordón para que se iniciase una cuenta atrás de diez segundos. Transcurrido el tiempo, una pequeña descarga eléctrica activaba el circuito y provocaba la explosión.

A una señal de DiMonda, el agente del rellano inferior asintió con la cabeza, transmitió idéntica señal al compañero de la segunda planta y éste al de la primera. A los tres segundos, todos los agentes activaron el explosivo plástico adosado a las puertas.

Durante la planificación del asalto al edificio, los agentes estudiaron las posibles distribuciones de los «puronacionales» en los

apartamentos, y se desplegaron de acuerdo a lo previsto: Park y Johns fueron arriba. Park se situó junto a DiMonda y Johns en las escaleras, detrás de Arden. Los otros agentes se apostaron junto a las puertas de las dos primeras plantas.

DiMonda se desplazó hacia la izquierda para eludir el posible impacto del pomo de la puerta al reventar la cerradura. Se señaló a sí mismo y luego a Park y a Johns. Una vez en el interior, aquél sería el orden, de izquierda a derecha, en el que se desplegarían ante los «puronacionales». El inspector Arden sería el comodín, para ayudar allá donde más falta hiciese.

Al cesar la cuenta atrás del temporizador, estalló el explosivo plástico. Sonó como una bolsa de papel al reventar. El pomo de la puerta salió disparado tal como era previsible, aunque sin herir a nadie, y la entrada quedó expedita.

El italoamericano entró seguido de Park, Johns y Arden, que cruzaron la humareda provocada por la deflagración y se desplegaron al grito de «¡Que nadie se mueva!», en un tono grave y amedrentador.

Dos de los blancos racistas, un hombre y una mujer, se levantaron al oír la explosión, pero sin moverse de donde estaban. Gurney, en cambio, le lanzó el miniordenador a Park y metió la mano derecha debajo de la consola.

Park dirigió el cañón del arma hacia abajo y cogió el ordenador.

—¡Cuidado! —le gritó a Arden, que estaba unos pasos más adelánte.

Éste desenfundó el revólver, pero Gurney ya empuñaba la Sokolovsky 45 automática que tenía bajo la consola. El primer disparo de Gurney dio en el borde del chaleco antibalas Kevlar que llevaba Arden. Aunque le hirió el hombro izquierdo, la fuerza del impacto lo alejó de la rociada de balas que siguió. Los proyectiles se estrellaron en la pared, y Arden disparó entonces repetidamente, secundado por Park.

Una de las balas de Arden alcanzó al neonazi en el muslo izquierdo y otra en el pie derecho. Park, por su parte, le disparó al antebrazo derecho.

Gimiendo de dolor, Gurney dejó caer su Sokolovsky y se desplomó hacia la izquierda. Park se le abalanzó enseguida y le encañonó la sien.

Durante los cuatro segundos que duró el tiroteo, ni la mujer ni el otro individuo se movieron.

No se oyeron disparos procedentes de los pisos inferiores, pero el breve tiroteo de la tercera planta hizo que el contingente de apoyo bajase de la furgoneta estacionada en la calle e irrumpiese en el edificio. Una vez en el inmueble corrieron escaleras arriba mientras Park esposaba a Gurney, que sangraba profusamente.

DiMonda y Johns tenían a sus respectivos detenidos de cara a la pared y con las manos a la espalda. Mientras los esposaban, la neonazi le gritó a DiMonda que era un traidor a su raza. Su compañero amenazó al agente del FBI con tomar represalias contra su familia. Sin embargo, ambos ignoraron a Johns.

Tres miembros del contingente de apoyo irrumpieron entonces en el apartamento. Dos de ellos se desplegaron a izquierda y derecha respectivamente, mientras que el tercero echó cuerpo a tierra en la entrada y los cubrió. Al ver a Arden, a aquel canalla echado encima del parqué y a sus dos compañeros esposados, los agentes llamaron a la ambulancia.

Mientras el contingente de apoyo se hacía cargo de los detenidos, DiMonda corrió junto a Arden.

—Es increíble —dijo Arden, jadeante.

—No hables —le aconsejó DiMonda, que estaba arrodillado junto a su cabeza—. Si te ha roto el hueso, no debes mover un músculo.

—¿Cómo que *si* me lo ha roto? —musitó Arden—. Me ha partido la clavícula. Llevaba veinte años en el cuerpo, y no he tenido nunca ni un rasguño. Me ha pillado por sorpresa con algo tan manido como la pistola oculta bajo una mesa.

—Vais a morir —dijo Gurney pese a sus heridas—. Moriréis todos.

—Claro. Tarde o temprano, moriremos —ironizó DiMonda mientras colocaban al neonazi en una camilla—. No obstante, hasta entonces no dejaremos piedra sin remover para acabar con las víboras como tú.

—Lo veremos —replicó Gurney en tono desafiante—. Recuerde lo de «El huevo de la serpiente». Acabará por estallarles en la cara.

DIECINUEVE

Jueves, 14:45, Hamburgo, Alemania

Hood y Martin Lang se inquietaron cuando Hausen regresó para anunciarles que tenía que marcharse.

—Lo veré luego en mi despacho —dijo el viceministro al estrecharle la mano al director del Centro de Operaciones.

Hausen saludó con la cabeza a Stoll y a Lang y se marchó sin más.

Hood y Lang no se molestaron en preguntarle qué ocurría, sólo se limitaron a seguir con la mirada al viceministro, que se dirigía al aparcamiento a coger su coche.

—¿Se cree Superman? —comentó Stoll cuando el viceministro hubo arrancado—. Porque ésta es una labor para todo un *Übermensch*.

—Nunca lo he visto tan descompuesto —dijo Lang—. ¿Se han fijado en sus ojos?

—¿A qué se refiere? —preguntó Hood.

—A que los tenía rojos —contestó Lang—; como si hubiese llorado.

—Quizá haya muerto alguien allegado —aventuró Hood.

—Puede. Pero nos lo hubiese dicho. Además, habría pospuesto nuestra entrevista. Es muy raro.

A Hood le pareció preocupante, aunque no hubiese sabido decir por qué. Pese a conocer poco a Hausen, tenía la impresión de que el

viceministro de Exteriores era un hombre de gran presencia de ánimo y humanidad; un político que creía en lo que defendía por considerarlo lo mejor para su país.

Según el informe redactado por Liz Gordon, Hausen condenó duramente a los neonazis en los Días del Caos de hacía varios años. Incluso publicó una serie de impopulares artículos en un periódico, en los que exigía la publicación de «Los libros de la muerte de Auschwitz» (la contabilidad que llevaba la Gestapo de las personas que morían en el campo de concentración).

No cuadraba con el temperamento de Hausen salir corriendo, por más grave que fuese lo ocurrido.

Pero ellos aún tenían cosas que hacer, y Lang puso cara de absoluta normalidad al conducirlos a su despacho.

—¿Qué necesitan para hacer su demostración? —le preguntó el industrial a Stoll.

—Sólo una superficie lisa —contestó Stoll—: una mesa o el suelo. Da lo mismo.

El despacho no tenía ventana y era minúsculo. No había más luz que la de un fluorescente ni más muebles que dos sofás de piel blanca, situados uno a cada lado de la estancia.

La mesa de Lang era un rectángulo de cristal sostenido por columnitas de mármol, tan blancas como las paredes y las propias baldosas del suelo.

—Le gusta a usted el blanco, ¿eh? —se interesó Stoll.

—Dicen que tienen un beneficioso efecto sicológico —dijo Lang.

—¿Dónde puedo poner esto? —preguntó Stoll tras descolgarse la mochila del hombro.

—Puede dejarlo encima de la mesa —le indicó Lang—. Es sólida y no se raya.

—Un beneficioso efecto sicológico —repitió Stoll tras dejar la mochila junto al blanco teléfono—. Se refiere a que no es tan deprimente como el negro, ni tan triste como el azul, ¿verdad?

—En efecto —contestó Lang.

—Ya me veo pidiéndole a la senadora Fox más dinero para repintar de blanco todo el Centro de Operaciones —dijo Hood.

—Iba a encontrarse usted con el semáforo en rojo —le advirtió Stoll—. Y no se le pondría verde ni en broma.

Hood fingió poner cara de circunstancias y Lang lo miró con fijeza mientras Stoll abría la mochila.

El primer objeto que sacó Stoll fue un cofre de plata del tamaño de una caja de zapatos. En uno de los lados tenía un orificio, a modo de iris, y en el otro, un visor.

—Es una cámara de láser compacta —explicó a la vez que sacaba un segundo objeto, que parecía un minifax—. Y esto, un aparato reconvertidor de imágenes que utiliza haces eléctricos y ópticos —añadió sacando el tercer objeto, una cajita blanca con cables, ligeramente más pequeña que la primera—. Por último, aquí tenemos un transformador. Nunca sabe uno si va a tener que emplearse en exteriores o en el plató —ironizó, sonriente.

—¿Emplearse? —exclamó Lang.

—En dirigir lo que llamamos nuestro Ave-X. Produce impulsos de láser de alta velocidad que sólo duran cien femtosegundos, o sea una décima de trimillonésima de segundo —explicó a la vez que pulsaba un botón rojo del transformador—. Esto resulta en oscilaciones de terahercios que vibran en la banda de infrarrojos del espectro, y que permiten saber lo que hay dentro o detrás de una lámina delgada (papel, madera, plástico, prácticamente cualquier material). Todo lo que hay que hacer es interpretar las variaciones de la forma de las ondas para deducir lo que hay al otro lado, lo que, unido a este aparatito —dijo dándole una palmada a la caja de plata—, permite ver lo que hay dentro.

—Como los aparatos de rayos X —comentó Lang.

—En efecto —dijo Stoll—, sólo que bastante más manejable. Y también se puede utilizar para determinar la composición química de un cuerpo. Por ejemplo, la grasa de una loncha de jamón —añadió

Stoll, que se acercó a Lang y extendió la mano—. ¿Me permite su cartera?

Lang sacó del bolsillo interior de la chaqueta su cartera y se la tendió al científico, que la puso en uno de los extremos de la mesa y pulsó el botón verde de la cámara.

Se oyó un zumbido y empezó a salir una hoja de papel del minifax.

—Como verá, apenas hace ruido —dijo Stoll—. Tanto es así que lo he utilizado en su laboratorio, sin que la operaria que estaba al lado se enterase.

Cuando la hoja de papel dejó de moverse, Stoll la cogió, le echó un rápido vistazo y se la pasó a Lang.

—¿Son éstos su esposa y sus hijos? —preguntó Stoll.

Lang miró la imagen en blanco y negro, ligeramente velada, en la que, efectivamente, se veía a su mujer y a sus hijos.

—Formidable —dijo Lang—. Asombroso.

—Imagine lo que resultaría si la imagen la procesa un ordenador —continuó con la exposición Stoll—. En cuanto realzase los detalles…

—Cuando nuestros laboratorios empezaron a desarrollar esta tecnología —terció Hood—, tratábamos de averiguar qué gases y líquidos contenían determinadas bombas. La idea era poder neutralizarlas a distancia. Sin embargo, el problema radicaba en que necesitábamos un receptor al otro lado del objeto, para analizar los rayos Ave-X al atravesarlo. Entonces, nuestro equipo de investigación y desarrollo descubrió cómo analizarlos en la fuente. Y eso es lo que hizo que el Ave-X pudiera utilizarse como un instrumento de vigilancia.

—¿Qué radio de acción tiene? —preguntó Lang.

—De aquí a la Luna —contestó Hood—. Por lo menos, ésa es la máxima distancia a la que lo hemos probado. Logramos ver el interior del módulo de aterrizaje del Apolo 11, y podemos asegurarle

que Armstrong y Aldrin lo tenían todo muy aseado. En teoría, el radio de acción debería ser equivalente al alcance del láser.

—¡Dios mío! —exclamó Lang—. ¡Eso es maravilloso!

Hood estaba de pie junto a un rincón y se acercó un poco más a Lang.

—El Ave-X será un elemento vital en el Centro de Operaciones regional —dijo Hood—. No obstante, necesitamos reducir su tamaño y perfeccionarlo, para que las imágenes ganen en resolución y les sea útil a los activistas sobre el terreno. También necesitamos filtrar imágenes irrelevantes, como, por ejemplo, las vigas del interior de los edificios.

—Y ahí es donde entran en juego sus microchips, más pequeños que los nuestros —terció Stoll—. Los necesitamos para, pongamos por caso, situar a un agente frente a una embajada para que pueda leer la correspondencia del interior.

—Es una especie de intercambio tecnológico —dijo Paul Hood—. Ustedes obtienen lo que tenemos en la cajita y nosotros sus microchips.

—Es asombroso —exclamó Lang—. ¿Hay algo que el Ave-X no pueda ver?

—El metal es lo que más se le resiste —contestó Stoll—, aunque trabajamos para solucionar el problema.

—Asombroso —repitió Lang sin dejar de mirar su foto de familia.

—¿Sabe lo mejor? —dijo Stoll, sonriente—. Hasta que solucionemos nuestros problemas, nos podemos tonar vendiendo carteras blindadas.

VEINTE

Jueves, 8:47, Washington. D.C.

—Es usted un pelmazo.

El agrio exabrupto de Martha Mackall flotó en el ambiente durante varios segundos antes de que Mike Rodgers decidise replicar.

El general se detuvo a unos pasos de la puerta. No iba a perder la compostura. Por más que le sublevase, toda confrontación trascendía de lo personal. Martha Mackall se bastaba y se sobraba para enfrentarse a él. Pero si un hombre blanco se las tenía con excesiva acritud con una mujer negra, bordeaba la ilegalidad. Era una inevitable ley del péndulo (inevitable e incluso necesaria), pero, también, el indignante legado de gentuza como los miembros de Hachebé.

—Siento mucho que tenga esa opinión de mí —dijo Rodgers—, y por lo que a ambos más nos importa, siento también haber enfurecido a la senadora.

—Con franqueza —repuso Martha—, no creo que le importe mucho. Ha utilizado usted la muerte de su hija para confundirla y luego la ha tachado, poco menos, que de enemiga. ¿Y tiene la desfachatez de decir que lo siente?

—Pues sí lo siento, sí —replicó el general—. Y no es desfachatez, Martha, es que lo lamento de verdad. Me duele que haya ocurrido.

—¿De veras?

Rodgers optó por no replicar. A continuación fue a salir, pero Martha se levantó del sillón y se interpuso entre él y la puerta.

—Dígame, Mike —lo urgió—, ¿hubiese tenido usted la misma actitud con senadores como Jack Chan o Jed Lee? ¿Se habría mostrado tan duro con los de su propio sexo?

El tono de Martha hizo que Rodgers se sintiera como ante un tribunal. Le dieron ganas de mandarla a hacer puñetas, pero se contuvo.

—Quizá no —se contentó con decir.

—Y tan quizá —persistió Martha—. Eso es gremialismo machista al más puro estilo.

—Está equivocada —replicó Rodgers—. A los senadores Chan y Lee los hubiese tratado de manera distinta porque ellos no hubiesen intentado segarme la hierba bajo los pies.

—Ah, vaya. ¿Cree que ha sido una cuestión personal? La senadora se ceba en nosotros porque le tiene ojeriza a Mike Rodgers.

—En parte, así es —dijo el general—. Y no por ser hombre ni por ser yo, sino porque creo que Estados Unidos, al quedar como única superpotencia del mundo, tiene la responsabilidad de intervenir donde sea necesario. Y el Centro de Operaciones es una pieza tan crucial como ágil para ese propósito. ¿De verdad cree usted, Martha, que lo que pretendo es promocionarme?

—Pues sí —contestó ella—. Eso es lo que creo. Y, desde luego, ésa es la impresión que ha dado.

—Se equivoca —dijo el general—. Intentaba, eso sí, promocionarnos a usted, a mí, y a Paul, Ann y Liz, y al espíritu de Charlie Squires. Defendía al Centro de Operaciones y al comando «Striker». ¿Cuánto dinero y cuántas vidas costaría una nueva guerra en Corea? ¿U otra carrera de armamentos con una nueva Unión Soviética? Lo que hicimos en ambos escenarios le ha ahorrado a la nación miles de millones de dólares.

Rodgers acompañó sus palabras con pausados pero elocuentes ademanes que venían a decirle que moderase sus ataques.

—¿Y por qué no le ha dicho a ella todo lo que me dice a mí? —preguntó Martha.

—Porque la senadora me ha puesto ante un hecho consumado —dijo Rodgers—. No hubiese conseguido más que encajar un rapapolvo.

—Pues no será porque no encaja usted los que le suelta Paul.

—Soy su subordinado.

—¿Y acaso no está el Centro de Operaciones subordinado a los senadores Fox, Chan y Lee, así como a los otros miembros de la Comisión del Senado para la Supervisión de los Servicios de Inteligencia?

—Hasta cierto punto así es —admitió Rodgers—. No obstante, la palabra clave aquí es *comisión*. Los senadores Chan y Lee no son unos irreductibles aislacionistas, y hubiesen comentado conmigo, o con Paul, lo del recorte y nos hubiesen dado la oportunidad de discutirlo.

—Bueno. A ver qué sale del cónclave —dijo Martha en tono más desenfadado.

—Ahí se decide.

—Y deciden los hombres —añadió Martha—. Dios nos libre de que fuese una mujer quien tomase las decisiones y le pidiese a un hombre cumplirlas. Si lo hiciera, se revolvería usted para pegarle.

—Tan fuerte como ella me pegase a mí —dijo Rodgers—. Dice usted que soy un pelmazo, ¿no? ¿Quién es la que se pasa la vida dando el latazo con lo de la *igualdad*?

Martha guardó silencio.

—Bueno… Me parece que nos hemos excedido. Tenemos otros problemas: unos canallas están a punto de infiltrarse en Internet con videojuegos de rol para el linchamiento de negros. He de reunirme luego con Darrell y Liz. A ver si logramos que esa gentuza se salga

de esa hermosa autopista de la información y se estrelle. Y me gustaría que usted colaborase.

Martha asintió con la cabeza.

Rodgers la miró. Sentía remordimiento.

—Escuche, Martha, me revienta la obcecación, sobre todo si es la mía. Supongo que algo de gremialismo sí debe de subyacer en la cuestión. Ya sabe, los militares velan por los militares…

—Y las mujeres por las mujeres —lo atajó Martha con suavidad.

—*Touché* —exclamó Rodgers, sonriente—. Me temo que, en el fondo, todos somos aún carnívoros defensores del territorio.

—Eso es una manera de echar balones fuera —dijo ella.

—Bueno, pues a ver qué le parece esto otro —dijo Rodgers—: «Seré despótica, que es lo mío. Y el buen Dios me perdonará, que es lo suyo». Lo dijo Catalina la Grande. Y, bueno, Martha, a veces puede que sea despótico. De manera que sólo me queda confiar en que usted me perdone.

Martha entornó los ojos y lo miró enfurruñada.

—*Touché* —terminó por decir también, sonriente.

Rodgers correspondió a la sonrisa, miró el reloj y dijo:

—He de llamar por teléfono. ¿Por qué no llama usted a Liz y a Darrell para ganar tiempo? Y nos vemos luego todos.

Martha asintió con la cabeza, ya más relajada, y se apartó hacia un lado para dejar pasar al general, que se disponía a salir.

—Espere, Mike —dijo ella, no obstante.

—¿Sí?

—Sigo pensando que ha sido un golpe bajo el que le ha asestado a la senadora. Hágame un favor y llámela luego, sólo para asegurarse de que está bien.

—Pensaba hacerlo —le confesó Rodgers al abrir la puerta—. También yo sé perdonar.

VEINTIUNO

Jueves, 14:55. Hamburgo, Alemania

Bob Herbert pasó al teléfono de su silla de ruedas una hora decepcionante.

A través de su línea privada habló con su ayudante del Centro de Operaciones, Alberto Grimotes.

Alberto acababa de licenciarse en sicología por la Facultad de Medicina de la Universidad John Hopkins. Aunque muy joven y con poca experiencia, Alberto era inteligente, imaginativo y muy trabajador. Herbert lo consideraba como un hermano menor.

Lo primero que había que hacer, le dijo Herbert, era decidir a cuál de los servicios de inteligencia aliados podían solicitar información actualizada acerca de los terroristas alemanes.

En principio, los israelíes, los británicos y los polacos parecían ser los únicos que seguían estrechamente los movimientos de tales grupos. Ningún otro país albergaba el mismo persistente y visceral temor hacia los alemanes.

Herbert aguardó al teléfono mientras Alberto examinaba su base de datos de efectivos humanos. La información proporcionada por los activistas estaba en lo que Herbert llamaba el «pie de rey» del Centro de Operaciones: el archivo REX (Recursos Exteriores).

A Herbert le daba cien patadas tener que mendigar información a otros servicios de inteligencia, pero no tenía más remedio. Sus efectivos humanos en Alemania eran muy escasos.

Antes de la reunificación alemana, Estados Unidos se volcó en ayudar a la RFA a erradicar los grupos terroristas procedentes del Este. Pero desde la reunificación, los servicios de inteligencia norteamericanos se habían retirado del país casi por completo.

El terrorismo alemán pasaba a ser un problema europeo, no estadounidense. A causa de los fuertes recortes presupuestarios, la CIA, la Oficina Nacional de Reconocimiento y otros servicios de información se las veían y se las deseaban para mantener una razonable presencia en China, Rusia y el hemisferio occidental.

Bien fácil lo van a tener los adivinos respecto de cuál va a ser el próximo foco de conflicto, pensó Herbert con amargura.

Además, aunque otros gobiernos tuvieran información sobre los terroristas alemanes, nada garantizaba que quisieran facilitarla. Desde que en los años 80 se produjo una cadena de filtraciones que afectaban a la seguridad de EE. UU. (filtraciones que los medios informativos se encargaron de airear), los demás países se mostraban reacios a proporcionar demasiada información, por temor a poner en peligro a sus propios EFECTHUM (efectivos humanos).

—Sobre el terreno, Hub y Shlomo tienen cuatro y diez activistas respectivamente —dijo Alberto.

Grimotes se refería al comandante Hubbard del servicio de inteligencia británico y a Uri Shlomo Zohar del Mossad.

Como no hablaban a través de una línea de seguridad, Herbert no le pidió detalles, pero estaba al corriente de que la mayoría de los agentes de Hubbard en Alemania trataban de detener el flujo de armas de contrabando procedentes de Rusia, mientras que los israelíes se centraban en el tráfico de armas con destino a los árabes.

—Parece que los hombres de Bog no acaban de librarse del desbarajuste ruso —dijo Alberto, que aludía al general Bogdan Lothe del servicio de inteligencia polaco y a su latente guerra con los rusos —. ¿Quiere que le cuente algo gracioso?

—No me vendría mal —contestó Herbert.

—A tenor de esta lista, el único que creo que nos puede ayudar es Bernard.

De no ser la situación tan delicada, Herbert se habría echado a reír.

—¿Ayudarnos ellos? —exclamó Herbert—. Sería toda una novedad.

—Pues podría ser —dijo Alberto—. Déjeme que lea el informe de Darrell, y se lo confirmo.

Mientras aguardaba, Herbert tamborileó con los dedos en el brazo de la silla de ruedas mientras para sus adentros tarareaba el «Oh, Susana, no llores más por mí…».

Bernard era el coronel Bernard Benjamin Ballon del Guipo de Intervención de la Gendarmería Francesa. Era un cuerpo que tradicionalmente nada había querido saber de los delitos cometidos por xenófobos, sobre todo si iban dirigidos contra judíos e inmigrantes. Además, el citado cuerpo de la gendarmería tenía un acuerdo con los alemanes: si los agentes franceses se abstenían de intervenir en suelo alemán, los alemanes les revelarían los nombres de miles y miles de franceses que colaboraron con los nazis durante la segunda guerra mundial. Algunos de estos colaboracionistas eran ahora relevantes empresarios o políticos, que inclinaban a los servicios de inteligencia franceses a ocuparse de sus propios asuntos.

En los años 40, Ballon fue uno de los policías más duros que Herbert había conocido, partidario de tratar a los delincuentes sin contemplaciones. Y era Ballon quien, en los últimos años, había sacado a la *gendarmerie* de su apatía.

Sin embargo, Ballon tenía que responder ante su gobierno; un gobierno nada entusiasta de EE. UU. y sumido en un intenso y renovado nacionalismo, hasta el punto de proscribir las palabras inglesas de su vocabulario, los platos estadounidenses de los menús y las películas estadounidenses de sus pantallas.

La idea de que los franceses pudiesen ayudar a EE. UU. no resultaba nada tranquilizadora. Tener que recurrir a tanto antiestadounidense resultaba descorazonador. Aventurar que fuesen a ayudar de verdad a EE. UU. parecía absurdo.

—Bernard tiene un problema en casa e investiga sobre una posible conexión entre elementos terroristas de Francia y Alemania. El mes pasado se puso en contacto con la *Gran I*, que, a su vez, contactó con Darrell. Y Darrell ayudó a Bernard a obtener cierta información que necesitaba.

La *Gran I* era como llamaban a la Interpol en la jerga de los servicios de inteligencia cuando hablaban a través de líneas no seguras.

Darrell no sólo actuaba como enlace con el FBI, sino como coordinador con la Interpol y otras organizaciones policiales de ámbito internacional.

—¿Qué información necesitaba Bernard? —preguntó Herbert sin dejar de tamborilear en el brazo de la silla.

No le hacía la menor gracia tener que recurrir a los franceses.

—No figura en los archivos centrales —contestó Alberto—. Está clasificado como documento secreto no reproducible. Tendré que preguntárselo a Darrell en persona.

—Pues hágalo —le urgió Herbert—. Y llámeme en cuanto sepa algo.

—De acuerdo —dijo Alberto—. ¿No puede disponer ahí de una línea segura?

—No voy a tener tiempo —contestó Herbert—. Deberá arriesgarse y llamarme a la silla, e informar también al general Rodgers.

—Por supuesto. Ah, y cuando me pregunte por usted, ¿dónde le digo que estará?

—Dígale que voy a comprobar algunas de las teorías del caos.

—Ah —exclamó Alberto—. Es verdad. Los Días del Caos caen por estas fechas, ¿no?

—En efecto —contestó Herbert—. La convención anual de tarados mentales. Lo que me lleva a la cuestión número dos: ¿dónde se sitúa el epicentro de la actividad en esos Días del Caos?

—Me pregunta, por las «habitaciones de invitados», ¿no? Ya. Necesita usted hospital… idad —ironizó Alberto.

—Muy gracioso —dijo Herbert.

—Perdone —se excusó Alberto—. Se lo busco.

Herbert oyó que Alberto volvía a teclear instrucciones en el ordenador, y al momento se dirigió a él.

—Aquí lo tengo. En los dos últimos años, los asambleístas han dado el pistoletazo de salida para su carrerón político en el Bier-Hall de Hannover, a las seis de la tarde.

—No me sorprende —dijo Herbert.

Fue precisamente en el Bier-Hall donde, en 1923, Hitler protagonizó el infame *Putsch* para hacerse con el poder en Alemania. Sólo que allá donde Hitler fracasó, los neonazis trataban de triunfar.

Entre una cosa y otra, la conversación con Alberto duró media hora. La otra media la empleó Herbert en localizar una agencia que alquilase coches para minusválidos, pero sin chófer.

Al objeto de obtener información de primera mano, Herbert se proponía sumergirse en plena vorágine de los Días del Caos, y no quería poner en peligro al chófer que le asignasen.

Al fin, dio con una agencia que disponía de un coche con freno y acelerador manuales.

Aunque no tenga cristales antibalas ni asiento eyectable, pueden traérmelo al hotel —bromeó Herbert.

De acuerdo, señor —dijo el empleado, nada receptivo a la humorada.

Herbert decidió vestirse de *sport*. Se quitó la camisa blanca y la corbata y se puso una camiseta en la que se leía «Me llamo Herbert… Bob Herbert» (regalo de su hermana) y un *blazer*.

Bajó al vestíbulo y, con la ayuda del portero, colocó la silla de ruedas, completamente desplegada, en la parte de atrás del coche que sustituía al asiento trasero. Luego, con un mapa desplegado en el asiento del acompañante y el teléfono móvil y la traductora electrónica de Matt Stoll al lado, Herbert arrancó calle adelante con su Mercedes de alquiler.

Era una ironía —una triste ironía— que un minusválido fuese el único EFECTHUM de los servicios de inteligencia estadounidenses en Alemania. Aunque, claro, no era menos cierto que era un hombre con experiencia, iniciativa y una sólida organización detrás. Muchos activistas habían tenido que contentarse con menos en sus misiones en el extranjero; con mucho menos. Y aunque no albergaba la pretensión de pasar inadvertido, se atenía a la conseja del espía: «No subestimes nunca lo que otros puedan saber, ni lo que puedan decir si son imprudentes, estúpidos o están borrachos».

En el Bier-Hall iba a encontrar un nutrido grupo de ejemplares con tales características.

Más que por su mayor libertad de movimientos, Herbert estaba entusiasmado por volver a la acción. Comprendía muy bien lo que debió de sentir Mike Rodgers al volver a la lucha en Corea.

El trayecto desde el hotel duró casi dos horas, pero no tenía complicaciones. Sólo tuvo que seguir por la autopista Al en dirección norte-sur, en la que el único límite a la velocidad era una recomendación de circular entre los 100 y los 130 km/h, aunque todo aquel que fuese a menos de 130 km/h era considerado un *Grafin* (un pelmazo, medroso y pusilánime).

Herbert iba a casi 150 km/h. Bajó las ventanillas delanteras para sentir la refrescante furia del viento. Sin embargo, incluso a aquella velocidad no perdía detalle de los hermosos y verdes parajes campestres de la Baja Sajonia. Deprimía pensar que los pueblos centenarios de aquellos bosques de ensueño albergasen al más perverso movimiento xenófobo de la historia de la civilización.

Pero… en fin. Incluso en el Paraíso hubo serpientes, pensó.

No sintió lo mismo respecto de la gente y del hermoso entorno el día en que por primera vez llegó al Líbano con su esposa. Recordaba el espléndido cielo azul, los antiguos edificios, humildes o majestuosos, y los fieles cristianos o musulmanes.

Los franceses se retiraron del país en 1946, y los religiosos «hermanos» se enzarzaron con saña en una guerra civil. Los *marines* norteamericanos contribuyeron a que, en 1958, se lograse el alto el fuego. Pero en 1970 volvieron a reproducirse las hostilidades y tuvieron que intervenir de nuevo los estadounidenses.

El cielo seguía azul, y los templos inspiraban el mismo recogimiento que años atrás, cuando se produjo un atentado suicida con coche-bomba en la embajada de EE. UU. en Beirut en 1983 en el que murieron cincuenta personas y muchas más resultaron heridas.

Desde entonces, la belleza no era para Herbert sinónimo de inocencia, ni siquiera especialmente atractiva. La propia vida, entonces tan plena y prometedora, era más bien una manera de pasar el tiempo hasta que él y su esposa pudieran volver a reunirse.

Hannover era una ciudad llena de contrastes. Al igual que Hamburgo, fue muy castigada por los bombardeos durante la segunda guerra mundial. Entre los modernos edificios y avenidas había barrios cuyos edificios databan del siglo XVI; casas de madera con barrocos jardines que flanqueaban estrechas callejas.

A Herbert no le entusiasmaban los barrios antiguos. Prefería el campo —que era donde se había criado— y los estanques, las libélulas, las ranas y la tienda de la esquina en la que vendían de todo.

No obstante, al adentrarse en la ciudad, le sorprendió ver dos ciudades muy distintas.

Le cuadra muy bien, pensó Herbert al llegar a las proximidades de Rathenauplatz. *Dos arquitecturas para dos rostros humanos diferentes*.

Irónicamente, el barrio más pintoresco, en el que se encontraban los cafés y restaurantes más típicos, era el más frecuentado por

elementos indeseables.

Para localizar el corazón del barrio, Herbert no tuvo más que seguir a dos motorizados cabezas rapadas que no creía que fueran precisamente al Museo Sprengel de arte moderno.

Tardó diez minutos en llegar a lo que inequívocamente era el Bier-Hall, que estaba situado en el centro de una hilera de bares y cafés, casi todos ellos cerrados.

La fachada de la taberna estaba pintada de blanco, y un sencillo rótulo, de letras negras sobre fondo rojo, anunciaba el establecimiento.

—Claro —musitó Herbert al pasar por delante.

Eran los colores de la alemania nazi. Como en Alemania era ilegal exhibir esvásticas, los neonazis explotaban la evocación de los colores sin quebrantar la ley.

Tal como Hausen comentó durante el almuerzo, aunque el neonazismo propiamente dicho fuese ilegal, estos grupos burlaban la ley utilizando toda clase de eufemísticos nombres, como «Los Hijos del Lobo» o «Nacionalsocialistas del Siglo XXI».

El aspecto del Bier-Hall no sorprendió a Herbert, pero la concurrencia congregada frente al establecimiento sí.

Los grupos extremistas no ocupaban ninguna de las diez mesas redondas de estilo campestre, sino que se adensaban frente a la entrada. Unos trescientos individuos —la mayoría muy jóvenes— estaban sentados o de pie en la acera, en el bordillo, en la calzada o recostados en coches, cuyos propietarios no acertaron a retirarlos a tiempo, ni podrían hacerlo hasta transcurridos los tres Días del Caos.

Los viandantes que circulaban casualmente por allí avivaban el paso al ver el panorama, y aunque mucho más adelante cuatro agentes de la policía dirigían el tráfico, en aquel tramo de la calle los coches tenían que hacer alardes para esquivar a quienes se hacinaban frente al Bier-Hall con jarras de cerveza en la mano.

Herbert esperaba encontrarse con un ejército de cabezas rapadas y camisas marrones (con el cuero cabelludo tatuado y ajustados

uniformes seudonazis con anchos brazaletes), pero aunque también había grupitos de *punkies* de entre cinco y diez individuos, la mayoría de los allí congregados (con escasa presencia femenina) vestía de *sport* y llevaba peinados elegantes aunque algo conservadores. Reían con desenfado y, más que de agentes del racismo, tenían pinta de agentes de Bolsa u abogados que asistiesen a un congreso.

El cuadro resultaba tanto más aterrador por su aparente normalidad. Aquello hubiese podido ser perfectamente la amada ciudad natal de Herbert.

Con su avezado ojo de cazador, Herbert memorizó grupos de aquel tapiz humano, en lugar de individuos concretos. Luego, si fuera necesario, ya recurriría a la memoria para el detalle.

Herbert avanzó con suma lentitud por la calle, atento a lo que oía a través de las ventanillas. No dominaba demasiado bien el alemán, pero lo entendía lo bastante como para enterarse de lo que decían. Hablaban de política, de ordenadores y de *cocina*, ¡por el amor de Dios!

Aquello no tenía nada que ver con lo que esperaba. Todo lo que hacían aquellos jóvenes era cantar tradicionales canciones alemanas de taberna. No era de extrañar que las autoridades alemanas no quisieran intervenir en los Días del Caos. Si la policía tomaba cartas en el asunto, en lugar de a aquellos jóvenes, tendría que detener a algunos de los médicos, abogados, agentes de Bolsa, periodistas y diplomáticos más importantes de la nación, de cuyas actividades ilegales sí tenía constancia.

No quiera Dios que semejantes personajes lleguen a sublevarse contra el gobierno, pensaba Herbert. Eran pocos y no estaban unidos, pero si algún día eran lo bastante fuertes y aunaban esfuerzos, la gobernabilidad de Alemania podría verse en entredicho. El país entraría en un período de agitación que trágicos precedentes hacían temible para el resto del mundo.

A Herbert se le revolvía el estómago. *Estos cabrones no tienen el menor derecho*, clamó para sí. Aunque, en el fondo, sabía que sí lo tenían. Resultaba irónico que la derrota de Hitler les hubiese otorgado el derecho a hacer y decir mucho, siempre y cuando se abstuviesen de todo hostigamiento racial y religioso ni negasen en público el Holocausto.

Cerca del final de la calle, había una mesa de inscripción atendida por media docena de jóvenes. Pese a la gran cantidad de personas que se hacinaban frente a la mesa, no había empellones ni quejas, nada que perturbase el ambiente de buena camaradería.

Herbert redujo la velocidad y observó cómo los organizadores cobraban, distribuían planos con itinerarios y vendían insignias y pegatinas rojinegras.

Una industria casera en toda regla, pensó Herbert, asombrado. Todo se desarrollaba de un modo sutil, insidioso y… legal. Ahí radicaba el problema, desde luego.

A diferencia de los cabeza rapada, denostados por gente como aquélla por considerarlos neonazis de baja estofa, los hombres y las pocas mujeres congregados tenían la habilidad de mantenerse dentro del marco legal. No obstante, Herbert estaba convencido de que, si llegaban a ser lo bastante numerosos para presentar candidatos a las elecciones y ganarlas, cambiarían las leyes.

Eso fue lo que hicieron en marzo de 1933, cuando la «Lev de Plenos Poderes» convirtió a Hitler en dictador.

Uno de los organizadores, un joven alto, rubio y envarado, saludaba desde detrás de la mesa a quienes llegaban. Les estrechaba la mano a todos, pero no parecía sentirse tan cómodo con los desaseados cabezas rapadas como con los asistentes más pulcros.

Incluso entre la chusma hay clases, pensó Herbert, sorprendido al ver que uno de los desharrapados saludaba al estilo nazi tras estrecharle la mano al rubio. Fue un aislado gesto nostálgico que no sentó muy bien a quienes lo vieron; como si un borracho se

acercase a la mesa de donativos de una fiesta benéfica. Toleraron el saludo, pero no fue bien recibido. Era obvio que entre los neonazis había tantas discrepancias como hubo entre sus antecesores; disidencias que podían ser explotadas por fuerzas exteriores.

Se había formado una considerable caravana detrás de Herbert, que soltó el freno de mano y aceleró calle adelante.

Estaba irritado; irritado con aquellos atildados monstruos, herederos de la guerra y del genocidio, e irritado contra el sistema que les permitía existir.

Al doblar la esquina, Herbert reparó en que en las calles transversales estaba prohibido aparcar. Se alegró de que no hubiese allí ningún agente de tráfico. Habría sido el colmo: como si les proporcionasen servicio de orden para aquella insidiosa fiesta seudocampestre.

En cuanto logró aparcar en una de las callejas, pulsó un botón contiguo al radiocasete. La puerta trasera izquierda se abrió y la plataforma sobre la que iba la silla de ruedas se desplazó hacia aquel lado, emergió del vehículo y depositó la silla en la acera.

Herbert alargó el brazo hacia atrás y tiró de la silla. Acababa de tomar una decisión: sugeriría a los alemanes que vendiesen coches como aquél en EE. UU.; hacían la vida mucho más fácil.

Después de deslizarse hasta la silla volvió a pulsar otro botón, esta vez situado en la puerta del vehículo, y la plataforma volvió a entrar. Luego, cenó la puerta del coche y se impulsó con la silla hacia el Bier-Hall.

VEINTIDÓS

Jueves, 15:28, Toulouse, Francia

Dominique presentía la victoria. La vislumbraba, la palpaba, estaba ya cerca, muy cerca.

La veía más cercana después de la llamada telefónica de su abogado neoyorquino. La policía de Nueva York y el FBI habían mordido el anzuelo: habían arrestado al grupo de Nación Pura que Dominique patrocinaba desde hacía muchos meses.

Gurney y sus «puronacionales» afrontarían su encarcelamiento y juicio como auténticos neonazis: orgullosamente y sin temor. Al mismo tiempo, revelarían a] FBI dónde ocultaban las armas y la propaganda clandestina y delatarían al individuo que violó a las lesbianas en Chicago.

El FBI proclamaría su gran éxito a los cuatro vientos.

—Su gran éxito—-musitó Dominique, sonriente—. Caza de pura carroña.

Una caza que les había hecho emplear tiempo y efectivos humanos, entre los que se contaba lo más granado de sus inspectores, volcados en la equivocada dirección.

Dominique se hacía cruces de lo fácil que fue engañar al FBI. La dirección del legendario cuerpo policial envió a un infiltrado (su táctica de siempre). El «topo». John Wooley, ingresó a la vez que otros nuevos miembros, pero como tenía ya casi treinta años y

carecía de historial orgánico, dos integrantes de Nación Pura fueron a California a visitar a la «madre» a quien escribía.

El FBI le proporcionó una casa alquilada y cobertura legal, y ella hacía dos o tres llamadas diarias desde el teléfono público de la tienda de comestibles de la esquina.

Nación Pura situó una microcámara de vídeo oculta, filmó los números que aparecían en la pantallita de cristal líquido del teléfono público, y descubrió que las llamadas iban dirigidas a la oficina del FBI en Phoenix.

El jefe de Nación Pura, Ric Myers, sospechó que la señora Wooley era, probablemente, una veterana ex agente, y ordenó que dejasen a Wooley seguir en el grupo para que, sin sospecharlo, le proporcionase al FBI información falsa.

Por entonces, Dominique trataba de ponerse en contacto con neonazis estadounidenses, para llevar a cabo su plan, y Jean-Michel logró hablar con representantes de Nación Pura. La presencia de Wooley encajaba en los planes de Dominique.

A la señora Wooley y a su «hijo» ya les ajustaremos las cuentas más adelante, pensó Dominique.

Dentro de pocas semanas, cuando EE. UU. se sumiese en el caos, los Wooley serían las primeras víctimas: a la anciana la violarían y le arrancarían los ojos en su alquilado hogar, y al infiltrado lo castrarían, pero lo dejarían con vida para que sirviese de escarmiento a otros aspirantes a héroes.

Dominique miraba a través del falso espejo que daba al salón de conferencias contiguo a su despacho, situado encima de su factoría subterránea. Debajo de donde él se encontraba, en una nave utilizada para la manufactura de armas y armaduras durante la cruzada albigense del siglo XIII, los operarios montaban estuches de videojuegos y de CD-Rom. En otra nave, situada en el lado del subterráneo que quedaba en la otra orilla del río, los técnicos transmitían muestras de los juegos a todo el mundo. Los clientes podían solicitar sus juegos en cualquier formato.

La mayoría de estos juegos que Dominique fabricaba en Demain eran entretenimientos que gozaban de gran aceptación. Los gráficos, el sonido y los juegos en sí eran de tan alta calidad que desde 1980, cuando comercializó su primer juego («Un caballero para recordar»), Demain se había convertido en una de las empresas de *software* más importantes del mundo.

Sin embargo, eran otros los juegos que más interesaban a Dominique; entre otras cosas, porque eran el verdadero futuro de su organización y una de las claves del futuro del mundo.

De mi mundo, pensaba Dominique. Un mundo que él gobernaría desde las sombras.

«La *strip* gitana» fue el primero de sus nuevos juegos importantes. Empezaron a distribuirlo hacía nueve meses. Trataba de una mujer de raza gitana y dudosa moral. El juego consistía en arrancarles información a los habitantes de un pueblo, encontrar a la mujerzuela y la ropa interior que había ido dejando por los alrededores.

Demain vendió diez mil ejemplares en todo el mundo. Los pedidos llegaban por correo desde una localidad mexicana, a cuyas autoridades sobornaron para que se abstuviesen de intervenir, con independencia de qué clase de juegos vendiesen. El juego lo anunciaron *on-line* y en revistas de propaganda de la «supremacía blanca».

A «*La strip* gitana» siguieron «Los dinamiteros del gueto», ambientado en la Varsovia de la segunda guerra mundial; «El arroyo del tullido», en el que había que ahogar a los disminuidos físicos; «Transformaciones», juego de gráficos en el que los rostros asiáticos debían ser transformados en occidentales, y «El tiro lindo», en el que los jugadores debían abatir a los homosexuales que desfilaban por la pantalla.

Pero los juegos favoritos de Dominique eran los más recientes y de tecnología avanzada: «Campo de concentración» y «Linchamiento».

Este último permitía a los jugadores insertar sus propios rostros en siluetas de hombres y mujeres que abatían a tiros a los negros. Lo presentaron *on-line* en EE. UU., como muestra, y el número de pedidos superaba todas sus previsiones.

«Campo de concentración» lo iban a promocionar de manera similar en Francia, Polonia y Alemania (en un lugar muy especial de Alemania).

Estos juegos contribuirían a difundir el mensaje de la intolerancia. Y eso no sería más que el principio, porque, cuatro semanas después de la difusión de estos juegos, Dominique abordaría su más ambicioso proyecto informático, la culminación del trabajo de toda una vida. Empezaría con un videojuego enviado gratuitamente a los usuarios *on-line*. Lo había bautizado «LAVESEP» (acrónimo de «La venganza es sólo el principio»). Contribuiría a que estallase una crisis inimaginable, de auténtica pesadilla. Y mientras EE. UU. se sumiría en la confusión y Alemania afrontaría el resurgimiento del nazismo, Dominique y sus aliados ampliarían su imperio comercial.

¿Ampliar?, se decía Dominique. *Nada de ampliar. Apoderarnos de lo que siempre debió ser nuestro*.

En los años 80, cuando el presidente Mitterrand necesitó generar más ingresos para el Estado, muchas empresas dieron socializadas. Durante los años 90, muchas de estas empresas empezaron a hundirse debido a los elevados costes de la Seguridad Social, de las pensiones y de la protección que los ciudadanos franceses recibían desde la cuna hasta la sepultura, por así decirlo. El hundimiento de estas empresas arrastró a muchos bancos, y la tasa de desempleo llegó al 11,5% en 1995 y ahora rondaba el 15% (el doble entre los profesionales con formación académica).

Pese a ello, la pasiva Asamblea Nacional no hacía más que aprobar lo que el presidente y sus consejeros decidían.

Dominique introduciría grandes cambios. Compraría muchas de las deficitarias empresas estatales y las reflotaría. Quienes tuviesen

trabajo deberían renunciar a algunos de sus derechos, pero tendrían seguridad y los desempleados trabajo. También se proponía controlar bancos franceses. El dinero de Demain contribuiría a potenciar la banca y, a través de las agencias del extranjero, Dominique invertiría en empresas de todo el mundo. Movería capitales con agilidad, evadiría impuestos y especularía con los cambios de divisas.

El industrial ultraderechista estaba ya en tratos para comprar una productora cinematográfica británica, una empresa manufacturera de cigarrillos china, unos laboratorios farmacéuticos canadienses y una compañía de seguros alemana (en muchos países, el control de las empresas clave equivalía a controlar al gobierno).

Los particulares y las pequeñas empresas no tenían la misma capacidad de maniobra que las multinacionales. Como le dijo en una ocasión su padre: «Convertir cien mil francos en un millón no es fácil, pero convertir cien millones en doscientos millones es inevitable».

Lo que Japón intentó en vano en los 80 (ser la economía dominante en el mundo), lo conseguiría Francia en el siglo XXI. Y Dominique sería el regente del imperio.

—Alemania… —mascullaba Dominique con desdén.

Alemania empezó su historia como un pueblo conquistado, derrotado por Julio César en el 55 a. J. C., y tuvo que liberarla Carlomagno, un franco.

Dominique ya había contratado a un cantante francés para que grabase una canción, escrita por él semanas antes: *El rap de Hitla*. Con un ritmo de pato mareado metido en frenética tarantela, presentaba a los alemanes como lo que eran: un pueblo de malhumorados patanes.

Una vez logrados sus objetivos en Francia, Dominique tenía la firme intención de poner a los *boches* en su sitio, y no podría resistir la tentación de empezar por el «entremés» que proyectaba escenificar para Hausen.

Henri había telefoneado para comunicar el éxito de su misión. Todos los informativos se hacían eco del incendio. La mitad de una de las manzanas de casas más antiguas de St. Pauli ardió antes de que los bomberos lograsen controlar el fuego.

Estupendo, pensó Dominique, aunque preocupado por cuál pudiera ser la réplica del arrogante Richter. ¿Mataría a Jean-Michel de camino a la concentración de por la noche? ¿Atentaría contra la distribuidora de los productos Demain en Alemania? Lo dudaba. Equivaldría a elevar la tensión entre ambos, aparte de que nada de lo que Richter hiciera podía perjudicar seriamente a Dominique.

¿Qué haría entonces Richter: claudicar y marcar el paso? También lo dudaba. Richter era demasiado orgulloso para resignarse a una rendición incondicional. ¿Revelaría a la prensa lo que sabía acerca de las actividades clandestinas de Dominique? Era improbable. Richter no sabía lo bastante y, además, ¿por qué iban a creer a Richter? Era un neonazi que se lucraba fomentando una procaz promiscuidad. Y a Dominique no podían relacionarlo con él.

De lo que no le cabía duda era de que algo haría Richter. No tenía más remedio, ya que era una cuestión de honor.

Dominique se alejó de la ventana y volvió a su despacho. Teorizar era siempre divertido pero, a la postre, inútil. Sólo de una cosa estaba seguro Dominique: su posición era bastante mejor que la de Richter. Por eso prefería no estar en su pellejo.

VEINTITRÉS

Jueves, 15:23, a orillas del río Leine, Alemania

Karin Doring cruzó una fronda, miró hacia atrás y esbozó una enigmática sonrisa.

El campamento se encontraba en uno de los más hermosos parajes que había visto. La familia Manfred compró aquella finca a orillas del Leine hacía diez años. Tenía diez hectáreas de fragante bosque, limitado al este por el curso del río y al oeste por una colina, a cuyo pie estaba el campamento; por el norte, los protegía un profundo desfiladero.

Los árboles obstaculizarían la visión de los helicópteros de la policía si sobrevolaban la zona en busca del tráiler robado.

El campamento montado por Feuer consistía en una serie de tiendas para dos personas, dispuestas en cuatro hileras de cinco, camufladas con ramas y hojarasca.

Los coches de los miembros del grupo estaban aparcados en el lado sur de la finca, convenientemente camuflados también.

Garbsen era la única población cercana de cierta entidad, y estaba a más de treinta kilómetros en dirección sur.

La batida para localizar a los terroristas que atentaron contra el rodaje de la película empezaría allí, pero se alejaría en dirección a Hannover, centro de las actividades de los Días del Caos.

De manera que, sólo al principio de la batida, los buscaría en aquel paraje digno de las andanzas de los hermanos Grimm. No

podía distraer los efectivos humanos necesarios hasta después de los tres Días del Caos. Para entonces, Karin y sus hombres ya se habrían marchado.

Aunque la policía concluyese que ella había sido la autora material del atentado y localizase su campamento, jamás podrían detenerla, ni a ella ni a ninguno de sus seguidores.

Los centinelas darían la alerta, los perros —adiestrados para el ataque— retrasarían a los agentes y las robadas reliquias irían a parar al lago de la finca, o las quemarían (una medida tan triste como necesaria para no dejar pistas que los relacionasen con el atentado).

Dejemos que mienten atraparnos, se decía Karin Doring desafiante.

Si los descubrían y atacaban, todos lucharían hasta el final.

El gobierno alemán podría aprobar sus apologéticas leyes, negar su pasado e inclinarse reverentemente ante el resto de Europa y EE. UU.

Karin Doring y sus seguidores no se inclinarían.

Y con el tiempo, todos los alemanes abrazarían el legado que ella contribuía a conservar.

Los cuarenta miembros de Feuer concentrados allí se encontraban entre los más fieles seguidores de Karin. Los más cercanos al perímetro del campamento prorrumpieron en vítores al detenerse el tráiler. Cuando Rolf lo hubo aparcado junto a la hilera de coches, en el lado sur, sus *Feuermenschen* (sus «bomberos», como los llamaba ella) formaron en semicírculo frente al tráiler. Alzaron el brazo diagonalmente, con el puño cerrado y vuelto hacia arriba, y gritaron una y otra vez: *Sieger Feuer!* (¡Fuego victorioso!).

Karin bajó del tráiler en silencio y, a continuación, fue hacia la parte de atrás del vehículo, abrió la puerta y cogió un casco de acero un poco oxidado y con la correa reseca y agrietada. No obstante, el águila y la esvástica grabados en los lados relucían. Era el casco de un soldado del Ejército de la Alemania nazi.

Karin sostuvo el casco con ambas manos y extendió los brazos como si fuese a coronar a un rey.

—Combatientes por la causa —dijo—, hoy hemos logrado una gran victoria. Hemos arrebatado estas reliquias del Reich a los coleccionistas, estudiosos y… abandonistas. Están de nuevo en manos de los combatientes; de nuevo en manos de los patriotas.

Los «bomberos» gritaron *Sieger Feuer!* al unísono. Karin le entregó el casco a un joven, que lo besó tembloroso antes de pasárselo a un compañero.

Karin Doring reservo para sí un machete de las SA.

—Poned estas reliquias a buen recaudo —dijo Karin—. Esta noche volverán a ser utiles. Esta noche serán de nuevo instrumentos para el combate.

Mientras Karin les pasaba las reliquias, ayudada por Rolf, Manfred asomó por detrás de la cabina del tráiler.

—Es una llamada para ti —le comunicó Manfred.

Ella le dirigió una inquisitiva mirada.

—Es Felix Richter —dijo Manfred.

Karin no se inmutó (rara vez se inmutaba), aunque sí estaba sorprendida. No pensaba hablar con Richter en la concentración de aquella noche en Hannover y, menos aún, antes de que se llevase a cabo.

La temeraria joven le pasó a Manfred el rifle que sostenía en la mano y, sin decir palabra, fue hasta el lado del conductor de la cabina del tráiler, subió y cerró la puerta.

Manfred había dejado el teléfono en el asiento. Karin lo cogió vacilante.

No le caía bien Richter. No se trataba sólo de su vieja rivalidad (que impulsase un movimiento político en lugar de un movimiento militar). Eran vías distintas para hacer realidad el sueño que Hitler enarboló al acceder a la Cancillería en 1933: un mundo ario.

Ambos sabían que eso sólo era posible mediante un monolítico nacionalismo, seguido de una guerra económica relámpago contra

las inversiones y la cultura extranjeras. Eran conscientes de que, sin una organización más amplia y diversificada, su objetivo era inviable.

Lo que más preocupaba a Karin era que no acababa de creer que Richter fuese un devoto del nazismo. Parecía más proclive a convertirse en dictador de… lo que fuese. A diferencia de Karin, que amaba a Alemania más que a la vida, Richter sólo quería mandar (en Alemania, en Uganda, en Irak o donde fuese). Así lo veía ella, por lo menos.

—Buenas Lardes, Felix —contestó Karin.

—Buenas tardes, Karin. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Entonces es que no te has enterado, porque si no no me lo preguntarías. Hemos sido atacados… han atacado a Alemania… al Movimiento.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Quién nos ha atacado?

—Los franceses —repuso Richter.

Aquella palabra (franceses) bastaba para amargarle el día a Karin. Su abuelo fue *Oberfeldarzt*, teniente coronel médico del Ejército alemán en la Francia ocupada. Lo mató un francés mientras asistía a soldados alemanes, heridos en la toma de St. Sauveur.

De niña, Karin oyó muchas veces desde la cama hablar a sus padres con amigos de la cobardía, deslealtad y traición de los franceses a su propio país.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Karin.

—Esta mañana me he entrevistado con el representante que Dominique ha enviado a los Días del Caos —le explicó Richter—. Me ha exigido someter mi organización a la suya. Ante mi negativa, le ha pegado fuego a mi club. Lo ha reducido a escombros.

A Karin le tenía sin cuidado. Aquel club era para degenerados, y se alegraba de que hubiese desaparecido.

—¿Dónde estabas tú? —preguntó ella.

—Me han sacado a punta de pistola.

Karin siguió con la mirada a sus «bomberos», que volvían a las tiendas con su reliquia del Reich. Ninguno de ellos habría huido de un francés, con armas o sin ellas.

—¿Dónde estás ahora? —volvió a preguntar Karin.

—Acabo de llegar a mi apartamento. Esa gente pretende crear una red de organizaciones y controlarla, Karin; quieren convertirnos en simples peones.

—Pues déjalos que se hagan esa ilusión —dijo ella—. El *Führer* permitió a otros gobiernos creer lo que le convino, y luego les impuso su voluntad.

—¿Cómo? —se interesó Richter.

—¿Cómo? —repitió Karin—. Con sus ejércitos.

—No —replicó Richter—. La impuso a través del pueblo. Trató de derrocar al gobierno bávaro en mil novecientos veintitrés con el *Putsch* del Bier-Hall. Como no tenía suficiente apoyo, fracasó y fue encarcelado, pero en la cárcel escribió *Mi lucha* y trazó un plan para una nueva Alemania. Menos de diez años después, estaba al fíente de la nación. Era el mismo hombre y decía las mismas cosas, pero *Mi lucha* le sirvió para conquistar a las masas. Y una vez que controló a las masas, controló el país. Y una vez que controló el país, daba igual lo que opinasen en el extranjero.

—No necesito lecciones de historia, Felix —dijo Karin, desconcertada.

—No se trata de historia sino de futuro —replicó Felix Richter—. Debemos controlar a las masas, Karin, aquí y ahora. Tengo un plan para que esta noche sea histórica.

Karin no tenía a Richter en la menor estima No era más que un payaso, egoísta y engreído, con la arrogancia del *Führer* y cierta perspicacia, pero ningún valor.

¿O sí?, se preguntó. *¿Y si el incendio lo había encorajinado?*

—Muy bien, Felix —dijo ella—. Te escucho. ¿Qué propones?

Richter se lo explicó y ella lo escuchó con atención, gran interés y algo más de respeto que antes.

La glorificación de Alemania y de Felix Richter impregnaban todos los pensamientos y las palabras de… Felix Richter. Pero lo que le expuso a Karin era lógico. Y aunque Karin no había llevado a cabo ninguno de sus 39 atentados sin un plan y un propósito concretos y bien estudiados, tenía que reconocér que, en parte, le atraía la impulsiva idea de Richter. Sería algo sorprendente, audaz, verdaderamente histórico.

Karin dirigió la mirada hacia las tiendas, los combatientes y las armas y reliquias que portaban. Eso era lo que ella amaba y lo que necesitaba. Sin embargo, la propuesta de Richter le daba la oportunidad de conservar todo aquello y, además, asestarles un duro golpe a los franceses; a los franceses y al resto del mundo.

—Está bien, Felix —dijo Karin—. Estoy de acuerdo en que deberíamos hacerlo. Ven a mi campamento antes de la concentración y concretaremos. Esta noche aprenderán los franceses que el… fuego no se combate con fuego.

—Así me gusta —casi la jaleó Richter—. Eso está muy bien. Pero sé de uno que aprenderá la lección antes que los demás, Karin; bastante antes.

Richter colgó. Karin permaneció sentada mientras oía la señal de marcar. Manfred aguardaba a prudente distancia.

—¿Ocurre algo?

—Siempre ocurre algo —contestó ella con amargura.

Karin le pasó el teléfono a Manfred, que se lo guardó en su parka. Luego, bajó del tráiler y reanudó el trabajo que realmente le gustaba: poner armas en las manos de sus seguidores, y fuego en sus corazones.

VEINTICUATRO

Jueves, 15:45, Hamburgo, Alemania

Hood y Stoll dedicaron las primeras horas de la tarde a esbozar, con Martin Lang, sus necesidades técnicas y el coste de las mismas.

Después, Lang recabó la opinión de sus consejeros técnicos más expertos sobre la posibilidad de proporcionar al Centro de Operaciones lo que necesitaba.

Aunque no le sorprendió, a Hood le satisfizo descubrir que gran parte de la tecnología que necesitaban estaba ya en fase de proyecto. Sin un programa espacial tipo «Apolo» que patrocinase la investigación y el desarrollo y generase importantes subproductos tecnológicos, la industria privada tenía que cargar con todo el peso. Tales proyectos eran costosos, pero si tenían éxito, podían producir miles de millones de dólares de beneficio.

Las primeras empresas que registrasen patentes de tecnología punta y avanzado *software* serían las Apple y Microsoft del futuro.

Redondeaban ya los cálculos de costes del equipamiento tecnológico del COR, cuando un gong atronó en la factoría.

Hood y Stoll se sobresaltaron.

Lang posó una mano en la muñeca de Hood.

—Perdonen —le dijo—. Tenía que haberlos advertido. Es nuestro *Big Ben* digital. Suena a las diez, a las doce y a las tres, para anunciar los descansos.

—Precioso —exclamó Paul Hood casi jadeante.

Nos pareció que daba un… toque añejo; un sabor a la vieja Europa —le explicó Lang—. Y para crear un ambiente de fraternidad, el gong suena simultáneamente en todas nuestras factorías de Alemania, mediante una conexión por fibra óptica.

—Ya lo creo que le da un toque —dijo Stoll—. Un campanero de pro el suyo, todo un Quasimodo.

Hood enarcó las cejas, algo violento por el sarcástico comentario de su compañero.

Después de la reunión, y tras la media hora que tardaron en llegar al centro de Hamburgo, Hood, Stoll y Lang se dirigieron a la modernísima zona norte de la ciudad, a unos cinco kilómetros del centro.

En un cinturón de ronda casi elíptico se alzaba, a orillas del lago, una veintena de edificios de oficinas, airosas torres que albergaban sedes de organismos públicos y de empresas privadas, desde compañías eléctricas hasta multinacionales de la informática, así como tiendas, restaurantes y un hotel.

Todos los días laborables, más de veinte mil personas acudían a aquella zona a trabajar o a divertirse.

Cuando llegaron, Reiner, el pulcro e impecablemente vestido secretario de Richard Hausen, los condujo al despacho del viceministro de Exteriores.

Stoll se detuvo un momento a mirar el holograma que el secretario tenía enmarcado en la pared, detrás de su mesa.

—Directores de orquesta —dijo Stoll—. Ingenioso. Nunca había visto uno así.

—Lo he diseñado yo —le informó Reiner orgullosamente.

El despacho de Hausen en Hamburgo estaba en la planta superior de un edificio que daba al Stadtpark, un parque de más de doscientas hectáreas.

Cuando entraron, el viceministro hablaba por teléfono. Y mientras Stoll se sentaba a echarle un vistazo al ordenador de

Hausen y Lang miraba por encima de su hombro, Hood se acercó al amplio ventanal.

La dorada luz de la atardecida permitía ver aún la piscina, las zonas deportivas y un teatro al aire libre, así como el famoso jardín ornitológico.

A juzgar por su aspecto, Hood tuvo la impresión de que Hausen volvía a ser la persona fuerte y extravertida de siempre. Lo que tanto pareció preocuparle antes debía estar solucionado o digerido.

Ojalá pudiese yo hacer otro tanto, pensó Hood entristecido. En su despacho, lograba dominar el dolor; no pensar en la muerte de Charlie. Porque para dirigir a su personal tenía que ser fuerte.

Se quedó preocupado cuando Rodgers le contó lo del videojuego de rol con el que Billy Squires sintonizó a través de su ordenador. Pero había visto tanto odio en Los Ángeles que ya no se escandalizaba.

Todo eso lograba digerirlo, pero aún no se había repuesto de su sobresalto en el vestíbulo del hotel. Sus sesudas reflexiones acerca de Sharon, Ann Farris y la fidelidad no eran más que eso: reflexiones. Palabras y sólo palabras.

Tardó sólo unas semanas en aceptar la muerte de Squires, pero, sin embargo, después de más de veinte años, no había logrado olvidar a aquella mujer de la melena rubia.

Estaba confuso por el desconcierto, el apremio y el pánico que se apoderaron de él al dirigirse al portero.

—Dios mío —musitó.

Hubiese dado cualquier cosa por despreciarla, pero no podía. A lo largo de aquellos años, siempre que intentó odiarla acababa por odiarse a sí mismo. Y ahora, como entonces, pensaba que fue él quien lo estropeó todo.

Aunque nunca podrás estar seguro, se dijo. La duda era casi tan dolorosa como lo ocurrido. Lo atormentaba no saber por qué ocurrió.

Pasó distraídamente la mano por encima del bolsillo interior de su chaqueta de *sport*. Era el bolsillo en el que llevaba la cartera… la cartera con los tiques… los tiques con los recuerdos.

Al mirar hacia el parque a través del ventanal, se preguntó: «¿Qué le habrías dicho, de haber sido ella la mujer de la estación y haberla podido abordar? ¿Eres feliz?… Por cierto, cariño, ¿por qué no me pegaste un tiro en el corazón para redondear la jugada?».

—Una vista extraordinaria, ¿verdad? —dijo Hausen.

Hood estaba tan ensimismado que tardó en reaccionar.

—Espléndida. Yo, en mi despacho, no tengo ni siquiera una ventana.

—Hacemos trabajos distintos —comentó Hausen, sonriente—. Yo necesito ver a quienes sirvo: a los jóvenes matrimonios empujar un cochecito, a las parejas de ancianos pasear cogidos de la mano, a los niños jugar.

—Lo envidio —dijo Hood—. Yo dedico el día a estudiar mapas trazados por ordenador y a calcular las ventajas de unas armas respecto de otras.

Su trabajo consiste en combatir la corrupción y la tiranía. Mi campo es…

Hausen se interrumpió y alzó el brazo como si fuese a coger la manzana del Árbol de la Ciencia.

Mi campo es muy distinto —prosiguió el viceministro—: consiste en fomentar el crecimiento y la cooperación.

—Entre los dos, haríamos un buen patriarca bíblico.

A Hausen se le iluminó la cara.

—¿Se refiere a los jueces?

—¿Cómo? —exclamó Hood.

—A los jueces —repitió Hausen—. No pretendo corregirlo, pero es que la Biblia es uno de mis pasatiempos; una pasión, a decir verdad, desde que estuve en un internado católico. El Antiguo Testamento es lo que más me apasiona. ¿Conoce el Libro de los Jueces?

Hood tenía que reconocer que no. Suponía que debieron de ser como los jueces contemporáneos, aunque se abstuvo de decirlo. En sus tiempos de alcalde de Los Ángeles, tenía una placa en su despacho que decía: «Si dudas, cállate». Y esta política le había sido muy útil en su vida profesional.

—Los jueces eran héroes surgidos de las tribus hebreas. Fueron lo que podríamos llamar gobernantes espontáneos, porque no tenían vínculos con líderes anteriores. Pero una vez que tomaban el mando, se les concedía autoridad moral para zanjar todo tipo de disputas.

Hausen volvió a mirar por la ventana. Parecía algo entristecido.

Hood sentía gran curiosidad por aquel hombre que odiaba a los neonazis y conocía la historia hebrea. Tenía una personalidad enigmática.

—En mi juventud, señor Hood, creí durante cierto tiempo que el juez representaba la forma suprema y más correcta de liderazgo. E incluso pensaba: *Hitler lo comprendió así. Era un juez. Quizá tuviese un mandato divino*.

—¿Creía usted que Hitler cumplía con la obra de Dios matando y provocando guerras? —le preguntó Hood, sorprendido.

—Los jueces mataron a muchas personas y provocaron guerras. Debe usted comprender, señor Hood, que Hitler nos levantó después de la derrota en la primera guerra mundial, nos ayudó a superar la depresión económica, recuperó territorios a los que gran cantidad de alemanes creían tener derecho y atacó a pueblos que muchos alemanes detestaban. ¿Por qué cree que el movimiento neonazi es ahora tan fuerte? Porque los alemanes, o por lo menos bastantes alemanes, siguen convencidos de que Hitler tenía razón.

—Pero ahora usted los combate —dijo Hood—. ¿Qué es lo que le ha hecho comprender que Hitler estaba equivocado?

—No quisiera parecer maleducado, señor Hood —contestó Hausen con sequedad—, pero eso es algo que nunca he comentado con nadie. Y no quisiera abrumar con ello a un nuevo amigo.

—¿Por qué no? —preguntó Hood—. Los nuevos amigos aportan nuevas ópticas.

—En este caso no —sentenció Hausen.

Hood reparó en que Hausen parecía tan afectado que ya no veía el parque ni a quienes transitaban por él. Era como si se hubiese transportado a otro lugar, a un lugar deprimente. Hood comprendió que estaba equivocado. Juntos no serían ni un patriarca ni un juez. Juntos no eran sino dos personas abrumadas por su pasado.

—Pero creo que es usted un hombre comprensivo —añadió el viceministro—, y le confiaré una cosa.

—¡Vaya! ¡Menudos deportistas! ¿Qué es esto? —se oyó decir a Stoll desde atrás.

Hood se giró. Hausen posó una mano en su hombro para retenerlo un momento, antes de que fuese junto a Stoll.

—En la Epístola de Santiago dos, diez, dice: «Porque quien observe toda la Ley, pero quebrante un solo precepto, viene a ser reo de todos» —citó Hausen, que retiró entonces la mano del hombro de Hood—. Creo en la Biblia, pero, por encima de todo, creo en esas palabras del apóstol.

—Señores… *meine Herren* —dijo Stoll—. Acérquense, por favor.

Hood sentía ahora más curiosidad por Hausen que nunca, pero el familiar tono de voz de Stoll le indicaba que algo malo ocurría. Vio que Lang se llevaba la mano a la boca, como si acabara de presenciar un accidente.

Hood le dio al estoico Hausen una confortadora palmadita en el hombro, se giró y se acercó al ordenador.

VEINTICINCO

Jueves, 9:50, Washington, D.C.

—Se lo agradezco, general. Se lo agradezco muy sinceramente. No obstante, la respuesta es que no.

Sentado en su despacho, recostado en su sillón, Mike Rodgers sabía perfectamente que quien le hablaba desde el otro lado de la línea telefónica de seguridad era sincero. No le cabía la menor duda de que si el propietario de aquel vozarrón tomaba una decisión, rara vez se volvía atrás.

Brett August era así desde que iba a párvulos.

Pero también Rodgers era sincero, completamente sincero, en su deseo de que el coronel aceptase dirigir el comando «Striker». Y Rodgers no era hombre que se rindiese fácilmente. Conocía las debilidades de su interlocutor tanto como sus buenas razones.

August era amigo suyo desde la infancia. Había pasado diez años en una escuadrilla de operaciones especiales de las Fuerzas Aéreas. Le entusiasmaban tanto los aviones como a Rodgers las películas de acción.

De pequeños, los fines de semana cogían la bicicleta, salían a la R-22 y recorrían ocho kilómetros, hasta el aeródromo de Bradley, en Hartford, Connecticut. Una vez allí se sentaban al borde del recinto para ver despegar y aterrizar aviones.

Eran lo bastante viejos para recordar los aviones de hélice y su progresiva sustitución por los de «propulsión a chorro», como

llamaron al principio a los reactores.

El entonces pequeño Mike daba saltos de alegría cada vez que un nuevo 707 los sobrevolaba. August no se quedaba atrás. Disfrutaban como locos.

Todos los días, a la salida del colegio, hacían los deberes juntos. Cada uno resolvía los problemas de matemáticas que sabía hacer, o desarrollaba los temas de ciencias que mejor conocía. Así terminaban antes, y les quedaba tiempo para montar maquetas de aviones. Las pintaban con primor artesano y colocaban los distintivos con milimétrica precisión. Tanto es así que la única vez que se liaron a mamporros fue por un desacuerdo sobre dónde debía ir la estrella blanca en un Phantom FH-1. En las instrucciones lo decía claramente: bajo la sección de cola. Pero Rodgers se empeñó en que las instrucciones estaban equivocadas. Después de zurrarse, corrieron a la biblioteca pública para ver quién tenía razón. Y la tenía Rodgers. La estrella debía equidistar de la aleta y el ala. August tuvo la gallardía de excusarse.

August sentía también una admiración sin límites por los astronautas. Se entusiasmaba con los éxitos del programa aero-espacial de EE. UU.

Rodgers no creía haber visto a August tan feliz como cuando *Ham*, el primer mono que EE. UU. lanzó al espacio, llegó a Hartford en visita de relaciones públicas. Cuando August veía a un verdadero astronauta, su euforia era indescriptible (más indescriptible, si cabe, que cuando en su juventud le anunció un día a Rodgers que, al fin, había logrado acostarse con Barbra Mathias).

En cuanto estuvieron en edad militar, Rodgers se alistó en el Ejército y August en las Fuerzas Aéreas. Como si de un reparto de papeles se tratase, Rodgers tuvo que patearse la jungla y August realizar continuas misiones de reconocimiento aéreo en el norte.

August fue hecho prisionero, tras ser abatido su avión en una de sus salidas al noroeste de Hue. Pasó más de un año en un campo de prisioneros de guerra, del que logró escapar en 1970 con un

compañero. Tardó tres meses en llegar al sur, donde una patrulla de *marines* se hizo cargo de ellos.

Tales vicisitudes no lo amargaron. Por el contrario, las muestras de valor de los prisioneros de guerra estadounidenses fortalecieron su moral.

August volvió a EE. UU. y, en cuanto se repuso, decidió regresar a Vietnam y organizar una red de espías dedicada a la localización de otros prisioneros de guerra estadounidenses.

Después de la retirada de EE. UU, siguió clandestinamente en Vietnam y luego pasó tres años en Filipinas, ayudando al presidente Marcos a combatir a los secesionistas del Frente de Liberación Nacional Moro.

El coronel August fue también uno de los enlaces de las Fuerzas Aéreas con la NASA que ayudó a organizar la seguridad de las misiones de los satélites-espía, tras lo cual se incorporó al SOC como especialista en actividades antiterroristas.

Aunque desde el fin de la guerra de Vietnam Rodgers y August sólo se veían de vez en cuando, siempre que hablaban o salían juntos era como si el tiempo no hubiese transcurrido. Uno traía una maqueta de avión, el otro pintura y cola, y lo pasaban en grande.

De manera que, cuando el coronel August le dijo a Rodgers que le agradecía sinceramente el ofrecimiento, Rodgers lo creyó a pies juntillas. Lo que no aceptó fue el *no*.

—Brett —dijo Rodgers—, míralo de este modo. En los últimos veinticinco años has pasado más tiempo en el extranjero que aquí: Vietnam, Filipinas…

—Curioso, ¿verdad, general?

—… y ahora en Italia, en una base de la OTAN que no es precisamente muy moderna.

—Ahora mismo salía hacia el lujoso *Eisenhower*. A las cuatro en punto tengo una entrevista con unos mandamases franceses e italianos. Me has pillado de pura casualidad.

—¿Te he pillado, eh? —exclamó Rodgers.

—Quita, quita… No me refiero a eso —replicó August—. General…

—Haz el favor de llamarme Mike.

—De acuerdo, Mike —dijo August—. Me gusta esto. Los italianos son buena gente.

—Pero piensa en lo bien que nos lo pasaríamos si vuelves —lo presionó Rodgers—. Incluso accedería a revelarte la sorpresa que te reservo.

—Salvo que hayas localizado el *kit* del modelo Revell Messerschmitt Bf 109 que nunca logramos encontrar, nada de lo que me ofrezcas puede…

—¿Qué hay de Barbra Mathias?

August se quedó sin habla.

—La he localizado —añadió Rodgers—. Se ha divorciado, no tiene hijos y vive en Enfield, en Connecticut. Trabaja en el departamento de venta de espacios publicitarios de un periódico y… me ha comentado que le encantaría verte.

—Está visto que no paras hasta que te sales con la tuya, general.

—¡Joder, Brett! ¡Por lo menos, ven para que podamos hablar en persona! ¿O voy a tener que enviar a alguien para que *te lo ordene*?

General —dijo Brett—, sería un honor comandar el «Striker». Pero me pasaría la vida en Quantico, encerrado entre cuatro paredes, y acabaría histérico. Ahora, por lo menos, viajo por toda Europa y aporto mi granito de arena a varios proyectos.

—¿Granito? En esa cabeza tuya cabe un silo entero, Brett. Y la necesito. ¿Cuántas veces escuchan ahí tus consejos?

—Raramente —reconoció August.

—Me lo temía. Y hacen mal. No he conocido a nadie que vista uniforme con más sentido táctico y estratégico que tú.

—Puede —admitió August—, pero así son las Fuerzas Aéreas. Además, tengo cuarenta y cinco años. No sé si estaría ahora para andar por la sierra del Diamante, en Corea del Norte, inutilizando misiles Nodong, o para perseguir a un tren por Siberia.

—Bobadas —dijo Rodgers—. Apuesto a que aún eres capaz de hacer abdominales con un solo brazo, como hacías mientras aguardábamos a que aterrizase algún avión en Bradley. Decías que era tu programa de entrenamiento para astronautas. ¿Lo recuerdas?

—Aún puedo hacerlas con un solo brazo —reconoció August—, aunque no tantas como antes.

—Pero seguro que haces muchas más de las que puedo hacer yo —dijo Rodgers—, y probablemente muchas más de las que pueden hacer los chicos del comando —añadió Rodgers inclinado hacia la mesa—. Anda, Brett, vente y hablaremos. Te necesito aquí. Por Dios, hombre, que no hemos trabajado juntos desde que nos alistamos.

—Hace dos años montamos la maqueta del Tomcat F-14A.

—Ya sabes a qué me refiero. No te lo pediría si no estuviese convencido de que formaremos un buen equipo. Verás, siempre has querido tener tiempo para escribir un libro sobre Vietnam, ¿no? Pues yo te concederé ese tiempo. Querías aprender a tocar el piano, ¿verdad? ¿Cuándo crees que podrás hacerlo?

—Algún día. Sólo tengo cuarenta y cinco años.

—Tiene gracia la cosa —se lamentó Rodgers, con el entrecejo fruncido—. Eres joven para lo que te conviene.

—Lógico.

Rodgers tamborileó con los dedos en la mesa. Sólo le quedaba una carta por jugar, pero tenía que… jugársela.

—Además, sé que te añoras, Brett. Eso me comentaste, por lo menos, cuando estuviste aquí. ¿Y si te prometiese que no ibas a calentar el asiento? Me proponía enviar al comando «Striker» al extranjero, para que participe en maniobras conjuntas con otros cuerpos especiales. De modo que lo enviaremos. Y también trabajamos en la puesta a punto de centros de operaciones en el extranjero. En cuanto entren en servicio, tendrás que ir con el comando «Striker» de un lugar a otro. Podrás pasar un mes en Italia con tus amigos italianos; luego en Alemania; después en Noruega…

—Eso ya lo hago ahora.

—Pero no con quienes deberías —dijo Rodgers—. Vente sólo unos días y lo hablamos. Conoces el equipo. Tú te traes la cola y yo me traeré el aparato.

—Está bien —accedió al fin August—. Le pediré un permiso al general DiFate. Pero iré sólo para montar la maqueta. No te prometo nada más.

—Muy bien —convino Rodgers.

—Y organiza la cena con Barbra. Arréglatelas como puedas para que vaya a Washington.

—Hecho —dijo Rodgers.

August le dio las gracias y colgó.

Rodgers se recostó en el respaldo del sillón y sonrió de oreja a oreja. Después de sus agarradas con la senadora Fox y con Martha Mackall, había llegado a pensar en asumir personalmente la jefatura del comando «Striker». Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de salir de aquellas cuatro paredes; de alejarse de la turbulencia política; de hacer algo más que calentar el asiento.

La perspectiva de trabajar con August le levantó el ánimo. No estaba seguro de si debía alegrarse o avergonzarse por sintonizar tan fácilmente con el niño que aún conservaba en su interior.

Sonó el teléfono.

Antes de cogerlo, se dijo que, mientras fuese feliz y cumpliese con su trabajo, daba igual sentirse como un niño o como un cuarentón, porque sabía que, en cuanto contestase al teléfono, poco iba a durarle la felicidad.

VEINTISÉIS

Jueves, 15:51, Hannover, Alemania

Bob Herbert se alejó del coche alquilado. Resoplaba un poco a causa del esfuerzo que le exigía impulsarse con la silla.

La silla de Herbert no llevaba motor, ni lo llevaría nunca. Cuando tuviese noventa años, le faltasen las fuerza y no pudiera ir muy lejos… pues no iría lejos.

Se decía que no poder andar no significaba estar incapacitado, y aunque fuese demasiado viejo para hacer piruetas con la silla, como hacían algunos en el centro de rehabilitación al que asistió durante años, no le seducía la idea de ir por ahí con un ridículo motor.

En cierta ocasión, Liz Gordon le comentó que lo hacía para flagelarse por haber sobrevivido a su esposa, pero Herbert no creyó ni media palabra; sencillamente prefería ejercer su libertad de movimientos al ciento por ciento, aparte de que le encantaba la descarga de endorfina que le proporcionaba su encéfalo al hacer girar las ruedas (las condenadas eran pesadas como muelas de molino).

Antes del atentado de 1983, Herbert no era muy aficionado al ejercicio físico. El que ahora hacía despejaba más que las anfetaminas que tomaban en el Líbano para no dormir en momentos críticos, casi continuos en el Beirut de la época.

Mientras remontaba la suave pendiente de la calle, Herbert decidió no pasar por la mesa de recepción para inscribirse. Sabía

poco de las leyes alemanas, pero aventuraba que no debía de tener derecho a incitar a aquella gente. A lo que sin duda tenía derecho era a entrar en un bar a beber, que es lo que se proponía, para intentar averiguar algo acerca del paradero de Karin Doring.

No pretendía arrancarle información a nadie, pero… en los bares se hablaba más de la cuenta.

Quienes no estaban en los entresijos de los servicios de inteligencia, no imaginaban que gran parte de la información se obtenía por el simple procedimiento de escuchar conversaciones ajenas.

Aunque, claro… primero hay que entrar en el bar, pensó. Podían tratar de impedírselo, no porque fuese en silla de ruedas (su incapacidad no era de nacimiento, y le había prestado buenos servicios a su país), sino porque no era alemán y …porque no era nazi. Pero, mal que les pesase a aquellos tarados, Alemania era un país libre. Por consiguiente, o lo dejaban entrar en la Bier-Hall, o tendrían que pechar con un incidente internacional.

El jefe del servicio de inteligencia del Centro de Operaciones se impulsó cuesta arriba, y rodeó por la calle de atrás para no pasar por la esquina en la que tenían instalada la mesa de inscripción y así ahorrarse ver más saludos nazis.

Herbert enfiló hacia la Bier-Hall, donde unos doscientos jóvenes bebían y cantaban frente a la entrada. Bastó que unos cuantos lo mirasen para atraerse todas las miradas (miradas desdeñosas y burlonas).

—¡Eh, mirad quién está aquí! ¡El mismísimo Roosevelt buscando Yalta! —gritó uno.

El comentario arrancó estentóreas risas.

Por lo menos no me ha llamado inválido, pensó Herbert. Pero, en fin, en todo grupo había un payaso. Lo que le sorprendió, sin embargo, es que aquella bobada se la gritasen en su idioma. No obstante, enseguida recordó que no tenían más que leer su camiseta para saber que era extranjero.

—Llega usted oportunamente, señor Roosevelt —dijo otro joven con su jarra en alto—. ¡Acaba de estallar una nueva guerra!

—*Ja* —exclamó el que había iniciado la provocación—. Pero ésta terminará de manera distinta.

Herbert avanzó hacia ellos. Para llegar a la Bier-Hall, tendría que pasar entre aquellos relamidos hitlerianos de pacotilla. Estaba a menos de veinte metros del grupo más nutrido. Miró hacia la izquierda. Un inspector de policía estaba en mitad de la calzada, a unos doscientos metros del grupo, concentrado en mantener la fluidez del tráfico.

¿No habrá oído lo que han dicho estos cretinos?, se preguntó Herbert. *¿O se hace el loco?*

Los jóvenes del grupo más cercano a Herbert se habían dado la vuelta y miraban en distintas direcciones. Sin embargo, cuando Herbert estuvo un poco más cerca, se giraron hacia él.

Éste no se detuvo. Llegó a dos pasos de un corrillo de jóvenes, ebrios ya, cuyo lenguaje corporal indicaba lo a gusto que se sentía en grupo su gregaria mentalidad.

El oficial del Centro de Operaciones aventuró que apenas una cuarta parte de los rostros que veía reflejaban la determinación de quienes poseían firmes convicciones; el resto hacía bulto. Eso era algo que un satélite espía no podía calibrar jamás.

Los neonazis no se movieron. Herbert llegó hasta escasos centímetros de sus mocasines y caras zapatillas de deporte, y entonces se detuvo.

En situaciones parecidas, en el Líbano y en otros lugares conflictivos, Herbert siempre había optado por maniobrar con lentitud. En momentos de tensión y precario equilibrio entre antagonistas, la precipitación de cualquiera de ellos podía provocar que ambos saliesen mal parados.

Entrar a saco en un avión, por poner un ejemplo, acababa con el secuestro, pero también podía acabar con los secuestrados. Sin

embargo, nadie podía retener eternamente a un rehén, ni cerrarle el paso a alguien indefinidamente.

Con paciencia solía llegarse a un compromiso.

—Perdonen —dijo Herbert.

Uno de los jóvenes lo miró con displicencia.

—Lo siento, pero esta calle está cerrada. Es una fiesta privada.

Herbert notó el pestazo a alcohol. No iba a poder razonar con él. Entonces optó por dirigirse a otro.

—Me ha parecido ver a otros andar por aquí. ¿Tendría la bondad…?

—Le ha parecido bien —terció el del pestazo—. Ha visto a otros andar por aquí, pero como usted no anda, no puede pasar.

Herbert contuvo el impulso de pasar la rueda por encima del pie de aquel insolente, ya que lo único que hubiese conseguido era una lluvia de improperios y de golpes.

—Mire… No quiero problemas —replicó Herbert—. Lo que ocurre es que estoy sediento y me gustaría beber algo.

Varios de los jóvenes se echaron a reír. Herbert se sintió como un *sheriff* que tratase de imponer la ley fuera de su jurisdicción.

Un tipo se abrió paso entre un nutrido grupo con una jarra en la mano, se situó frente a él y alzó la jarra por encima de la cabeza del estadounidense.

—¿Tiene sed? —le preguntó—. Si le apetece cerveza, le doy un poco de la mía.

—Gracias, pero no bebo alcohol —dijo Herbert.

—¡Entonces es que no es usted un hombre!

—Muy valiente —musitó Herbert.

Le sorprendió reaccionar con tanto aplomo. Aquel tipo era un cobarde de mierda, que se amparaba en los doscientos o trescientos jóvenes que lo arropaban. Lo que de verdad le hubiese gustado a Herbert era retarlo a pelear, como hizo una vez su padre con uno que lo insultó allá en Mississippi.

Los alemanes seguían sin quitarle ojo. El tipo de la jarra sonreía, pero no parecía muy satisfecho. Herbert lo leía en sus ojos.

Eso se debe a que comprendes lo poco que vas a ganar con derramarme la cerveza encima, pensó Herbert. *Como has dicho que no soy un hombre, atacarme no estaría a tu altura*.

Por otro lado, aquel tipo también apestaba a cerveza y, por consiguiente, podía envalentonarse y partirle la cabeza de un jarrazo.

La Gestapo consideraba que los judíos eran infrahumanos. Les costaba muy poco pararlos en plena calle para arrancarles la barba con tenazas.

El valeroso joven se llevó la jarra a los labios, bebió un sorbo e hizo un buche, como si dudase entre escupírsela o no al extranjero. No obstante, optó por tragársela. Entonces se acercó a la rueda derecha de la silla y se apoyó en el brazo en el que Herbert tenía el teléfono móvil.

—Acaban de decirle que ésta es una fiesta… muy privada —dijo el joven—. No está usted invitado.

Herbert ya estaba hasta la boina. Había acudido allí a inspeccionar el terreno para tratar de conseguir información; de hecho, a hacer su trabajo. Pero aquellos tipos harían que se enfrentase a lo «inesperado», que, ciertamente, constituía gran parte de las operaciones de todo EFECTHUM. De modo que tenía dos alternativas: dar media vuelta, en cuyo caso no podría hacer su trabajo y perdería su autoestima; o quedarse, con el riesgo más que probable de que le pegasen una paliza.

Aunque también era posible —*sólo posible*— convencer a alguno de aquellos mocosos de que las fuerzas que un día los desafiaron, gozaban de perfecta salud.

Optó por quedarse.

—Verás —le dijo Herbert mirándolo a los ojos—, si me hubiesen invitado a tu fiesta, no habría asistido. Me gusta codearme con los líderes, no con los seguidores.

El alemán se apoyaba en el brazo del sillón con una mano, mientras que con la otra sostenía la jarra en alto. Herbert miró con fijeza aquellos ojos azul grisáceos que delataban el estado de ánimo del joven: empezaba a desinflarse como un globo.

Herbert vio venir lo que iba a hacer y deslizó la mano derecha bajo el brazo de la silla.

La cerveza era la única arma que esgrimía el alemán, que, con una mirada de desdén, ladeó la jarra y derramó el contenido en el regazo de Herbert.

Éste encajó la afrenta, ya que era importante demostrar que sabía encajar. Cuando hubo terminado, se oyeron aislados aplausos. Herbert empuñó entonces el palo que llevaba bajo el brazo izquierdo del sillón y, con un ágil movimiento de muñeca, lo hundió en la entrepierna del neonazi, que gritó, se dobló y se trastabilló hacia atrás.

El joven no había soltado la jarra. La miraba con expresión reflexiva.

La vociferante multitud avanzaba, amenazaba con convertirse en masa. Herbert lo había visto más de una vez frente a las embajadas de EE. UU., y era algo aterrador, temible de verdad. De hecho, era como si un microhábitat de la civilización volviese al estado salvaje, como si un grupo humano se retrotrajese al mundo del feroz predador que defendía el territorio.

Herbert se impulsó hacia atrás. Tenía que llegar a una pared, proteger sus flancos y combatir a los filisteos como Sansón con la quijada de un asno.

Pero de pronto notó que le sujetaban la silla por detrás.

—*Halt!* —le gritó una bronca voz.

Herbert se giró. Un delgado agente de policía, de unos cincuenta años, se había desentendido del tráfico y había corrido hacia él. Sujetaba el respaldo de la silla jadeante. La firme mirada de sus ojos marrones contrastaba con el ligero pero perceptible temblor del resto de su cuerpo.

Se oyeron voces a las que el policía replicó. A juzgar por el tono y por las palabras sueltas que Herbert entendió, le decían al agente lo que Herbert acababa de hacer, y que se ocupase de lo suyo. Él les replicó que aquello era *lo suyo*: mantener el orden en la calle, aceras incluidas.

Los neonazis abuchearon y amenazaron al agente.

—¿Tiene automóvil? —le preguntó el policía a Herbert una vez terminada la discusión.

—Sí —contestó Herbert.

—¿Dónde está aparcado?

Herbert se lo dijo.

El policía empujó la silla para alejar de allí a Herbert, que ayudaba con las manos a que las ruedas no se desviasen.

—¿Por qué he de marcharme? —preguntó Herbert—. ¡Encima, va a resultar que la culpa es mía!

—Ha de marcharse porque mi deber es mantener el orden —dijo el policía—, y sólo puedo hacerlo de este modo. Estamos muy escasos de efectivos; repartidos entre Bonn, Berlín, Hamburgo… Lo siento, señor, pero no puedo limitarme a lo que le suceda a una persona. Lo acompañaré hasta su coche para que pueda alejarse de este sector de la ciudad.

—¡Pero…! ¡Esos cabrones me han atacado! —protestó Herbert, que se percató entonces de que aún empuñaba el palo. Lo volvió a colocar bajo el brazo de la silla, antes de que el policía se lo quitase —. ¿Y si los denuncio? ¿Y si los llevo a los tribunales?

—Perdería —contestó el policía sin dejar de empujar la silla—. Dicen que el joven sólo quería ayudarlo a entrar en el Bier-Hall y que usted lo ha agredido…

—Ya. Claro.

—… y que, al agredirlo, le ha hecho derramar la cerveza. Ellos argumentaban que sólo querían que, por lo menos, se la pagase.

—¿Y usted se lo cree?

—Lo que yo crea no importa —contestó el agente—. Lo que importa es que, al llegar, he visto que el joven se retorcía de dolor y que usted empuñaba un palo. Eso es lo que he visto y eso es lo que me vería obligado a escribir en el atestado.

—Comprendo —dijo Herbert—. Ve usted a un cuarentón en silla de ruedas rodeado de doscientos nazis jóvenes y fuertes y concluye que yo soy el malo de la película.

—Con la ley en la mano, así es —replicó el policía.

Herbert entendió la explicación tanto como su trasfondo. Era la misma que había oído muchas veces en EE. UU. en relación a otros delincuentes, a otros grupos de mocosos. No obstante, le producía el mismo asombro que la primera vez.

El policía y Herbert sabían que aquellos cabrones mentían. Pero el grupo se saldría con la suya, seguiría con lo que había ido a hacer allí. Y hasta tanto la judicatura o el gobierno no estuviesen dispuestos a arriesgar su propia seguridad, aquella gentuza se saldría siempre con la suya.

El único consuelo que le cabía a Herbert era que también él se había salido con la suya: machacarle a aquel cerdo el «arco del triunfo» bien valía una ducha de cerveza.

Mientras el agente alejaba a Herbert con la silla, empezaron a sonar las bocinas, a causa del embotellamiento provocado por la ausencia del policía en el cruce. Era como el eco de la ira y la determinación que lo embargaban.

Se marchaba, pero resuelto a darles su merecido a aquellos necios bravucones. No allí y en aquel momento, sino en otro lugar, y bien pronto.

Uno de los neonazis se había alejado también de la multitud. Entró en el Bier-Hall, cruzó la cocina y salió por la puerta trasera. Luego, se encaramó a un cubo de la basura para saltar la valla de estacas.

El individuo cruzó el callejón y salió a la misma calle por la que Herbert y el policía pasaban. Los vio doblar una esquina —la de la calle en la que Herbert dejó aparcado el vehículo— y los siguió.

El joven era uno de los hombres de confianza de Karin Doring, y tenía orden de vigilar a quienquiera que los vigilase a ellos, algo en lo que sólo pensaban los grupos más activos.

El militante de Feuer se mantuvo a prudente distancia, mientras el policía ayudaba a Herbert a subir al coche, colocaba la silla de ruedas en la parte de atrás y aguardaba a que se hubiese alejado.

El lugarteniente de Doring sacó del bolsillo interior de su *blazer* una agenda y un bolígrafo con el que anotó la matrícula y la descripción del coche alquilado por Herbert. En cuanto el policía se dio la vuelta, el joven regresó al Bier-Hall.

Momentos después, una furgoneta salía de un *parking* situado a tres manzanas de donde Bob Herbert dejó el coche.

VEINTISIETE

Jueves, 16:00, Hamburgo, Alemania

—¿Qué ocurre? —preguntó Hood al llegar junto a Stoll.

Lang estaba tan pálido como violento mientras Stoll tecleaba frente a la consola del ordenador.

—Esto es un feo asunto —dijo Stoll—. Enseguida se lo muestro. He detectado un extraño programa, y trataba de averiguar cómo lo han introducido.

—¿Cómo han introducido *qué*? —preguntó Hausen, que acababa de llegar junto a Paul.

—Ahora lo verá —contestó Stoll—. Prefiero no describírselo.

Hood empezaba a sentirse como Alicia después de cruzar el espejo. Mirase hacia donde mirase, todo y todos le resultaban más extraños.

—Examinaba las funciones de la memoria cifrada y he dado con un archivo introducido a la una y doce minutos de esta tarde.

—¿A la una y doce minutos? —exclamó Hood—. Estábamos en el restaurante.

—Exacto.

—Y aquí no había nadie, señor Stoll —dijo Hausen—, salvo Reiner.

—Ya lo sé —admitió Stoll—. Y, por cierto, Reiner ya se ha ido.

—¿Que se ha ido? —exclamó Hausen mirando a Stoll perplejo.

—Se ha esfumado —dijo Stoll señalando hacia recepción—. En cuanto me he sentado frente a la consola, ha cogido el bolso, su elegante chaqueta italiana y se ha largado. Las llamadas telefónicas las ha contestado su ordenador.

Hausen miró a Stoll y luego a la pantalla.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó en tono preocupado.

—Por lo pronto —empezó a explicar Stoll—, Reiner le ha dejado una cartita de amor, que le mostraré enseguida. Aunque, antes, quiero que vea esto.

Los dedos índices de Stoll teclearon una serie de códigos, y la pantalla de diecisiete pulgadas pasó del azul al negro. Luego aparecieron franjas blancas horizontales, que se transformaron en alambradas de espino y dejaron paso a las palabras «Campo de concentración». Finalmente, las letras se tiñeron de rojo y formaron un charco de sangre en la pantalla.

Siguieron una serie de carátulas introductorias. Primero, apareció la verja de la entrada principal de Auschwitz con la inscripción *Arbeit macht freí*.

—El trabajo libera —tradujo Lang entre dientes.

Después apareció una serie de computerizados fotogramas, claros y detallados, en los que se veían nutridos grupos de hombres, mujeres y niños que cruzaban la verja; hombres de espaldas a una pared, con uniforme carcelario a rayas, azotados por los centinelas; hombres a quienes cortaban el pelo al cero; una alianza de matrimonio entregada al jefe de la Brigada de la Muerte de las SS, a cambio de un par de zapatos; los focos de las torres que perforaban la oscuridad de la madrugada, mientras un centinela de las SS gritaba: *Arbeitskommandos austreten!*.

—¡Brigadas de trabajo fuera! —volvió a traducir Lang con voz temblorosa.

Prisioneros que cogían picos y palas salían por la puerta principal y se quitaban el gorro para honrar el lema del campo, mientras los centinelas les daban empujones y patadas.

A continuación, se los veía trabajar en un tramo de carretera. De pronto, un numeroso grupo dejaba caer las palas y corría hacia la oscuridad.

Entonces empezaba el juego: un centinela de las ss aparecía en primer plano y le hablaba al jugador. Su rostro era una fotografía animada de Hausen. Detrás se veía un bucólico arroyo que caracoleaba entre los árboles y, al fondo, un fragmento del muro de ladrillo rojo de una fortaleza.

«Veinticinco prisioneros han huido hacia el bosque. Tu misión consiste en dividir tus fuerzas para poder encontrarlos, sin que descienda la productividad del campo ni se interrumpa el procesado de los cuerpos de los infrahumanos».

El juego entraba entonces en una fase de mucha acción. El jugador dirigía los movimientos de los centinelas y de los perros, que seguían el rastro de los prisioneros por el bosque. Estas secuencias alternaban con las de fotogramas de cuerpos amontonados ante los hornos crematorios.

Stoll activó la función de desarrollo automático del juego, ya que ni a modo de juego tenía estómago para introducir los cuerpos en los hornos crematorios.

—La carta —dijo Hausen sin dejar de mirar la pantalla—. ¿Qué decía la carta de Reiner?

Stoll pulsó «Control/Alt/Borrar» y desapareció el juego. Entonces volvió a la barra del menú para recuperar la carta de Reiner.

—No es un tipo muy hablador, ¿verdad? —preguntó Stoll mientras tecleaba las funciones.

—No —repuso Hausen—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no tengo ni idea de lo que dice, aunque es bien corto.

En cuanto apareció la carta, Lang se inclinó hacia la pantalla y la tradujo.

—«Oh, salvador, espero que le guste este juego, ahora que todavía es un juego. Reiner».

Eso era todo.

Hood miró escrutadoramente a Hausen, que estaba muy erguido, tenso y con la cabeza algo ladeada. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Cuatro años —dijo Hausen—. Hemos trabajado codo con codo en favor de los derechos humanos: publicando artículos en los periódicos, encabezando manifestaciones, participando en debates en televisión…

—Ha debido de hacerlo sólo para espiarlo a usted —comentó Hood.

—No puedo creerlo —dijo Hausen, compungido—. Me invitó a comer en casa de sus padres. Incluso me pidió opinión sobre su prometida. No puede ser.

—Ésas son precisamente las añagazas que utilizan los «topos» para ganarse la confianza de quien les convenga —le hizo ver Hood.

—Pero… ¡cuatro años! —exclamó Hausen, visiblemente dolido—. ¿Por qué esperar hasta ahora?

—Por los Días del Caos —aventuró Lang con un desmayado ademán—. Eso es lo que viene a insinuar su nota.

—Me sorprendería que fuese ésa la razón —replicó Hood.

—¿Qué quiere decir? —dijo Lang—. ¿No cree que resulta evidente?

—No —contestó Hood—. Éste es un juego muy avanzado, programado por profesionales. Dudo mucho que lo programase Reiner. Lo que ha hecho es instalarlo por orden de alguien, que ya no lo necesita aquí.

—¡Dios mío! —exclamó Hausen, que se llevó las manos a la boca, bajó luego los brazos y cerró los puños—. Reiner era parte del imperio de fieles seguidores de quien tanto hablaba.

—¿De quién hablaba? —preguntó Hood.

—De Dominique —dijo Hausen—. De Gérard Dominique.

—¿Quién es Dominique? —preguntó Lang—. No lo conozco.

—Tanto mejor para usted —repuso Hausen con cara de circunstancias—. Dominique llamó por teléfono para anunciar su

vuelta. Lo cierto es que incluso dudo que se haya alejado alguna vez de verdad. Me pregunto si no habrá estado siempre aquí, en la sombra, al acecho.

—Richard, por favor —le encareció Lang—. ¿Quién es ese hombre?

—No es un hombre —contestó Hausen—. Es Belial, el demonio —añadió meneando la cabeza como si tratara de despejarse—. Pero señores, por favor… no me siento con ánimo de hablar de ello ahora.

—Pues no tiene por qué hacerlo —terció Hood, que posó la mano en su hombro y miró a Stoll—. ¿Puede usted transmitir el juego al Centro de Operaciones, Matt?

—Sí —contestó Stoll.

—Bien, viceministro, la fotografía en la que aparece usted es un montaje.

—Por supuesto que sí.

—De acuerdo —dijo Hood—. ¿Tiene algo en su arsenal informático para contrarrestar esto, Matt?

—No. Necesitaría un programa mucho mejor que el que tengo aquí, que sólo sirve para buscar imágenes concretas. De hecho, no es más que como la función para buscar palabras de cualquier ordenador personal.

—Ya —dijo Hood.

—Tendré que instalarlo en nuestro archivo fotográfico del Centro y ver si puedo detectar de dónde procede —le explicó Stoll.

—La fotografía del paraje en el que aparece Hausen tiene aspecto de ser auténtica —precisó Hood.

—Y muy bien reproducida —matizó Stoll—. Probablemente, no procede de una revista. Puedo pedir a mi sección que busque en el *Geólogo*, a ver qué encuentran.

El *Geólogo* era un detallado atlas en relieve trazado por un satélite. A partir de él, los ordenadores podían explorar cualquier zona del globo, hectárea por hectárea, desde cualquier ángulo.

Tardarían varios días. No obstante, si la fotografía no estaba retocada, el *Geólogo* les diría dónde fue tomada.

Hood le indicó a Stoll que hiciese lo que proponía. El oficial de apoyo de operaciones telefoneó a su ayudante, Eddie Medina, y le anunció el envío de las imágenes.

Hood posó la mano en el hombro de Hausen y lo miró sonriente.

—Vayamos a dar un paseo —le dijo.

—No, gracias. Me encuentro perfectamente —rehusó Hausen.

—Es que soy yo quien lo necesita —insistió Hood—. Ha sido una mañana muy dura también para mí.

—Está bien —accedió el viceministro, que se sobrepuso lo justo para corresponder a la sonrisa.

—Llámeme al móvil si averigua algo, Matt —le pidió Paul.

—Descuide —dijo el imperturbable Matt.

—Verá usted, Lang… Matt va a necesitar que lo ayuden a traducir —le hizo saber Hood.

—Claro. No se preocupe —dijo Lang—. Me quedaré aquí con él.

—Gracias —le agradeció Hood, sonriente—. No tardaremos.

Sin retirar la mano del hombro del viceministro, Hood fue con él hacia el ascensor, situado al otro lado del área de recepción.

Hausen no se encontraba «perfectamente», como acababa de asegurar. Hood ya se había topado antes con otros como él. Necesitaba desahogarse, pero su orgullo y su dignidad le impedían reconocerlo.

Hood pensaba conseguir que se sincerase. Era demasiada coincidencia que lo que acababa de ocurrir en su despacho fuese tan semejante a lo ocurrido por la mañana con el ordenador de Billy Squires. Y si todo ello tenía lugar simultáneamente en dos continentes, el Centro de Operaciones tenía que averiguar por qué.

Y sin pérdida de tiempo.

VEINTIOCHO

Jueves, 10:02, Washington, D. C

Después de su prometedora conversación telefónica con Brett August, la mañana se le fue a Mike Rodgers en un suspiro.

El ayudante de Matt Stoll, Eddie, lo informó de lo que ocurría en Alemania, y de su llamada a Bernard Ballon de la Gendarmerie Nationale para pedirle ayuda.

Ballon aún no había contestado porque estaba fuera, en una misión antiterrorista contra los Nuevos Jacobinos, precisó Eddie.

Lo que más preocupaba a Rodgers, sin embargo, era que Herbert hubiese ido a ver, sobre el terreno y solo, cómo se desarrollaban los Días del Caos. Su preocupación no se debía a que Rodgers fuese en silla de ruedas, pues ni aun así era Herbert un hombre indefenso. Lo que lo preocupaba era que Herbert se cebase, como un perro con un hueso, ya que no era de los que desistía fácilmente de nada, y menos aún de casos sin resolver.

En aquellos momentos, poco podía hacer el Centro de Operaciones para ayudar a Herbert. A diferencia de en EE. UU., donde podían realizar escuchas a través de las telecomunicaciones del FBI, la CIA y las comisarías de policía, resultaba difícil montar un amplio servicio de vigilancia en el extranjero.

Los satélites podían hacer, respecto de cualquier teléfono móvil, una defensa individual o en zona (por utilizar un símil baloncestístico), pero captaban también muchos «parásitos». Eso

era lo que Rodgers trató de explicarle antes a la senadora Fox: que sin efectivos humanos sobre el terreno, las operaciones de erradicación de grupos terroristas resultaban muy dificultosas.

Herbert era un buen elemento para actuar sobre el terreno. Por un lado, Rodgers estaba preocupado por lo que pudiera hacer Herbert, sin alguien como Paul Hood para moderar sus ímpetus; pero por otro lado lo entusiasmaba la perspectiva de un Bob Herbert… desencadenado.

Si pudiera guiarse por lo que Herbert era capaz de hacer, cualquier gobierno podía aprobar, «paralímpicamente», un programa de disminuidos EFECTHUM.

Liz Gordon llegó poco después de que llamase Eddie. Enseguida puso al general al corriente del estado mental de los miembros del comando «Striker».

El teniente Shooter llegó a Quantico con su historial al frente de la compañía 89 MAU por credencial, y llevaba el comando más derecho que un palo.

—Pero nos viene muy bien —dijo Liz Gordon—. El teniente coronel Squires tendía a ser un poco blando. Una buena dosis de la disciplina «Shooter» les hará comprender que las cosas han cambiado. Aún no se han repuesto de la pérdida de sus compañeros, y muchos de ellos se castigan entregándose en la instrucción hasta el agotamiento.

—¿Se castigan por creer que le fallaron a Charlie? —preguntó Rodgers.

—Sí. Además de tener sentimiento de culpabilidad, se culpan de seguir vivos. Es el síndrome del superviviente. ¿Comprende?

—¿Y cómo piensa convencerlos usted de que hicieron lo que pudieron? —preguntó Rodgers.

—No se los puede convencer. Necesitan tiempo para ver las cosas con mayor distancia. Es frecuente en situaciones como ésta.

—Frecuente —dijo Rodgers, contristado—, pero totalmente insólito para quienes han de afrontarlo.

—Eso también es verdad —admitió Liz.

—Pregunta práctica —dijo Rodgers—. ¿Están en condiciones de prestar servicio?

—Los he observado un rato esta mañana durante la instrucción —contestó Liz tras reflexionar un momento—. Ninguno de ellos parecía abstraído y, salvo una reconcentrada ira, los he encontrado perfectamente. Aunque debo puntualizar una cosa: lo que hacían esta mañana eran ejercicios rutinarios y repetitivos. No puedo garantizar cómo reaccionarán en combate real.

—Liz, con lo que me ha dicho me basta —admitió Rodgers, aunque algo molesto.

—Perdone —dijo ella—. Por irónico que parezca, no me preocupa que los miembros del comando se acobarden en combate. Al contrario. Lo que me preocupa es que se produzca una reacción desproporcionada, el clásico «síndrome de hiperreacción por sentimiento de culpabilidad». Podrían correr riesgos excesivos por asegurarse de que ninguno de sus compañeros resulte herido, de que no se repita lo ocurrido en Rusia.

—¿Hay algún miembro del comando que le preocupe especialmente? —preguntó Rodgers.

—Me parece que Sondra DeVonne y Walter Pupshaw son los más afectados —repuso Liz.

Rodgers dio unos golpecitos con el índice en la mesa y la miró.

—Tenemos planes para una misión de alto riesgo. ¿Disponemos de siete en óptimas condiciones, Liz?

—Quizá. Por lo menos, creo que podrá disponer de siete.

—Ese «quizá» no ayuda mucho —se lamentó Rodgers.

—Lo comprendo —reconoció ella—, pero en estos momentos no puedo garantizarle más. Esta tarde iré y entrevistaré individualmente a varios. Entonces podré decirle algo.

Darrel McCaskey llamó entonces a la puerta y le dijeron que entrase. Una vez dentro se sentó y encendió su miniordenador.

—Está bien —le dijo Rodgers a Liz—. Deles permiso a quienes no vea en condiciones. Llamaré a Shooter para que pida a la base de Andrews cuatro o cinco hombres de apoyo. Que los prepare a fondo y los tenga en reserva, por si acaso.

—Yo no los traería aún —le aconsejó Liz—. Se corre el riesgo de desmoralizar a quienes, para superar el dolor y el sentimiento de culpabilidad, realizan un gran esfuerzo.

Rodgers adoraba y respetaba a sus «strikers», pero no estaba muy seguro de que el consejo de Liz fuese acertado.

En los años 60, en Vietnam, nadie tenía en cuenta estados de ánimo ni síndromes de ninguna clase. Si un compañero caía muerto en una emboscada, lo que hacía uno era sacar al pelotón de allí a toda prisa, comer, dormir, llorar y salir a patrullar de nuevo por la mañana. Quizá llorosos y, sin duda, más cautos y tan furiosos como para ensañarse con el enemigo más de la cuenta, pero uno salía con su MI6, dispuesto a combatir.

—Bien —dijo Rodgers con sequedad—. Los hombres de apoyo se prepararán en Quantico.

—Una cosa más —añadió Liz—. No creo que sea conveniente que yo le conceda permiso a nadie. Concederle un permiso a alguien porque está triste a causa de lo ocurrido podría traumatizarlo. En todo caso sería mejor que, a quienes sea, los reconozca el doctor Masur; que les diagnostique algo que no puedan comprobar por sí mismos: una leve anemia o una infección contraída en Rusia.

—¡Por Dios, Liz! —exclamó Rodgers—. Va a resultar que dirijo un jardín de infancia.

—En cierto modo, así es —dijo Liz—. No quisiera ser pesada, pero en nuestra vida de adultos seguimos en estrecha relación con las pérdidas o heridas sufridas en la infancia. Y eso es lo que aflora en momentos de estrés o de sufrimiento: el desconsolado niño que hay en nosotros. ¿Enviaría usted a un niño de cinco años a Rusia, Mike? ¿O a Corea?

Rodgers se frotó los ojos con los carpos.

Por un lado, mimaba a sus hombres y, por otro, tenía que mentirles y jugar con ellos. Pero era ella la psicóloga, y no él, que deseaba lo mejor para sus hombres, no lo mejor para Mike Rodgers. Aunque en el fondo era partidario de zurrarle a cualquier crío de cinco años que no hiciese lo que le mandaban. Pero lo de que la letra con sangre entra quedó también atrás con los 60.

—Como usted quiera, Liz —dijo Rodgers, que miró entonces a Darrell McCaskey—. Ande, deme una buena noticia.

—Pues sí, se la daré: el FBI está muy contento —le informó McCaskey.

—¿Por lo de Baltic Avenue? —preguntó Rodgers.

—En efecto —contestó Darrell—. Ha salido de maravilla. Han detenido al grupo Nación Pura y se han incautado de su ordenador, con nombres, direcciones, números de cuentas bancarias, listas de suscriptores ultraderechistas, arsenales y otros muchos datos valiosos.

—¿Como cuáles? —volvió a preguntar Rodgers.

—Lo más importante es su plan para atacar a una asamblea de la sociedad Chaka Zulu, que tendrá lugar en Harlem la semana que viene. Se proponían secuestrar a varias personas y exigir que se concentre a los negros en un Estado.

Liz resopló con expresión desdeñosa.

—¿Qué ocurre? —dijo Rodgers.

—Que no me lo creo. Los grupos como Nación Pura no son activistas políticos; son racistas rabiosos. No exigen Estados para las minorías, sino que las aniquilan.

—El FBI es consciente de ello —admitió McCaskey—, pero opina que Nación Pura trata de suavizar su imagen para ganar más adeptos entre los blancos.

—¿A base de secuestros?

—Había un borrador de una nota de prensa en el ordenador —dijo McCaskey, que tecleó instrucciones en su «pecé» y leyó lo que apareció en la pantalla—. «El setenta y ocho por ciento de los

estadounidenses blancos no quiere que los negros vivan entre ellos. En lugar de alterar el mundo de los blancos, con muertes por ambos bandos, apelamos a esa gran mayoría para que eleve una petición a Washington; para que oiga nuestra exigencia de una nueva África; de que los ciudadanos blancos no tengan que soportar el ruido del rap, un lenguaje ininteligible, vestimentas propias de payasos ni sacrilegos retratos de un Jesús negro…». Esto me sigue pareciendo a mí bastante «rabioso», ¿no cree usted, Liz?

—No sé —repuso Liz cruzando las piernas—. Hay algo en todo esto que no encaja.

—¿A qué se refiere? —preguntó el general.

—Por su propia naturaleza, el odio es radical; es la intolerancia llevada al límite. No busca componendas con el objeto de su odio. Ese recorte de prensa es demasiado… noble —dijo Liz.

—¿Considera… *noble* propugnar el exilio de todo un pueblo? —inquirió McCaskey.

—No. Por supuesto que no —repuso Liz—. Pero en relación a las actitudes de Nación Pura, es de lo más decoroso. Por eso no me lo creo.

—Pero Liz… —objetó McCaskey—, los grupos pueden cambiar, y cambian: cambia el liderazgo, cambian los objetivos.

—Sólo la imagen pública cambia —replicó ella—. No es más que una operación cosmética. Sólo pretenden que quienes se sienten más inclinados a la justicia les proporcionen una buena soga para ahorcar a quienes odian.

—En eso estoy de acuerdo, Liz. De todas formas, no me negará que mientras que unos «puronacionales» quieren ver muertos a los negros, otros se conforman con… no verlos —dijo McCaskey.

—A este grupo, en concreto, se le considera autor de la viciación y linchamiento de una chica negra en mil novecientos noventa y cuatro. Me inclino a pensar que desean algo más que «no ver» a los negros.

—Incluso en los grupos más radicalmente xenófobos, la política tiene que evolucionar —explicó McCaskey—. Tampoco hay que descartar que se haya producido una escisión. En esta clase de grupos siempre hay luchas intestinas y disidencias. No perdamos de vista que no tratamos precisamente con las personas más equilibradas del planeta.

—En eso se equivoca —replicó Liz—. Algunas de esas personas dan muestras de un equilibrio aterrador.

—Como no se explique mejor… —dijo el general Rodgers.

—Pueden acechar a una persona o grupo durante meses, con una determinación y constancia que lo dejaría perplejo. Cuando yo iba al colegio, hubo un caso sonado con un bedel de un instituto de Connecticut. Forró los pasillos de explosivo plástico por ambos lados. Lo instalaba bajo el parqué mientras fingía rascar chicle del suelo. Lo descubrieron dos días antes de que hiciese volar el instituto. Luego, confesó que había colocado el plástico a razón de un palmo al día.

—Y… ¿cuántos palmos de pasillo había? —preguntó Rodgers.

—Más de mil —contestó Liz.

Rodgers no había tomado partido durante la discusión, pero siempre creyó aconsejable sobreestimar la fuerza del enemigo. Y estuviese en lo cierto o no, le gustaba la línea dura que Liz Gordon adoptaba frente a aquellos monstruos.

—Supongamos que tiene usted razón, Liz —dijo Rodgers—. ¿Qué habría detrás? ¿Por qué escribiría Nación Pura una nota de prensa como ésa?

—Para hacernos perder el tiempo, o si lo prefiere en términos más técnicos: como maniobra de distracción —le informó Liz—. Por lo menos, eso me dice mi intuición.

—Expliqúese mejor —la urgió el general.

—Está bien. Montan un tinglado en Christopher Street, en donde hay muchos locales para homosexuales. Se centran en un grupo de negros para tomar rehenes. El FBI los sorprende, tiene lugar un juicio público y homosexuales y negros se soliviantan.

—Con lo que la atención se centra en los grupos racistas —terció McCaskey—. ¿Qué ganan con eso?

—La atención se centra en *ese* grupo racista concreto —dijo Liz.

—Bah… Ya sabe usted cómo son los medios informativos —comentó McCaskey meneando la cabeza—. Les descubres una víbora y te exigen que les digas dónde está el nido. Y si encuentras un nido, no paran hasta dar con los demás.

—Cierto —dijo Liz—. Estoy de acuerdo en eso, con lo que los medios informativos nos llevan a otros nidos: Nación Pura, Hermandad Blanca, Hermandad Aria Americana. Todo un desfile de sicópatas. ¿Qué ocurre entonces?

—Pues que el estadounidense medio se solivianta, el gobierno aplasta a los grupos xenófobos y se acabó la historia —contestó McCaskey.

—¡Qué va, qué va! —exclamó Liz meneando la cabeza—. De acabarse la historia, nada. Machacarlos no significa erradicarlos. Sobreviven en la clandestinidad. Y lo que es peor, puede resultar contraproducente. La historia demuestra que toda opresión alimenta la resistencia. Las secuelas del abortado ataque de Nación Pura (caso de que proyectasen de verdad un ataque, algo de lo que no podemos estar seguros) serían el aumento de la militancia negra, *gay*, judía… ¿Recuerdan el famoso lema de la Liga para la Defensa Judía: el «nunca más» de los años 60? Todos los grupos enarbolarían lemas similares. Y cuando la polarización llegase a amenazar las estructuras, a amenazar a la sociedad, el estadounidense medio de raza blanca podría asustarse. Y paradójicamente el gobierno no podría ayudar, porque no podría reprimir a las minorías. Si reprimiesen a los negros, éstos pondrían el grito en el cielo. Y lo mismo si reprimiesen a los homosexuales o a los judíos. Y si los reprimiesen a todos, nos despertaríamos cualquier día en plena guerra civil.

—Es decir, que el estadounidense medio, normalmente una persona decente y justa, se ve arrastrado al radicalismo. Con lo que

Nación Pura, Hachebé y los demás grupos empiezan a parecer casi como salvadores de la sociedad.

—Exactamente —dijo Liz—. ¿Qué decía hace unos años aquel líder de las milicias de Michigan? Algo así como: «Se desencadenará la espontánea dinámica de venganza y retribución». Y en cuanto trascendiese lo que es Nación Pura, y lo que se proponía, eso es lo que sucedería aquí.

—O sea que Nación Pura hace de cabeza de turco —reflexionó Rodgers—: los acosan, los encarcelan, los dispersan y los ponen fuera de la ley. Y eso los convierte en mártires de la causa blanca.

—Y encantados —dijo Liz.

—Eso es como el cuento de la lechera —objetó McCaskey con el entrecejo fruncido—: los blancos racistas mandan a uno de sus grupos al sacrificio, esto alimenta la reacción de las minorías, que asustan a los blancos y crean grupos clandestinos para ayudar al movimiento racista blanco…

McCaskey meneó enérgicamente la cabeza.

—… Me parece que les concede usted demasiada visión de futuro a esos degenerados —añadió Darrell—. Tenían un plan y les ha fallado. Se acabó la historia.

Sonó el teléfono de Rodgers.

—Yo tampoco veo claro lo que Liz sugiere —le dijo el general a McCaskey—, pero es una opinión a tener en cuenta.

—Piensen en el daño que podría hacer Nación Pura como señuelo —les advirtió Liz.

Rodgers sintió un escalofrío. Ciertamente, podían llevar a mal traer al exultante FBI, que, ante el continuo acoso de los medios informativos, quizá no reconociese nunca que lo habían engañado.

El general se decidió a coger el teléfono.

—Diga.

Era Herbert quien lo llamaba.

—Es Bob —dijo Rodgers—. Alberto me ha informado hace unos minutos. ¿Dónde está usted?

—En una carretera que cruza un páramo, aquí en Alemania. Y necesito una cosa.

—¿Qué?

—Pues… ayuda masiva y rápida —contestó Herbert—, o una breve plegaria.

VEINTINUEVE

Jueves, 16:11, Hamburgo, Alemania

La luz que irradia Hamburgo a la atardecida tiene un encanto especial.

El crepúsculo proyecta una resplandeciente aspersión sobre los lagos, cuyas superficies parecen reflejar miles de espectrales siluetas.

Parecía que hubiesen encendido una enorme fuente luminosa bajo el centro de la ciudad, pensó Hood.

En derredor, junto a ambas orillas, los árboles del parque y los edificios emitían iridiscentes brillos bajo el adensado azul del cielo.

También el aire era en Hamburgo diferente al de otras ciudades. Era una curiosa mezcla de naturaleza e industria. Sabía a la sal que el Elba transportaba desde el mar del Norte, al gasóleo y al humo de los barcos que surcaban el río, y a las plantas y árboles que adornaban la ciudad.

Era un aire tan viciado como el de otras ciudades, pensaba Hood, pero diferente.

Poco duró la reflexión de Hood sobre el entorno. En cuanto hubieron salido del edificio y se encaminaron hacia el parque, Hausen se sintió más predispuesto a hablar.

—¿Por qué ha dicho antes que también para usted ha sido un día muy duro? —le preguntó el viceministro.

Aunque Hood no tenía el menor deseo de hablar de sí mismo, confiaba en que, si lo hacía, quizá Hausen correspondiese. Era un toma y daca con el que, quienes trabajaban en Washington, estaban familiarizados. Sólo que en aquel caso era algo más personal e importante.

—Mientras Matt, Bob y yo lo aguardábamos a usted en el vestíbulo del hotel —dijo el director del Centro de Operaciones—, me ha parecido ver o, mejor dicho, juraría que he visto a una mujer que conocí hace mucho tiempo. He echado a correr tras ella como un poseso.

—¿Y era ella?

—No lo sé —contestó Hood.

El recuerdo de su reacción exasperaba a Hood, no sólo por haberse quedado sin saber si era Nancy, sino por el influjo que aquella mujer aún ejercía sobre él.

—Ha subido a un taxi antes de que pudiese alcanzarla —prosiguió Hood—. Pero por su manera de mover la cabeza y la melena, juraría que si no era Nancy debía de ser hija suya.

—¿Tiene una hija?

Hood se limitó a encogerse de hombros. Siempre que pensaba en Nancy Jo, lo atormentaba la idea de que podía tener perfectamente hijos y marido; una vida propia al margen de él, en definitiva.

¿Por qué puñeta desentierras entonces su recuerdo? Porque quieres hacer hablar a Hausen, se concedió.

Hood respiró hondo, metió las manos en los bolsillos y miró el césped. Aunque a regañadientes, se retrotrajo a Los Ángeles, veinte años atrás.

—Estuve enamorado de esa mujer. Se llama Nancy Jo Bosworth. Intimamos en un seminario de informática, el año que nos licenciamos por la Universidad Estatal de California. Era tan delicada como vivaz. Su dorada melena le daba un aspecto angelical.

Hood se interrumpió, sonriente y ruborizado.

—Ya sé que resulta cursi, pero no sabría describirlo de otro modo —prosiguió—. Tenía un pelo suave, resplandeciente, etéreo; y sus ojos irradiaban una extraordinaria vitalidad. Yo la llamaba mi dama de los cabellos de oro, y ella a mí su caballero andante. No imagina lo colado que estaba…

—Claro —dijo Hausen, que le sonrió por primera vez.

—Nos prometimos nada más licenciarnos —prosiguió Hood, encantado de poder desahogarse de aquellos recuerdos que lo abrumaban—. Le regalé un anillo con una esmeralda que escogimos juntos. Yo encontré enseguida trabajo en la secretaría del alcalde de Los Ángeles, y Nancy en una empresa de *software*, especializada en videojuegos. Ella cogía el avión dos veces por semana a Sunnyvale para no tener que separarnos. Pero de pronto, una noche, en abril de mil novecientos setenta y nueve (exactamente el veintiuno de abril, fecha que durante varios años taché de todas mis agendas y calendarios), la esperaba frente a un cine y no acudió. Llamé a su apartamento y, como no contestaba, fui hacia allí en el coche a una velocidad temeraria. Entré con mi llave y encontré una nota.

Hood aminoró el paso. Aún recordaba el olor del apartamento; las lágrimas que asomaron en sus ojos y el nudo que se le hizo en la garganta. Tampoco había olvidado la canción que sonaba en el apartamento de al lado, una popular balada con un título tristemente adecuado: *Lo peor que podía ocurrir*.

—La nota estaba escrita a mano y apresuradamente —continuó Paul—. Era su letra, pero no reposada y pulcra como de costumbre. Decía que había tenido que marcharse, que no iba a volver y que no la buscase. Se llevó alguna ropa, pero todo lo demás seguía allí: discos, libros, plantas, álbumes de fotos de familia, y su diploma de licenciada. Lo que no dejó, sin embargo, fue el anillo de compromiso que le regalé. Debió de querer conservarlo, o tirarlo.

—¿Y no supo decirle nadie dónde estaba? —preguntó Hausen, sorprendido.

—Nadie. Ni siquiera el FBI. Por la mañana, dos agentes vinieron a preguntarme por ella, sin decirme lo que había hecho. Poco pude decirles yo, pero confié en que la encontrasen. Hubiese hecho lo que hubiese hecho, yo quería ayudarla. Pasé varios días buscándola. Fui a ver a ex profesores; a sus amistades; hablé con sus compañeros de trabajo, todo ellos muy preocupados. Llamé a su padre, pero como no tenía mucho contacto con él, no me sorprendió que no supiese nada de Nancy. Entonces llegué a la conclusión de que algún grave error habría cometido yo para que Nancy me plantase de aquella manera. Si no, no tenía explicación, salvo que se hubiese enamorado de otro hombre y se hubiera fugado con él.

—¡Dios mío! —exclamó Hausen—. ¿Y no volvió nunca a saber de ella?

—Ni una palabra —contestó Hood meneando lentamente la cabeza—. Ni siquiera a través de terceras personas. Y aunque sólo fuese por curiosidad, habría dado cualquier cosa por tener alguna noticia. Sin embargo, desistí de buscarla. Comprendí que no conseguiría más que atormentarme. Pese a todo, de una cosa he de estarle agradecido: me volqué en el trabajo y en una intensa vida social. Llegué a estar tan bien relacionado que decidí presentarme a las elecciones, y salí elegido alcalde, el más joven de la historia de Los Ángeles.

Y ahora está usted casado —dijo Hausen al reparar en la alianza que llevaba Hood.

Sí. Me casé, y tengo unos hijos maravillosos. No puedo quejarme —dijo Paul, que miró el anillo y palpó el bolsillo en el que llevaba la cartera. Pensó en los tiques, cuya existencia ni siquiera su esposa conocía—. No obstante, a menudo pienso en Nancy. Quizá haya sido lo mejor no encontrármela en el hotel.

—¿No está seguro de que fuese ella? —preguntó el viceministro.

—No.

—Pero aunque lo fuese —dijo Hausen—, no sería la Nancy de entonces. Tampoco usted es el mismo, Paul Hood. Si la volviese a

ver, creo que podría usted afrontarlo perfectamente.

—Quizá —concedió Hood—, aunque no estoy tan seguro de haber cambiado mucho. Nancy estaba enamorada del muchacho que había en mí, del chico que adoraba el riesgo, en la vida y en el amor. Convertirme en padre, alcalde y washingtoniano no me cambió. Por dentro, aún soy el niño encandilado por las aventuras, que se pirra por las películas de *Godzilla* y que todavía cree que Adam West es el mejor Batman y George Reeves el mejor Superman. En mi fuero interno, aún me veo como un caballero andante y a Nancy como a una dulcinea. Si he de serle franco, no sé cómo reaccionaría si la tuviese delante.

Hood volvió a meter las manos en los bolsillos. De nuevo palpó la cartera. *¿A quién crees que engañas?* Sabía perfectamente que si encontraba a Nancy se volvería a enamorar de ella.

—Bueno… ésa es mi historia —dijo Hood—. Ahora le toca a usted. ¿La llamada telefónica que ha recibido en su oficina tenía algo que ver con amores perdidos o desapariciones misteriosas?

—Con desapariciones misteriosas sí —contestó Hausen muy serio —. Con amores, en absoluto —añadió. Una breve ráfaga de viento levantó el bajo de la chaqueta y alborotó el pelo del alemán, que se detuvo y miró a Hood—. Me inspira usted confianza, señor Hood. La sinceridad de su dolor, de sus sentimientos… Es usted muy humano y digno de confianza.

El viceministro dirigió la mirada a uno y otro lado y luego hacia abajo.

—Seré franco con usted, aunque quizá sea una estupidez contarle esto —prosiguió Hausen—. No se lo he dicho nunca a nadie; ni siquiera a mi hermana, ni a mis amigos.

—¿Tienen amigos los políticos? —ironizó Hood.

—Algunos sí —repuso Hausen, sonriente—. Yo sí los tengo, pero no quiero abrumarlos con esto. Sin embargo, es necesario que alguien sepa que *él* ha vuelto. Es necesario por si me sucediera algo.

Hausen miró a Hood, que no había visto jamás tanto dolor en unos ojos. Su propio dolor se disipó, a la vez que aumentaba su curiosidad.

—Hace veinticinco años —explicó el viceministro— yo estudiaba ciencias políticas en la Sorbona. Mi mejor amigo era un tal Gérard Dupré, hijo de un industrial multimillonario. Gérard era un extremista. No sé si se debía a los inmigrantes que ocupaban puestos de trabajo, que muchos franceses no tenían, o simplemente a que era malvado por naturaleza. El caso es que Dupré odiaba a los estadounidenses y a los asiáticos, y sobre todo a los judíos, a los negros y a los católicos. No puede imaginar hasta qué punto lo consumía el odio.

Hausen se humedeció los labios y bajó la vista. Hood se percató de la tremenda lucha interior de aquel hombre. Muy grave debía de ser lo que quisiera confiarle.

—Una noche —continuó Hausen— fuimos a cenar a un café, a L'Exchange, de la rue Mouffetard, en la *rive gauche*, muy cerca de la universidad. Era un café barato, muy frecuentado por estudiantes. El ambiente estaba siempre cargado de olor a café fuerte y a enconadas discusiones. Acabábamos de empezar cuarto curso en la facultad. Aquella noche a Gérard le molestaba todo: el camarero era lento, el vino estaba caliente, la noche era gélida y los *Discursos reunidos de Trotski* no incluían, según él, más que los que pronunció en Rusia, y no había ninguno de los que dio en México, lo que a Gérard le parecía una imperdonable omisión. Después de pagar la cuenta (siempre pagaba él, porque yo no tenía dinero) fuimos a pasear junto al Sena. Estaba oscuro y encontramos a dos estudiantes estadounidenses que acababan de llegar a París.

Hausen se interrumpió de nuevo. Le costaba trabajo proseguir.

—Habían ido a fotografiar un puente, se había puesto el sol y no encontraban el camino de regreso a su residencia. Yo les indiqué la dirección que debían tomar, pero Gérard me interrumpió y dijo tener entendido que los estadounidenses lo sabían todo, y que siempre

que iban a un país se hacían los amos. ¿Cómo no iban a saber adónde iban?

A Hood se le hizo un nudo en el estómago al intuir en qué desembocaría todo aquello.

—Las chicas pensaron que Gérard bromeaba —continuó Hausen —, y una de ellas posó la mano en el brazo de éste para decirle algo, no recuerdo qué. Gérard la atajó, le afeó que se atreviese a replicarle y la empujó. La chica se trastabilló y cayó al río. No sé si es que no sabía nadar o que tragó agua y se puso nerviosa, pero el caso es que empezó a gritar. ¡Dios cómo gritaba! Su amiga dejó caer la cámara y fue a ayudarla, pero Gérard la sujetó y le pasó el brazo por el cuello. La chica empezó a jadear mientras su compañera gritaba en el agua. Y yo me quedé paralizado. Jamás me había visto en una situación semejante. En cuanto me sobrepuse, me lancé al agua para intentar sacar a la chica. Gérard se enfureció porque tratase de ayudarla y, mientras me chillaba, estrangulaba a la otra.

Hausen se detuvo. Sus ojos reflejaban cada vez mayor angustia. Estaba pálido y desencajado y le temblaban las manos. Tuvo que cerrar los puños para controlar el temblor.

—No siga si no quiere —le dijo Hood en tono tranquilizador.

—He de contárselo —insistió Hausen—. La vuelta de Gérard me obliga a revelarlo. Quizá yo me hunda, pero hay que acabar con él —añadió, y frunció los labios y se esforzó por no perder la compostura—. Gérard tiró entonces al suelo a la chica, que estaba inconsciente, corrió al río, saltó al agua y hundió a la otra. Yo intenté evitarlo pero no pude. Él la sujetó bajo el agua y empezó a gritar que las estadounidenses eran todas unas putas. Cuando me rehíce, ya era demasiado tarde: la chica cabeceaba en el río y su oscura melena flotaba. Gérard se desentendió de ella, se aupó a la orilla y arrastró al agua a la otra. Luego me dijo que huyésemos. Yo estaba aturdido y lo seguí, sin pensar siquiera que la chica de la orilla podía estar aún viva.

—¿No los vio nadie? —preguntó Hood—. ¿No se acercó nadie a ver lo que ocurría?

—Puede que nos oyesen, pero hicieron caso omiso. Los estudiantes éramos muy vocingleros. Las chicas podían haber visto una rata, por ejemplo (abundan mucho junto al Sena), o quizá creyesen que hacíamos el amor en la orilla.

—¿Qué hizo usted después de marcharse de allí? —preguntó de nuevo Hood.

—Fuimos a la finca que el padre de Gérard tenía en el sur de Francia y nos quedamos unas semanas. Luego, Gérard me pidió que participase en los negocios de su padre. Desde luego yo le caía bien y, aunque nos habían educado de manera muy distinta, respetaba mis puntos de vista. Yo era el único que se atrevía a decirle que era un hipócrita que, por un lado, vivía rodeado de lujos y disfrutaba del dinero de su familia y, por otro, admiraba a Trotski y a Marx. Le gustaba que yo me atreviese a desafiarlo. Pero yo no podía aceptar su ofrecimiento, no podía seguir con él, y regresé a Alemania, aunque no tuve un momento de paz y…

Hausen volvió a interrumpirse. Entonces reparó en que tenía los puños crispados, y extendió los dedos para relajarlos.

—… y fui a la embajada francesa, donde conté lo ocurrido; lo conté todo. Me dijeron que interrogarían a Gérard, y yo les di mis señas para que pudieran localizarme. Estaba dispuesto a ir a la cárcel con tal de tranquilizar mi conciencia.

—¿Y qué ocurrió?

—La policía francesa no es como la de otros países —repuso Hausen con amargura—. Tiende a archivar los casos más que a resolverlos, sobre todo si implican a extranjeros, y como en su día archivaron el caso por considerarlo insoluble, no quisieron desempolvarlo.

—¿Ni siquiera llegaron a interrogar a Gérard?

—No lo sé —contestó el viceministro—, pero aunque lo interrogasen, ¿qué valía la palabra de un pobre chico alemán contra

la del hijo de un multimillonario francés?

—Pero… Gérard tendría que justificar por qué dejó tan precipitadamente la facultad, digo yo.

—Mire usted, señor Hood, Gérard era de esa clase de alumnos capaces de convencer al claustro (de convencerlo de verdad) de que abandonó la facultad porque habían omitido los discursos de Trotski en México de un libro de texto.

—¿Y los padres de las chicas? No puedo creer que lo dejasen correr así como así.

—¿Qué podían hacer? —exclamó Hausen—. Viajaron a Francia y exigieron justicia: elevaron sendas peticiones a la embajada francesa en Washington y a la embajada de EE. UU. en París y ofrecieron recompensas, pero los cadáveres de sus hijas fueron repatriados. Los franceses se desentendieron de las familias y, poco más o menos, eso fue todo.

—¿Poco… más o menos?

El viceministro tenía los ojos llenos de lágrimas.

Varias semanas después, Gérard me escribió una carta en la que me amenazaba con volver algún día para darme una lección, por cobarde y traidor.

—¿No volvió a saber de él?

Hasta hoy. Seguí mis estudios aquí en Alemania, avergonzado y torturado por el remordimiento.

Pero usted no lo hizo —lo excusó Hood—. Además, trató de impedírselo a Gérard.

—Mi delito estuvo en tardar demasiado en denunciarlo —dijo Hausen—. Al igual que aquellos que olían la carne quemada en los hornos de Auschwitz, guardé silencio.

—No es comparable. ¿No cree?

—El fondo es el mismo: silenciar crímenes —replicó Hausen meneando la cabeza—. Un asesino anda suelto por culpa de mi silencio; ahora se hace llamar Gérard Dominique, y ya nos ha amenazado, a mí y a mi hija de trece años.

—No sabía que tuviese usted hijos —dijo Hood—. ¿Dónde está su hija?

—Vive con su madre en Berlín —contestó el viceministro—. Me ocuparé de que tenga protección. De todas formas, Gérard es tan escurridizo como poderoso, y puede sobornar a personas de mi entorno que estén en desacuerdo con mi labor —añadió, apesadumbrado—. De haber gritado para pedir auxilio a la policía aquella noche, de haber logrado detener a Gérard o, por lo menos, de haberlo intentado con mayor energía, hubiese vivido en paz durante todos estos años. Pero no lo hice. El único modo de acallar mi conciencia era combatir el odio que impulsó a Gérard a matar a aquellas chicas.

—Aunque no haya tenido contacto con Gérard, ¿ha sabido algo de él durante estos años? —preguntó Hood.

—No —repuso Hausen—. Se esfumó, igual que su Nancy. Se rumoreó en la facultad que se había incorporado a los negocios de su padre, pero lo cierto es que, al morir su padre, Gérard cerró la planta de fabricación de piezas auxiliares para el Airbus, que tan rentable fue durante años. También oí rumores de que estaba detrás del consejo de administración de numerosas empresas, aunque sin figurar. Pero nada de todo eso me consta.

Hood tenía muchas otras preguntas que hacerle: acerca de las empresas del padre de Gérard Dupré, de la identidad de las chicas y de lo que pudiera hacer el Centro de Operaciones para ayudar a Hausen, en lo que apuntaba como un grave caso de chantaje. Pero se distrajo porque una suave voz lo llamó desde atrás.

—¡Paul!

Hood se giró y el brillo de Hamburgo quedó oscurecido. Hausen, los árboles, los airosos edificios e incluso los años transcurridos desaparecieron cuando la alta, esbelta y estilizada silueta avanzó hacia él. Parecía un ángel. Y de nuevo se vio frente a la entrada de un cine, esperando a Nancy.

Esperando a la mujer que al fin llegaba.

TREINTA

Jueves, 16:22, Hannover, Alemania

Bob Herbert no llamó por teléfono al descubrir el tráiler blanco.

Apareció en su retrovisor mientras daba una vuelta por la ciudad, pensando a ver qué hacía. Concentrado en dar con algún medio para obtener información sobre la joven secuestrada, no prestó demasiada atención al vehículo.

Como su expeditivo intento de sacar información de la boca del lobo (por así decirlo) había fracasado, pensó en recurrir al soborno.

Al dejar la Herrenhauer Strasse y meterse por una bocacalle, el tráiler dobló también la esquina. Y entonces sí se fijó más en el vehículo. Los ocupantes de la cabina llevaban la cabeza cubierta con sendos pasamontañas.

Bob consultó entonces el plano de la ciudad, aceleró y cambió de calle varias veces, con el solo objeto de asegurarse de que lo seguían.

Y no le cupo duda. Iban tras él.

Debían de haberlo visto marchar y de enviar un grupo de pistoleros.

En cuanto oscureció, Herbert llamó al Centro de Operaciones y Alberto lo puso al habla con Mike Rodgers.

Entonces fue cuando Herbert le pidió ayuda urgente o una breve plegaria.

—¿Qué ocurre? —preguntó el general Rodgers.

—Me las he tenido con un neonazi en una cervecería —le explicó Herbert—. Y ahora me persiguen.

—¿Dónde está?

—No estoy seguro —contestó Herbert mirando en derredor—. Por aquí hay muchos tilos, jardines y un lago —añadió en el mismo momento en que parpadeaba un gran letrero luminoso—. Bueno… por lo menos voy a poder decirle dónde estoy: en un parque que se llama Welfengarten.

—Escuche, Bob, aquí está Darrell y tiene el número de teléfono de la policía local. Tome nota y llame.

Herbert sacó el bolígrafo del bolsillo del anorak que llevaba encima de la camiseta grabada y garabateó en un bloque del salpicadero para hacer bajar la tinta.

—A ver, diga…

Antes de que le diese tiempo a anotar el número, el tráiler embistió su parachoques trasero. Al vencerse hacia el salpicadero hizo una brusca maniobra y estuvo a punto de chocar con el coche de delante.

—¡Mierda! —gritó Herbert, que enfiló por la primera bocacalle que encontró—. Escuche general: tengo varios problemas.

—¿Qué?

—Esos tipos me embisten con el tráiler. Voy a tener que parar antes de atropellar a alguien. Díganle a la Landespolizei que voy en un Mercedes blanco.

—¡No, Bob! ¡No se detenga! —le gritó Rodgers—. Si logran meterlo en el tráiler, estamos perdidos.

—¡No quieren secuestrarme! —le gritó a su vez Herbert—. ¡Quieren matarme!

El tráiler lo volvió a embestir, por el lado izquierdo del parachoques en esta ocasión. El coche montó con las dos ruedas de la derecha en la acera y estuvo a punto de arrollar a un hombre que paseaba a su temer.

Bob logró volver a la calzada, pero enganchó el parachoques de un vehículo aparcado. Se detuvo, temeroso de que el metálico parachoques le reventase el neumático, puso marcha atrás para tratar de liberarse del parachoques, que se soltó al fin y cayó al asfalto con considerable estrépito.

Herbert miró por el retrovisor para asegurarse de que podía arrancar de nuevo. La escena era de lo más surrealista: los viandantes corrían y los coches aceleraban para rebasarlo. Y antes de que pudiera volver al ahora caótico tráfico, el tráiler se situó a su altura, por la izquierda.

La persona que iba al volante lo miró, sacó el cañón de un subfusil ametrallador por la ventanilla, apuntó al interior del coche y disparó.

TREINTA Y UNO

Jueves, 16:33, Hamburgo, Alemania

Nancy llevaba un conjunto de falda pantalón negro, blusa blanca y collar de perlas. Parecía surgir de un espejismo: semivelada, lenta, ondeante.

O quizá fueron las lágrimas que brotaron de los ojos de Paul las que deformaron la imagen.

El director del Centro de Operaciones parpadeó, meneó la cabeza y cerró los puños. Un sinfín de contradictorias emociones lo asaltaba a cada paso.

¿Qué iba a decirle?

Eres tú… ¿Por qué puñeta lo hiciste…? Estás más deslumbrante aún de lo que te recordaba… ¿Y Sharon…? No debería verte… Vete… No necesito verte…

Pero ¡vaya si lo necesitaba!

Los ojos de Paul se embebieron de la imagen de Nancy. Él se sintió rebosar de su antiguo amor, del mismo deseo, de sus atesorados recuerdos.

—Señor Hood… —dijo Hausen.

La voz del viceministro le sonó ahogada, como si brotase del fondo de un pozo que se abriese a sus pies.

—¿Se encuentra usted bien? —le pregunto Hausen.

—Pues… no sabría qué decirle —contestó Hood, a quien su propia voz le sonó como si procediera del mismo pozo.

Hood no apartaba los ojos de Nancy, que avanzaba hacia él en silencio, con un sensual contoneo, sin desviar la mirada.

—Es Nancy —le dijo Hood al viceministro.

—¿Cómo lo ha localizado aquí? —pregunto Hausen.

Nancy llegó junto a ellos. Hood no acertaba a imaginar cómo debía de verlo ella. Estaba estupefacto, boquiabierto y lloroso.

Desde luego, en aquellos momentos, Nancy no debía de verlo precisamente como un caballero andante.

Nancy lo miró con expresión risueña, una expresión que enseguida dejó paso a aquella sonrisa que desarmaba.

—Hola —dijo ella como si tal cosa.

Su voz había madurado tanto como su rostro. Sus ojos conservaban un hermoso color azul pero tenía patas de gallo, arrugas en la frente y junto a las comisuras de los labios, de aquellos labios tan cautivadores. No obstante, las arrugas no la afeaban. Por el contrario, a Hood le parecían irresistiblemente sensuales; eran el testimonio de que había vivido, amado, luchado y sobrevivido, y de que aún era una persona vital, que no se rendía al paso del tiempo.

También parecía en mejor forma física de lo que estuvo nunca. Pese a no ser muy alta (medía 1,68 m), parecía más esbelta y fuerte que antes. Quizá hiciese *aerobic* o *jogging*, o nadase. Si se había propuesto estar en forma, debía de hacerlo con la mayor disciplina.

Nancy fue siempre muy disciplinada. *De eso no cabe la menor duda*, pensó Paul con un dejo de amargura. *No en vano fue capaz de dejarme a mí…*

Nancy ya no llevaba el rojo de labios (color cereza) que tan bien recordaba él, sino color sandía. También llevaba una tenue sombra de ojos (toda una novedad en ella) y unos pequeños pendientes con brillantes.

Hood tuvo que dominar el impulso de estrecharla entre sus brazos.

—Hola, Nancy —se contentó con decir.

No parecía un saludo muy adecuado después de tanto tiempo, pero sirvió para que no aflorasen los insultos y acusaciones que cruzaron por su mente. Y como todo aquel que ha sufrido por amor, se resignó beatíficamente a guardar silencio.

—Nancy Jo Bosworth —se presentó ella tendiéndole la mano a Hausen.

—Richard Hausen —correspondió el viceministro.

—Ya lo sé —dijo ella—. Lo he reconocido.

Hood estaba tan absorto mirándola que apenas oyó el protocolario intercambio de saludos.

Nancy Jo Bosworth, repitió para sí Paul. Nancy era la clase de mujer que, de estar casada, hubiese utilizado el nombre de su esposo. De manera que no lo estaba. Pensarlo así lo llenó de alegría, pero enseguida lo asaltó el remordimiento.

Aunque ella no esté casada, tú sí lo estás.

Paul vio que el viceministro lo miraba compadecido y contristado. No era la autocompasión que advirtió antes en Hausen. Era de él de quien se compadecía ahora, quizá por pensar que, si Hood no se andaba con pies de plomo, podía destrozar la vida de muchas personas.

—Perdone… —le dijo Hood—, ¿podría excusarme un minuto?

—Por supuesto —repuso Hausen—. Ya nos veremos luego en mi despacho.

—Sí. Tengo mucho interés en seguir con nuestra conversación, se lo aseguro.

—Gracias —dijo el alemán que, tras despedirse de Nancy con una leve inclinación de cabeza, se alejó.

Hood siguió con la mirada a Hausen y luego clavó los ojos en Nancy. ¿Qué debía de ver Nancy en los suyos? Lo que él vio en los de Nancy lo estremeció. Era la dulce y sensual mirada de siempre; una combinación electrizante, tan irresistible como entonces.

—Siento haberos interrumpido —dijo ella.

—No importa, ya casi habíamos terminado.

—Tú y yo, en cambio… hemos de hablar —volvió a decir ella, sonriente.

Hood se puso rojo como un tomate y se sintió como un imbécil.

—Tuve una poderosa razón para marcharme como lo hice —empezó a explicarle ella mientras le tocaba la mejilla.

—No lo dudo. Siempre hacías las cosas por alguna razón —dijo él, que, ligeramente repuesto, le retiró la mano de la mejilla—. ¿Cómo me has localizado?

—Tenía que ir a devolver unos documentos al hotel —contestó ella—. El portero me ha dicho que un tal Paul me buscaba y que estaba con el viceministro de Exteriores. He llamado a la oficina de Hausen y he venido.

—¿Por qué? —preguntó Hood.

—¡Por Dios, Paul! —exclamó ella riendo—. Razones no faltan: para verte, pedirte perdón, darte una explicación, pero sobre todo para verte. Te he echado muchísimo de menos. He seguido tu carrera en Los Ángeles tan estrechamente como he podido, y estoy muy orgullosa por todo lo que has conseguido.

—Me vi empujado —dijo él.

—Lo sé, y es curioso, ya que nunca imaginé que tuvieses esa clase de ambiciones.

—No fue por ambición —replicó él—, sino por desesperación. Me volqué en el trabajo para no acabar como Heathcliff en *Cumbres borrascosas*, aguardando a morir al borde del precipicio. Ésa es la reacción que provocaste en mí, Nancy. Me afectó tanto, quedé sumido en tal confusión, que lo único que me interesaba era encontrarte, enmendar cualquier error que hubiese cometido. Necesitaba tanto saber de ti que, si hubieras huido con otro hombre, lo hubiera envidiado pero no odiado.

—No fue por ningún hombre.

—Da igual, aunque espero que comprendas hasta qué punto me sentí frustrado.

—Claro que lo comprendo —dijo ella—. Yo sentí la misma frustración. Pero estaba metida en un lío tremendo. Si me quedaba o te decía adónde iba…

—¿Qué hubiese ocurrido? —preguntó él con un dejo de acritud—. ¿Qué podía haber peor que lo que ocurrió? —añadió con la voz quebrada, casi lloroso, y tuvo que ladear la cabeza para disimularlo un poco.

—Perdona —se disculpó Nancy, que se arrimó a él y volvió a acariciarle la mejilla.

Paul no le apartó la mano esta vez.

—Escucha, Paul: robé los cianotipos de un nuevo chip que mi empresa iba a fabricar, y los vendí a una empresa extranjera que me pagó mucho dinero. Habríamos podido casarnos, vivir desahogadamente, y tú hubieses podido llegar a ser un político de primera fila.

—¿Crees que eso es lo que yo quería? —dijo Paul—. ¿Basar mi éxito en tu esfuerzo?

—No te habrías enterado —replicó ella—. Ya habría encontrado el medio de justificar el dinero. Quería que pudieses seguir una carrera política sin agobios económicos. Estaba convencida de que harías grandes cosas, si podías dejar de preocuparte por los intereses de los grupos de presión y por las aportaciones a las campañas. En definitiva, que podrías liberarte de todo ese engorro.

—No puedo creer que hicieses algo así.

—Ya lo sé. Por eso no te lo dije. Y cuando todo se vino abajo, mayor razón para no decírtelo. Temía que no sólo me dejases, sino que me despreciases. Eras muy rígido por entonces, y no aceptabas que se infringiese la legalidad lo más mínimo. ¿Recuerdas cómo te enfadaste cuando me multaron por aparcar frente al Cinerama Dome cuando fuimos a ver *Rollerball*? Te supo más mal porque me advertiste que me iban a multar.

—Lo recuerdo —dijo Paul—. Por supuesto que lo recuerdo, Nancy. Recuerdo todo lo que hacíamos…

—En fin, el caso es que me localizaron —le explicó Nancy, que retiró la mano de su mejilla y desvió la mirada—. Una amiga… ¿recuerdas a Jessica?

Paul asintió con la cabeza. Aún podía ver el collar de perlas que llevaba Nancy, oler su Chanel…

—Jess se había quedado en la oficina después de la hora de salida, para terminar un trabajo, y mientras yo me arreglaba para ir al cine, me telefoneó y me dijo que dos agentes del FBI habían estado allí, y que iban al apartamento a interrogarme. No tuve tiempo más que de coger el pasaporte, alguna ropa y mi tarjeta de crédito. Te escribí una breve nota y me marché a toda prisa porque tenía que salir del país —le explicó Nancy.

—Y de mi vida —se lamentó Paul, que frunció los labios, compungido.

No estaba muy seguro de querer que Nancy continuase. Cada una de sus palabras lo hacía sufrir, lo atormentaba al pensar en las destrozadas esperanzas de un veinteañero enamorado.

—Había otra razón para no dar señales de vida —dijo Nancy mirándolo a los ojos—. Supuse que te interrogarían y que te vigilarían, que tu teléfono estaría intervenido, y acaso también el correo. Si te escribía o llamaba, el FBI podía localizarme.

—No te equivocas —reconoció Paul—. El FBI estuvo en mi apartamento y me interrogó. Me hicieron un montón de preguntas, aunque sin decirme lo que habías hecho. Y accedí a comunicarles dónde estabas si sabía de ti.

—¿Ah, sí? —exclamó Nancy, sorprendida—. ¿Me habrías delatado?

—Sí, pero nunca te habría abandonado —contestó él.

—No hubieses tenido más remedio —dijo ella—. Me habrían llevado a los tribunales y… a la cárcel.

—Claro. No obstante, te habría esperado.

—¿Veinte años?

—Los que hubiese hecho falta —contestó Paul—. De todas formas, no te habrían echado tantos. Un delito de espionaje industrial cometido por una joven enamorada… No te hubiesen echado más de cinco.

—¡Cinco años! —exclamó ella—. ¿Y luego te hubieses casado con una delincuente?

—No, con una delincuente, no. Contigo.

—Bueno, pongamos que con una ex delincuente. Nadie hubiese confiado en mí, ni en ti, para ningún cargo que exigiese no revelar ciertos secretos. Tus sueños de hacer una carrera política habrían acabado.

—¿Y qué? —dijo él—. Lo que sí se terminó fue el sueño de mi vida.

—Pobre… —casi musitó ella, sonriente—. Eres muy romántico, y un poco melodramático; una de las cosas que me encantan de ti. Pero lo cierto es que tu vida no acabó, ya que conociste a otra persona (a una persona encantadora, sin duda)… te casaste… tuviste hijos, tal como querías… y te situaste.

¿Situarme? Más bien me acomodé, no pudo evitar decirse Paul, aunque le remordiera la conciencia y se excusara en silencio ante Sharon.

—¿Y tú qué hiciste después de marcharte? —preguntó él, que prefería seguir hablando para no pensar.

—Fui a París —contestó ella— e intenté trabajar en programación de *software*. Pero no encontré nada que me sedujese. El mercado informático era todavía pequeño, aparte de que regía un gran proteccionismo, y ponían muchos obstáculos a los estadounidenses para trabajar. De manera que, después de quemar el dinero que me quedaba porque al no poder legalizar mi situación en la embajada tuve que recurrir al soborno para seguir en el país, me trasladé a Toulouse y empecé a trabajar para la compañía.

—¿Para la… Compañía? —exclamó Hood, sorprendido, porque así llamaban a veces a la CIA en los medios del espionaje internacional.

—La compañía a la que le vendí los cianotipos del chip —le aclaró ella—. Prefiero no decirte el nombre, porque no quiero que hagas nada que te desvíe de tus principios de caballero andante, ya que tú sabes tan bien como yo que lo harías.

Nancy no se equivocaba. En cuanto volviese a Washington, Paul habría removido cielo y tierra para que el gobierno se les echase encima.

—Lo peor es que, tal como siempre sospeché, el tipo a quien vendí el chip fue el que me delató para obligarme a trabajar para él, y no porque yo fuese una lumbrera, sino porque creía que si yo dependía de él nunca podría delatarlo. Habría preferido no recurrir a él, porque me avergonzaba de lo que hice, pero necesitaba trabajar. Y además, para acabar de arreglarlo, me enamoraba cada dos por tres, porque ninguno llegaba a tu altura.

—¡Maravilloso! Para acabar de arreglarlo… por supuesto. ¡No sabes la ilusión que me hace! —ironizó él.

—No tienes por qué verlo de ese modo —dijo Nancy—. Seguía enamorada de ti; compraba *Los Angeles Time* sólo para estar al corriente de tus actividades. Y a veces, muchas veces, me tentaba escribirte o telefonearte, aunque terminaba por decirme que era mejor no hacerlo.

—¿Y por qué has decidido verme ahora? —preguntó Paul, que volvía a debatirse entre el dolor y la tristeza—. ¿Creías que ahora me iba a doler menos?

—No he podido resistir la tentación —admitió ella—. Al enterarme de que estabas en Hamburgo, tenía que verte. Y pensé que también a ti te gustaría verme.

—Sí —reconoció él—, corrí en el vestíbulo del hotel. Quería verte… necesitaba verte —añadió meneando la cabeza—. ¡Dios mío, Nancy…! Casi no puedo creer que seas tú.

—Pues lo soy.

Paul miró aquellos ojos que lo iluminaron durante tantos días y tantas noches. La atracción que ejercían sobre él era tan fuerte

como terrible. Era como si un delicioso sueño y una pesadilla se entretejiesen, y no tenía fuerzas para resistirse a ellos.

La fresca brisa de la atardecida le enfriaba a Paul el sudor de las piernas y de la espalda. Quería odiarla, alejarse de ella, pero aún ansiaba con más fuerza retenerla.

Nancy lo miró a los ojos y cogió sus manos. Su tacto le produjo a Paul un escalofrío, una electrizante comezón en todo el cuerpo. Entonces comprendió que tenía que alejarse de ella enseguida.

—No puedo hacer esto —dijo Paul dando un paso hacia atrás.

—¿Que no puedes hacer qué? —dijo ella—. ¿Ser honesto? ¿Tanto te ha cambiado la política?

—Ya sabes a lo que me refiero, Nancy. No puedo quedarme aquí contigo.

—¿Ni siquiera una hora? ¿No puedes tomar un café conmigo para acabar de contarnos lo que ha sido de nosotros en estos años?

—No —repuso él con firmeza—. Es mi… conclusión.

—Nada de conclusión, Paul —dijo ella, sonriente—. Cualquier cosa menos una conclusión.

Nancy tenía razón. Sus ojos, su agilidad mental, su porte, su atractivo; toda ella era como un renovado aire que insuflase vida a algo que no había realmente muerto.

Paul sintió deseos de gritar. Desvió la mirada.

—Por Dios, Nancy, no hagas que encima me sienta yo ahora culpable. Fuiste tú quien me dejó. Te marchaste sin ni siquiera una explicación, y yo conocí a otra persona. Una persona que quiso correr mi misma suerte, que me confió su vida y su corazón. No haré nada que sea indigno de ello.

—Ni yo te lo he pedido —replicó Nancy—. Por tomar un café no se traiciona a nadie.

—No es por el café, sino… por cómo solíamos tomarlo —le recordó Paul.

Nancy sonrió y bajó la vista.

—Entiendo. Y lo siento. Lo siento por todo, mucho más de lo que sea capaz de expresar, y me entristece. No obstante, lo entiendo. Estoy en el hotel Ambassador, aunque sólo hasta esta noche. Si cambias de opinión, déjame un mensaje.

—No cambiaré de opinión —le aseguró él—, aunque me gustaría.

Paul volvió a sentir el mismo cosquilleo de antes al apretarle ella la mano.

—En fin, ya veo que la política no te ha corrompido —dijo ella—. No me sorprende, aunque egoístamente me decepcione.

—Lo superarás —ironizó él—. Ya lo superaste entonces.

Nancy cambió de expresión. Por primera vez, Paul vio la tristeza que se ocultaba tras su sonrisa, su anhelante mirada.

—¿Eso crees? —preguntó ella.

—Sí. De lo contrario, no habrías podido seguir lejos de mí.

—Está visto que los hombres no entendéis el amor —replicó ella —. Ni en los mejores momentos, con el más serio aspirante al trono dejado vacante por Paul Hood, he estado con nadie tan inteligente, humano y cariñoso como tú.

Nancy se arrimó a él y rozó su cuello con los labios.

—Siento haberte perturbado al reaparecer en tu vida —prosiguió ella—, pero quería que supieses que nunca superé lo tuyo, Paul, ni lo superaré.

Nancy no volvió la cabeza al alejarse hacia la salida del parque. Él la siguió con la mirada. Y de nuevo se sintió Paul Hood solo, con dos entradas para el cine en la cartera, atormentado por la ausencia de la mujer que amaba.

TREINTA Y DOS

Jueves, 16:35, Hannover, Alemania

En cuanto vio el cañón del arma, Bob Herbert puso marcha atrás y aceleró a fondo.

La brusca aceleración hizo que se le clavasen las correas del arnés en los hombros. Gritó de dolor, pero la rociada de balas no dio en el blanco, sino que acribilló el capó y el parachoques delantero.

Herbert siguió marcha atrás, pese a que el coche chocó contra una farola y dio un bandazo que lo obligó a una brusca maniobra para enderezarlo.

Los automóviles que iban por detrás tuvieron que frenar o esquivarlo, mientras los conductores se desgañitaban gritándole de todo y haciendo sonar frenéticamente las bocinas.

Herbert los ignoró. Miró hacia adelante y vio que el de la cabina del tráiler asomaba por la ventanilla y lo apuntaba con un subfusil ametrallador.

—¡No vais a poder tan fácilmente conmigo! —gritó Herbert, que dio un golpe de volante hacia la izquierda y embistió el parachoques del tráiler.

La colisión fue muy estrepitosa. El trailer se desplazó varios metros hacia adelante y Herbert lo esquivó y lo rebasó a toda velocidad.

Los coches que circulaban por aquella zona se detuvieron y los viandantes se dispersaron en todas direcciones.

Entonces reparó Herbert en que no había interrumpido la conversación telefónica con el general.

—¿Sigue usted ahí, Mike?

—¡No he parado de llamarlo a gritos! ¿No me ha oído?

—¡Qué va! Por lo visto he enfurecido a medio mundo.

—¿Qué ocurre, Bob…?

Herbert no oyó más. Dejó caer el móvil en su regazo y masculló un juramento al ver que un tranvía que circulaba por la calle transversal iba a cerrarle el paso. Aceleró a tiempo de que el tranvía se interpusiera entre él y el tráiler, y rezó porque al de la metralleta no le diese por acribillar el tranvía para desahogar su rabia y su frustración.

Herbert volvió a coger entonces el móvil.

—Perdone, general, pero no he acabado de oír lo que me ha dicho.

—Le he preguntado qué ocurre.

—Se me han echado encima unos lunáticos que han debido de tomarme por un piloto de fórmula 1.

—¿Sabe dónde está exactamente? —preguntó Rodgers.

Herbert miró por el retrovisor en el momento en que el tranvía dejaba paso al tráiler.

—¡No cuelgue, general!

Herbert dejó el móvil en el asiento del acompañante y, al ver que el tráiler le ganaba terreno, sujetó el volante con ambas manos. Rodeó por Lange Laube y, aunque sin saber adónde iba, se metió por una retícula de callejas hasta que apareció en Goethe Strasse. Por suerte, había menos tráfico que de costumbre, pues mucha gente optaba por desaparecer de la ciudad durante los Días del Caos.

A través del móvil le llegaba la voz de Mike Rodgers, que no paraba de gritarle.

—¡Perdone, Mike! —se excusó Herbert—. A ver si ahora podemos hablar.

—¿Dónde está usted exactamente? —le volvió a preguntar Rodgers.

—Ni idea.

—¿No hay por ahí ningún letrero?

—No —dijo Herbert—. Un momento… Sí —añadió al reparar en el de la calle—. Estoy en Goethe Strasse.

—Espere… Vamos a ver el plano en el ordenador —le dijo Rodgers.

—Espero… claro. ¿Adónde quiere que vaya?

El tráiler llegó entonces a Goethe Strasse, embistió a un coche y aceleró. Aquellos tarados debían de tener inmunidad legal o estar locos de atar, porque era una temeridad perseguirlo de aquella manera. Lo más probable es que los enfureciese el que un estadounidense inválido les hiciera frente.

Y, por supuesto, pensó Herbert, *no se ve un policía ni por casualidad*. Pero tal como le dijo el agente en la calle del BierHall, casi toda la Landespolizei vigilaba otros lugares de reunión. Además, nadie esperaba una persecución de vehículos en pleno centro de la ciudad.

—Por ahí está bastante a salvo, Bob —dijo Rodgers—. Siga por Goethe Strasse, en dirección este, si puede. Saldrá a Rathenau Strasse, que va hacia el sur. Intentaremos que por allí reciba ayuda…

—¡Mierda! —exclamó Herbert soltando el teléfono.

De nuevo se le echaba encima el tráiler. El del subfusil asomó por la ventanilla y disparó a los neumáticos. Herbert no tuvo más remedio que meterse por la primera bocacalle que encontró, enfilando hacia el centro de la ciudad.

Los coches se hicieron a un lado al oír el motor del Mercedes y verlo lanzado a toda velocidad. De pronto, su carrera se vio frenada en seco por un bache. El vehículo dio media vuelta y quedó con el morro de cara al tráiler. Herbert logró frenar y no perder el control. El tráiler lo rebasó y se detuvo a unos cincuenta metros. De nuevo lo tenían a tiro. Herbert cogió el móvil y aceleró.

—Volvemos adonde antes, Mike —dijo Herbert—, por Goethe Strasse, pero hacia Lange Laube.

—Entendido —contestó Rodgers—. Darrell también está al teléfono. Conserve la sangre fría, intentaremos que le presten ayuda.

—La sangre la conservo fría —replicó Herbert sin quitarle ojo al tráiler—, pero si no se dan prisa me van a dejar *frío* del todo —añadió al ver que el subfusil asomaba por la ventanilla del vehículo robado.

Estaba claro que no pensaban desistir. No siempre iba a tener la misma suerte. Antes o después, lo cazarían. Al mirar por el retrovisor y ver su silla de ruedas en la parte de atrás, pensó en plantarse frente al tráiler, pulsar el botón que hacía salir la plataforma y dejar caer la silla delante de la cabina. Quizá no lograse detenerlos, pero los obstaculizaría. Y si se libraba, sería una gozada explicar las razones del siniestro de su silla al rellenar el impreso para solicitar otra.

«Causa del siniestro», decía en un apartado del formulario L-5. *Pues… dejada caer de un coche a toda velocidad para detener a unos asesinos neonazis*.

Herbert disminuyó la velocidad y dejó que el tráiler le ganase terreno. Entonces apretó el botón del salpicadero que activaba la plataforma de la silla.

La puerta trasera no se abrió, y una cantarina voz grabada dijo: «Lo siento. El mecanismo no funciona si el vehículo está en marcha».

Herbert apretó a fondo el acelerador manual y mantuvo el Mercedes centrado respecto a las ruedas del tráiler, para reducirle el ángulo de tiro lo más posible al de la ventanilla.

Entonces vio que el del subfusil le daba una patada al parabrisas y que una lluvia de añicos de vidrio caía sobre la calzada.

De nuevo se percató Herbert de que el arma apuntaba hacia él. Parecía una pesadilla. Aquel canalla estaba dispuesto a matarlo a

toda costa.

Herbert frenó en seco. El tráiler lo embistió por detrás y le hundió el maletero, que quedó arrugado como si fuese de cartón. Pero a través del retrovisor vio que el del subfusil salía despedido hacia el parabrisas y quedaba con la cintura apoyada en el borde inferior, y que el arma se le escapaba de las manos y resbalaba por el capó hasta la calzada. El conductor se venció hacia el salpicadero y se golpeó el pecho con el volante, lo que hizo que perdiera el control del vehículo, que, sin embargo, se detuvo.

La única herida de Herbert era la dolorosa rozadura que la correa del arnés le había hecho en el hombro.

Se hizo un tenso silencio, interrumpido por las bocinas de los coches que, desde lejos, veían que algo ocurría por delante Los conductores se acercaban con precaución y les gritaban a los viandantes que pidiesen ayuda.

Como no estaba seguro de haber dejado al tráiler o a sus ocupantes definitivamente fuera de combate, Herbert aceleró. No obstante, el Mercedes no se movió. Las ruedas giraban locas porque se habían enganchado los parachoques.

Herbert se recostó en el respaldo para tranquilizarse. Tenía el pulso muy acelerado, y no acababa de ver claro que él y la silla pudieran dejar el coche.

De pronto, el tráiler volvió a dar señales de vida. Herbert notó un fuerte tirón y miró por el retrovisor. Un nuevo conductor, que había ocupado el lugar de su compañero, puso alternativamente marcha atrás y hacia adelante, zarandeando el tráiler a la vez que el Mercedes.

Trata de desenganchar los parachoques, pensó Herbert justo en el momento en que, efectivamente, el tráiler se liberaba del Mercedes, aceleraba y desaparecía por una esquina.

El jefe del servicio de inteligencia del Centro de Operaciones permaneció sentado, con las manos crispadas sobre el volante, pensando a ver qué hacía. Oyó a lo lejos las sirenas que habían

ahuyentado a los neonazis; unas sirenas que hacían que los Opel de la policía alemana sonasen como los Buick de la estadounidense. Numerosas personas se acercaron a la ventanilla y se dirigieron a él en alemán.

—*Danke* —dijo Herbert—. Gracias. Estoy bien. *Gesund*. Sano y salvo.

Salvo quizá sí, pero… ¿sano? Si estaba sano, sería de milagro. Pensó que en cuanto llegase la policía lo interrogarían. Y la policía alemana no tenía fama de ser muy amable. En el mejor de los casos lo tratarían como a cualquier otro, y en el peor…

En el peor… pensó, *en la comisaría podía haber un par de simpatizantes neonazis. Me meterán en una celda, y se me acercará uno en plena noche con una navaja o con un alambre*.

—¡A hacer puñetas! —masculló.

Después de darles las gracias a quienes se habían acercado a interesarse por él, les pidió educadamente que se apartasen, salió en persecución del tráiler y cogió el teléfono.

TREINTA Y TRES

Jueves, 11:00, Washington, D.C.

Lo apodaban «el Pulpo». Estaba allí desde que Matt Stoll se incorporó al Centro de Operaciones con el primer grupo de funcionarios.

«El Pulpo» era un potente ordenador conectado a las bases de datos de todo el mundo. Podía obtener información de fototecas, archivos de huellas dactilares del FBI, libros del catálogo de la biblioteca del Congreso, esquelas de los periódicos de las ciudades importantes de EE. UU., cotización de acciones, horarios de trenes y aviones, guías telefónicas de todo el mundo, efectivos militares y de la policía desplegados en la mayoría de las ciudades del país y del extranjero.

Pero Stoll y sus colaboradores diseñaron un programa que no sólo proporcionaba datos sino que los analizaba. Un programa concebido por Stoll permitía encuadrar la nariz, el ojo o la boca del rostro de un terrorista y localizarlos en archivos policiales o de medios informativos del mundo. También podía ser ubicado del mismo modo, con sólo yuxtaponer la imagen a la de una montaña, un horizonte o una playa, un determinado paraje. Dos operadores se turnaban para que el archivo estuviese en servicio las veinticuatro horas del día. Podían abordar treinta operaciones de localización al mismo tiempo.

«El Pulpo» tardó menos de quince minutos en localizar la fotografía del viceministro de Asuntos Exteriores. La hizo un fotógrafo de la agencia Reuter, y la publicó un periódico berlinés cinco meses atrás, con ocasión de la estancia de Hausen en la ciudad para pronunciar un discurso durante una cena organizada por los supervivientes del Holocausto.

Al recibir la información, Eddie se soliviantó por la crueldad de quien hubiese superpuesto la imagen del rostro de aquel hombre en el videojuego.

El paraje en el que aparecía la foto de Hausen tardaron un poco más en localizarlo. Pero los programadores estuvieron de suerte, ya que en lugar de buscarlo por todo el mundo, Deirdre Donahue y Natt Mendelsohn empezaron por Alemania, y luego pasaron a Austria, Polonia y Francia. Al cabo de cuarenta y siete minutos el ordenador localizó el paraje. Estaba en el sur de Francia. Deirdre encontró datos sobre el lugar, redactó un informe y lo añadió al archivo.

Eddie le pasó la información a Matt por fax. Después, los potentes y largos tentáculos del «Pulpo» volvieron a su silenciosa vigilancia desde su secreta guarida.

TREINTA Y CUATRO

Jueves, 17:02, Hamburgo, Alemania

Paul Hood regresó a pie al edificio de oficinas, abrumado por multitud de recuerdos, de enterrados pero imborrables detalles de todo lo que él y Nancy hicieron y se dijeron hacía casi veinte años.

Recordaba que, en cierta ocasión, discutieron en un restaurante mexicano de Studio City hasta la madrugada. Él quería tener hijos y ella no. Se hartaron de tacos y de café, comentando los pros y los contras de la paternidad.

También recordaba que otro día, mientras esperaban en el cine Westwood a que comenzase una película de Paul Newman, él y Nancy discutieron sobre si los tribunales debían procesar a Nixon. Aún podía oler las palomitas de maíz que ella comió y saborear sus caramelos de café con leche.

Recordaba su interminable conversación acerca del futuro de la tecnología, después de que ella le diese una auténtica paliza en un avanzado videojuego. Debió haber intuido entonces que aquél era el campo en el que Nancy estaba destinada a desenvolverse.

Hacía años que no pensaba en estas cosas y, sin embargo, recordaba frases enteras palabra por palabra, olores, imágenes, muchas de las expresiones de Nancy, e incluso la ropa que llevaba. Eran recuerdos tan vigorosos como ella, que rebosaba energía; una energía que lo intimidaba casi tanto como lo encandilaba.

Nancy era de esa clase de personas que se interesaban por todo lo nuevo. Cuando aquella encantadora derviche no estaba volcada en el trabajo, lo pasaban en grande en la discoteca o en la cama. Iban a ver a los Lakers y los animaba hasta enronquecer. Jugaban a cualquier cosa y gritaba de júbilo o de decepción, según le fuese. Salían a pasear en bicicleta por Griffith Park o a visitar Bronson Caverns, a ver si localizaba el lugar donde filmaron *Robot Monster*.

Rara vez podía ver Nancy una película sin sacar el bloque y tomar notas; notas que, garabateadas en la oscuridad, luego no podía descifrar. Pero le daba igual. Lo que fascinaba a Nancy era el proceso mental, creativo, el impulso de estar en permanente actividad. Su energía, entusiasmo, creatividad y magnetismo eran lo que fascinaba a Paul.

Nancy era como la musa griega Terpsícore, entregada en cuerpo y alma a una danza que Paul seguía extasiado.

¡Y aún sigues extasiado, calamidad!, se reconvino.

Paul Hood hubiese preferido no volver a sentir lo que sentía: el anhelo, el deseo de rodear con sus brazos aquel torbellino y lanzarse a la vorágine del futuro con ella, de aferrarse a Nancy para resarcirse del tiempo perdido. Aunque se resistiese a ello, una parte de él lo deseaba ardientemente.

¡Por Dios, Paul! ¿Cuándo vas a madurar?, se reprochó.

Pero no era tan sencillo, ¿verdad? La madurez, la sensatez, no servían más que para saber cómo sucedían las cosas, no para saber qué hacer al respecto.

¿Sí? ¿Cómo sucedió? ¿Cómo podía Nancy encajar con tanta facilidad su resentimiento, la rabia acumulada en veinte años, y la nueva vida que él se había forjado?

Paul Hood podía seguir, como si de una escalera se tratase, cada uno de los peldaños que conducían a su presente. Primero, se desesperó. Luego, conoció a Sharon en una tienda de marcos y molduras. Ella quería enmarcar su diploma de la escuela de cocina y él una fotografía que le dedicó el gobernador. Empezaron a charlar y,

a continuación, se intercambiaron los números de teléfono. Paul la llamó.

Sharon era una mujer atractiva, inteligente y… *estable*. Su creatividad se limitaba a la cocina, que le encantaba. Carecía del aura casi sobrenatural que envolvía a Nancy. De existir la reencarnación, Paul podía haberla imaginado como un ser del que fluyesen varias generaciones de espíritus. A Sharon, en cambio, sólo podía imaginarla como Sharon.

Pero eso era positivo, se decía Paul. La estabilidad necesaria para criar hijos sólo era posible con una persona estable. Y no era ése el caso de Nancy.

Aunque la vida de Paul no era un dechado de perfección —ni Sharon su ideal—, se sentía feliz en Washington, con una esposa y unos hijos que lo querían, lo respetaban y que no iban a dejarlo.

¿Lo había respetado Nancy? ¿Qué vio en él? Tras su espantada, tras hacerle la autopsia a su relación e incinerar su amor, nunca llegó a comprender qué había significado para ella.

Una vez en el vestíbulo del edificio, Paul Hood cogió el ascensor y, en cuanto llegó a la planta del despacho de Hausen, lo asaltó un temor: trataban de manipularlo.

Nancy lo dejaba, reaparecía veinte años después y pretendía entregársele. *Entregársele*. ¿Por qué? ¿Acaso era por remordimiento? Eso no iba con Nancy, que tenía tanta capacidad de arrepentimiento como un payaso en el circo. Le emplastaba a uno una tarta en la cara o le ponía los pantalones perdidos de sifón y… como si tal cosa: una risotada y todo quedaba olvidado, por lo menos por su parte. Lo cierto es que los demás lo aceptaban porque era tan egoísta como encantadora, no tenía… malicia.

¿Sería por soledad? Nancy nunca se sentía sola. Y cuando lo *estaba*, se las arreglaba para agenciarse la compañía de alguien divertido.

¿Necesidad de reafirmación? Quizá. Podía imaginarla preguntándose: *¿Conservas aún tu encanto?*

Poco importaba. Paul Hood volvía al presente, de nuevo al mundo real, en el que era un cuarentón y no un veinteañero; de nuevo a su universo, en compañía de sus pequeños y queridos planetas y no de un cometa, tan espectacular como… intermitente (una intermitencia de veinte años).

La Nancy que apareció en su vida, y un día desapareció, reaparecía como por arte de magia, pero, por lo menos, ahora era él quien se alejaba.

Quizá puedas dejar de reprocharle a Sharon que no sea como Nancy, se dijo de pronto, aunque sorprendido por su conclusión. ¿De verdad era eso lo que le reprochaba a Sharon en su fuero interno? Lo aterraba ahondar en el soterrado laberinto de sus motivaciones.

Por si fuera poco, Hood sentía remordimiento por haber dejado a Hausen plantado, casi con la palabra en la boca, decidido a desahogarse y contarle un turbio episodio de su vida.

Hood pensaba excusarse en cuanto viese al viceministro, cuya caballerosidad lo inclinaría, sin duda, a aceptar sus disculpas. Además, también él se le había sincerado, en unos términos que los hombres entendían muy bien. Cuando de quebrantos del corazón o de errores de juventud se trataba, los hombres se daban entre sí la absolución con gran generosidad.

Hausen, Stoll y Lang estaban en la oficina principal, los tres de pie.

—¿Ha ido bien? —le preguntó Hausen a Hood nada más verlo.

—Bastante bien —repuso Hood con una tranquilizadora sonrisa—. Bastante bien —repitió—. ¿Qué tal por aquí?

—Me alegro de que hayamos hablado —dijo Hausen con una esbozada sonrisa.

Stoll estaba enfrascado con el ordenador.

—El señor viceministro no ha soltado prenda acerca de adónde ha ido usted, jefe —dijo Stoll sin levantar la vista del teclado—. La verdad es que me escama que Paul Hood y Superman no aparezcan nunca juntos en el mismo lugar.

—Corte el rollo —soltó Paul con sequedad.

—Vale, jefe, vale. Perdone.

—No me haga caso —se apresuró a rectificar Hood en un tono algo más amable. Lamentaba haber reaccionado con brusquedad—. He tenido una tarde endemoniada. ¿Ha encontrado algo?

Stoll hizo aparecer en pantalla el nombre del juego y miró a Hood.

—Como acabo de decirles a los señores Hausen y Lang —repuso Stoll—, este juego lo instaló, con un temporizador, el secretario del viceministro, Hans…

—Que, por lo visto, se ha esfumado —lo interrumpió Lang—. He intentado localizarlo en su casa y en el gimnasio al que va, y no ha habido manera.

—Su buzón de correo electrónico no está operativo —dijo Stoll—. Ha puesto tierra de por medio. Lo importante es que la foto del señor viceministro fue tomada en el curso de una cena organizada por supervivientes del Holocausto, mientras que el paraje que le sirve de fondo es de… *aquí*.

Stoll hizo que desapareciese de la pantalla la carátula del juego y que en su lugar saliera la foto transmitida por «el Pulpo» desde el Centro de Operaciones.

Hood se inclinó hacia adelante y leyó el epígrafe.

—«El Tarn a su paso por Montauban. El Vieux Pont». ¿Francia o Canadá? —preguntó enderezándose.

—El sur de Francia —repuso Stoll—. Al llegar usted, iba a mostrar en pantalla el informe de Deirdre acerca del lugar —añadió, a la vez que tecleaba la función para que apareciese el informe—. «La carretera nacional… discurre de norte a noroeste, paralela al Garona, y cruza el Tarn en Montauban, población de cincuenta mil habitantes. La ciudad se caracteriza…». Esto me lo salto. Aquí está lo importante: «… El edificio es una fortaleza construida en mil ciento cuarenta y cuatro que, históricamente, se ha asociado al regionalismo en el sur La fortaleza fue pieza clave para rechazar los

ataques de los católicos durante las guerras de Religión, y es, desde entonces, un símbolo para la población».

—¿No dice a quién pertenece ahora la fortaleza? —preguntó Hood.

—Estoy en ello —repuso Stoll, que tecleó la palabra «propietario» y activó la función de búsqueda de palabras. Enseguida aparecieron en pantalla varios párrafos bajo un nombre realzado—. «Vendido el año pasado a un fabricante de *software*, con la condición de no modificar… Es una empresa privada francesa que comercia bajo el nombre de Demain, fundada en Toulouse en mil novecientos setenta y nueve».

Hood miró a Stoll y se inclinó hacia la pantalla.

—No lo mueva —le dijo a Stoll a la vez que leía la fecha—. Dígales a Deirdre o a Natt que me consigan más información acerca de esa empresa. Enseguida.

Stoll asintió con la cabeza, borró lo que aparecía en pantalla y estableció comunicación con «los cuidadores de "el Pulpo"», como los llamaba él.

En cuanto se hubo establecido la comunicación, Stoll pidió por correo electrónico más información acerca de Demain, se recostó en el respaldo de la silla y aguardó con los brazos cruzados.

No fue una larga espera. Deirdre le envió un breve artículo de junio de 1988, aparecido en la revista *Videogaming Illustrated*. Decía:

JUEGOS DEL FUTURO

¿Estás harto de marcianitos? Pues bueno… aunque todavía te gusten, no está de más que sepas que ha surgido una nueva estrella en el firmamento de los videojuegos, la empresa francesa Demain, que ha producido un nuevo disquete, compatible con tus consolas Atari, Intellivision y Odyssey. El primer juego, «Un caballero para recordar», estará a la venta este mismo mes. Es el primer videojuego compatible con los tres sistemas referidos.

En una nota de prensa, el director de investigación y desarrollo de la empresa, Jean-Michel Horne, dice que ello ha sido posible «gracias a un revolucionario chip que hemos desarrollado, y que permite comercializar juegos mucho más apasionantes que los hasta ahora conocidos».

«Un caballero para recordar» se venderá al precio de 34 $, que incluirá un vale de descuento para la siguiente producción, un juego del superhéroe «Ooberman».

Hood reflexionó unos momentos sobre el artículo y sus implicaciones. Contribuía a que encajasen algunas piezas del rompecabezas.

Nancy robaba un chip y lo vendía a una empresa, muy posiblemente a la tal Demain. Gérard, un racista, amasaba una fortuna con la fabricación y venta de videojuegos, y clandestina y subrepticiamente invertía en videojuegos de rol para fomentar el racismo.

Pero ¿por qué? ¿Acaso como *hobby*? Por supuesto que no. Destilar odio a tan pequeñas dosis poco podía interesar a un individuo como el que Richard Hausen describía.

Supongamos que, pese a ello, produjese videojuegos de rol para fomentar el racismo, se dijo Paul.

El hijo de Charlie Squires había conectado con uno de esos videojuegos. ¿Y si fuese uno de los de Dominique? ¿Podía Gérard utilizar Internet para transmitirlos a todo el mundo?

A ver, a ver: supongamos que sí. ¿Por qué habría de hacerlo? Sólo por dinero no. A tenor de lo que Hausen le había contado, Dominique tenía dinero de sobra.

Se propondría hacer algo de más envergadura, pensó Hood: videojuegos de rol que aparecían en Internet para fomentar el racismo, prepotentes amenazas a Hausen. ¿Tenían planeado que ambas cosas coincidieran con los Días del Caos?

Con tan pocos datos, no iba a ir a ninguna parte. Le faltaban demasiadas piezas al rompecabezas. Sin embargo, había una

persona que podía aclararle algunas cosas, aunque estaba por ver si querría.

—Señor Hausen, ¿podría prestarme su chófer un rato? —preguntó Hood.

—Por supuesto que sí —accedió Hausen—. ¿Necesita algo más?

—Por el momento, no —dijo Paul—. Por favor, Matt, envíe este artículo al general Rodgers, y dígale que el tal Dominique podría ser nuestro buhonero de videojuegos. Si hubiese más datos…

—Los conseguiremos —lo atajó Stoll—. Sus deseos son órdenes.

—Se agradece —dijo Paul, que le dio una palmadita en el hombro a Stoll y enfiló hacia la puerta.

Matt Stoll volvió a cruzar los brazos y lo siguió con la mirada.

—No hay duda: mi jefe es Superman.

TREINTA Y CINCO

Jueves, 17:17, Hannover, Alemania

—Tengo buenas noticias, Bob.

Herbert alegró la cara al oírle a Alberto que tenía buenas noticias. La dolorosa rozadura de la correa del arnés y la huida de sus atacantes lo tenían furioso.

Tras perderle la pista al tráiler, se detuvo en una calle secundaria y llamó al Centro de Operaciones. Después de contarle a Alberto lo ocurrido, le pidió que llamase a la Oficina Nacional de Reconocimiento para que tratasen de localizar el tráiler. Si lo lograban, Herbert iría adonde estuviese.

La policía alemana estaba tan dispersa que no podría contar con su ayuda. Tendría que componérselas solo para llevar a aquella gente ante la justicia.

Le sorprendió oír sonar el teléfono seis minutos después de haber llamado él. Se tardaba más de media hora en reorientar la lente de un satélite para que enfocase hacia otro lugar.

—Está usted de suerte —dijo Alberto—. La Oficina Nacional de Reconocimiento ya rastrea la zona a petición de Larry, encargado de buscar a la joven estadounidense secuestrada, la que trabajaba en el rodaje de la película. Quiere ganarle por la mano a Griff. Y nos viene muy bien, porque los demás satélites nuestros están concentrados en la escalada del conflicto en el sur de los Balcanes.

Alberto se refería al director de la CIA, Larry Rachlin, y al del FBI, Griff Egenes. Su rivalidad era tan antigua como implacable.

Aunque, al igual que el Centro de Operaciones, ambos organismos tuviesen acceso a los datos de la ONR, Egenes acaparaba información con celo de hormiga.

—¿Qué han conseguido los de Reconocimiento? —preguntó Herbert, inquieto por tener que hablar con Alberto a través de una línea no segura.

Pero no había más remedio. Sólo cabía confiar en que nadie escuchase.

—Larry, nada. No hay ni rastro del tráiler, ni rastro de la chica. Darrell dice que tampoco Griff ha averiguado nada. Por lo visto, no ha localizado a ninguno de sus contactos de la policía alemana de la zona.

—No me extraña —dijo Herbert—. Están todos en las calles detrás del rebaño de neonazis.

—Mejor detrás que delante, Bob —le aconsejó Alberto.

—Cierto —convino Herbert—. Pero, bueno, ¿qué hay del tráiler, Alberto? ¿No estará callándose algo?

—En cierto modo sí, jefe —contestó Alberto—. Es que…, verá: va usted solo, sin ningún apoyo… No debería ir.

—¿Dónde está? —lo apremió Herbert.

—Lo ha localizado Stephen —contestó Alberto, resignado—. Está abollado justo por donde usted ha dicho, y va en dirección oeste por una autopista, aunque sólo con la foto no sabría decirle por cuál.

—No importa —dijo Herbert—. Ya lo buscaré yo en el mapa.

—Ya sé que tratar de disuadirlo es malgastar saliva, pero…

—Cierto, cierto.

—… informaré al general Rodgers de lo que trata de hacer usted. ¿Necesita algo más?

—Sí —contestó Herbert—. Si el tráiler deja la autopista, llámeme.

—Descuide —dijo Alberto—. Stephen lo conoce a usted, Bob. Dice que se ocupará de que sus hombres no lo pierdan de vista.

—Dele las gracias y dígale que puede contar con mi voto para el Conrad de este año, aunque, bien pensado, no le diga nada porque se haría demasiadas ilusiones.

—¿No cree que ya se las hace siempre? —dijo Alberto antes de desconectar.

Herbert desconectó a su vez, sonriente. Después del calvario que acababa de pasar no venía mal una sonrisa.

Mientras consultaba el mapa para ver qué carreteras enlazaban con la autopista en dirección este-oeste, pensó en el Conrad con expresión risueña.

El Conrad era un premio oficioso y muy informal que se concedía todos los años en el curso de una cena a la que sólo asistía un reducido grupo de «estrellas» de los servicios de inteligencia estadounidenses. El trofeo, en forma de puñal, honraba el nombre de Joseph Conrad, que en 1907 publicó la novela *El agente secreto*, uno de los primeros grandes relatos de espionaje, inspirado en un activista infiltrado en los bajos fondos de Londres.

Faltaban sólo cinco semanas para la cena del Conrad, que casi siempre era una auténtica gozada gracias, en buena parte, al pobre Stephen Viens.

Herbert marcó en el mapa la carretera que tenía que seguir y espoleó a su herida yegua mecánica, que arrancó con brincos y resoplidos impropios de Mercedes.

Viens fue el mejor amigo de Matt Stoll en la facultad, y era tan serio como su compañero de curso chungón. Desde que lo nombraron subdirector y, al poco tiempo, director de la ONR, el asombroso talento técnico de Viens era la razón principal de la creciente importancia y eficacia de la ONR.

A lo largo de los cuatro últimos años, el centenar de satélites que tenía bajo su mando proporcionaba detalladas fotografías en blanco y negro de la Tierra, tan ampliadas como fuese necesario. Como Viens solía decir: «Puedo proporcionar fotografías de una manzana de casas o de una manzana, sin casas».

Y como era muy serio, Viens se tomaba también muy en serio el premio Conrad. Quería conseguirlo y, como para confirmar la regla de los espías con la excepción aquél era un secreto a voces, el jurado se conchababa año tras año para dejarlo en puertas del premio por un solo voto.

A Herbert le sabía mal que se llevase tales desilusiones, pero como decía Rachlin, que además de director de la CIA era presidente del jurado del Conrad: «¿Qué puede esperar de una cena de espías?». Pues eso: que se la dieran con queso.

La verdad era que Herbert tenía la intención de mentirle a Larry y votar por Viens aquel año. No tanto por su labor como por su integridad. Desde el aumento de la actividad terrorista en EE. UU., el Pentágono había lanzado varios satélites, que costaban cuatrocientos millones de dólares cada uno, cuyo nombre en clave era *Ricochet*. Se hallaban en órbita geoestacionaria, a una distancia media de 37 000 km del norte de EE. UU., y tenían la misión de espiar a los propios EE. UU.

De ser tal espionaje del dominio público, todo el espectro político —desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha—, habría planteado serias objeciones a que se espiase al ciudadano desde los cielos. Pero como tales satélites estaban bajo el mando de Viens, quienes participaban del secreto no temían que se hiciese mal uso de ellos para sacar provecho personal o político.

Herbert volvió a la autopista, pese a que el Mercedes no podía pasar de los 80 km/h (más lento «que un caracol», como decía su abuela Shel allá en Mississippi).

Sonó el teléfono.

Oírlo casi inmediatamente después de hablar con Alberto le hizo sospechar que sería Paul Hood para decirle que diese media vuelta. Pero Herbert no pensaba volver atrás sin, por lo menos, una cabellera que cargar en su canoa.

—Diga —contestó Herbert.

—Soy Alberto, Bob. Acabo de recibir otra fotografía, una «tres K» de toda la región.

Una 3K era una vista de tres kilómetros de diámetro. En la que Alberto había recibido se veía el tráiler en el centro.

Los satélites estaban programados para ampliar o reducir, en tramos de cuatrocientos metros, el diámetro de la zona a fotografiar, en función de las necesidades de las tomas.

—Sus amiguitos han dejado la autopista —prosiguió Alberto.

—¿Hacia dónde? —preguntó Herbert—. Deme un punto de referencia.

—No hay más que un punto de referencia, Bob: un pequeño bosque cruzado por una carretera, de dos carriles por sentido que va de sudeste a noroeste.

—Por aquí hay muchos árboles, Alberto —dijo Herbert oteando el horizonte—. ¿No hay *nada más*?

—Sí. Una cosa —contestó Alberto—: policías, una docena de agentes que rodean los restos de un vehículo destrozado por una explosión.

Herbert miró escrutadoramente hacia adelante, pero no lo vio.

—¿No será el tráiler robado? —preguntó Herbert.

—Un momento —dijo Alberto—, Stephen me transmite otra foto.

Herbert frunció los labios. La conexión del Centro de Operaciones con la ONR permitía a Alberto ver la fotografía al mismo tiempo que los hombres de Viens. La CIA podía hacer otro tanto, aunque sin agentes sobre el terreno no podían contar con nadie que interviniese ni oficial ni encubiertamente.

—Tengo una foto que abarca un radio de doscientos metros —anunció Alberto, cuya voz se oía superpuesta a otras de fondo—. Y también tengo a Levy y a Warren, que la examinan conmigo.

—Ya los oigo —dijo Herbert.

Marsha Levy y Jim Warren eran los analistas de fotografías de reconocimiento del Centro de Operaciones. Formaban un equipo perfecto. Más que ojos, Levy parecía tener microscopios. La

especialidad de Warren era relacionar los detalles. Juntos, podían descubrir lo que representaba la imagen, aventurar lo que hubiese debajo y razonarlo.

—Me aseguran —dijo Alberto— que en la foto se ven restos de muebles de madera, y en el tráiler de la productora los había. Dice Marsha que, a juzgar por la ampliación de la madera hecha por el ordenador, podría tratarse de madera de alerce.

—Coherente —consideró Herbert—. Barato y resistente, es muy adecuado para salir de campo y embestir al prójimo.

—Exacto —dijo Alberto—. Jimmy cree que el fuego ha empezado en la parte de atrás, en lo que parece el depósito de combustible.

—Una mecha —aventuró Herbert—. Eso da tiempo para huir.

—Es lo que opina Jimmy —dijo Alberto—. Un momento… llega otra foto.

Herbert miró hacia adelante en busca de un lugar por donde poder salir de la carretera. Aquél no podía ser el tráiler con el que se había batido en combate singular porque no le llevaba tanta delantera. Era muy raro que apareciese por allí.

—Bob, acabamos de recibir una foto que abarca un radio de doscientos metros, al este del vehículo siniestrado —le comunicó Alberto muy excitado—. Dice Marsha que ve parte de un camino vecinal y lo que podría ser una persona en un árbol.

—¿Lo que podría ser?

Marsha se puso entonces al teléfono. Herbert imaginaba a la fibrosa y menuda morenita quitándoselo a Alberto de la mano.

—Sí, Bob, *podría* ser. Se ve una oscura silueta bajo las hojas. No es una rama, y es demasiado grande para ser un panal o un nido.

—Puede ser un niño que se haya asustado y haya subido al árbol —objetó Herbert.

—Un niño asustado, o una chica prudente —replicó Marsha.

—Cierto. No obstante, vamos a ver, ¿la furgoneta blanca de la policía dónde está? —preguntó Herbert.

—En la fotografía, junto al tráiler —contestó Marsha—. De todas maneras, no se ve a ninguno de los agentes rastrear la zona.

Sería el colmo que la policía local estuviera conchabada con la milicia neonazi, pensó Herbert.

Éste vio una salida a la derecha y, a escasa distancia de la carretera, una zona boscosa que limitaba con una extensa y espléndida llanura.

—Me parece que estoy en el lugar adecuado —dijo Herbert—. ¿Cree que podría llegar al árbol sin que me vean los policías?

Se oyó un cuchicheo al otro lado de la línea y enseguida volvió a ponerse Alberto.

—Sí, Bob. Puede salir por la carretera de la derecha y, también a la derecha, encontrará el camino vecinal.

—No puedo hacer eso —objetó Herbert—. Si los secuestradores se han adentrado en el bosque, en lugar de alejarse, me metería en la boca del lobo. O se meterían ellos.

—De acuerdo —dijo Alberto—. Entonces puede dar un rodeo para evitarlos. A ver… Si va en dirección sudoeste, a poco más de quinientos metros encontrará un arroyo. Cruce a la orilla este, y a unos cuatrocientos metros… ¡mierda!, por ahí no hay ningún punto de referencia.

—Lo encontraré.

—Jefe…

—*Lo encontraré*. ¿Qué más?

—Siga al noreste a lo largo de unos setenta y cinco metros —contestó Alberto—, hasta un nudoso… no sé qué me ha dicho Marsha que es. Un roble, creo. Pero el terreno es muy irregular.

—Vamos… ¿No ve que una vez subí hasta lo alto de la escalera del monumento a Washington? Y, además, de espaldas, arrastrando el culo, y bajé de frente.

—Lo sé, pero de eso hace once años y, además, aquí en casa.

—Tranquilo —dijo Herbert—. No nos pagan para hacer sólo el trabajo cómodo, también hay que pechar con el engorroso.

—Éste no es exactamente un trabajo engorroso, jefe. Lo que pretende es que un hombre en silla de ruedas vadee ríos y se encarame a los árboles.

Herbert tuvo un momento de vacilación, pero enseguida se rehízo. Quería hacerlo o, mejor dicho: necesitaba hacerlo. Y en su fuero interno estaba seguro de conseguirlo.

—Escuche —dijo Herbert—. No podemos llamar a la policía. ¿Quién nos asegura que alguno de los agentes no está del lado de esos gorilas? Y ¿cuánto tardaría la chica en entregarse, rendida por el hambre o por el cansancio? No creo que tengamos alternativa.

—Tenemos una —replicó Alberto—. Probablemente, los hombres de Larry que vean estas fotos sacarán las mismas conclusiones. Deje que los llame y les pregunte qué piensan hacer.

—¡Nones! —exclamó Herbert—. ¡No voy a cruzarme de brazos con la vida de una persona en peligro!

—Pero es que así estará en peligro la vida de *dos* personas.

—Mire, Alberto, ya he corrido bastante peligro hoy sentado en este condenado coche —dijo Herbert al salir de la autopista—. Le prometo que tendré cuidado y llegaré adonde está la chica. No desconectaré el teléfono, aunque no pienso abrir la boca si noto que alguien nos escucha.

—Claro. Sigo pensando que no debería usted… Pero, en fin, buena suerte, jefe.

—Gracias —dijo Herbert, que enfilaba ya por la carretera secundaria.

De pronto, reparó en que, a un tiro de piedra, como quien dice, había un área de servicio, con gasolinera, restaurante y hotel, aunque también había un letrero que indicaba que estaba completo. Herbert pensó que quizá estuviese lleno de neonazis o… vacío, si los propietarios del hotel no los querían allí.

Herbert entró en la zona de aparcamiento y detuvo el coche detrás de un moderno edificio de una planta. Luego cruzó los dedos tras pulsar el botón para sacar la silla, va que temía que la

accidentada persecución hubiese afectado al mecanismo de la plataforma. Pero no.

Cinco minutos después, remontaba una suave rampa bajo la violácea luz del crepúsculo.

TREINTA Y SEIS

Jueves, 17:30, Hamburgo, Alemania

La larga *limousine* llegó al hotel de Jean-Michel casi a las cinco y media.

Los informativos de la tarde dedicaron mucho espacio al incendio de St. Pauli y a la enérgica condena del dueño del local. Sin embargo, había quienes se alegraron: feministas, comunistas y periodistas, estos últimos se comportaban como si hubiesen sido vengados.

Jean-Michel tenía la impresión de que Richter no sólo había recibido un duro golpe como empresario de un club de alterne sino como político.

Los medios informativos emitieron una antigua grabación en la que Richter se defendía con el argumento de que en su local las mujeres proporcionaban «paz mental», la necesaria distensión para que los hombres afrontasen mejor sus obligaciones.

Y Richter no es imbécil, pensó Jean-Michel mientras seguía los informativos. La condena de las feministas, de los comunistas y de los periodistas (tres sectores sociales que no gozaban de la simpatía del alemán medio) sólo servía para enardecer a militantes y simpatizantes del Partido Nacionalsocialista del Siglo Veintiuno.

Jean-Michel salió del hotel a las 5:25, y aguardó bajo la marquesina, no muy convencido de que Richter acudiese. Pero si lo

hacía, no le hubiese extrañado que viniera con un camión atestado de sus «paramilitares», para vengarse por lo del incendio.

De todas formas, ése no era el estilo de Richter. Si sus informaciones eran correctas, ése era el estilo de Karin Doring.

Richter era… «honorable».

Cuando la *limousine* se hubo detenido y el portero abrió la puerta, Jean-Michel miró a su izquierda y asintió con la cabeza. Dominique había ordenado que Henri e Yves lo acompañasen. Subieron los tres y ocuparon el asiento orientado en sentido contrario al de la marcha.

Yves cerró la puerta. La luz filtrada por las oscuras lunas infundió a los rostros una lividez cadavérica.

A Jean-Michel no le sorprendió notar a Richter mucho más sosegado que antes. El alemán iba sentado solo atrás, frente a los tres franceses, y parecía bastante tranquilo. Los miraba pero no hablaba, y sólo se limitó a una leve inclinación de cabeza al saludarlo Jean-Michel.

Richter siguió sin quitarles los ojos a los guardaespaldas ni a Jean-Michel. Los vigilaba en la penumbra del interior del vehículo, con los hombros muy erguidos y las manos entrelazadas sobre el bajo de la chaqueta de su traje color gamuza.

Jean-Michel ya contaba con eso: que Richter no estuviese muy comunicativo. No en vano decía don Quijote que era responsabilidad del vencedor cuidar de las heridas del vencido.

—Señor Richter —dijo Jean-Michel en tono amable—, Dominique no pretendía que las cosas llegasen a tales extremos.

Los ojos de Richter, que en aquellos momentos miraban a Henri, se fijaron en Jean-Michel como movidos por un resorte.

—¿Debo interpretarlo como una disculpa? —preguntó el alemán.

—Considérelo como una rama de olivo —contestó Jean-Michel meneando la cabeza—. Y espero que la acepte.

—Lo que hago es escupir en ella y en usted —replicó Richter sin pestañear.

Jean-Michel se quedó perplejo. Henri se rebulló en el asiento y masculló algo ininteligible.

—Debería usted comprender que no está en condiciones de imponérsenos —se limitó a decir Jean-Michel.

—Eso mismo dice, desde hace años, el jefe de la policía de Hamburgo, Hauptmann Rosenlocher —dijo Richter, sonriente—. Y aquí sigo. Ah, por cierto: gracias por el fuego. Hauptmann está tan ocupado tratando de averiguar quién ha querido matarme, que él y sus estragados e incorruptibles agentes me han dejado escapar.

—Dominique no es policía —le informó Jean-Michel—. Sólo es un generoso mecenas. Sus oficinas políticas no las ha tocado, y pone a su disposición el dinero necesario para que pueda usted volver a establecerse profesionalmente.

—¿A qué precio? —preguntó Richter.

—Respeto mutuo.

—¿Respeto? —exclamó Richter—. ¡Eso es subordinación! Si hago lo que él quiere, me permitirá sobrevivir.

—No lo entiende —persistió Jean-Michel.

—¿De veras?

El alemán metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y Henri e Yves echaron el cuerpo hacia adelante. Richter los ignoró. Sacó una pitillera, se llevó un cigarrillo a los labios y volvió a guardarla.

—Los entiendo a ustedes muy bien —añadió Richter mirando a Jean-Michel con fijeza—. Esta tarde he reflexionado para tratar de comprender por qué era tan importante neutralizarme.

El alemán volvió a sacar la mano del bolsillo, y cuando Jean-Michel se percató de que no era un encendedor lo que tenía en la mano, ya era demasiado tarde. La pequeña Browning modelo FN disparó dos veces, una a la izquierda de Jean-Michel y otra a su derecha.

Al girar el vehículo a la izquierda, los guardaespaldas se vencieron hacia el lado del asiento del conductor con sendas balas en la frente.

Jean-Michel quedó tan aturdido por el ruido de los disparos como aterrado al venírsele encima Henri. La sangre de su herida rebosaba ya por el puente de la nariz.

Entre un ahogado grito y un gemido, Jean-Michel empujó con el hombro el cuerpo de Henri hacia la puerta. Luego se dirigió a Yves. También estaba muerto. Un hilillo de sangre se había bifurcado y formaba una roja retícula en su mejilla. Jean-Michel miró entonces a Richter, aterrorizado.

—Haré que los entierren en el bosque cuando lleguemos —dijo Richter a la vez que escupía el cigarrillo—. Y… por cierto: no fumo.

Sin dejar de empuñar la pistola, el alemán se inclinó hacia adelante, cogió las Target F1 que Yves y Henri llevaban en sendas pistoleras colgadas del hombro bajo la chaqueta y dejó una de las pistolas en el asiento y examinó la otra.

—Estas armas son como las que utiliza el Ejército —le explicó Richter—. ¿Fueron militares estos dos?

Jean-Michel asintió con la cabeza.

—Eso explica que tengan tan pocos reflejos —dijo Richter—. Los militares franceses han sido siempre muy malos instructores. No es el caso de los militares alemanes.

Richter dejó la pistola junto a la otra y registró a Jean-Michel, que no llevaba armas. Luego, se recostó en el respaldo, cruzó las piernas y apoyó las manos entrelazadas sobre la rodilla derecha.

—Los detalles —empezó a explicar Richter—. Hay que fijarse en los detalles: en los sonidos, en los olores… Si recuerda uno los detalles, en el peor de los casos sobrevive y, en el mejor, triunfa. Y no hay que confiarse —añadió con expresión siniestra—. Yo he caído en el error de ser honrado con usted y lo he pagado.

—¡Usted me ha torturado! —le gritó Jean-Michel, sobrecogido por la presencia de los dos cadáveres.

Pese al pánico que sentía, el francés se encorajinó por la displicencia con que Richter los había liquidado. Sintió el impulso de abalanzarse sobre la puerta y saltar de la *limousine* en marcha, pero estaba allí en representación de Dominique y, por tanto, debía conservar la compostura y la dignidad.

—¿Por qué cree usted que me ha atacado Dominique? —preguntó Richter, que sonrió por primera vez con talante casi paternal—. No se engañe. Dominique me ha atacado para ponerme en mi sitio. Y lo ha conseguido. Me ha recordado que mi sitio está en lo alto de la escalera y no en el centro.

—¿En lo alto? —exclamó Jean-Michel.

El descaro del alemán era asombroso. La indignación ayudó a Jean-Michel a olvidar su temor y su vulnerabilidad.

—En lo alto de dos cadáveres está usted, Richter —dijo Jean-Michel señalándolos—. Y deberá responder por ello.

—Se equivoca —replicó el alemán sin alterarse—. Conservo mi fortuna personal y estoy *en lo alto* del partido neonazi más importante del mundo.

—Eso no es cierto. No es más que un grupo. No es…

—Lo que era —lo atajó Richter con una enigmática sonrisa.

Jean-Michel estaba confuso. Confuso y muy asustado.

Richter volvió a recostarse en el respaldo del asiento.

—Esta tarde ha sido como una epifanía, señor Horne. Estamos todos tan absortos en nuestras obligaciones, nos dejamos atrapar por las cosas de tal manera, que perdemos de vista nuestras propias fuerzas. Al verme privado de mi medio de vida, me he visto obligado a preguntarme: ¿cuáles son mis fuerzas, cuáles mis objetivos? He comprendido que empezaba a perderlos de vista. Y no he malgastado el resto de la tarde en lamentaciones por lo ocurrido, sino que he telefoneado a mis seguidores y les he pedido que acudan a Hannover esta tarde a las ocho. Les he dicho que tenía algo importante que anunciar; algo que cambiará el rumbo de la política en Alemania… y en toda Europa.

Jean-Michel lo miró expectante.

—Hace dos horas —prosiguió Richter—, Karin y yo hemos acordado la fusión de Feuer y del Partido Nacionalsocialista del Siglo Veintiuno. Esta noche, en Hannover, anunciaremos la unión.

—¿Ustedes dos? —exclamó Jean-Michel inclinándose bruscamente hacia adelante—. Pero ¡si esta mañana me ha dicho usted que ella no era una líder, que era…!

—Lo que he dicho es que carecía de visión de futuro —puntualizó Richter—. Y por eso seré yo quien dirija la nueva unión. Ella será mi comandante en jefe. El nuevo partido, nuestro partido, se llamará Das National Feuer (Fuego Nacional). Karin y yo nos reuniremos en su campamento. Luego, juntos conduciremos a sus fuerzas hasta Hannover y, apoyados por mis seguidores y por el millar de simpatizantes que ya están allí (unos tres mil, en total), encabezaremos una espontánea… «corta marcha» sin precedentes en la reciente historia de Alemania. Las autoridades no harán nada para detenernos, y aunque sospechen que ha sido Karin la autora del atentado en el lugar del rodaje de la película, no se atreverán a detenerla. Esta noche, señor Horne… esta noche asistirá usted al nacimiento de una nueva fuerza en Alemania, dirigida por el hombre a quien ha tratado de humillar esta tarde.

Mientras escuchaba, Jean-Michel sintió un escalofrío al pensar en lo que había provocado; en que le había fallado a Dominique de manera estrepitosa. Por un momento, el francés se olvidó de su miedo.

—Señor Richter —dijo Jean-Michel en tono pausado—, Dominique tiene sus propios planes; grandiosos planes, mejor financiados y mucho más adelantados que los suyos. Si logra sumir a Estados Unidos en un caos de disturbios (puede hacerlo y lo hará), también podrá hacerles frente a ustedes.

Ojalá lo intente —lo desafió Richter—. No obstante, no se engañe: nunca podría arrebatarme el control de los neonazis alemanes. ¿Con qué iba a hacerlo? ¿Con dinero? No todos los

alemanes se dejan comprar. No somos como los franceses. ¿Con la fuerza? Si me atacase, crearía un mártir… y un héroe. Si me matase, tendría que vérselas con Karin Doring, que lo encontraría, se lo aseguro. ¿Recuerda con qué eficacia paralizaron los argelinos París en mil novecientos noventa y cinco? Les bastó colocar unas cuantas bombas en estaciones de metro y amenazar la torre Eiffel. Si Dominique nos atacase, nosotros atacaríamos en Francia. La organización de Dominique es grande y, por lo mismo, fácil de atacar. La nuestra, al contrario, es pequeña y tiene más movilidad. Dominique puede destrozar hoy un local y mañana una oficina. Yo, por mi parte, no tengo más que volver a instalarme. Y a cada nuevo ataque, replicaré con un zarpazo más sangrante en la piel de ese elefante.

Hacía un buen rato que la *limousine* se alejaba de Hamburgo en dirección sur. Ya anochecía, y el oscuro panorama exterior reflejaba el negro estado de ánimo de Jean-Michel.

Richter respiró hondo.

—Dentro de pocos años seré dueño de este país —musitó apenas el alemán—. Y lo levantaré… igual que Hitler lo aupó desde las ruinas de la República de Weimar y construyó el Tercer Reich. Lo irónico del caso es que habrán sido ustedes los arquitectos, quienes me han hecho ver que tenía un enemigo con el que no contaba.

—No debe considerar a Dominique un enemigo, señor Richter —replicó Jean-Michel—. Todavía está a tiempo. Dominique puede ayudarlo.

—Es usted el perfecto diplomático, señor Horne —le espetó Richter con desdén—. Un hombre incendia mi negocio y no se le ocurre a usted otra cosa sino decirme que *crea* que es mi aliado. No —añadió—. Me parece obvio que los objetivos de Dominique y los míos son muy distintos.

—Se equivoca, Richter —replicó Jean-Michel, que, en su deseo de no decepcionar a Dominique, se sobrepuso a su temor—. Su sueño es devolverle a Alemania su orgullo, y Dominique apoya ese

objetivo. Una Alemania más fuerte fortalece a toda Europa. Los enemigos no están aquí, sino en Asia y al otro lado del Atlántico. Esta alianza significa mucho para él. Ya conoce su pasión por la Historia, por restablecer antiguos vínculos…

—Basta —lo atajó Richter alzando la mano—. Ya he visto esta tarde lo que nuestra alianza significa: que él manda y yo obedezco.

—¡Porque él tiene un plan magistral!

Richter se enfureció.

—¡Plan magistral! —rugió, encolerizado—. Esta tarde, mientras llamaba a mis seguidores para recuperar mi dignidad, me he dicho: si Dominique no es un seguidor de mi causa, como fingía ser, ¿qué es? Y he comprendido que es como un apicultor que trata de cultivarnos aquí en Alemania, en EE. UU. y en Gran Bretaña para soltar los enjambres por los pasillos del poder para que piquen, distraigan, desorienten. ¿Por qué? Para que la columna vertebral de cada país, su comercio y su industria, inviertan su capital y su futuro en el único país occidental estable: Francia.

Richter parecía más calmado, pero la fiereza de su mirada no permitía llamarse a engaño.

—Creo que Dominique pretende crear una oligarquía industrial —prosiguió Richter—, con él a la cabeza.

—Dominique quiere ampliar su imperio industrial, sí —admitió Jean-Michel—, pero no desea hacerlo por él, ni por Francia, sino por Europa.

—*Lass mich in Ruhe* —musitó desdeñosamente Richter, que volvió a recostarse en el respaldo.

El alemán palpó las pistolas que tenía al alcance de la mano, sacó una botella de agua mineral del minibar, bebió un trago y cerró los ojos.

Déjeme tranquilo, tradujo Jean-Michel para sí. Aquello era una locura. Richter estaba loco. Había dos cadáveres en aquel coche, el mundo estaba al borde del caos, y no se le ocurría a aquel loco mejor cosa que hacer que dar una cabezada.

—Señor Richter —dijo Jean-Michel—, le ruego que colabore con Dominique porque puede y quiere ayudarlo. Se lo prometo.

—No tengo el menor interés en escucharlo, señor Horne —le espetó el alemán sin abrir los ojos—. Ha sido un día largo y fatigoso, y por lo menos tardaremos dos horas en llegar a nuestro destino. Las carreteras comarcales por las que hemos de pasar no están en muy buen estado. Tampoco le vendría a usted mal dormir un poco porque no tiene muy buen aspecto.

—Por favor, señor Richter —persistió Jean-Michel—, si por lo menos me escuchase…

—No —lo atajó Richter con brusquedad—. Ahora descansaremos, y luego será usted quien escuche. Informará a Dominique, aunque quizá opte por quedarse aquí cuando comprenda por qué estoy tan seguro de que será Felix Richter y no Gérard Dominique el nuevo *Führer* de Europa.

TREINTA Y SIETE

Jueves, 17:47, Hamburgo, Alemania

El hotel Ambassador estaba situado en la Heidenkampsweg, al otro lado de Hamburgo.

Durante el trayecto, Hood apenas se fijó en las atestadas calles, ni en el hermoso laberinto de canales y estanques por el que cruzaron.

En cuanto el coche se detuvo, Hood bajó inmediatamente y corrió hasta donde se encontraban las cabinas telefónicas, entró en una, cogió el auricular y le pidió al telefonista que le pasase con la habitación de la señorita Bosworth. Aguardó angustiado. Quizá se hubiese marchado ya, o le hubiese mentido y no se alojase allí.

—No se retire, por favor —le dijo el telefonista—. Le paso con la habitación.

Hood le dio las gracias al telefonista y esperó. Le latía el corazón a un ritmo frenético. Estaba aturdido. Quería reflexionar acerca de Gérard Dominique y de sus racistas videojuegos de rol, pero Nancy se interponía una y otra vez. Lo abrumaba pensar en lo mucho que tuvieron, en lo que ella había hecho y en lo que perdieron. Y se enfurecía consigo mismo por no lograr dominar sus sentimientos. Pensar en Nancy volvía a atormentarlo. Cuando su anhelo se reposase… no sabría en qué posarlo.

—Diga.

—Hola —dijo Paul con el antebrazo apoyado en la repisa de la cabina.

—¿Eres tú, Paul? —exclamó Nancy, que a juzgar por su tono estaba tan sorprendida como contenta.

—Sí, Nancy. Estoy en el vestíbulo. ¿Podríamos hablar?

—¡Por supuesto! Sube.

—Creo que sería mejor que bajases tú —dijo él.

—¿Por qué? ¿Temes que te *ataque* como en los viejos tiempos?

—No —contestó Paul, azorado.

No tenía miedo, no… ¡qué va! Se daba a los demonios.

—Pues entonces sube, y me ayudas a hacer la maleta —insistió ella—. La habitación está en la quinta planta, a la derecha, según se sale del ascensor; al fondo, la última puerta del pasillo, a la izquierda.

Nancy colgó y Paul siguió allí inmóvil unos momentos, escuchando la señal de marcar.

Pero ¿se puede saber qué haces, imbécil?, estalló en un arrebato de autocompasión. *Pues muy sencillo*, se contestó con firmeza. Iba a obtener información acerca de Gérard Dominique; acerca de los videojuegos; de lo que tramasen en Toulouse. Luego, volvería a la oficina de Hausen a informar sobre lo que hubiera averiguado.

Paul Hood colgó el teléfono, fue a coger el ascensor y subió hasta la quinta planta.

Nancy abrió la puerta nada más oír llamar. Llevaba tejanos ajustados y un polo de color rosa. Remetida bajo el pantalón, la informal prenda realzaba los delicados hombros y el estilizado cuello de Nancy, que se había hecho una cola de caballo, como cuando salían de excursión en bicicleta.

Nancy le sonrió, dio media vuelta y fue hasta la cama. Tenía la maleta encima de la colcha. Mientras ella guardaba su estuche de tocador, Paul se le acercó.

—Me sorprende bastante que hayas venido —dijo Nancy—. Creía que la despedida era definitiva.

—¿Cuál de ellas?

Nancy alzó la vista y Paul permaneció a los pies de la cama, mirándola.

—*Touché* —dijo ella con una tenue sonrisa. Terminó de hacer la maleta, la cerró y la dejó en el suelo. Luego se sentó, lenta y grácilmente, como si montase a la jineta—. ¿Qué hay, pues, Paul? —añadió, menos sonriente pero con más dulzura—. ¿Por qué has venido?

—¿Con sinceridad? Para hacerte un par de preguntas acerca de tu trabajo —contestó Paul.

—¿En serio? —exclamó ella mirándolo con fijeza.

Paul cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Hubiese preferido que fueses menos sincero —confesó ella, que se levantó y dio media vuelta—. No has cambiado, ¿eh, Paul? Eres tan romántico como Scaramouche en la alcoba y tan casto como san Francisco cuando se puso… manos a la *obra*.

—Eso no es cierto —replicó él—. No estoy… manos a la obra. Pero estar en un dormitorio no menoscaba mi… castidad. En Washington me llaman *el Santo* —mintió (lo llamaban de un modo más irreverente).

—No me sorprende —dijo Nancy acercándosele—. Seguro que te lo puso alguna frustrada admiradora.

—Pues la verdad es que es así —admitió Paul, ruborizado.

Nancy se arrimó a él, que fue a darse la vuelta. Ella llevó las manos a su cintura, le enganchó las presillas del pantalón con los dedos y lo retuvo.

—Está bien, santurrón —dijo ella con la mirada fija en sus ojos—. ¿Qué querías preguntarme acerca de mi trabajo?

Paul no sabía dónde meter las manos. Las llevó a la espalda y se sujetó el antebrazo izquierdo con la mano derecha. *¿Qué esperabas que ocurriese?*, se dijo. *Ya sabías que no iba a ser fácil*.

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era su propio anhelo.

—Esto es una tontería —protestó él—. ¿Qué quieres que te diga a estas alturas?

—Lo que antes me decías —dijo ella—. Dímelo de nuevo.

A Paul le ardían las manos. Si no tenía taquicardia, poco le faltaba. Notaba el olor al champú de albaricoque que ella usaba, notaba su calor, veía aquellos ojos que tantas veces contempló en la oscuridad.

—No, Nancy —exclamó él con firmeza. Le sujetó las muñecas y dio un paso atrás—. No podemos hacer esto. No podemos.

Ella bajó la vista. Su exuberante sensualidad se diluvó.

—Tu trabajo —insistió él, jadeante—. Necesito que me digas… En serio —añadió más calmado—, me gustaría que me dijeses en qué trabajas ahora.

—Estás un poco trastocado, ¿sabes? —dijo ella, que cruzó los brazos con una mirada de contrariedad y ladeó el cuerpo.

—Nancy…

—Me rechazas y, encima, pretendes que te ayude. Y eso me plantea un problemita, Paul.

—Como antes te dije, no te rechazo. En absoluto, Nancy —le aseguró él.

—¿Por qué, entonces, estamos a dos metros de distancia?

Hood metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la cartera.

—Porque tú sí me rechazaste —replicó él, que sacó los tiques para el cine y los dejó caer en la cama.

Nancy los miró.

—Tú me rechazaste —insistió él— y yo rehíce mi vida. No pienso jugármela. No puedo.

Nancy cogió los tiques suavemente entre el índice y el pulgar de la mano derecha y, de pronto, los rompió. Le dio una mitad a Paul y se guardó la otra mitad en un bolsillo de los tejanos.

—Yo no te rechacé —replicó Nancy con calma—. No pasaba día sin que me tentase volver para que te vinieses conmigo. Seguía

convencida de que eras un caballero andante, la única persona que conocía que no necesitaba la Nochevieja para formular buenas acciones. Siempre hacías lo que creías justo, y pechabas con tus decisiones.

—Si te sirve de consuelo —dijo Paul guardándose las mitades de los tiques—, te diré que me hubiese encantado ir contigo —añadió, sonriente—, aunque no sé cómo me las hubiese compuesto para encajar que Nancy *and* Paul interpretasen a Bonnie *and* Clyde.

—Lo habrías estropeado todo. Lo más probable es que me hubieses obligado a entregarme.

Paul la atrajo hacia sí, la abrazó y le reclinó la cabeza en su pecho. Ella se arrimó a él y lo estrujó, aunque de un modo inocente esta vez. Era una lástima, pensaba Paul en el fondo.

—¿Y bien, Nancy? —dijo él.

—Ya lo sé, ya lo sé —repuso ella sin soltarse—. Quieres que te hable de mi trabajo.

—Ocurre algo muy feo en las autopistas de la información —dijo él.

—Y aquí ocurre algo muy bonito —reconoció ella—. Me infundes… tanta seguridad. ¿No puedo disfrutar de ello un poco más?

Paul oía el tictac de su reloj; veía oscurecer a través de la ventana, sin pensar más que en el sueño que ahora estaba entre sus brazos y en su recuerdo. *Las habitaciones hay que dejarlas a mediodía. Se ha quedado para verme. No se ha marchado porque espera algo más*.

Pero no era ésa la razón de que él estuviese allí. Había que poner punto final.

—He de hacerte una pregunta, Nancy —le susurró al oído.

—¿Sí? —exclamó ella, expectante.

—¿Has oído hablar alguna vez de un tal Gérard Dominique?

Nancy echó el cuerpo hacia atrás, muy tensa.

—¿No podrías ser un poco más romántico? —le dijo.

La reacción de Nancy le sentó a Paul como un bofetón.

—Perdona. Sabes… muy bien que puedo serlo mucho —replicó él mirándola a los ojos—. Y sabes, también, que me gustaría poder serlo ahora. Pero no he venido aquí en busca de un romance, Nancy.

—Me parece que aún estoy a tiempo de coger el avión —dijo ella, entristecida—. Creo que voy a intentarlo —añadió mirando a la cama y a su maleta—. No necesito que me acompañes con el coche. Puedes marcharte.

Paul no se movió. Era como retrotraerse a veinte años atrás, allá en el apartamento de Nancy, en mitad de una de sus discusiones, que empezaban por una nadería y acababan como el rosario de la aurora. La memoria tenía una curiosa habilidad para restarles importancia a los malos momentos. Pero *los tuvieron*.

—Escucha, Nancy —dijo él—, creemos que Gérard Dominique puede estar detrás de unos videojuegos de rol para fomentar el racismo, que han empezado a difundir en Estados Unidos. Uno de tales videojuegos acaba de aparecer en el ordenador de Hausen, con la imagen del propio Hausen manipulada.

—Los videojuegos son fáciles de programar —le replicó Nancy, que fue al armario, cogió su elegante chaqueta blanca y se la echó por los hombros—. Y también es fácil incorporar la imagen de una persona real. Cualquier adolescente que tenga un buen equipo puede hacerlo.

—Pero es que hay más: esta mañana, Dominique ha telefoneado a Hausen y lo ha amenazado.

—Los funcionarios del gobierno reciben amenazas de continuo —dijo Nancy—. Y puede que le esté bien empleado porque Hausen tiene harta a mucha gente.

—¿También su hija de trece años tiene harta a mucha gente?

—Lo siento —se limitó a decir Nancy, que frunció los labios con expresión de contrariedad.

—No dudo que lo sientas, pero lo que me interesa saber es si estás dispuesta a ayudarme. ¿Trabajas para Dominique?

—¿Crees que, por haber traicionado una vez a un jefe, voy a volver a hacerlo?

—No es lo mismo, ¿no te parece?

Nancy suspiró y se encogió de hombros. A Paul le pareció que estaba a punto de estallar.

—Pues, mira, te equivocas. Es exactamente lo mismo —replicó ella—: Paul Hood necesita algo y yo… de nuevo dispuesta a tirar mi vida por la ventana para que él lo tenga.

—Eres tú quien se equivoca —dijo él—. Yo no te pedí nada la otra vez. Lo hiciste por tu cuenta y riesgo.

—Gracias por recordármelo —le afeó ella.

—Perdona. Lo siento por aquella joven ofuscada, pero lo que hiciste afectó a muchas vidas: a la tuya, a la mía, a la de mi esposa; a la de todos los que te rodeaban, a la de todos aquellos a quienes pudimos importarles algo…

—A tus hijos —continuó ella con amargura—, a nuestros hijos. También, a los hijos que nunca tuvimos.

Nancy lo rodeó con sus brazos y rompió a llorar. Paul la estrechó con fuerza. Notaba el movimiento de sus omóplatos en las palmas de las manos. *Qué lástima*, pensó Paul. *De qué modo más trágico se fue todo al traste…*

—No sabes lo sola que me he sentido muchas noches en la cama —se lamentó Nancy—, maldiciéndome por lo que hice. Te echaba tanto de menos que más de una vez estuve tentada de volver y entregarme. Llamé a Jessica para preguntarle qué era de ti, y me contó que estabas con otra persona. ¿Qué sentido tenía volver?

—Ojalá hubieses vuelto —dijo él—. Ojalá hubiera sabido yo antes todo esto.

—Fui una imbécil —se reprochó Nancy—. Me sentía insegura. Además, estaba asustada y furiosa contigo por haberme sustituido. Era un hervidero de sentimientos encontrados… y creo que aún lo soy. En muchos aspectos, el tiempo se detuvo para mí hace veinte años, y ha vuelto a correr esta tarde.

Nancy dio un paso atrás y cogió un pañuelo de papel de la mesilla de noche. Se sonó y se limpió las lágrimas.

—En fin… aquí estamos ahora los dos, lamentándonos —prosiguió ella— y, por lo menos tú, con la sensación de no poder volver atrás, aunque yo no lo veo así.

—Lo siento —dijo Paul.

—Y yo también —admitió ella—. Yo también —añadió mirándolo a los ojos—. Está bien, Paul. Sí, trabajo para Dominique, pero no tengo nada que ver con sus ideas políticas ni con su vida personal. De manera que no creo que pueda ayudarte.

—¿No puedes decirme nada? ¿No puedes decirme en qué trabajas para él?

—En planos —dijo ella—. En planos de ciudades estadounidenses.

—¿Como los mapas de carreteras? —preguntó él.

—No. En lo que llamamos «planos de situación» —repuso ella—. Un turista o viajero introduce el nombre de una calle en el ordenador y ésta aparece en la pantalla. Luego, se pueden introducir también los datos de donde se quiera ir: preguntar qué hay a la vuelta de la esquina o dónde están las estaciones de metro o paradas de autobús más próximas, y el ordenador te muestra el itinerario, siempre, tomando como punto de referencia la situación de quien hace la consulta. También se puede obtener una copia impresa de sectores del plano más o menos extensos. De hecho, sirve para facilitar las visitas del turista o viajero, para que se desenvuelva mejor en la ciudad.

—¿Había producido Dominique guías de viaje anteriormente?

—No, que yo sepa —contestó Nancy—. Éstas serán las primeras.

—¿Has visto sus planes de *marketing*? —preguntó Hood tras reflexionar un momento.

—No —repuso Nancy—, pero no tiene nada de particular. Es un campo que yo no toco. Lo que sí me extraña es que no hagan publicidad en la prensa. Por lo general, sus publicistas me consultan

acerca de la singularidad de un programa; me preguntan por qué habría de comprarlo el cliente potencial, y cosas así. Lo hacen en las primeras fases de promoción, para que los comerciales puedan tantear el terreno en las ferias de la electrónica. Pero, en este caso, nadie me ha dicho una palabra.

—Escucha, Nancy: he de hacerte una pregunta que quedará entre nosotros y mis más estrechos colaboradores.

—Serías capaz de publicarlo en *Newsweek* —le espetó ella—. Me pone frenética esa frialdad profesional tuya.

—Pueden correr peligro muchas vidas Nancy.

—No tienes por qué darme explicaciones. Es una de las cosas que me encantaba de ti, caballero andante.

—Gracias —dijo Hood, acalorado de tanto esforzarse por no perder la concentración—. ¿Trabaja Demain en el desarrollo de alguna nueva tecnología? ¿En algo que los habituales usuarios de los videojuegos puedan considerar muy atractivo?

—Por supuesto que sí, continuamente —contestó ella—. Pero lo que está más próximo a comercializarse es un chip de silicona que estimula las células nerviosas. Se concibió para personas que han sufrido amputaciones. El chip les permitirá mover con normalidad sus prótesis, y activar las funciones nerviosas de la médula espinal —añadió, sonriente—. Lo que ignoro es si este último chip lo desarrollamos nosotros, o si ha llegado a Demain por el mismo procedimiento que… el otro. En cualquier caso, lo hemos modificado bastante. Si se introduce en un *joystick*, el chip genera tenues impulsos que hacen que el jugador sienta una sutil satisfacción, o impulsos más intensos para producir sensación de peligro. Lo he probado y actúa realmente a un nivel subliminal, a un nivel inconsciente, como la nicotina.

El director del Centro de Operaciones empezaba a alarmarse: un chip que modificaba el estado de ánimo, comercializado por un fanático; videojuegos de rol para fomentar el racismo, introducidos en EE. UU. Parecía cosa de ciencia ficción, aunque, como él sabía

perfectamente, la tecnología estaba al alcance de sectores cada vez más amplios, y era peligrosa si se hacía mal uso de ella.

—¿Es posible combinar ambos elementos? —preguntó Paul Hood —. ¿Videojuegos de rol para fomentar el racismo y un chip que afecta a las emociones?

—Por supuesto —contestó Nancy—. ¿Por qué no?

—¿Crees que Dominique lo utilizaría?

—Como te he dicho —repuso Nancy—, no formo parte de su círculo de allegados. No lo sé. Ni siquiera sabía que fuese a darle por producir videojuegos racistas.

—Lo dices como si te sorprendiese —señaló Hood.

—Y me sorprende —replicó ella—. Trabajas con alguien y te haces una idea de él. Dominique es un patriota, pero de eso a un racista…

Hood le había prometido a Hausen no revelar nada acerca del pasado de Dominique. Además, dudaba de que Nancy creyese una palabra.

—¿Habéis hecho algo con imágenes de Toulouse? —preguntó Hood.

—Claro —contestó Nancy—. Utilizamos nuestra pequeña y preciosa fortaleza como fondo para disquetes de promoción.

—¿Has llegado a ver el producto acabado?

—No.

—Pues me parece que yo sí —dijo Hood—. Está en el videojuego que ha aparecido en el ordenador de Hausen. Una cosa más, Nancy: ¿crees posible que los planos de ciudades puedan utilizarse en videojuegos?

—Claro que sí —contestó ella.

—¿Con imágenes superpuestas? —preguntó Hood.

—Sí. Es posible yuxtaponer fotografías o imágenes generadas por ordenador. Exactamente igual que cuando se monta una película.

Paul Hood estaba cada vez más alarmado. Fue lentamente hacia el teléfono, se sentó en la cama y cogió el auricular.

—Voy a llamar a mi oficina —le anunció Paul—. Ocurre algo preocupante, y muy grave.

—Si el equilibrio del mundo pende de un hilo —dijo Nancy—, no es cuestión de cargar peso en ningún lado.

Hood la miró. Nancy sonreía. *La muy bendita*, pensó Hood. Seguía con sus ramalazos neuróticos de siempre.

—La verdad, Nancy —dijo él a la vez que marcaba el número de Mike Rodgers—, el equilibrio del mundo, o de buena parte de él, podría perfectamente pender de un hilo, y podrías ser tú la única capaz de salvarlo.

TREINTA Y OCHO

Jueves, 12:02, Washington, D.C.

Después de tomar nota de la información que Paul Hood necesitaba, Rodgers encargó a Ann, Liz y Darrell que buscasen los datos que pedía.

Por lo general, las peticiones de información se hacían a las secciones correspondientes (reconocimiento, expedientes personales, descifrado de códigos o cualquier otra). Pero Hood necesitaba muchos datos atípicos, y pedírselos a Rodgers no sólo era conveniente sino una expeditiva manera de poner al corriente a su número dos de lo que ocurría.

Rodgers le dijo a Hood que se pondría en contacto con él lo antes posible.

Momentos después, llamó Alberto para decirle a Mike Rodgers lo que Bob Herbert se proponía hacer. Rodgers le dio las gracias y le dijo que no quería que molestasen a Herbert volviéndolo a llamar, porque aunque tuviese el timbre desconectado, la vibración podría distraerlo.

Además, el jefe del servicio de inteligencia sabía que su compañero estaría detrás de él. Como eran los únicos altos cargos del Centro de Operaciones con experiencia en combate, se sentían unidos por un vínculo especial.

Rodgers colgó el teléfono tan preocupado por Herbert como orgulloso de él. Sintió el impulso de pedir que, desde cualquiera de

las bases estadounidenses en Alemania, aerotransportasen un comando de rescate adonde se encontraba Bob. No obstante, las tropas estadounidenses estacionadas en Alemania tenían orden de no salir de sus bases durante los Días del Caos. No se concedían permisos y, para no enardecer a los neonazis, los gobiernos alemán y estadounidense ponían un cuidado exquisito en evitar incidentes que pudieran implicar a militares. Dadas las circunstancias, era mejor dejar que Herbert actuase solo.

Rodgers reflexionaba sobre las posibilidades de éxito que tenía Herbert cuando llegó Darrell McCaskey, que le dirigió una de sus sufridas miradas. Llevaba un montón de carpetas blancas con el escudo del FBI y un sello que decía: «Prohibido hacer copias».

—¡A eso se le llama rapidez! —exclamó Rodgers.

McCaskey se dejó caer pesadamente en un sillón y dijo:

—Lo que ocurre es que, acerca del tal Dominique, sólo tenemos lo que Larry Rachlin llamaría una caquita de información. Se ha dado muy buena maña ese individuo en proteger su vida privada. Tengo algunos datos más, pero aquí está lo importante, poco menos que nada.

—Echémosle un vistazo —dijo Rodgers.

—Su verdadero nombre es Gérard Dupré —explicó McCaskey tras abrir la primera carpeta—. Su padre era dueño de una importante factoría, radicada en Toulouse, que fabricaba piezas de repuesto para el Airbus. Cuando la economía francesa entró en recesión en los ochenta, Gérard reorientó su patrimonio hacia la producción de videojuegos y ordenadores. Su empresa, Demain, es de capital privado y está valorada en mil millones de dólares.

—Eso es todo un pastón, ¿no cree usted?

—O una caquita —dijo McCaskey—. Según para qué. Limpio no está, desde luego. O, mejor dicho, sí: su expediente está más blanco que el caballo de Santiago, aunque, paradójicamente, el único borrón sea una operación de blanqueo de dinero negro a través de

la Nauru Phosphate Investment Trust Fund, en la que se pilló los dedos.

—Cuénteme a ver —dijo Rodgers porque Nauru le sonaba, aunque no recordaba de qué.

—En el noventa y dos —leyó McCaskey del informe—, Dominique y otros empresarios franceses fingieron aportar dinero a un inexistente banco de Nauru, un dinero que en realidad fue a parar a la banca suiza, a través de otras entidades.

—¿Y adónde fue a parar el dinero desde Suiza?

—Lo dispersaron en cincuenta y nueve cuentas bancarias distintas de Europa.

—Y, por lo tanto, ha podido salir dinero de esas cuentas con destino a cualquier parte.

—Exacto —confirmó McCaskey—. Dominique fue condenado a pagar una multa por evasión de impuestos, pero la pagó, y listo. Como algunos de los bancos intermediarios eran estadounidenses, el FBI le abrió a Dominique un expediente.

—¿Nauru está en el Pacífico, verdad?

—Está al norte de las Salomon —leyó McCaskey del informe—, y tiene poco más de veintiún kilómetros cuadrados. Es una república parlamentaria presidencialista en la que no se pagan impuestos. Tiene ricas minas de fosfatos, utilizados como fertilizantes, y la renta per cápita más alta del mundo.

De eso le sonaba, pensó Rodgers. El general levantó el ánimo, algo abatido tras pensar en Herbert.

—Sí, Nauru —dijo Rodgers—. Los japoneses ocuparon la isla durante la segunda guerra mundial y esclavizaron a los nativos. Antes, fue durante cierto tiempo posesión alemana.

—Si usted lo dice, habré de creerlo —ironizó McCaskey.

—¿Y qué hay del cambio de apellido? ¿Se avergonzaba del de su familia?

—Liz estaba conmigo al llegar los datos, y se ha hecho la misma pregunta —dijo McCaskey—. No obstante, no hay nada que indique

que fuese por vergüenza. Se educó en una familia muy católica. Liz cree que acaso fuese por fervor a santo Domingo de Guzmán. En el expediente del FBI consta que ha dado mucho dinero para obras de caridad de los dominicos, y para una escuela que lleva el nombre del dominico más famoso: santo Tomás de Aquino.

—Si no recuerdo mal —hizo memoria Rodgers—, el fundador de la orden era bastante duro. Algunos historiadores lo consideran inspirador de la matanza de albigenses en Languedoc.

—Mire… yo en esos temas estoy pez —reconoció McCaskey—. Pero eso que dice usted podría llevar a una interesante conexión —añadió mirando el segundo expediente, titulado «Grupos Racistas»—. ¿Ha oído usted hablar de los jacobinos?

—Sí —contestó el general—. Eran frailes dominicos franceses del siglo trece. Los llamaron así porque tenían su convento más importante en la rue St. Jacques de París. Durante la Revolución francesa, a los antimonárquicos que se reunían en aquel convento se los llamó jacobinos. Alentaron la violencia y el radicalismo durante la Revolución. Danton, Marat y Robespierre eran jacobinos.

—No sé por qué me molesto en querer aclararle nada sobre Historia —dijo McCaskey con el entrecejo fruncido—. Bueno, ¿también ha oído hablar de los Nuevos Jacobinos?

—Pues curiosamente sí —contestó Rodgers—. Hoy… por primera vez. Alberto me ha comentado que un coronel de la gendarmería francesa va tras ellos.

—Tiene que tratarse del coronel Ballon —dijo McCaskey—. Es un tipo raro, pero se la tiene jurada a esa gente. Desde hace diecisiete años, los Nuevos Jacobinos hostigan a los extranjeros que viven en Francia, sobre todo a inmigrantes argelinos y marroquíes. Actúan totalmente al revés de como lo hacen los grupos megalómanos que reivindican todo secuestro y atentado. Ellos no los reivindican nunca.

—Diecisiete años —repitió Rodgers, pensativo—. ¿Cuando se cambió el apellido Dominique?

—¡Claro! —exclamó McCaskey, sonriente.

—A ver… —dijo Rodgers con expresión reflexiva—: Dominique podría estar implicado, o incluso ser el jefe, de un grupo de terroristas, y si nosotros podemos aventurar esta hipótesis, también lo pueden hacer los franceses.

—Habrá que esperar a lo que diga Ballon, general. Tengo entendido que está ahora con un importante servicio, y no de muy buen humor para atender llamadas.

—¿No irá tras lo mismo?

—A lo mejor —dijo McCaskey—. Y de ser así, hay que tener en cuenta que Dominique lleva una vida tan discreta como la mayoría de los multimillonarios.

—Pero eso no lo hace intocable —matizó Rodgers—. Quizá no se le pueda lanzar un ataque frontal, pero siempre hay medios para maniobrar por los flancos. ¿Qué hay del dinero que Dominique envió a Nauru? Podríamos llegar a él por ahí. Podría ser el hilo que nos llevase al ovillo.

—Sin duda —dijo McCaskey—. Un hombre como Dominique podría utilizar centenares, e incluso miles, de agencias bancarias para financiar grupos de esa índole en todo el mundo.

—De acuerdo, pero ¿por qué? —preguntó Rodgers—. Precisamente porque ha creado un frente internacional, algún punto débil debe de tener. ¿Ambiciona poder? No parecen ir por ahí los tiros. Es un patriota. ¿Por qué ha de importarle lo que ocurra en Inglaterra, en Sudáfrica o en cualquier otro país? ¿Por qué dispersarse tanto?

—Su empresa opera a nivel internacional —contestó McCaskey—. Una de las principales consecuencias del terrorismo es la pérdida de confianza en el sistema. Si secuestran un avión, perdemos confianza en la seguridad de los aeropuertos, y durante una temporada disminuye el tráfico aéreo. Si vuelan un túnel, los automovilistas pasan por un puente, o se quedan en casa.

—Pero las estructuras se recuperan.

Así es… hasta la fecha —replicó McCaskey—, pero ¿qué ocurriría si las estructuras de varios países se viesen debilitadas al mismo tiempo? ¿O las de un mismo país, con mayor reiteración que hasta ahora? Piense en Italia: las Brigadas Rojas secuestraron al primer ministro Aldo Moro en mil novecientos setenta y ocho y los cimientos del Estado temblaron durante meses. O, sin salir de Italia, recuerde la tormenta política que se organizó a causa del alud de refugiados albaneses. Se pensó que el terrorismo volvía a Italia. Habían pasado trece años y, sin embargo, la comunidad financiera internacional volvió la vista atrás y consideraron que Italia estaba fuera de control: no había confianza en el gobierno y los inversores extranjeros se retiraron casi de inmediato. ¿Qué hubiese ocurrido si el terrorismo llega a recrudecerse o a extenderse? Las pérdidas financieras hubiesen sido incalculables. Fíjese en Hollywood.

—¿Qué pasa en Hollywood?

—¿Cree que las productoras empezaron a rodar en Florida porque allí tienen un tiempo más soleado y el terreno es más barato? No. Temían que los terremotos y los disturbios raciales destruyesen la industria cinematográfica.

Rodgers trató de asimilar el discurso de McCaskey, cuya expresión venía a decirle que también necesitaba tomar aliento para digerir su perorata.

—Vamos a ver, Darrell —dijo Rodgers, pensativo—, ¿cuántos grupos racistas calcula que existen en Estados Unidos?

—No necesito calcularlo —repuso McCaskey, que pasó varias páginas del expediente que tenía en el regazo, el de «Grupos Racistas»—. Según el último libro blanco del FBI, existen setenta y siete grupos, entre racistas blancos, neonazis y cabezas rapadas. Y entre todos los militantes de esos grupos, seis mil constituyen milicias armadas.

—¿Cuál es su distribución?

—¿A nivel nacional? Pues prácticamente operan en todos los estados del país y en todas las ciudades importantes de cada estado,

incluso en Hawai. Unos se ceban en los negros, otros en los asiáticos, otros en los judíos, y los hay que en todos ellos. Están en todas partes.

—No me sorprende —dijo Rodgers.

El general estaba furioso pero se negaba al desaliento. Conocía la Historia lo suficiente como para recordar que los propios «padres de la Constitución» se sintieron amargamente decepcionados al comprobar que la independencia no significaba el fin de la desigualdad y del odio. Recordaba un fragmento de una carta que Thomas Jefferson le escribió a John Adams. Aquél escribió que, para alcanzar el objetivo: «Debían correr aún ríos de sangre; superarse años de desolación. Y, sin embargo, el objetivo merece la pena». Rodgers no iba a permitirse flaquear (ni tampoco a permitir que flaquease nadie que estuviese bajo su mando), por más pesada que fuese la carga.

—¿En qué piensa? —preguntó McCaskey.

—En cómo me gustaría patear a unos cuantos de esos canallas de parte de Thomas Jefferson —contestó Rodgers, que ignoró la perpleja mirada de McCaskey y se aclaró la garganta—. ¿No ha aportado nuevos datos el ordenador incautado a Nación Pura?

—No —repuso McCaskey, que cogió el tercer expediente—. Y nos sorprende mucho a todos.

—¿Cree que pudo darles tiempo a borrarlos del disco duro?

—No estoy seguro —contestó McCaskey—. Los del FBI se atienen a aquello de que, a caballo regalado, no le mires el dentado. El éxito de imagen no se lo quita nadie, sobre todo entre los negros. No han sufrido daño alguno, y un grupito de los mal nacidos que querían atentar contra ellos está entre rejas.

—Es que… ha sido demasiado fácil —musitó Rodgers.

—Sí —convino McCaskey—. Así es en efecto. Y me parece que tampoco al FBI se le oculta. Lo que desconcierta es que enviasen un grupo «forastero» para atentar contra los miembros de Chaka Zulu. Uno de los grupos más virulentos del país, Koalition, tiene su base

en Queens, o sea, justo en la otra orilla del East, más cerca de lo que estaba Nación Pura en Nueva York. Sin embargo, no parece que haya habido contacto entre ambos grupos.

—¿No podría ser una táctica similar a la que utilizaba el Eje? —dijo Rodgers.

—¿Qué táctica? ¿Desorientación?

—Bob y yo tenemos un archivo sobre el tema —asintió Rodgers —. Si tiene tiempo, échele un vistazo. Está en un informe titulado «El Cebo». La idea básica es que, si quieres desorientar al enemigo, has de dejarlo que capture una unidad, a cuyos soldados se les ha dado información falsa. Si el enemigo cree lo que los soldados confiesen, un pelotón de diez o doce hombres puede inmovilizar a una división entera, o incluso a todo un ejército, que aguardará en vano a que se produzca una invasión, o que se dirigirá adonde no vaya a tener lugar. Los aliados renunciaron a utilizar esta táctica a causa del duro trato que recibían los prisioneros de guerra. Pero los alemanes y los japoneses la ponían en práctica de manera sistemática. Si los soldados capturados ignoraban que mentían, no había manera de arrancarles la información, aunque recurriesen a drogados. Tenías que destacar hombres sobre el terreno para que investigasen. ¿Cuántos agentes dedicaba el FBI a este caso?

—Unos treinta.

—¿Y ahora? —preguntó Rodgers—. ¿Cuántos agentes ha destinado a seguir las pistas dejadas por Nación Pura?

—Setenta u ochenta, repartidos por todo el país.

—Que, además, son los más expertos en grupos racistas blancos —dijo Rodgers—. O sea, que detienen a un puñado de «puronacionales» y, ¿cuál es el resultado? Que el FBI diluye el grueso de sus efectivos de lucha antirracista.

—El planteamiento es correcto, desde el punto de vista táctico —reconoció McCaskey tras reflexionar un momento—, pero no encaja con el arrojo de los «puronacionales». Creen en la fuerza de las armas, no en sutilezas. Prefieren caer luchando.

—¿Por qué no lucharon entonces?

—¡Ya lo creo que lucharon! —exclamó McCaskey—. Se resistieron, y trataron de matar a varios agentes.

—Pero no los mataron —dijo Rodgers—. Y han seguido cayendo.

—Porque se han quedado sin armas. Y no es el caso del FBI —replicó McCaskey a la defensiva.

—Claro. Pero si tantas agallas tienen los «puronacionales», ¿por qué se rindieron? ¿No ayudaban más a su causa si morían como mártires, y dejaban que los agentes del FBI quedasen como unos rufianes?

—No son kamikazes —objetó McCaskey—. Que sean temerarios y arrojados, no significa que no quieran vivir.

—Vivir… claro —repitió Rodgers—. ¿Qué cree que les va a ocurrir? ¿Cuál es el delito más grave de que puede acusárseles? Dispararles a agentes del FBI, conspiración armada, tenencia ilícita de armas (de un arsenal). Si se declaran culpables, pueden caerles de siete a diez años. De siete a diez años de televisión por cable y gimnasio. Salen con treinta y cinco o cuarenta años y los suyos los reciben como héroes, algo muy atractivo para todo sicópata ávido de ser el centro de atención.

—Quizá, pero sería una actitud insólita. ¿Entregarse para desorientar a la policía y resignarse a la cárcel? No. No me parece que pudiera satisfacerlos.

—¿Quién nos dice que no estamos ante una nueva leva de racistas blancos, una generación proclive a jugar al despiste?

McCaskey lo miró y fue a decir algo, pero se abstuvo.

—Ya sé lo que piensa —dijo Rodgers—. Usted sigue convencido de que carecen de visión de futuro.

—No tienen ninguna. No quiero subestimar al enemigo, pero esa gente tiene una mentalidad monolítica y una rabia ciega. Toda componenda les parece aberrante.

—También son muy doctrinarios —replicó Rodgers—. Si les ofrecen una rentabilidad política suficiente, son capaces de hacer

cualquier cosa. Piénselo. ¿Qué rédito político podría considerar un racista blanco como suficiente para hacer lo que le ordenen?

—Libertad —dijo McCaskey—. Libertad para atacar a quienes detestan.

—Estoy de acuerdo en eso —convino Rodgers—. ¿Y qué le da a una persona derecho moral para atacar?

—Ser atacada primero —contestó McCaskey.

—De acuerdo —admitió Rodgers, que empezaba a llevar a McCaskey a su terreno; a entrever que, aunque disintiera, intuía que no andaba del todo desencaminado—. Suponga que usted quiere que un grupo lo ataque. Por consiguiente, los provoca, hace que se sienta amenazado…

El general se interrumpió un instante al oír sonar el teléfono, pero no lo cogió.

—… por los videojuegos para fomentar el racismo… —dijo McCaskey para seguir el hilo del razonamiento del general.

—No basta con eso.

—Pues todo lo expuesto, además de advertirles que se propone atacarlos —matizó McCaskey, que miró al general alarmado, como si de pronto viese claro—. Deja que un guapo de militantes negros se sepa objetivo de los racistas blancos, lo que galvaniza a *todos* los negros. ¡Madre mía! Ésa podía ser la justificación de que los «puronacionales» se dejasen detener: para que los de Chaka Zulu creyesen que los tenían en el punto de mira, aunque no fuese verdad. Y así, de la noche a la mañana, tiene a todos los negros detrás del grupo Zulu… y a un montón de blancos sin más alternativa que hacerles frente.

Rodgers asintió enérgicamente con la cabeza y miró el teléfono, que no había dejado de sonar. El código de Ann Farris aparecía en la pantallita de cristal líquido de la base del aparato.

—Eso es exactamente lo que ocurrió en los años sesenta —recordó McCaskey—, cuando los Panteras Negras se convirtieron, en

la práctica, en brazo armado de varios grupos defensores de los derechos civiles.

—Si esto encaja: Dominique, su dinero, los grupos racistas y la desestabilización de Europa y de Estados Unidos, podríamos tener que afrontar un gran desastre a escala mundial —consideró Rodgers a la vez que pulsaba el botón del altavoz del teléfono—. Perdone que la haya hecho esperar, Ann.

—Me ha dicho Darrell que necesitaba usted unos recortes de prensa acerca de Demain, Mike —dijo ella—. He llamado a D'Alton and D'Alton, su agente de prensa en Nueva York, y me han pasado por fax lo último que tienen.

—¿Y?

—Es todo sobada propaganda de videojuegos —continuó Ann—, salvo una cosa. Es acerca de un nuevo *joystick*.

—¿Un nuevo *joystick*? —dijo el general.

—Lo llaman *enjoystick*, y no sólo permite jugar sino *sentir* el juego.

—Siga —la conminó Rodgers irguiéndose en el sillón.

Aquello encajaba perfectamente con los videojuegos racistas. Sintió un escalofrío.

—La Cámara de Comercio lo ha aprobado. Es una nueva tecnología que estimula las células nerviosas por medio de una bioconexión activada a través de las yemas de los dedos (supongo que para asegurarse de que se utiliza en las manos y no en otras partes del cuerpo). Dice aquí que con el *enjoy stick* se sienten las mismas emociones que experimenta el personaje del videojuego en la pantalla.

—Ya: toda la gama de sentimientos y emociones que va del odio al amor —dijo Rodgers.

—Aquí no dice nada de todo eso —objetó Ann—, pero no puedo creer que exista cosa semejante. Es como si me hubiese metido en una película de ciencia ficción.

—Pues no es ciencia ficción —dijo Rodgers—. Hay muchas personas que todavía no entienden las posibilidades de esta nueva tecnología, pero ahí la tenemos. Gracias por esta información tan útil, Ann.

—A su disposición, Mike —se despidió ella.

Rodgers colgó el teléfono. Le satisfacía que, a pesar o a causa de la presión que comportaba encajar las piezas del rompecabezas de Nación Pura, su breve conversación con Ann se hubiese desarrollado en un buen tono, porque no se tenían especial cariño. Ann no ocultaba el apego, rayano en la adoración, que sentía por Paul Hood, lo que la ponía de uñas con Rodgers, cuyo enfoque de las crisis era menos diplomático que el de Hood. Pero era Rodgers quien estaba ahora al cargo del caso y, aunque le costase un gran esfuerzo, Ann trataba de aceptar que la manera de hacer las cosas que tenía Hood no era la única.

Quizá esto entrañe una lección para la civilización, pensó Rodgers. Aunque, por desgracia, aquél no era el momento de vestir la púrpura y salir a predicar.

Rodgers miró a McCaskey, que taquigrafiaba notas en la cubierta de uno de los *dossiers* a 140 palabras por minuto.

—Está todo aquí, Mike —dijo McCaskey, entusiasmado—. ¡Lo tenemos todo aquí!

—Resumamos.

McCaskey terminó de hacer una anotación y miró al general.

—Supongamos que Dominique utiliza artimañas bancarias, como la de Nauru, para desviar dinero a los racistas blancos. Esto nos desorienta y distrae, y hace que nos volquemos en Nación Pura mientras que, calladamente, engrasa la maquinaria de otros grupos. Se prepara también para difundir videojuegos, potenciados por el *enjoystick*. Hace que la gente se sienta bien hostigando a las minorías. Y… conste que en una cosa estoy de acuerdo con Ann: también a mí me suena a ciencia ficción. No obstante, aparquemos eso de momento, ya que no es esencial.

—De acuerdo —dijo Rodgers.

—Lo esencial es que, con *enjoystick* o sin él, los negros se soliviantan con los videojuegos racistas, se solivianta la prensa y se solivianta el pacífico ciudadano medio. Entretanto, Nación Pura no hace que sus militantes se confiesen culpables, para que los condenen a penas más bajas, de acuerdo a los usos del aparato judicial estadounidense. En absoluto. Tenía usted razón antes, Rodgers. *Van a juicio*. Es justamente lo que quieren: una tribuna para su propaganda. Y el juicio no tarda en fijarse porque las pruebas son abrumadoras. Por su parte, el FBI presiona a los tribunales para que agilicen el proceso, y Nación Pura se abstiene de vetar a ningún miembro del jurado propuesto por la fiscalía. Su necesidad de ver mitificado su valor queda satisfecha: son mártires. Luego, organizan su defensa de modo armónico y, si son medianamente listos (y muchos de esos individuos lo son), incluso logran que sus argumentos suenen *razonables*.

—Ha dado en el blanco con esa exposición —dijo Rodgers—. En su fuero interno, muchos blancos creerán en sus alegatos: los blancos que se quejan de la presión fiscal para costear la seguridad social y el subsidio de paro, blancos que achacan a los negros que haya tanto paro y tanto subsidio.

—Exacto. Los activistas negros se soliviantan cada vez más a medida que avanza el proceso, y un miembro de cualquiera de los dos bandos (da igual, porque el resultado es el mismo) hace algo para provocar un incidente. Como consecuencia de ello se producen disturbios que los agentes de Dominique se encargan de que se extiendan, que se produzcan graves explosiones sociales en Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Filadelfia, Detroit y Dallas, y en muy poco tiempo, arde el país por los cuatro costados.

—No sólo este país —puntualizó Rodgers—. Bob Herbert se ha encontrado con el mismo problema en Alemania.

—¿Lo ve? —dijo McCaskey—. Dominique provoca graves disturbios en todo el mundo… salvo en Francia. Ésta es la razón de

que los Nuevos Jacobinos actúen de manera silenciosa, eficiente, sin publicidad —añadió pasando varias páginas del informe sobre Dominique—. Son los terroristas más temibles porque consiguen de verdad aterrorizar. Lo cierto es que se les atribuyen muy pocos atentados, pero *amenazan* de continuo con la violencia, y en un momento dado dan órdenes concretas: un grupo de personas debe abandonar tal ciudad o, de lo contrario, cumplirán sus amenazas. No se proponen grandes objetivos, como echar a los británicos de Irlanda, sólo se limitan a aquello que sea hacedero de modo más o menos inmediato.

—Operaciones de… «limpieza» que atraigan poca atención de la prensa —dijo Rodgers.

—Poca o *ninguna* —matizó McCaskey—. ¿Qué les va importar a los franceses? El caso es que, mientras la crisis se extiende por todo el mundo, Francia parece relativamente estable. Y con sus cantos de sirena a la banca, a la industria y a los inversores, Dominique se convierte en un importante actor de la escena mundial; acaso el más importante.

—Porque nadie consigue demostrar su vinculación con el terrorismo —dijo Rodgers.

—O porque quien lo intente, recibe una visita nocturna de los Nuevos Jacobinos… sólo por eso, por intentarlo —comentó McCaskey sin dejar de examinar el informe—. Esta gente tiene el mismo talante de la antigua mafia, es decir, fuerza bruta: atentados, ejecuciones, palizas.

—Paul ha debido ya de regresar al despacho de Hausen en Hamburgo —dijo Rodgers, recostado en el respaldo del sillón. Miró el bloque que tenía encima de la mesa—. Es el RH tres-estrella de la memoria del teléfono. Póngalo al corriente de todo y dígale que voy a intentar comunicar con el coronel Ballon. A menos que hayamos ido demasiado lejos en nuestras conclusiones, tenemos que llegar a Dominique. Y parece que Ballon es el único que puede conseguirlo.

—Le deseo buena suerte porque es un tipo que siempre está de uñas.

—Me pondré guantes. Y confío en que me escuche. Si lo consigo, le ofreceré algo que no podría encontrar en Francia.

—¿Qué? —preguntó McCaskey que, ya de pie, trataba de enderezar su dolorida espalda.

—Le ofreceré ayuda —contestó el general.

TREINTA Y NUEVE

Jueves, 18:25, Wunstorf, Alemania

Físicamente, aquélla había sido la más dura, desalentadora y fecunda hora de la vida de Bob Herbert.

El terreno estaba sembrado de ramas, hojas podridas, troncos caídos, piedras y lodazales. Había un arroyo, con poco más de un palmo de agua, que lo frenó aún más. Por si fuera poco, había trechos tan empinados que tuvo que bajar de la silla y arrastrarla cuesta arriba.

Minutos después de las seis, empezó a adensarse la oscuridad, sin sombras, como ocurre en los bosques muy espesos.

Aunque su silla iba equipada con sendas linternas bajo cada uno de los brazos, y pese a que eran linternas potentes, Herbert no veía más allá de sus ruedas. Y eso también lo frenó, ya que corría el riesgo de rodar por un barranco y terminar como aquel cazador de hace 5000 años que encontraron helado y boca abajo en la cumbre de una montaña.

Dios sabe qué harían conmigo dentro de cinco mil años, pensó Herbert. Aunque, bien mirado, debía reconocer que le encantaba la idea de que un grupo de doctos arqueólogos tratase de encajar las piezas de su rompecabezas en el año 7000. ¿Cómo interpretarían el tatuaje de «Mickey Mouse» de su bíceps izquierdo?

Estaba molido. Se había hecho un sinfín de rasguños con las ramas de los árboles, y le dolían las rozaduras que se produjo con

las correas del arnés durante su accidentada persecución en Hannover.

Herbert se adentró en el bosque, orientado por la brújula que conservaba desde sus tiempos de *ranger* de los *boy scouts* (la había llevado por todo el mundo). A medida que se adentraba en la espesura, calculaba la distancia contando los giros de las ruedas. Cada giro completo equivalía a casi tres metros. Mientras avanzaba, también trataba de comprender por qué se habían dirigido los neonazis a aquel lugar. No podían pedir ayuda por radio a ningún agente que estuviese conchabado con ellos, porque lo habrían oído sus compañeros. Era el único medio que tenían. Pero ¿para qué necesitaban ayuda? Lo único que se le ocurría era que la necesitasen para localizarlo a él.

Bob Herbert era consciente de que todo aquello sonaba desmesurado, pero tenía sentido. Los neonazis huyeron al oír la sirena de la policía, por temor a que él los identificase. Querrían cazarlo antes de que llegara a una comisaría y pusiera una denuncia. Quizá algún agente supiese quién era y dónde se hospedaba.

Herbert meneó la cabeza. Sería paradójico encontrar a la joven estadounidense allí. Pudiera ser que, sin proponérselo, aquellos indeseables lo llevasen hasta su paradero, que era lo que pretendió averiguar en Hannover.

Sonrió. ¿Quién iba a decir que el día que amaneció en un asiento de clase «turista» de un avión, declinaría en un bosque, en busca de una joven y perseguido por neonazis?

Pocos minutos después, Herbert llegó al roble en el que, según Alberto, podía encontrarse la chica. Era inconfundible: alto, de tronco irregular y oscuro. Debía de tener más de trescientos años. ¿Cuántos tiranos habrían conocido aquellos pagos durante la vida de aquel árbol? Sintió cierto rubor al pensar lo absurdos que debían de antojárseles sus humanos antepasados al majestuoso roble.

Herbert se alcanzó la linterna del brazo derecho de la silla y la enfocó al árbol.

—¿Estás ahí. Jody? —preguntó Herbert, que se sintió un poco ridículo, allí, al pie de un roble, llamando a una joven al anochecer. Alzó la vista hacia la copa y escuchó, pero no oyó nada. Luego insistió—. Jody… Me llamo Bob Herbert, y soy estadounidense. Si estás ahí arriba, baja, por favor. He venido a ayudarte.

Herbert aguardó, pero tampoco esta vez hubo respuesta. Al cabo de un minuto, cuando se disponía a inspeccionar el otro lado del roble, oyó ruido de ramas por detrás. Creyó que podía ser Jody y volvió la cabeza. Se sobresaltó al ver que había alguien entre los árboles.

—¿Jody? —dijo pese a que, quien fuese, tenía demasiada corpulencia para ser ella.

—Levante usted las manos —le ordenó una voz grave y varonil.

Herbert obedeció. Alzó las manos lentamente hasta la altura de la cara. El alemán se le acercó en la oscuridad. Cuando estuvo a pocos pasos de la silla y quedó dentro del haz de la linterna, Herbert reparó en que era un agente de policía, aunque no llevaba el mismo uniforme que los de la furgoneta sino capote y gorra.

Y entonces cayó en la cuenta: la sirena, la persecución súbitamente interrumpida, el trayecto hasta allí. Lo tenían todo planeado.

—Bonito —musitó Herbert.

El agente se detuvo a prudente distancia (lejos del alcance de Herbert que, aunque sacase el palo de debajo del brazo de la silla, no podría defenderse).

El alemán permaneció allí, con las piernas muy separadas y la cara oculta por la sombra de la visera. Llevaba el capote desabrochado, y Herbert vio el teléfono móvil que pendía de su negro cinturón de piel.

—Lo han llamado los del tráiler cuando aún estaban en el centro de la ciudad, ¿verdad? —dijo Herbert—. Han fingido que huían al oír la sirena. Sabían que yo los seguía. Y usted me ha seguido a mí.

El agente daba la impresión de no entenderlo, aunque poco importaba. Herbert estaba furioso consigo mismo. Habría sido fácil para la policía averiguar dónde alquiló el coche. Por si fuera poco, había utilizado su documentación auténtica: nada menos que miembro de uno de los servicios de inteligencia estadounidenses. Eso, unido a su aparatosa irrupción en Hannover, tenía que indicarles que iba tras algo muy concreto. Y después de oírlo llamar a Jody, ya sabían de qué se trataba. Sólo le hubiese faltado, para acabar de ponérselo todo en bandeja, darles copias de las fotografías de la Oficina Nacional de Reconocimiento.

Por lo menos de una cosa sí se alegraba: de que no fuese Jody el «satélite» que la ONR había visto en el roble, porque, de serlo, estaría tan a punto de morir como él.

Herbert no tenía la menor intención de pedirle clemencia a aquel individuo. No quería morir, pero tampoco podría vivir con el recuerdo de haberle implorado a semejante canalla. Había cometido una torpeza y la pagaba. Por lo menos, se dijo, se ahorraba el palizón de tener que volver al Mercedes.

Me gustaría saber si oiré el pistoletazo antes de que me alcance la bala, se dijo. Difícilmente, porque estaba demasiado cerca.

—*Auf Wiedersehen* —le dijo el alemán.

CUARENTA

Jueves, 18:26, Toulouse, Francia

Situado a sólo unos minutos en coche de la popular place du Capitole y del río Garona, la rue St. Rome era una de las calles comerciales del centro de Toulouse. Muchas de las fachadas de las casas del barrio —de dos o tres pisos la mayoría— estaban agrietadas, deterioradas por el tiempo. Los suelos estaban pandeados debido a la proximidad del río, pero seguían en pie. Era como si, plantadas frente a los nuevos y arrogantes edificios, a los anuncios de relojes Seiko y de ciclomotores, a las antenas de televisión viejas y a las modernas parabólicas, dijesen: *No. Esta calle no se rendirá*. Y así, tras siglos de ver muros levantados y abatidos, de ser mudos testigos de tantas vidas y de tantos sueños, las fachadas se asomaban aún al sinuoso laberinto de callejas transitado por presurosos viandantes.

En el tercer piso de uno de aquellos destartalados edificios —donde estuvo una antigua tienda llamada Magasin Vert—, alquilado por el coronel Ballon de la Gendarmerie National, el oficial observaba con atención las imágenes de cuatro monitores de televisión, captadas por otras tantas cámaras de vídeo, instaladas en el exterior de la factoría Demain.

La factoría se encontraba a treinta kilómetros al norte del centro de la ciudad, pero a juzgar por los datos obtenidos por sus agentes,

hubiese dado igual que estuviese a treinta kilómetros del centro de la Tierra.

Los hombres de Ballon instalaron cámaras ocultas en los cuatro lados de un antiguo edificio de la vieja ciudad de Montauban. Grababan en vídeo a todos los vehículos o empleados que entraban o salían. Todo lo que necesitaban ver era a algún miembro conocido de los Nuevos Jacobinos. En cuanto avistasen a uno de los terroristas, Ballon y su brigada especial saldrían hacia Montauban y, en menos de veinte minutos, irrumpirían en la antigua fortaleza.

Los vehículos policiales estaban aparcados en las inmediaciones. Los agentes instalaron, también, equipos audiovisuales en otros puntos estratégicos, y tenían sus armas en una bolsa, en un rincón de la estancia. También llevaban consigo un mandamiento judicial, aunque sólo utilizable si mediaba lo que los tribunales llamaban *raison de suspicion* (sospechas razonables); lo suficiente como para que el argumento de ataque preventivo fuese sostenible ante un juez.

Pero si importantes eran las medidas adoptadas contra Dominique, no lo eran menos las precauciones del cauto magnate.

Ballon sospechaba que Dominique se proponía algo de gran envergadura, e inminente. Después de diecisiete años de fracasos tras el escurridizo multimillonario, después de diecisiete años de vigilancia, detenciones y duros interrogatorios para desenmascarar y desarticular la organización de los Nuevos Jacobinos, tras diecisiete años que habían convertido el inicial interés profesional en una obsesión, Ballon estaba seguro de que Dominique se disponía a lanzar su operación más audaz. No se trataba sólo de sus nuevos videojuegos, porque ya había comercializado antes importantes novedades, y nunca había necesitado tantos efectivos humanos.

Ni le habían exigido a Dominique tanta dedicación, pensaba Ballon.

Dominique pasaba cada vez más tiempo en la factoría, y muchas noches se quedaba a trabajar en lugar de volver a su espléndida

mansión, situada en una finca de las afueras de Montauban. Sus empleados hacían turnos más largos. No sólo los programadores de los videojuegos sino, también, los informáticos que trabajaban en proyectos de Internet y en *hardware*.

Ballon y sus hombres no le quitaban ojo a los monitores, atentos a todo el que entrase o saliese de la factoría.

Jean Goddard. Marie Page… Émile Tourneur.

El coronel Ballon los conocía, y no sólo de vista. Sabía quiénes eran, cómo se llamaban sus parientes y sus amigos. No dejaba piedra sin remover para averiguar todo lo que pudiese acerca de Dominique y de su empresa. Estaba convencido de que, veinticinco años atrás, cuando él tenía diecinueve y era un novatillo de la gendarmería de París, aquel hombre cometió un doble asesinato que seguía impune.

El coronel se rebulló incómodo en su silla plegable de madera. Estiró sus cortas piernas y miró distraídamente en derredor de su improvisado puesto de mando. Sus ojos, de un intenso color castaño, estaban enrojecidos, los labios resecos y su ajado mentón cubierto de incipiente barba. Al igual que los siete hombres que estaban con él en el piso, llevaba tejanos y camisa de franela (tras alquilar el piso, se hicieron pasar por restauradores). Abajo, otros tres agentes serraban madera que nunca utilizarían.

Le fue sumamente difícil convencer a sus superiores para que le permitiesen montar aquella operación de vigilancia, que duraba ya un mes. La Gendarmerie National era considerada una institución tan independiente como intocable, pero sus mandos eran conscientes de que el poderoso Dominique podía echarles encima a parte de la judicatura y una corrosiva publicidad.

¿Y por qué?, le preguntó al coronel en cierta ocasión un alto oficial, *¿porque lo considera usted sospechoso de un asesinato cometido hace más de veinte años? ¡Ni siquiera podríamos procesarlo!*

Y era verdad. Había pasado demasiado tiempo. Pero ¿hacía eso menos monstruosos los crímenes y al asesino?

Después de inspeccionar el lugar del crimen aquella noche, Ballon se enteró de que el joven millonario Gérard Dupré había sido visto en la zona en compañía de otro joven. Descubrió que, inmediatamente después de los asesinatos, ambos dejaron París y fueron a Toulouse. Y la policía no tuvo interés en perseguirlos. *No tuvo interés en perseguir a Dupré*, pensaba Ballon con amargura. *No tuvo interés en perseguir a ese cerdo burgués*. Era muy probable que Dupré fuera un asesino impune.

Ballon abandonó la policía decepcionado. Posteriormente, ingresó en la gendarmería, investigó sobre la familia Dupré y, lo que empezó casi como un *hobby*, se convirtió en obsesión. En los archivos de la prefectura de Toulouse, encontró documentos clasificados como reservados en los que constaba que el padre de Gérard Dupré fue un colaboracionista durante la segunda guerra mundial, que se infiltró en la Resistencia y delató a muchos de sus miembros. Aquel *battard*, como decía el propio informe policial, fue responsable de, por lo menos, treinta muertes en cuatro años. Después de la guerra, Dupré padre fundó una serie de empresas dedicadas a la fabricación de piezas de repuesto para el Airbus aerospacial. Financió sus empresas con capital estadounidense, procedente de la ayuda de EE. UU. para la reconstrucción europea.

Su hijo, Gérard, parecía abominar de todo lo que hiciera su padre. Si éste vendió información a los alemanes para sobrevivir durante la guerra, él se rodeaba de jóvenes estudiantes alemanes que necesitaban su dinero para salir adelante. Si su padre se quedó con dinero procedente de la ayuda estadounidense durante la posguerra, él diseñaba programas informáticos atractivos para los estadounidenses, y obtendría su dinero limpiamente. Y si su padre odiaba a los comunistas, él, como ocurrió durante cierto tiempo, simpatizaría con ellos.

Todo lo que hacía Gérard iba encaminado a desafiar a su padre.

Pero algo debió de ocurrirle luego al joven Dupré que lo cambió de arriba abajo. Después de dejar la Sorbona, empezó a coleccionar documentos históricos. Ballon habló con algunos de los libreros y anticuarios que le vendieron documentos ológrafos a Dupré, a quien fascinaba poseer cartas importantes escritas por grandes figuras del pasado.

«Gérard parecía sentirse como si pudiera ver a los grandes personajes escribir aquellas cartas. Contemplar el desarrollo de la Historia lo enardecía», le dijo uno de los vendedores al oficial de la gendarmería.

Dupré compró documentos de la época de la Revolución francesa, así como trajes, armas y otros recuerdos (todo ello auténtico). Compró también cartas anteriores a la Revolución, e incluso guillotinas.

Un siquiatra que trabajaba para la gendarmería dijo: «No es infrecuente que personas decepcionadas del mundo real se encastillen y creen un seguro refugio hecho de cartas y recuerdos».

«¿Y sienten el deseo de ampliar ese refugio?», había preguntado Ballon.

«Posiblemente —contestó el siquiatra—. De un refugio a escala podrían querer pasar a uno más amplio».

Cuando Dupré cambió su apellido por el de Dominique, ya no le cupo duda a Ballon: Dominique empezaba a considerarse como un moderno santo, como el santo patrón de Francia, a no ser que se hubiese vuelto loco (aunque lo más probable era que se tratase de ambas cosas). Y cuando los Nuevos Jacobinos empezaron a aterrorizar a los extranjeros —poco más o menos por entonces—, tampoco le cupo duda a Ballon de que eran los soldados encargados de la defensa de la fortaleza, que guardaba otra reserva espiritual de Occidente (una Francia tan pura y virtuosa como la concibieron los originarios jacobinos).

La gendarmería se negó a abrir una investigación oficial sobre Dominique, y no sólo porque se tratase de un hombre poderoso.

Como Ballon no tardó en descubrir, la gendarmería era casi tan xenófoba como Dominique. La única razón por la que Ballon no dimitió fue para no perder del todo la fe en que la ley tenía por objeto servir a la ciudadanía… a *toda* la ciudadanía, sin distinción de nacionalidad de origen ni de religión.

Ballon era hijo de una judeobelga desheredada por casarse con un francés católico y pobre. De modo que Ballon sabía muy bien lo que el odio era capaz de hacer.

Dimitir hubiese sido cederles el paso a los fanáticos.

Sin embargo, mientras observaba el vídeo de la factoría, no estaba seguro de haber vencido.

Ballon pasó sus fuertes dedos por las mejillas, complaciéndose en la aspereza de su rostro (parecía lija). Era como si el contacto de su barba le confirmara su varonil talante, sin apenas ocasiones de manifestarse; todo el día sentado entre las cuatro paredes de aquella atestada estancia, mientras repasaban una y otra vez sus claves operativas: «azul», ordenaba atacar; «rojo», no moverse de donde estuviesen; «amarillo», retirarse, y «blanco», alertaba de la presencia de civiles en peligro. Si un agente corría el riesgo de delatar su posición, se limitaría a emitir tenues señales: un tono indicaría a sus compañeros que acudiesen; dos, que no se movieran de donde estuviesen; tres, que se retirasen; cuatro, emergencia.

Ballon empezaba a temer que se hubiese producido una filtración, en cuyo caso Dominique no haría nada que justificase la intervención policial.

¿No será que empiezas a ponerte nervioso?, se preguntó Ballon.

Lo cierto era que, en una operación tan larga y tras tantas horas de servicio, ponerse nervioso era inevitable. Recordaba que, una vez, siguió a un empleado de Dominique llamado Jean-Michel Horne. Comoquiera que éste, que se dirigía a pie a una cita, no parase de silbar, lo puso tan nervioso que terminó por silbar él también, y lo alertó.

Saldrá bien, se dijo el coronel, que volvió a pasarse la mano por el rostro y se levantó de la silla hecho un manojo de nervios. Contuvo el impulso de darle una patada y catapultarla a través del cristal de la ventana, de diez paneles, más vieja que él.

Sus hombres se sobresaltaron.

—¡Coño, sargento! —exclamó Ballon—. ¿Por qué no podemos entrar a saco, pegarle un tiro a Dominique y acabar de una vez?

—Si quiere que le diga la verdad, yo tampoco lo sé —repuso el sargento Maurice Ste. Marie, que se sentaba a su lado—. Prefiero morir en un tiroteo que de aburrimiento.

—He de cazarlo —dijo Ballon, que ignoró a su subordinado y le dio tal puñetazo a la caja del monitor que por poco lo rompe—. Es un ser corrupto, un sicópata que quiere corromper el mundo.

—Y nosotros no —comentó el sargento Ste. Marie.

Ballon lo fulminó con la mirada.

—Sí. ¡Nosotros no! —le espetó el coronel—. ¿Qué quiere decir?

—Que nosotros somos hombres obsesionados en mantener el mundo libre para que alimente lunáticos como Dominique. Es desesperante.

—Sí que desespera —replicó Ballon, que volvió a alcanzarse la silla, la plantó ruidosamente en su sitio y se sentó, furioso—. También yo lo olvido a veces. Pero no hay que desesperar. Mi madre no desesperó nunca de que su familia la perdonara por haberse casado con mi padre. Era una esperanza que estaba siempre presente en las tarjetas de felicitación que les enviaba en los cumpleaños.

—¿Y llegaron a perdonarla? —preguntó el sargento Ste. Marie.

—No, pero la esperanza evitó que mi madre cayese en la depresión. La esperanza, además del amor que sentía por mi padre y por mí, llenaba aquel vacío —añadió mirando hacia la pantalla del monitor—. La esperanza y el odio que siento por Dominique me evitan a mí caer en la depresión. Cazaré a ese mal nacido.

Sonó el teléfono. Lo cogió uno de los agentes más jóvenes. El aparato tenía un deformador de la voz acoplado al micrófono y un reconvertor al otro lado de la línea. Quienquiera que «pinchase» la línea sólo oiría un ruido ininteligible.

—Nos pasan otra llamada de EE. UU.

—¡Les he dicho antes que no nos pasasen ninguna! —clamó Ballon—. Sólo puede ser un asqueroso oportunista que quiere birlarnos el triunfo en la misma línea de llegada, o un saboteador que trata de distraernos. Sea quien sea… ¡mándelo a hacer puñetas!

—Sí, señor.

—Ahora quieren ayudar. ¡A buenas horas! —masculló Ballon—. ¿Dónde han estado durante estos diecisiete años?

—A lo mejor se trata de otra cosa —aventuró tímidamente el sargento Ste. Marie.

—¿Cree que merece la pena arriesgarse? —dijo Ballon—. Dominique tiene empleados en todo el mundo. Por tanto, es mejor no salir del nido ni piar.

—No, si lo que se dice piar, aquí no pía nadie —comentó Ste. Marie.

El coronel miraba exasperado el suave movimiento de las hojas de un árbol contiguo a la muralla de la antigua fortaleza. Ste. Marie tenía razón: aquellos cuatro días habían sido improductivos.

—¡Espere! —gritó Ballon.

—Espere —repitió al teléfono el joven agente, que miró al coronel con expresión impenetrable.

Ballon se pasó la mano por la cara. No iba a enterarse de qué iba si no atendía la llamada. ¿Qué era más importante: su orgullo o apresar a Dominique?

—Me pondré —dijo el coronel, que se dirigió hacia el teléfono con el brazo extendido.

El sargento Ste. Marie lo miró, risueño.

—No ponga esa cara de satisfacción —le dijo Ballon al pasar—. Lo he decidido yo. No crea que ha sido usted.

—Por supuesto, señor —replicó Ste. Marie sin cambiar de expresión.

—Ballon al habla. ¿Qué hay?

—Coronel, tengo una llamada del general Michael Rodgers del Centro de Operaciones…

—Coronel Ballon —irrumpió el general sin darle tiempo a Ballon a reaccionar—, perdone que interrumpa, pero he de hablar con usted.

—¿De qué se trata, general Rodgers?

—Tengo entendido que intenta apresar a un enemigo común.

—Lo intento, sí.

—Escúcheme bien —dijo Rodgers—. Creemos que se propone difundir *software* por las «autopistas de la información» para provocar disturbios en ciudades de todo el mundo. Y tenemos razones para creer que se propone utilizar tales disturbios para sumir en el caos la economía estadounidense y la europea.

Ballon tragó saliva. Aquello sólo podía ser un regalo del cielo, o una tentación del mismísimo Satanás.

—¿Cómo está usted al corriente de esto?

—Porque si no lo estuviese, el gobierno dejaría de alimentar nuestras cuentas corrientes.

Un sólido argumento, pensó Ballon.

—¿Qué hay de esos grupos terroristas? —le preguntó Ballon—. ¿Qué sabe de ellos? —añadió, confiando en obtener algún nuevo dato. *Cualquier* nuevo dato.

—Nada —reconoció el general—. Pero sospechamos que colaboran estrechamente con varios grupos neonazis estadounidenses y de otros países.

Ballon guardó silencio unos momentos. No acababa de fiarse de Michael Rodgers.

—Su información es interesante, pero no muy útil —dijo—. Necesito pruebas. Necesito saber qué ocurre en el interior de la fortaleza.

—Si es ése el problema —contestó Rodgers con viveza—, puedo ayudarle. Precisamente, coronel Ballon, lo llamo para ofrecerle ayuda de un alto mando de la OTAN destinado en Italia. Se trata del coronel Brett August, y su especialidad es…

—He leído algunos trabajos del coronel August —lo atajó Ballon —. Es un brillante experto en antiterrorismo.

—Y amigo mío de toda la vida —dijo Rodgers—. Lo ayudará, si yo se lo pido. También dispongo de efectivos en Alemania, que pongo a su disposición.

—¿Qué clase de efectivos? —preguntó Ballon, que volvió a recelar.

Era algo demasiado bonito para ser verdad, algo demasiado tentador, algo que podía desactivar su operación contra Dominique. Podía ser una trampa.

—Se trata de un nuevo tipo de rayos X —dijo Rodgers—. Puede obrar milagros, o poco menos.

—Un nuevo tipo de rayos X —repitió Ballon dubitativamente—. Eso no me va a servir de nada. No necesito saber dónde están…

—No, no —lo atajó Rodgers—. Puede leer documentos, y el movimiento de los labios.

Ballon prestaba atención, pero seguía receloso.

—General Michael Rodgers, ¿cómo sé yo que no trabaja usted con Dominique?

—Porque también estamos al corriente de los dos asesinatos que cometió hace veinticinco años —contestó Rodgers—. Conocemos a la persona que estaba con él en el momento de cometerlos. No puedo decirle nada más, salvo que quiero que Dominique responda ante la justicia.

Ballon miró a sus hombres, que, pendientes de él, se desentendían de los monitores.

—¡Han de mirar a las pantallas y no a mí! —les gritó.

Sus hombres obedecieron. Ballon se moría de ganas por salir de allí y pasar a la acción.

—De acuerdo —dijo el coronel—. ¿Cómo me pongo en contacto con ese milagrero de ustedes?

—No se mueva de donde está —contestó Rodgers—. Lo llamará él.

Ballon accedió al fin, colgó y le ordenó al sargento Ste. Marie que saliese con tres de los agentes a vigilar el edificio. Al menor indicio de que alguien los vigilaba o pretendía atacar, lo advertiría por radio.

Pero Ballon tenía el presentimiento de que el general Rodgers era un hombre cabal; un presentimiento tan fuerte como el que lo alertó de que Dominique era un canalla.

Espero que mi intuición no falle esta vez, musitó mientras Ste. Marie salía con los tres agentes y él esperaba la llamada, pegado al teléfono.

CUARENTA Y UNO

Jueves, 9:34, Studio City, California

Se llamaba a sí mismo *el Esquinero* y vendía casetes que llevaba en una mochila de piel de pantera.

A diario, desde hacía más de un año y en torno a las siete de la mañana, el joven dejaba su desvencijado Volkswagen en el aparcamiento, situado detrás de las tiendas que se alineaban en Laurel Canyon, y se encaminaba hacia Ventura Boulevard.

Con paso cansino, arrastraba sus sandalias de piel negra por la acera. Su *pagne* sudanés de hojas secas, sujeto con tirantes de piel de leopardo, dejaba totalmente al descubierto sus piernas, largas y delgadas. La camiseta negra, descolorida por el sudor, anunciaba en letras rojas: «Rap del Esquinero».

El peinado del joven era de lo más estrafalario: rapados ambos lados de la cabeza, surcada por una ancha mata de pelo con tallos entretejidos, que se estrechaba de abajo arriba en forma de cono.

Llevaba unas gafas de sol tan oscuras que no se le veían los ojos. Los brillan titos que tachonaban sus fosas nasales y su lengua relucían con el sudor y la saliva.

El Esquinero se tomaba con mucha calma su breve trayecto a pie. Iba sonriente, fumando un «porro» para estar entonado durante su jornada de ventas y actuaciones. A medida que el humo lo animaba, acompasaba los movimientos de sus larguiruchos brazos y

de sus huesudas manos al de su cabeza. Se contoneaba armoniosamente, cerraba los ojos y daba lentas palmadas.

Cambiaba la letra de su rap a diario. La de aquel día decía así:

Igot Igot Igot
I got I got what I need
If I got what my weed.
Smokin' gives me creed
'gainst the slick man's greed.
Ana greed like his seed
'severywhere while I bleed.
I am not freed no indeed
brother heed foil' my lead.

El Esquinero se detuvo en su cruce, aunque sin dejar de moverse ni perder el ritmo. Se quitó la mochila y descorrió la cremallera para que se viesen sus cintas grabadas Luego, encendió un pequeño radiocasete y empezó con su actuación propiamente dicha.

Solía vender cinco o seis casetes diarios por el sistema del donativo. Como no podía estar en el plato y en las tajadas, ponía un platillo en el suelo, junto a un cartel escrito a mano en el que pedía la voluntad a los compradores potenciales. La mayoría le dejaban un billete de cinco dólares. Algunos, le daban sólo uno o dos dólares, pero otros le daban diez. Por término medio, sacaba unos treinta dólares al día, lo bastante para «porros», gasolina y comida.

Todo lo que necesito…

Su récord estaba en lo que consiguió el día en que una cadena de televisión que tenía los estudios muy cerca de allí, en Radford Avenue, lo llamó para que apareciese en una escena de la serie que emitían por las tardes. Le pagaron lo bastante como para hacerse grabar varios casetes en una tienda especializada. Hasta entonces, grababa sus raps en la misma calle, a medida que cantaba, y sólo

podían comprarle lo que acabase de cantar. Ahora, en cambio, podían elegir entre un amplio surtido.

El Esquinero daba por concluida su jornada entre las ocho y las nueve de la noche, cuando el videoclub de enfrente va había alquilado casi todo lo alquilable, la farmacia y la librería de unas puertas más allá habían cerrado y el tráfico disminuía. Entonces volvía a su coche, se metía en una callejuela, o en el aparcamiento del super, y leía en el interior de su coche a la luz de una farola o del crepúsculo, según la estación.

El último día de su vida, *el Esquinero* llegó a su lugar de trabajo a las 7:10 de la mañana. Durante las dos horas siguientes vendió un casete por diez dólares, encendió un «porro» a las 9:15 y atacó su rap:

I'am a dissin the Districk, the ho's in Deecee.

Mientras lo interpretaba, con los ojos cerrados, dos jóvenes altos y rubios cruzaron Laurel Canyon. Iban despacio, comiendo sendos *sandwiches*. Llevaban zapatillas blancas de tenis y bolsas de deporte.

Los jóvenes se acercaron al *Esquinero* por la espalda y lo flanquearon.

Un viandante echó a correr hacia el paso de peatones, pulsó el botón verde del semáforo manual y cruzó a la otra acera. Los jóvenes sacaron con toda calma gruesas cadenas de las bolsas y golpearon en las rodillas al *Esquinero*, que gritó de dolor y cayó de bruces sobre la calzada.

Los viandantes aminoraron el paso al ver que el joven gritaba de dolor en el suelo, hecho un ovillo entre los añicos de plástico de sus gafas de sol. Antes de que le diera tiempo a girarse para ver a sus agresores, los jóvenes le propinaron sendos golpes en la cabeza,

que empezó a sangrar profusamente. Dos nuevos golpes hicieron que *el Esquinero* se estremeciese y expirase entre estertores.

—¡Dios mío! —gritó una joven que, al igual que otros viandantes, se percató de la mortal agresión—. ¡Dios mío! —repitió con los ojos desorbitados—. ¡Qué habéis hecho!

Mientras uno de los jóvenes observaba, el otro se agachó a darle una palmadita a su víctima.

—Cerrarle la boca a este mierda —dijo al enderezarse.

Una mujer negra, ya anciana, que caminaba con la ayuda de un raído bastón alzó la cabeza.

—¡Llamen a la policía! ¡Pidan socorro! —gritó.

El joven la miró y fue hacia donde estaba, frente a la farmacia. Varios viandantes se apartaron para dejarlo pasar. La mujer retrocedió, aunque sin dejar de mirarlo desafiante.

—¡Eh! —exclamó un hombre blanco de mediana edad que se interpuso entre ellos—. ¡Atrás…!

El agresor replicó pisándole con saña el pie izquierdo. El cuarentón se retorció de dolor y la anciana se dirigió hacia el escaparate de la farmacia.

—¡Cierra esa apestosa boca! —le espetó el joven canalla.

—¡No mientras aliente! ¡Soy estadounidense! —replicó la anciana.

Con una desdeñosa risotada, el salvaje le estampó la cadena en la boca. La anciana se tambaleó, cayó al suelo y el joven blanco se le echó encima como un animal rabioso.

—¡Las tengo! —le gritó su compañero, mostrándole las llaves que acababa de coger del bolsillo del *Esquinero*.

El agresor dio media vuelta con la displicencia del tenista que, tras ejecutar un *smash* ganador, volvía a la línea de fondo.

Los dos jóvenes se arrimaron al ver que varias personas los rodeaban con expresión amenazadora.

—¡No podrán con todos! —gritó uno.

El joven que había cogido las llaves metió la mano en su bolsa y sacó un revólver.

—¡Ya verás tú si no! —replicó.

Nadie se atrevió a hacerles frente, y les abrieron paso. Los jóvenes enfilaron entonces calle adelante, ignorando la lluvia de increpaciones.

Los jóvenes fueron a coger el coche del *Esquinero*. Lo conocían porque llevaban días observándolo. Doblaron la esquina y siguieron por Hollywood Hills. Como nadie los persiguió, no tardaron en confundirse con el tráfico que fluía hacia Hollywood.

Siete minutos después llegó la policía, y un helicóptero sobrevoló la zona. La dotación del aparato localizó el coche, aparcado cerca de la intersección de las calles Coldwater Canyon y Mulholland Drive. Estaba abandonado y vacío. Varios bomberos del cuartel del barrio, que estaba cerca del cruce, recordaban haber visto un coche con el motor en marcha en la calle, pero ninguno de ellos se fijó en la marca ni en el aspecto del conductor. Tampoco vieron llegar al Volkswagen ni alejarse el otro coche.

Cuando la policía recogió la mochila del *Esquinero*, no contenía ningún casete, sólo cuatrocientos dólares en billetes y algunas monedas.

CUARENTA Y DOS

Jueves, 18:41, Hamburgo, Alemania

Paul Hood llegó a la oficina de Hausen seguido de Nancy, que parecía indecisa, como si temiera encontrar allí enemigos, en lugar de una amistosa acogida. Así, de pronto, sólo veía personas enfrascadas en su trabajo.

Hausen estaba en la oficina de recepción, hablando a través de su teléfono móvil. Era muy probable que las líneas de la oficina estuviesen «pinchadas». Y aunque tampoco el móvil fuese seguro (porque podía producirse uno de los frecuentes cruces), por lo menos, no serían enemigos declarados quienes oyesen lo que decía.

Lang estaba sentado en el borde de la mesa de recepción, con los labios apretados y mirando a Hausen.

Matt Stoll, por su parte, seguía frente al ordenador del despacho del viceministro.

Hausen hablaba enérgicamente con un tal Erwin en alemán, un idioma que, si a Hood siempre le sonó muy duro, se lo pareció aún más por el tono de Hausen, visiblemente sulfurado.

Lang se acercó al director del Centro de Operaciones y a su acompañante.

—Le presento a Nancy Jo Bosworth —dijo Paul—. Es una empleada de Demain.

Hood casi no podía creer que aquellas palabras hubiesen salido de su boca. Debía de estar loco para haber vuelto a por Nancy. Loco

de remate.

—Ya —dijo Lang con una cortés sonrisa de circunstancias.

—No soy amiga de Dominique —le aclaró ella—. No lo conozco.

—Por lo visto, muy pocos lo conocen —concedió Lang sin abandonar su tensa sonrisa.

Hood se excusó para presentársela también a Stoll. La dejó allí con Matt y volvió a la oficina de recepción.

—¿Con quién habla Hausen? —le preguntó a Lang.

—Con el embajador de Francia en Berlín —contestó el industrial —. Trata de concertar un inmediato viaje a Francia para indagar sobre ese videojuego y la empresa que lo fabrica. El viceministro quiere verse con el tal Dominique en presencia de las autoridades francesas —añadió acercándose más a Hood—. Ha intentado hablar con Dominique, pero no ha podido localizarlo. Aunque no es hombre que se altere fácilmente, esto lo tiene crispado, ya que se toma muy a pecho los delitos racistas.

—¿Cómo cree que va a reaccionar el embajador? —preguntó Hood.

—Nada bien —dijo Lang—. Parece ser que Dominique tiene mucha influencia en Francia: controla bancos, varias industrias y a muchísimos políticos.

Hood le dirigió a Hausen una breve mirada de solidaridad y volvió al despacho. Si difícil era tratar con el aparato gubernamental en Washington, no quería ni imaginar lo que debían de ser las relaciones entre los dos países, sobre los que pesaba una larga tradición de mutuo odio.

El director del Centro de Operaciones permaneció junto a Nancy. Observó a Stoll, que conducía con destreza una jauría a través de un pantano, aunque parecía tener dificultades para concentrarse.

—¿Qué tal se le da, Matt? —preguntó Hood.

Stoll pulsó la «P» para hacer una pausa y se giró con las cejas arqueadas.

—Es un juego repugnante, jefe. Es increíble lo que hacen los protagonistas con sogas, cuchillos y perros. Ya lo verá luego —dijo Stoll—. Lo he grabado en vídeo y he vuelto a pasar la cinta. Quiero volver a verla después, a cámara lenta, por si hubiese mensajes subliminales o cualquier otra cosa que se me haya escapado.

—Supongo que ése debe de ser el videojuego que ha aparecido en el ordenador de Hausen.

—En efecto —contestó Stoll, que pulsó «C» para continuar y, casi de inmediato, uno de los perros que guiaba cayó en arenas movedizas y empezó a hundirse.

—¡Mierda! —exclamó—. Iba la mar de bien mientras estaba solo.

—No lo deje —dijo Nancy, que se inclinó hacia él y pulsó la tecla de la flecha que apuntaba hacia abajo.

—¡Eh! ¿Qué hace? —protestó Stoll—. ¡No lo toque!

—Le ha pasado una cosa por alto —le hizo ver Nancy.

—¿Cómo ha dicho?

Nancy no levantó el dedo de la tecla de la flecha. El perro se hundió en la arena movediza, pero emergió en una cueva subterránea. Luego maniobró con las teclas de las flechas para «recoger» gran cantidad de recuerdos nazis, que le hicieron acumular muchos puntos en el marcador de la pantalla.

—¿Cómo sabías que eso estaba ahí? —le preguntó Hood.

—Es una adaptación de un juego creado por mí titulado «La Bestia del Pantano» —contestó Nancy—. Es todo igual, salvo los personajes y el guión. En mi juego, era un monstruo que vivía en un pantano y que huía de su creador y de los furiosos lugareños (algo muy distinto).

—Pero el juego lo creaste tú —terció Hood.

—Cierto —dijo Nancy, que se apartó de la consola para que siguiese Stoll—. Haga que el perro se escabulla bajo la tormenta que aparece a la izquierda —añadió.

—Gracias —masculló Stoll, que la miró con cara de fastidio y siguió con el juego.

Hood se alejó, y contuvo el impulso de coger a Nancy de la mano para que lo siguiese. No le había pasado inadvertida la mirada que Stoll les dirigió a ambos al presentársela. Aunque el Centro de Operaciones fuese un organismo de alto nivel, en el que se abordaban problemas que afectaban a la seguridad nacional, el ambiente era igual que en cualquier empresa: se chismorreaba. El personal era capaz de guardar secretos de Estado, pero la expresión «secretos personales» era casi un oximoron.

Nancy siguió a Paul por propia iniciativa. Hood reparó en la preocupación, el amor y la mortificante decepción que reflejaban sus ojos.

—Paul —le dijo ella quedamente—, ya sé que entonces fui yo quien lo estropeó todo. No obstante, esto de ahora no es cosa mía. Cualquiera ha podido hacer estos cambios.

—Supongo que te refieres al círculo de estrechos colaboradores de Dominique.

—En efecto.

—Te creo. La cuestión estriba en ver qué podemos hacer ante una cosa así. Perdón… —se excusó al oír sonar su teléfono móvil—. Diga.

—Soy Darrell, Paul. ¿Puede hablar?

—Sí —repuso Hood.

—Me he reunido con Liz y con Mike —dijo Darrell McCaskey—, y hemos llegado a la conclusión de que el individuo por quien se interesa usted es un fanático enfermo de odio. Además, es lo bastante poderoso para eludir a la justicia.

—Expliqúese.

—Por lo visto, utiliza una red bancaria para blanquear dinero y financiar grupos racistas en todo el mundo. Y la justicia hace como el cachorro, que persiste en perseguir pájaros que jamás alcanzará. Entretanto, este «pájaro» parece en condiciones de lanzar unas revolucionarias consolas, con un nuevo *joystick* que hace que los jugadores se sientan como si lo que ven en la pantalla fuese real.

—O sea, un nuevo *joystick* compatible con los videojuegos.

—Exacto —dijo McCaskey—. Pero nuestro problema más inmediato no va por ahí. Este grupo de Nación Pura apresado esta mañana puede ser un señuelo. Este grupo y los videojuegos podrían ser parte de un plan de más envergadura para provocar un grave estallido racial en las ciudades estadounidenses. Lo que ocurre es que no tenemos pruebas, sólo ciertos indicios y presentimientos.

—Ya. Casi siempre presentimos lo que nos conviene —argüyó Paul Hood—. ¿Cree que preparan algo en fechas concretas?

—Es difícil de asegurar. Los medios informativos están muy pendientes de Nación Pura, y creemos que se proponen aprovechar la tribuna que eso les brinda.

—Por supuesto que la aprovecharán —dijo Hood.

—Tienen los videojuegos listos para difundirlos. Y si se trata de un plan coordinado, quien lo dirija no va a dejar que remita el temor. Un par de golpes de mano contra los negros no sólo los indignaría, sino que los movilizaría. Acabo de hablar con mis amigos del FBI, y estamos de acuerdo en que, de producirse lo peor, los incidentes podrían empezar en cuestión de días, o acaso de horas.

Hood no se molestó en preguntarle cómo era posible que un solo magnate extranjero pudiera provocar lo que Rodgers llamaba «quebraderos de cabeza» sin ser descubierto. Ya sabía la respuesta: Dominique tenía dinero, autonomía y paciencia. Dinero y paciencia le bastaron a la secta Aum Shinrikyo, instalada en una oficina de Manhattan de 1987 a 1995. Compraron de todo: desde equipamiento informático hasta un sistema de láser capaz de medir el plutonio contenido en varias toneladas de acero destinado a la fabricación de cuchillos. Todo ello iba a ser utilizado para provocar una guerra entre Japón y EE. UU. Y aunque era improbable que la guerra llegase a estallar, la secta pudo haber destruido una ciudad estadounidense con armas nucleares. Sólo lo evitó la iniciativa de la Comisión del Senado para la Supervisión de los Servicios de

Inteligencia y la colaboración entre la CIA y el FBI, que lograron infiltrar agentes en la secta y detener a sus miembros.

—¿Qué posibilidades cree que hay de detener a ese individuo? —preguntó Hood.

—Está claro que hasta que no sepamos qué se propone y cuáles son sus objetivos, no podemos aventurarlo.

—¿Y cree… presiente… que es obra de un solo hombre? —volvió a preguntar Hood.

—Ésa es la impresión que tenemos aquí —contestó McCaskey.

—De manera que, con neutralizar a ese individuo, podríamos desbaratarlo todo, ¿no es así?

—Posiblemente. Por lo menos, eso es lo que yo creo.

—Pues sigan por ahí —dijo Hood—. ¿Se ha sabido algo de Bob?

—La verdad es que… sí —repuso McCaskey, vacilante.

—¿Qué hace? —preguntó Hood, algo escamado por el tono de McCaskey.

Darrell lo puso al corriente de la situación. A Hood le remordió la conciencia por haber dejado que Bob Herbert se aventurase solo. Un hombre en silla de ruedas, y en pleno bosque, a la caza de un tráiler lleno de neonazis. Era absurdo.

Paul Hood estaba furioso. El Centro de Operaciones perdió al soldado Bass Moore en Corea y al teniente coronel Charlie Squires en Rusia.

Herbert tenía que haber pensado que si le ocurría algo, el Congreso podía desautorizar toda operación que fuese más allá de sus mesas de despacho. Herbert no tenía ningún derecho a poner en peligro el Centro de Operaciones.

Pese a todo, Hood no pudo evitar enorgullecerse de Bob. La actitud de Herbert era lo que distinguía a los estadounidenses, inclinados a combatir la injusticia, con independencia de quién la sufriese.

Pero por más que fuese loable, la decisión de Herbert podía acarrear graves problemas, ya que se trataba de un agente de un

servicio de inteligencia estadounidense a la caza de neonazis en Alemania. Lo que quería decir que si quebrantaba la ley o simplemente si lo descubrían, los neonazis explotarían el incidente para presentarse como víctimas acosadas. Y entonces les lloverían las críticas al Centro de Operaciones, a Washington y a Hausen. Además, no había que perder de vista que los neonazis podían liquidar a Herbert. Acaso los secuestradores del tráiler ignorasen quién era, y aunque lo supieran, no todos los extremistas eran partidarios de hacerse propaganda. Lo único que querían muchos de ellos era ver muertos a sus enemigos.

De haber creído que Herbert lo escucharía, Hood le habría ordenado regresar al hotel, y de no ser por dos importantes «peros», Hood no hubiese dudado en pedirle a Hausen que enviase a alguien a buscarlo. Lo habría hecho de confiar en que Herbert estuviese aún a salvo, y de no temer que cualquier intervención levantase la liebre y *provocase* una situación crítica.

—¿No puede Viens hacer un seguimiento de Herbert? —preguntó Paul Hood.

—Por desgracia, no —contestó McCaskey—. Steve sólo dispone de un satélite para la zona, y no lo puede tener bloqueado. Ha tenido que dejar colgado a Larry para atender mínimamente a Bob.

—Dele las gracias de mi parte —dijo Hood sinceramente, aunque se diese a los demonios por no poder hacer más.

El director del Centro de Operaciones no iba a tener más remedio que dejar que las cosas siguieran su curso, y confiar en que Herbert conservase el anonimato y saliese sano y salvo del atolladero.

—No se retire, Paul. He de atender una llamada urgente por otra línea.

Hood aguardó. Se oía la voz de un presentador de la CNN que comentaba algo relacionado con la muerte de una celebridad en Atlanta. Hood sólo consiguió oír unas pocas palabras antes de que McCaskey volviera a ponerse.

—Paul, tengo también en línea a Mike —dijo McCaskey—. Me temo que tenemos un problema grave.

—¿De qué se trata? —preguntó Hood.

—Acabo de hablar con mi enlace con el FBI, Don Worby —le comunicó McCaskey—. Cinco negros han muerto a manos de blancos en cinco ciudades diferentes: Nueva York, Los Ángeles, Nueva Orleans, Baltimore y Atlanta. En todos los casos, han sido jóvenes blancos que han atacado a cantantes de rap. La víctima de Atlanta es Sweet T, la número uno local del rap. La han matado cuando salía de su apartamento…

—Debe de ser lo que he oído hace un momento —dijo Hood.

—¿Dónde? —preguntó McCaskey.

—En la CNN.

—¡Qué cabronazos! —exclamó McCaskey—. Quizá deberíamos reclutar nuestros EFECTHUM entre los miembros de su personal.

—¿Se dan cuenta de a qué nos enfrentamos? —terció Rodgers en tono sombrío—. Esos ataques son una versión moderna de la «Kristallnacht».

Paul Hood no había relacionado ambos hechos, pero Rodgers estaba en lo cierto. Los ataques eran similares a los de la «Noche de los cristales rotos», cuando la Gestapo orquestó actos de vandalismo contra sinagogas, cementerios, hospitales, escuelas, hogares y comercios judíos en toda Alemania. Treinta mil judíos fueron detenidos. Empezaron los encarcelamientos y los internamientos en campos de concentración como Dachau, Sachsenhausen y Buchenwald.

Los ataques eran similares, pensó Hood, *pero, sin embargo, había algo distinto…*

—No —dijo Paul, súbitamente alarmado—. No se trata de otra «Noche de los cristales rotos». No es más que el preludio…

—¿De qué? —preguntó Rodgers.

—Los neonazis matan a varios raperos —dijo Hood—, lo que enfurece a los que llaman *pandas* y a sus simpatizantes más

violentos, que atacan a los blancos, a muchos de los cuales, por lo pronto, les desagrada el rap. Esto conduce a más incidentes y disturbios raciales en la mayoría de las ciudades estadounidenses. *Entonces* es cuando los neonazis vuelven a la carga: cuando la EE. UU. blanca se harta de que se limiten a contener a los que provocan los disturbios, en lugar de atacarlos; cuando se practican algunas detenciones más; cuando aparecen en los medios informativos extremistas negros, que claman porque corra sangre de los blancos. En este momento empezará la nueva «Noche de los cristales rotos», los ataques coordinados y con todo tipo de armas.

—¿Y qué beneficio obtienen los neonazis? —preguntó Rodgers—. No pueden quebrantar la ley y aspirar a ocupar cargos oficiales en el futuro.

—Los más listos sí —replicó Hood—. Quienes se distancian de los que quebrantan la ley, pero no de la intolerancia que los incita.

El plan tenía sentido, y cuanto más lo pensaba, más brillante la parecía a Hood, de puro sencillo. Pensó en su propia hija, Harleigh, en cuyos compactos no faltaba el rap. Hood era partidario de la libertad de expresión, pero insistía en escuchar todos los álbumes que llevasen una nota de advertencia a los padres, no para censurarlos sino para discutirlos. Algunas de las letras eran realmente brutales y, en su fuero interno, tenía que reconocer que no le hubiese importado que los raperos cultivasen otro género. Además, Paul Hood tenía un pasado político liberal. A juzgar por sus conversaciones en las reuniones de padres en el colegio y en la parroquia, sabía que la mayoría pensaba de una manera más radical. Si los negros vengaban las muertes de los raperos, temía que las simpatías de los blancos de clase media estarían del lado de los asesinos blancos, quienes, probablemente, alegarían que se trataba de ataques preventivos. Las represalias de los negros no harían sino legitimar tales alegatos, y se producirían disturbios. La policía se vería obligada a contener a los negros. Entonces, los neonazis se

convertirán en «ángeles exterminadores» y, por lo tanto, en vencedores potenciales en futuras elecciones a cargos públicos.

Menos de cincuenta y cinco años después de la muerte de Hitler, los monstruos pueden convertirse en una fuerza política en Estados Unidos, pensó Hood.

—Antes destrozaban los cristales de las ventanas, y ahora los sueños de concordia —se lamentó Hood—. Es una pesadilla.

—Aún estamos a tiempo de detener esto, Paul —dijo Rodgers—. Si podemos denunciar públicamente la maniobra de Dominique, la gente comprenderá que la manipulan.

—Si me dice cómo llegar a él —le pidió Paul—, será un placer denunciarlo.

—Quizá haya un medio —dijo Rodgers—. Acabo de hablar con el coronel Bernard Ballon de la gendarmería francesa. Está en Toulouse y va tras el mismo individuo que nosotros, aunque por razones distintas.

—¿Distintas… en qué sentido? —preguntó Hood al entrar Hausen en su despacho.

El alemán lo miró consternado.

—Ballon cree que Gérard Dominique es jefe de una banda terrorista francesa conocida como Nuevos Jacobinos. Sus actividades contra los inmigrantes encajan, desde luego, con las ideas de Dominique.

—¿Y qué se propone hacer el coronel con Dominique? —quiso saber Hood, que vio que Hausen los miraba a Nancy y él al oír mencionar aquel nombre.

—No hemos hablado de ello —contestó Rodgers—. Oficialmente, supongo que lo que debe hacer es detenerlo a él y a su banda, pero con el dinero y la influencia que tiene Dominique, Ballon teme que logre salir incólume.

—No tiene por qué ser así —dijo Paul, que no había apartado la mirada de Hausen ni dejaba de pensar en las dos jóvenes asesinadas—. Y… ¿extraoficialmente?

—A tenor de mi conversación con Ballon, creo que le encantaría que sufriera un… accidente.

—Deduzco, Mike, que cree posible colaborar con él —insinuó Paul.

—Sólo hay un medio —contestó Rodgers—: necesita información que no puede proporcionar el satélite.

—No se preocupe —dijo Paul en tono expeditivo.

Hood miró la mochila de Matt Stoll. Parecía tan inofensiva como la de un excursionista.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con el coronel Ballon? —añadió el jefe del Centro de Operaciones.

Hood anotó el número de teléfono y miró a Hausen. El alemán estaba tan desasosegado como antes, pero la expresión de su rostro reflejaba ahora algo más. Era como si un barniz, espesado a lo largo de veinticinco años, se hubiese evaporado y dejase al descubierto un odio descarnado del que no se avergonzaba.

Paul le dijo a Rodgers que lo tendría al corriente de cualquier novedad y, a McCaskey, que lo tuviese informado acerca de la misión de Bob Herbert. Luego colgó y miró a Hausen.

—¿Qué tal le ha ido? —le preguntó Hood.

—Mal —repuso Hausen—. El embajador francés «me avisará» si podemos ir. En términos diplomáticos equivale a mandarte a hacer puñetas —añadió mirándolo con fijeza—. ¿Qué es todo eso acerca de Dominique?

—Un alto oficial de la gendarmería se encuentra en Toulouse dispuesto a acabar con él —contestó Hood—. Lo siento —añadió mirando a Nancy—, pero así es.

—Lo comprendo —dijo ella torciendo el gesto—. Creo que será mejor que me marche.

Al darse ella la vuelta para salir, Hood la sujetó por la muñeca y la retuvo.

—No vuelvas allí, Nancy.

—¿Por qué? ¿Crees que necesito protección para sobrevivir a una tormenta de mierda?

Hausen se giró hacia Stoll y Lang, interesado en aprender más acerca de aquel juego.

Paul alejó a Nancy unos pasos, hacia el fondo del despacho.

—Es una tormenta de mierda, desde luego —repitió él—, pero si Ballon entra en la factoría, todos los que trabajan para Demain serán sometidos a una investigación exhaustiva.

—Las leyes imponen unos límites.

—Cierto —reconoció Hood—. Los tribunales no tienen por qué ir más allá de lo que juzguen, pero piensa en las listas negras. ¿Qué empresa emplearía a alguien culpable de espionaje industrial, que haya malversado fondos o que haya utilizado información privilegiada en provecho propio?

—Pues… una empresa como Demain —replicó Nancy.

Hood se arrimó a ella. No le soltó la muñeca, pero dejó de apretar, ya que sujetaba la mano de una mujer, no la de una cautiva.

—Gracias a Dios, no hay muchas empresas como Demain —dijo él—. Lo que hacen es pernicioso. Y pase lo que pase, no debes volver allí.

—Todas las grandes empresas hacen cosas… perniciosas.

—Pero no como ésta. Si se abre esta caja de Pandora, pueden morir miles de personas. El mundo cambiará, y no a mejor.

Aunque su mirada era tan desafiante como triste, su tacto era aquiescente. Paul sintió deseos de besarla, de abrazarla, de hacer el amor con ella. *¿Quién soy yo para hablar de inmoralidad?*, se reprochó.

—O sea, que no quieres que vuelva. Y, además, deseas que ayude a llevar a Dominique ante la justicia.

—Exacto —dijo él sin soltarle la mano ni dejar de mirarla a los ojos.

Su abatido y tierno tono la ablandó casi tanto como sus palabras.

Nancy le apretó la mano y él correspondió.

—Aunque lo proceséis, Dominique tendrá la justicia del rico —le advirtió Nancy—, la clase de justicia que le gusta aplicar al gobierno francés, porque sirve para costear las segundas viviendas de los funcionarios.

—Dominique no saldrá impune de todo lo que ha hecho —le prometió Hood.

—¿Y yo qué? —preguntó ella—. ¿Cómo puede irle a una delatora?

—Cuando esto haya terminado, te ayudaré —dijo Paul—. Me ocuparé de que tengas trabajo.

—¡Mira tú qué bien! Gracias, hombre —ironizó ella—. ¿No se te ha ocurrido pensar que no es eso lo que necesito de ti, Paul?

Nancy ladeó el cuerpo, bajó la vista y se humedeció el labio superior con la lengua. Paul siguió sin soltarla. No podía decirle nada; nada que le hiciese albergar vanas esperanzas.

—Claro que ayudaré —dijo Nancy—. Haré lo que sea para ayudarte.

—Gracias.

—De nada. ¿Para qué están los ex prometidos?

Paul le tocó la mejilla y luego miró el bloque en el que anotó el número de Ballon. Marcó el número sin mirar a Nancy. El anhelo que reflejaba su mirada le habría dado a ella la respuesta, una respuesta que no les hubiese hecho ningún bien a ninguno de los dos.

CUARENTA Y TRES

Jueves, 18:44, Wunstorf, Alemania

El ruido que Bob Herbert oyó no era el del disparo. La bala hubiese atravesado su cerebro. Lo habría fulminado antes de llegar a oírlo.

Además, procedía de arriba.

La rama cayó pesadamente de los árboles. El oficial de la policía, que saltó hacia un lado, logró esquivar la rama, pero no a la chica, que fue a aterrizar encima de él.

La chica y el policía rodaron por el suelo. Ella pudo levantarse primero y, al verlo empuñar una pistola, le pisó la muñeca e hizo que la soltase.

—¡Tome! —le dijo a Herbert poniéndole la pistola en las manos.

Bob apuntó a la cabeza del policía, que no se mono. Herbert miró entonces a la joven, que estaba de pie junto a él, temblorosa aún tras la caída.

—¿Eres Jody Thompson? —le preguntó Herbert.

Ella asintió con la cabeza, casi jadeante. Debía de estar muerta de miedo, la pobre.

—Me llamo Bob Herbert —dijo él—. Soy funcionario del gobierno de Estados Unidos. Gracias por lo que has hecho.

—No es la primera… vez —farfulló ella sin aliento— que… caigo a los pies de un hombre…

Herbert sonrió. La humorada era más producto del pánico y del nerviosismo que de otra cosa.

—Ya supongo que no te has caído del nido —bromeó Herbert.

—Desde luego que no —dijo ella—. Lo que he hecho es deambular… hasta perderme. Me he quedado dormida ahí arriba, y me he despertado al oírlo a usted. Además, he visto lo que pasaba.

—Me alegro de que tengas el sueño ligero —se congratuló Herbert—. Ahora deberíamos asegurarnos de que nuestro amiguito está…

—¡Cuidado! —gritó Jody.

Herbert no había dejado de encañonar al policía, pero cometió el error de mirar a la chica. El alemán se levantó del suelo antes de que Bob pudiese disparar y trató de arrebatarle el arma. La silla de ruedas se venció hacia atrás y ambos cayeron al suelo.

En el forcejeo, Herbert perdió la pistola y optó por no buscarla. Boca arriba como estaba, con el policía encima, alargó el brazo y cogió el cuchillo que llevaba bajo uno de los brazos de la silla.

Jody saltó sobre el policía y tiró de su capote a la vez que Herbert empuñaba el cuchillo (una pequeña arma blanca, de sólo cinco centímetros de hoja, con una empuñadura que permitía asirlo como si fuese una manija). La hoja asomaba entre sus dedos índice y corazón.

El policía palpaba la silla y a Herbert en busca de la pistola. Y mientras Jody tiraba del capote del alemán y le gritaba, la mano izquierda de Herbert se disparó como una catapulta y agarró del pelo al alemán para inmovilizarle la cabeza. Luego, lo apuñaló bajo el mentón. Dirigió la punta del cuchillo hacia el lado del corazón, al objeto de seccionarle la yugular interna y la externa. El músculo trapecio, en la parte exterior del cuello, retuvo el arma y le sirvió a Herbert de apoyo para ahondar en la herida.

El alemán dejó de buscar la pistola, aunque no de moverse. Intentó quitarse el cuchillo de la garganta, pero la combinación de fuerzas (Herbert tiraba de su cabeza hacia atrás a la vez que presionaba con el cuchillo hacia adentro) se lo impedía. Herbert no

quería que abriese la boca y gritase, ni que Jody, que estaba a horcajadas en su espalda, le viese la cara y la herida.

A los pocos segundos, el policía apenas podía respirar. Con la boca llena de sangre que rebosaba por sus labios, intentó desasirse de Herbert, que no aflojó la mortal presa.

El alemán lo miró transido de dolor y de estupefacción. El barrillo enrojecía bajo sus pies. Hizo débiles —casi infantiles— intentos de pegarle a Herbert. Luego, escupió sangre y se desplomó sobre el pecho del estadounidense.

Bob sabía perfectamente que esta vez no iba a levantarse. Cuando el alemán quedó al fin inerte, le dijo a Jody que retrocediese y se diese la vuelta.

—¿Está… seguro? —dijo ella.

—Seguro —respondió él.

Jody se enderezó trabajosamente y, en cuanto se hubo alejado unos metros, Herbert empujó al alemán al suelo y lo apartó de la silla. Luego, limpió el cuchillo y lo volvió a guardar en la funda.

—¿Te encuentras bien, Jody?

—¿Está muerto?

—Sí.

Ella asintió con la cabeza.

—Si me ayudas a volver a sentarme en mi silla, podremos salir de aquí.

—Señor Herbert… —dijo ella mientras lo ayudaba.

—Llámame Bob —la corrigió él.

—Bob, ¿qué sabe usted de la gente que ha intentado matarme?

Herbert volvió a pensar en las tomas que el satélite había hecho de la zona.

—Creo que están acampados junto a un lago cercano, hacia el norte.

—¿A qué distancia, más o menos?

—Unos pocos kilómetros —contestó Herbert, que cogió el móvil sin dejar de mirarla—. Voy a informar a mis superiores de que te he

encontrado. Te llevaré a Hamburgo y te pondré en un avión para que vuelvas a casa.

—No quiero volver a casa todavía.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Estás cansada…? ¿Herida? ¿Hambrienta?

—No, qué va; nada de eso. Ahí arriba, en el árbol, no he parado de pensar en cómo los odio.

—Yo también los odio —dijo Herbert—. Gente como ellos fue la que me dejó sin piernas, y sin esposa, por razones que ya nada importan.

—Y también pensaba —prosiguió Jody— en que quizá haya sobrevivido por alguna razón.

—Claro. Para volver a casa con tu familia.

—Si es así, volveré a casa con ellos —convino la joven—, pero no inmediatamente, ya que quiero ayudarlos a ustedes.

—Bien —dijo Herbert—. Cuando vuelvas a Estados Unidos, vende los derechos para hacer una película sobre tu aventura. Lo digo en serio. Que la gente sepa lo que ocurre en el mundo real. Pero sobre todo asegúrate de que me contrate Tom Selleck, ¿eh? Y de que podrás supervisar el rodaje. Si no, me enfadaré mucho.

—He estudiado cine, y podría decir que de momento aún no tenemos… clímax…

—¿Que no? ¿Qué te parece esto a toda página? —exclamó Herbert, que frunció el entrecejo e hizo expresivos ademanes que aludían al tamaño de unos grandes titulares—: «Joven de Long Island ayuda al gobierno a matar a un policía neonazi alemán» —añadió—. ¿Te parece poco clímax?

—Sí —replicó ella—. Me gusta más éste:

«ABUELO ORGULLOSO DE SU NIETA, QUE COMBATE A SUS ANTIGUOS ENEMIGOS».

Es menos sensacionalista pero más sustancial.

—Estás como una cabra —dijo Herbert mientras marcaba un número en su móvil—. Como decíamos en Beirut: mucha bravura, poca cordura.

—A veces, sólo tenemos que hacer lo que tenemos que hacer —replicó ella, que pensó que la vieja conseja la hacía… más vieja.

La animosa joven se acercó al oficial de policía, le cogió la pistola y le limpió la broza frotándola en sus tejanos.

—Deja eso —la previno Herbert—, no vaya a disparársete y a atraernos refuerzos.

—Utilizamos una P treinta y ocho como ésta en la película —dijo ella tras examinar el arma—. El encargado de accesorios me enseñó cómo funciona.

—¡Bravo por él! ¿La has disparado?

—Sí. Le acerté a un tronco desde unos diez metros de distancia.

—Estupendo. De todas maneras, hay dos cosas que debes saber. En primer lugar, que ésta es una P cinco y no una P uno, que es el nombre oficial de la Walter P treinta y ocho que utilizaste. Ambas son del calibre nueve por nueve milímetros, y son muy similares. En segundo lugar, que los troncos no tienen buena puntería.

Herbert miró impaciente el teléfono. No contestaban. Jody frunció los labios, se acercó a él y tocó el botón de desconexión.

—¡Eh! —exclamó él—. ¡Quita la mano de ahí!

—Gracias por su ayuda, señor Herbert… es decir, Bob. No obstante, me marcho.

—Ni hablar —replicó él—. Lo más probable es que ronden por ahí centenares de fanáticos sicópatas, y no sabes cómo las gastan.

—Me parece que sí.

—¡No lo sabes! —le gritó Herbert—. La mujer que te ha secuestrado es Karin Doring. ¿Sabes por qué no te ha matado? Porque eres una mujer.

—Ya lo sé. Me lo dijo.

—No cometerá el mismo error dos veces. Y los lameculos que trabajan para ella tampoco volverán a cometer el mismo error. Lo

más probable es que te descubriesen los centinelas a las primeras de cambio.

—Me las arreglaré. Soy muy escurridiza.

—Aunque así sea, y aunque los centinelas estén borrachos o drogados, o ambas cosas, ¿qué harías una vez en el interior del campamento? ¿Matar a Karin?

—No —repuso Jody—. No deseo ser como ella. Sólo espero que me vea. Quiero que vea que estoy viva y que no le tengo miedo. Me dejó en el tráiler indefensa y humillada. Tengo ganas de desquitarme.

—¡Ya te has desquitado!

—¿Cómo cree que estoy yo ahora, Bob? ¿Orgullosa? No. Estoy avergonzada, de puro temor a no ser capaz de hacerle frente. He de morderle la oreja a mi torturador.

—¿Cómo dices? —exclamó Herbert, perplejo.

—Como hizo mi abuelo. Si no lo hago, nunca podré entrar en una habitación a oscuras ni en una calle solitaria sin temor. Y también decía mi abuelo que fue el temor lo que utilizó Hitler para dominar a los demás. Quiero que esa gente sepa que no ha logrado asustarme. Y sólo podré hacerlo si voy al campamento.

Herbert se impulsó con la silla para acercarse un poco más a ella.

—Tienes parte de razón en lo que dices —admitió Herbert—, pero volver allí no serviría para nada. Tendrías diez segundos de gloria antes de que te acribillasen a tiros.

—Si usted me ayuda, no —persistió Jody, inclinándose hacia él—. Sólo quiero que me vea la cara. Eso es todo. Si no huyo de esto, nunca huiré de nada. Pero si huyo, esa bruja se habrá salido con la suya y habrá matado una parte importante de mí.

Herbert no pudo rebatirle sus argumentos. De estar en su lugar, habría querido hacer exactamente lo mismo que ella proponía, o acaso más, pero eso no significaba que fuese a secundarla.

—¿Crees que iba a poder vivir yo con la conciencia tranquila, si te ocurre algo? —dijo él—. Además, piénsalo bien: has mantenido la

calma, has luchado, me has salvado la vida. Todo esto es suficiente para que no tengas que demostrar nada.

—No. No he logrado exorcizar a mi demonio. Por consiguiente, voy a ir, y usted no podrá impedírmelo porque no podrá alcanzarme.

—Que no te llame a engaño la silla de ruedas, joven testaruda. Cuando es necesario, puedo volar —gruñó Herbert, que le apartó a Jody la mano del botón y volvió a marcar el número—. Además, no puedo dejarte morir porque te necesitaremos como testigo en el juicio. Esta mañana me he entrevistado con Richard Hausen, viceministro de Asuntos Exteriores. Está decidido a acabar con ellos. Creo que ésta es la mejor manera de vengarte.

—Está decidido a acabar con ellos —repitió Jody—, tanto como ellos a acabar con él. Centenares contra uno. ¿Quién cree usted que ganará?

—Eso depende de quién sea el «uno».

—Exacto —replicó ella.

—*Touché* —admitió Herbert mirándola—. Pero… pese a ello, *no vas a ir*.

Jody enarcó las cejas, se enderezó y echó a caminar.

—¡Bobadas! —masculló Jody sin volver la cabeza.

—Jody… ¡cálmate! —le siseó él—. Jody… ¡ven aquí!

Ella meneó la cabeza y siguió adelante. Herbert juró por lo bajo, guardó el teléfono y echó tras ella.

Mientras remontaba la suave pendiente de un camino vecinal que cruzaba una fronda, oyó crujir ramas por detrás. Se detuvo a escuchar y juró de nuevo.

Alguien lo seguía. Los habrían oído, o buscarían al oficial de la policía. Para el caso, daba igual. Jody le llevaba una delantera de unos veinte metros y seguía sin detenerse. No podía llamarla a gritos, porque no haría más que delatar su posición. Sólo podía hacer una cosa.

Estaba oscuro como boca de lobo. Herbert se impulsó sigilosamente hasta detrás de un árbol y escuchó.

Oyó pisadas. Sin duda, se trataba de dos personas que parecían haberse detenido en el lugar donde debía de seguir el cuerpo del policía. ¿Seguirían su camino o volverían sobre sus pasos?

Al cabo de un momento, las pisadas continuaron hacia él, que asió el palo y aguardó. Oía a Jody alejarse en dirección norte. Se daba a los demonios por no poder gritarle que se detuviese.

Respiró hondo para relajarse. Durante el tiempo que asistió a rehabilitación practicó ejercicios respiratorios muy útiles. Allí aprendió que el movimiento no sólo se demostraba andando.

Apostado tras el árbol, vio que dos hombres se acercaban, y creyó reconocerlos. Parecían los del tráiler. Herbert aguardó hasta que hubieron pasado de largo, se impulsó entonces hasta detrás del que iba más rezagado y le descargó un fuerte golpe en el muslo con el palo. Al darse la vuelta el otro, con el subfusil en bandolera, Herbert le golpeó la rodilla izquierda, y cuando se venció hacia adelante y le cayó encima, Herbert aprovechó para golpearlo en la cabeza.

Antes de que al otro le diese tiempo a rehacerse, Bob le descargó un terrible golpe en la nuca que lo dejó sin sentido.

Los dos… caminantes yacían a sus pies. Herbert les dirigió una burlona sonrisa. *Debería matarlos*, pensó llevando la mano a su pequeño cuchillo. Pero eso lo hubiese hecho tan canalla como eran ellos.

Herbert volvió a colocar el palo bajo el brazo de la silla, cogió el subfusil ametrallador (un Skorpion checo), lo acomodó en su regazo y se impulsó hacia donde había ido Jody.

Aunque iba tan de prisa como podía a través de la negro-azulada oscuridad del bosque, era consciente de que Jody le llevaba demasiada delantera. Pensó en llamar a Hausen para pedirle ayuda, pero ¿en quién podía confiar Hausen? Según Paul, el viceministro ignoraba que su secretario fuese un neonazi. Tampoco podía llamar a la policía porque había matado a un hombre y probablemente lo retirarían de la circulación antes de que pudiese poner a salvo a

Jody. Y aunque estuviesen de parte de la ley, ¿cómo iban unos pocos agentes a marchar sobre un campamento de extremistas militantes en plenos Días del Caos? (extremistas que acababan de matar a sangre fría a varias personas que intervenían en el rodaje de una película).

Como aprendió a hacer en sus primeros tiempos de activista del espionaje, hizo inventario de las cosas que sabía con seguridad. En primer lugar, en una situación como aquélla, sólo podía contar consigo mismo. En segundo lugar, si Jody llegaba al campamento antes que él, la matarían. Y, en tercer lugar, lo más probable era que Jody llegase al campamento antes que él. Además, estaba molido.

Herbert apretó los dientes, asió las ruedas y se impulsó en pos de Jody Thompson.

CUARENTA Y CUATRO

Jueves, 18:53, Toulouse, Francia

Mientras el coronel Ballon seguía atento a la pantalla del monitor del vídeo, pensaba, al igual que la mayoría de los franceses, lo poco que le importaban los estadounidenses.

Dos hermanas menores del coronel Ballon, que vivían en Quebec, no paraban de lamentarse de lo autoritarios, engreídos y toscos que eran los estadounidenses y… *de lo puñeteramente cerca que estaban*.

Las propias experiencias de Ballon con turistas estadounidenses en París, que era adonde estaba destinado, le habían hecho comprender con claridad cuál era el problema. Los estadounidenses eran afrancesados: bebían, fumaban y vestían a la francesa; adoptaban un talante despreocupado, muy a la francesa, y mostraban un gusto por las artes muy francés también. Sólo que… se negaban a hablar como los franceses. E incluso en Francia esperaban que todo el mundo hablase inglés.

Las opiniones de los militares tampoco ayudaban. Debido a la desastrosa campaña de Napoleón en Rusia y a la segunda guerra mundial, los estadounidenses daban por sentado que los soldados franceses eran muy inferiores a los estadounidenses, y que sólo merecían las migajas que quisieran echarles.

Pero los desastres de Bonaparte y de la línea Maginot eran excepciones de una historia militar magnifica, se decía Ballon. Tan es

así que, sin la ayuda militar francesa a George Washington, EE. UU. no existiría. Y eso no siempre lo reconocían todos los estadounidenses. Como tampoco que los hermanos Lumière, y no Edison, inventaron el cine. O que fueron los hermanos Montgolfier, y no los hermanos Wright, quienes hicieron posible que el hombre volase. Lo único bueno de los estadounidenses era que le permitían tener a alguien más a quien odiar, y no sólo a los alemanes.

Sonó el teléfono y el coronel Ballon lo miró unos instantes. Debía de ser él: Paul Hood. La verdad era que a Ballon no le apetecía nada hablar con el tal Hood, pero aún le apetecía menos ver cómo Dominique se le escurría de entre las manos. De modo que dejó de darle vueltas y, con su habitual determinación, cogió el teléfono.

—Diga.

—¿Coronel Ballon?

—Sí.

—Soy Paul Hood —dijo el director del Centro de Operaciones sin rodeos—. ¿Necesita usted ayuda?

—Sí —admitió Ballon, en parte porque lo había pillado de improviso, pero sobre todo porque era la pura verdad.

—¿Me entiende bien o prefiere que le hable en francés?

—No, gracias. Prefiero no oír cómo asesina mi idioma.

—De acuerdo —dijo Hood—. Lo cierto es que, con el francés que enseñan en el bachillerato y en la universidad, no se llega a ser políglota.

—El mundo académico no sirve para llegar a nada —sentenció Ballon—. Es la vida la que nos forma. Pero no se vive de palabras; ni enclaustrado entre cuatro paredes tampoco. Quiero detener a Dominique, señor Hood, y tengo entendido que dispone usted de un equipamiento que puede ayudarme a hacerlo.

—En efecto.

—¿Dónde está usted?

—En Hamburgo.

—Muy bien. Puede coger uno de los «airbuses» que hicieron multimillonario al padre de Dominique. Si se da prisa, puede estar aquí dentro de dos horas.

—Pues vamos para allá —dijo Hood.

—¿Vamos? —exclamó Ballon, receloso—. ¿Quién más está ahí?

—Richard Hausen, viceministro de Exteriores —contestó Hood—, y dos colaboradores míos.

Primero exultante, luego receloso y ahora… furioso. *¡Tenía que ser un alemán!*, pensó el coronel. *¡Y precisamente aquel alemán!*

—Coronel Ballon —dijo Hood—, ¿sigue usted ahí?

—Sí —repuso el francés con sequedad—. O sea que, además de tener que esperar aquí sentado dos horas, habré de pelearme con las autoridades para conseguirle a un funcionario alemán ávido de protagonismo una visita extraoficial.

—Yo lo tengo en otro concepto —replicó Hood—. El protagonismo puede ser desinteresado si es por algo que merezca la pena.

—No me dé lecciones de altruismo. Es como si él fuese un general y yo un soldado que se bate en las trincheras. Pero… eso sería lo de menos —se apresuró a matizar Ballon—. Yo necesito su ayuda y usted la mía. Y punto. Haré unas llamadas e iré a esperarlo al aeródromo de Lasbordes a las ocho.

—No se retire —le dijo Hood—. Usted me ha hecho unas preguntas, y ahora me toca el turno a mí.

—Pues pregunte.

—Creemos que Dominique se propone lanzar una campaña, a través de Internet, encaminada a propagar el odio, provocar disturbios y desestabilizar a los gobiernos.

—El general Rodgers me ha hablado de ello.

—Bien —continuó Hood—. ¿Le ha dicho también que queremos detenerlo y no, simplemente, amenazarlo?

—No con tantas palabras —repuso Ballon—. Considero a Dominique un terrorista. Si puede ayudarme usted a demostrarlo, entraré en su factoría y lo detendré.

—Tengo entendido que eludió ser arrestado en otra ocasión.

—Cierto —reconoció Ballon—. No obstante, me propongo hacer algo más que detenerlo. Permítame que le exponga algo que confío conteste a todas sus preguntas. Los franceses siempre hemos apoyado mucho a nuestros empresarios más emprendedores, y éstos prosperaron en los momentos más difíciles para nuestra economía. Lo consiguieron a pesar de las cortapisas gubernamentales. Y he de admitir, no sin cierto rubor, que muchísimos franceses aprueban las actividades de los Nuevos Jacobinos. Aquí, a nadie le gustan los inmigrantes, y los Nuevos Jacobinos los atacan con la ferocidad de las jaurías. Si la gente supiese que Dominique está detrás de esos ataques, lo considerarían poco menos que un héroe.

A Ballon le escocían los ojos de tanto mirar la pantalla del monitor Imaginaba a Dominique cómodamente arrellanado en el sillón de su despacho.

—Pero aunque los franceses somos temperamentales, la mayoría de nosotros cree en la concordia, en cicatrizar las heridas, en la armonía. Ustedes los estadounidenses consideran esto como enarbolar la bandera blanca, pero yo lo veo como una actitud civilizada. Dominique no es una persona civilizada porque viola las leyes francesas y la Ley de Dios. Al igual que su padre, Dominique tiene conciencia de… diamante industrial, de alevoso cortafríos. Y yo estoy resuelto a hacer que pague por todos sus crímenes.

—Creo en las cruzadas morales y secundaré la suya con todos los recursos de mi organización —le aseguró Hood—. Aunque… todavía no me ha dicho hacia dónde se dirige esa cruzada.

—Hacia París —contestó Ballon.

—¿Y bien? —dijo blood.

—Me propongo detener a Dominique, confiscar sus documentos y sus programas informáticos y luego dimitir de la gendarmería. Los abogados de Dominique se ocuparán de que no tenga que afrontar un juicio. Pero mientras se instruye el sumario, denunciaré ante los

medios informativos todos sus delitos: los asesinatos y violaciones que ha cometido u ordenado, sus fraudes a Hacienda, las empresas y propiedades que ha adquirido ilegalmente y otras cosas que no podría revelarle en tanto sea funcionario del gobierno.

—Espectacular —admitió Hood—. Pero si las leyes francesas son, poco más o menos, como las estadounidenses, se querellarán contra usted y lo destrozarán.

—Cierto —reconoció Ballon—, pero mi juicio sería también el de Dominique. Y cuando hubiese terminado, también habría terminado él. Estaría acabado… hundido.

—Y usted también.

—Sólo en el cuerpo —replicó Ballon—. Pronto encontraría otro trabajo honrado.

—¿Piensan igual sus hombres?

—No todos —contestó Ballon con franqueza—. Se limitan a cumplir un servicio. Es lo único que les pido, igual que a usted. Si me ayuda a demostrar lo que hacen en Demain, si me proporciona la justificación para entrar en la factoría, podemos hundir a Dominique hoy mismo.

—Me parece justo. Cuente conmigo. De un modo u otro estaremos ahí. Y… gracias.

—También yo se las doy —dijo Ballon, que siguió con el auricular en la mano tras despedirse de Hood.

—¿Buenas noticias? —preguntó el sargento Ste. Marie.

—Muy buenas —contestó Ballon sin entusiasmo—. Nos van a ayudar. Por desgracia, quienes van a ayudarnos son un estadounidense y… un alemán.

—Pues ya podemos marcharnos a casa —se lamentó Ste. Marie —. El *boche* tendrá que vérselas con Dominique él solito.

—Calma —dijo Ballon—. Ya veremos en qué queda su audacia sin la presencia de periodistas que le bailen el agua.

Tras mascullar airadamente: «Bah… estadounidenses y un alemán», Ballon llamó al despacho de un viejo amigo del Comité

Départemental de Tourisme para que hiciesen la vista gorda cuando llegase el avión. De lo contrario, tendría que vérselas con el exceso de celo de funcionarios ávidos de ascensos…

CUARENTA Y CINCO

Jueves, 18:59, Hamburgo, Alemania

El industrial Martin Lang hablaba a través de su móvil mientras Hood ayudaba a Matt Stoll a recoger su equipo. Lang llamaba al aeropuerto de las afueras de Hamburgo, para ordenar que tuviesen a punto el reactor de la compañía. Por su parte, Stoll acababa de cerrar la cremallera de la mochila con expresión de ansiedad.

—Quizá no lo he entendido bien cuando se lo ha explicado a Lang —dijo Stoll—. ¿A qué voy a Francia?

—A explorar la factoría de Demain en Toulouse con el detector Ave-X.

—No, si eso ya lo he entendido —reconoció Stoll—. Lo que ocurre es que, por lo visto, va a entrar alguien más, ¿no? ¿Profesionales?

Hood miró a Stoll y luego a Hausen, que estaba de pie en la puerta que separaba ambos despachos. El viceministro hablaba por teléfono con Tráfico Aéreo para que le concediesen los oportunos permisos al Learjet 36A de Lang.

El reactor del grupo de empresas Lang tenía capacidad para seis pasajeros y dos tripulantes, y una autonomía de 5250 km. A una velocidad media de 650 km/h llegarían a la hora prevista.

—Listo —dijo Lang, que miró el reloj nada más colgar—. El avión los estará esperando a las siete y media.

Hood no dejaba de observar a Hausen. De pronto, cavó en la cuenta de algo que lo estremeció tanto como lo enfureció. El

secretario de Hausen se la había jugado al viceministro. ¿Y si había micrófonos ocultos en el despacho?

—Pierdo facultades, Matt —se excusó Hood—. Ese tipo que trabajaba para Hausen, el tal Reiner, ha podido instalar aquí micrófonos ocultos.

—¿Como éste? —dijo Stoll, que sacó del bolsillo de la camisa un minúsculo envoltorio de celofán. Dentro había un objeto de forma y tamaño similares a la cabeza de un alfiler—. He registrado la oficina de arriba abajo mientras estaban fuera. Con todo eso del videojuego, he olvidado decírselo.

—¡Dios lo bendiga, Matt! —exclamó Hood dándole una palmadita en el hombro.

—O sea… ¿que me libera de tener que ir a Francia?

Hood meneó la cabeza, sonriente.

—No sé por qué me he molestado en preguntárselo —dijo Stoll, desconsolado.

Cuando Matt se hubo alejado, Hood se dio a los demonios. ¿Cómo podía haberle pasado por alto lo del micrófono? Miró a Nancy, que se le acercó. Iba a afrontar una situación potencialmente muy peligrosa que podía dar al traste con la misión, acabar con su carrera e incluso con su vida.

Has de concentrarte en el trabajo, se reconvino. *No puedes dejar que Nancy te distraiga, ni ensimismarte con «lo que pudo haber sido y no fue»*.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nancy.

—Nada —contestó él.

—Ya. Flagelándote —dijo ella, sonriente—. Recuerdo muy bien lo que significa esa expresión en tu cara.

Hood se crispó. Alzó la vista para asegurarse de que Stoll no los observaba.

—No pasa nada, hombre —lo consoló Nancy.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, nervioso.

Quería salir de allí cuanto antes, huir de la tentadora proximidad.

—A ser humano. Cometer un error de vez en cuando, o desear algo ajeno, es humano. También es humano desear algo que… fue tuyo.

Hood se volvió hacia Hausen para que no diese la impresión de que dejaba a Nancy a un lado, aunque así era. Ella reaccionó de inmediato y se plantó frente a Hood.

—Por Dios, Paul, ¿por qué te impones semejante carga? ¿Por qué ese empeño en ser *perfecto*?

—Mira, Nancy, éste no es el momento ni el lugar.

—¿Por qué? —dijo ella—. ¿Crees que vamos a tener otros momentos?

—No. Probablemente, no —repuso él con franqueza.

—Olvidémonos de mí, y piensa en ti. Cuando éramos más jóvenes trabajabas mucho para llegar a algo, pero ahora que has llegado sigues igual. ¿Para qué? ¿Para dar ejemplo a tus hijos o a tus subordinados?

—Nada de eso —repuso él con acritud. ¿Por qué tenía que estar siempre justificándose, ante todo el mundo, por su sentido del deber?—. Sólo trato de hacer las cosas bien, en lo personal y en lo profesional. Hacer las cosas bien. Si a los demás les parece esto demasiado simplista o demasiado vago, no es mi problema.

—Ya podemos marcharnos —dijo Hausen.

El viceministro se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y se acercó con paso enérgico a Hood. Era obvio que estaba satisfecho, y no reparó en que fuese a interrumpir la conversación entre Hood y Nancy.

—El gobierno nos autoriza a partir de inmediato —les comunicó Hausen, que se volvió hacia Lang—. ¿Está todo dispuesto, Martin?

—El reactor está a su disposición —contestó Lang—. No iré con ustedes. No haría más que estorbar.

—Bueno… nosotros sí hemos de irnos ya —dijo Hausen.

Stoll palpó en la mochila el detector Ave-X.

—Ya digo yo… —se lamentó Stoll—. ¿Para qué voy a ir al hotel a darme un baño caliente, si puedo ir a Francia a pegarme con los terroristas?

Hausen señaló hacia la puerta. Se impacientaba, como quien espera con ansiedad que se marchen los imitados después de una cena. Hood no lo había visto tan animado en todo el día. ¿Se debía a que, por fin, el capitán Ahab avistaba la ballena blanca, tal como él sospechaba, o a que, como creía Ballon, el político se aprestaba a dar un golpe de efecto sin precedentes?

Hood cogió de la mano a Nancy y fue hacia la puerta. Ella se resistió y Paul se detuvo y se giró. Nancy ya no era la mujer segura de sí misma que fue a su encuentro en el parque. Estaba triste y desconsolada, aunque no menos atractiva.

Paul sabía lo que Nancy pensaba: que tenía que habérseles enfrentado, en lugar de ayudarlos a destituir lo que quedaba de su vida. Le tentó decirle lo que quería escuchar; mentirle y aventurar que podían intentarlo de nuevo. Porque en aquellos momentos, para cumplir con la obligación de defender a su país, necesitaba la ayuda de Nancy.

Ya. Pero si le mientes a ella, pensó, *también puedes mentirle a Mike, a tu personal, al Congreso, e incluso a Sharon*.

—Tendrás trabajo, Nancy —optó por decirle Paul—. Te he dicho antes que te ayudaría y te ayudaré.

Paul estuvo también tentado de recordarle quién dejó a quién, pero ¿qué sentido tenía? La lógica de las mujeres era distinta.

—Ése es mi problema, no el tuyo —dijo Nancy, que pareció leerle el pensamiento y querer demostrarle lo equivocado que estaba—. Dices que si logras entrar en la factoría, necesitarás mi ayuda. Pues bien: no volveré a dejarte en la estacada.

Nancy movió la cabeza igual que le vio hacer Paul en el vestíbulo del hotel al ir hacia Hausen. La larga y rubia melena se ladeó como si se sacudiese las dudas y el resentimiento.

El viceministro le dio las gracias —se las dio a todos— al entrar los cinco en el ascensor para bajar al vestíbulo.

Paul permaneció junto a Nancy. También él quería darle las gracias a ella, y no le pareció suficiente hacerlo con ninguna de las expresiones al uso. Le apretó la mano sin mirarla y se la soltó enseguida. Pero aunque la vio parpadear por el rabillo del ojo, Nancy apenas se inmutó.

No recordaba haberse sentido, a la vez, tan lejos y tan cerca de una persona. Si para él era una frustración saberse incapaz de modificar aquella equidistancia, para Nancy debía de ser aún mucho más duro.

De pronto, ella no pudo más. Se le saltaron las lágrimas, le cogió la mano y no se la soltó hasta que el ascensor llegó al vestíbulo. El breve contacto físico de sus manos se interrumpió, pero no su hechizo.

Nancy y Paul dirigieron la mirada al frente y enfilaron hacia el coche que aguardaba en la puerta.

CUARENTA Y SEIS

Jueves, 13:40, Washington, D.C.

Cuando era pequeño y vivía en Houston, Darrell McCaskey modeló una Smith and Wesson automática con un trozo de madera de cebil. La llevaba siempre al cinto, como había leído que hacían los agentes del FBI. Con una goma de un tirachinas y unos clavos se hizo la universal pistola infantil de ganchos, y siempre llevaba encima una buena provisión de municiones.

Darrell empezó a llevar la pistola al colegio en el cuarto curso de EGB. Y como se la colocaba bajo la camisa, tenía que andar con una rigidez a lo John Wayne que provocaba las burlas de sus compañeros. Pero no le importaba. No comprendían que hacer cumplir la ley no sólo era trabajo de los profesionales, sino de todos. Además, como era bajito y había *hippies* por todas partes, manifestaciones y sentadas, se sentía más seguro armado.

McCaskey le disparó al primer profesor que intentó quitarle la pistola. Después de imponerle una redacción que le obligó a leerse lo que decía la Constitución sobre el derecho a llevar armas, le permitieron conservar la pistola, siempre y cuando se limitase a utilizarla en defensa propia.

En sus primeros tiempos de agente del FBI, McCaskey disfrutaba cuando le asignaban servicios de vigilancia y de investigación. Y aún disfrutó más cuando lo ascendieron a subinspector y tuvo mayor autonomía. Sin embargo, los sucesivos ascensos a inspector y

supervisor lo desilusionaron, porque tenía pocas oportunidades de intervenir en servicios fuera de las cuatro paredes de su despacho.

Cuando le ofrecieron a McCaskey una jefatura en Dallas, sólo aceptó el ascenso porque tenía esposa y tres hijos. Significaba aumento de sueldo, un trabajo menos peligroso y poder pasar más tiempo con su familia. Pero cuando se vio sentado tras una mesa de despacho para coordinar los servicios, comprendió que echaba de menos la vigilancia y la investigación.

Al cabo de dos años, la colaboración con la policía mexicana le hizo concebir la idea de formar alianzas policiales con cuerpos de otros países. El director del FBI aprobó su plan de redactar un borrador de estatutos. Luego, le asignó encabezar la delegación para negociar el TIAP (Tratado Internacional de Alianzas Policiales) que, rápidamente aprobado por el Congreso y por once gobiernos extranjeros, permitió a McCaskey trabajar en casos en la capital mexicana, Londres, Tel-Aviv y otras ciudades.

Después, se trasladó con su familia a Washington, y meses más tarde lo nombraron subdirector.

Darrell McCaskey fue el único nombre que Paul Hood propuso para que se incorporase al Centro de Operaciones, con la misión de servir de enlace con los demás servicios de inteligencia y cuerpos policiales.

A McCaskey se le prometió y se le concedió una relativa autonomía y trabajaba en estrecho contacto con la CIA, el servicio secreto, sus antiguos amigos del FBI y organismos homólogos de otros países.

Pero… seguía encerrado entre cuatro paredes. Y gracias a los ordenadores y a la tecnología de la fibra óptica, ni siquiera tenía que salir de su despacho como durante la época que se consagró a impulsar el TIAP. Los disquetes y el correo electrónico hacían innecesario el salir del despacho para hacer fotocopias o recoger la correspondencia del buzón exterior. Le hubiese gustado vivir en la época de los héroes de su infancia: el agente especial Melvin Purvis

del FBI y Eliot Ness. Se entusiasmaba sólo con pensar en lo apasionante que debió de ser ir a la caza del bandido Kelly por el Oeste, o tras los secuaces de Al Capone por destartaladas escaleras y por los oscuros tejados de Chicago.

Darrell McCaskey pulsó varios botones de su móvil y frunció el entrecejo. *Ya ves, en lugar de eso, tecleo un código de tres dígitos para llamar a la ONR*.

No renegaba de las facilidades de la moderna tecnología, aunque la verdad era que no se imaginaba enseñándole a sus hijos a hacerse teléfonos con trozos de madera de cebil.

Le pasaron enseguida con Stephen Viens. La ONR había enviado numerosas tomas, vía satélite, de la factoría de Demain en Toulouse. Pero no bastaban. Mike Rodgers le había dicho que si Ballon y sus hombres tenían que irrumpir en la fortaleza, no quería que fuesen a ciegas. Aunque, pese a lo que Rodgers le dijera a Ballon, los miembros del equipo técnico de Matt Stoll ignoraban hasta qué punto podría el Ave-X detectar qué ocurría en el interior de la planta, cuántos hombres armados había y cuál era su distribución.

Viens había utilizado el satélite EAR de la Oficina Nacional de Reconocimiento para rastrear la zona. El láser del satélite «leía» las paredes de un edificio de la misma manera que un lector de *compact disc* «leía» un CD. En lugar de datos en la superficie de un disco, el EAR descifraba las vibraciones de las fachadas de los edificios. La claridad dependía de la composición y grosor de las paredes. Con determinados materiales (especialmente el metal, que vibraba con mayor fidelidad y resonancia que los porosos ladrillos), la capacidad de amplificación de los ordenadores permitía recrear las conversaciones que tuviesen lugar dentro de los edificios. Pero las ventanas de triple panel de la fortaleza no vibraban lo suficiente como para poder «leerlas».

—El edificio de la factoría es de ladrillo rojo —dijo Viens en tono abatido.

McCaskey bajó la vista con expresión de contrariedad.

—Iba a llamarlo, pero quería asegurarme antes de que no podíamos conseguirle nada —prosiguió Viens—. Hay nuevos materiales en el interior, probablemente pizarra y aluminio, pero el ladrillo absorbe toda la vibración que puedan producir.

—¿Y los coches? —preguntó McCaskey.

—No podemos captarlos con suficiente nitidez. Hay demasiados árboles, lomas y promontorios.

—O sea que la fastidiamos.

—Más o menos —reconoció Viens.

McCaskey se sintió como si estuviese al mando del más moderno acorazado del mundo inmovilizado en el dique seco. Rodgers, Herbert y él siempre se lamentaban de la falta de EFECTHUM sobre el terreno, y aquél era un ejemplo perfecto de la razón que los asistía.

«Destinan miles de millones al más moderno equipo, pero ni un dólar para una Mata Hari», dijo Herbert en cierta ocasión.

McCaskey le dio las gracias a Viens y colgó. ¡Cómo le hubiese gustado actuar sobre el terreno en aquella ocasión, ser la pieza clave en una operación de gran envergadura, en la que todo dependiese de él! Envidiaba a Matt Stoll, en cuyas manos estaba reunir la información que necesitaban. Era una verdadera lástima que, muy probablemente, a Stoll no le hiciese ninguna gracia la misión. Era un genio en todo lo relativo al manejo de ordenadores, pero bajaba bastantes enteros si se veía sometido a mucha presión.

McCaskey volvió a situarse frente a la consola de su ordenador y, tras archivar las fotografías en la memoria del disco duro, buscó en el programa SIMCRIS (Simulación de Crisis), del Pentágono, la función ATEE (Ataque Táctico a Escenarios Europeos).

Como las consecuencias diplomáticas de destruir tesoros nacionales podían ser muy graves, EE. UU. seguía la política de no dañar monumentos históricos, aunque ello significase elevar el riesgo de bajas propias. En el caso de la fortaleza de Toulouse, sólo se consideraría aceptable producir «pequeños desperfectos en la fachada susceptibles de perfecta restauración». En otras palabras, si

la acribillaban y le producían algún boquete, los problemas podían ser graves; si la manchaban de sangre, con llevar el cubo y la fregona bastaba.

Consultó la base de datos sobre arquitectura francesa e hizo aparecer en pantalla el boceto de la fortaleza. El diagrama no servía para nada, ya que mostraba el aspecto que tenía la fortaleza en 1777, año del que databa el contiguo puente (el Vieux Pont).

Nada más instalarse en la fortaleza, Dominique hizo importantes reformas. Pero los permisos de obras no figuraban archivados en ninguna parte, como tampoco fotografías del proyecto o de la obra acabada. Les resultó más fácil conseguir los planos del Museo del Ermitage de San Petersburgo para la incursión del comando «Striker». Estaba claro que Dominique «untó» a mucha gente en aquellos años.

McCaskey volvió a examinar las fotografías de la ONR, que seguían sin decirle nada. Envidiaba a Stoll, pero debía reconocer que le esperaba una peliaguda papeleta. Aunque contase con la ayuda de Ballon, estarían en franca inferioridad si se producía un tiroteo. Además, se verían muy limitados. El expediente sobre los Nuevos Jacobinos era muy parco, pero la información que contenía, los detalles sobre sus métodos para tender emboscadas, matar, intimidar o torturar a sus víctimas para interrogarlas lo estremecieron. Tendría que enviarle aquellos datos a Hood antes de que entrasen en la fortaleza. Melvin Purvis y Eliot Ness no las habrían tenido todas consigo (pensaba decírselo así).

No hay tiempo para enviar el «Striker», se dijo McCaskey, *y el único táctico que tenemos relativamente cerca, Bob Herbert, está incomunicado*.

Darrell marcó el número de Mike Rodgers. Le comunicaría las malas noticias sobre la fortaleza, y le pediría que hiciesen algo para que no masacrasen a su animosa pero inexperta avanzadilla.

CUARENTA Y SIETE

Jueves, 20:17, Wunstorf, Alemania

Bob Herbert pasó por dos etapas emocionalmente distintas durante su tratamiento de rehabilitación.

Primero, se autoconvenció de que sus heridas no iban a poder con él. Dejaría a los especialistas con la boca abierta. Volvería a andar. Luego, desde que salió del hospital y tuvo que someterse a una terapia diaria, pensó que jamás podría volver a hacer nada.

Los ejercicios para el fortalecimiento de los brazos, así como de las regiones lumbar y abdominal, le producían tan fuertes dolores como si el mismísimo demonio le clavase la horca en los nervios. Estuvo a punto de rendirse, de dejar que el Estado le concediese una pensión de invalidez, y dedicarse a ver televisión y a no moverse de casa. Pero gracias a dos angelicales enfermeras que, a cuál con más constancia, lo animaron a seguir, logró terminar su tratamiento de rehabilitación. Una de aquellas enfermeras —en un momento menos angelical pero no menos bendito— le demostró que aún podía tener una satisfactoria vida sexual. Y a partir de entonces, Herbert no volvió a pensar en rendirse ante nada.

Hasta ahora.

Para no alertar a los concentrados en el campamento, no podría utilizar los potentes faros que el «chispa» del Centro de Operaciones, Einar Kinlock, le instaló en la silla. El terreno era desigual, pedregoso y tenía pronunciados desniveles. A oscuras, la

silla se atascaba de continuo en los matorrales. Y Herbert tenía que impulsarse con todas sus fuerzas para desatascarla. Tanto forcejeó que, en dos ocasiones, cayó al suelo. Enderezar la silla y volver a sentarse era lo más difícil y penoso que había hecho nunca.

Acababa de tener que hacerlo por segunda vez y estaba exhausto. Tenía la camisa empapada de sudor frío y temblaba de puro cansancio.

Sintió el impulso de detenerse y pedir socorro, pero comprendió que no podía confiar en nadie que acudiese. Aquel temor era lo más parecido al que atenazó a la Alemania nazi, se dijo.

Consultaba de continuo la brújula fosforescente que llevaba en el bolsillo y, tras una hora sin dejar de impulsarse, vio faros a unos doscientos metros, en dirección sudoeste. Se detuvo y observó hacia dónde se dirigía el vehículo, que avanzaba despacio por el sendero que Alberto le mencionó.

Herbert vio el destello de las luces de freno; a continuación, que se apagaban las del interior y que dos sombras bajaban del coche. Luego, de nuevo la oscuridad y el silencio más absolutos.

Allí debía de estar el campamento.

Herbert avanzó por el desigual terreno hacia el vehículo, pero sin entrar en el sendero, por si acaso llegaba alguien por detrás. Tenía los brazos agarrotados por el esfuerzo de cruzar la última fronda. Rezó porque Jody no lo confundiese con un neonazi y saltase sobre él desde la copa de un árbol.

Al llegar junto al vehículo (una *limousine*) rodeó hasta la parte delantera, cogió el Skorpion que llevaba en el regazo y lo ocultó parcialmente bajo las piernas. Podría empuñarlo con igual rapidez en caso necesario. Al avanzar unos metros más vio la parte superior de las tiendas y el humo que ascendía en espirales desde varios puntos.

Un grupo de jóvenes estaba de pie entre las tiendas, de cara a los fuegos, y en un claro, junto al lago, un hombre y una mujer ocupaban el centro de un círculo formado por unas trescientas personas.

El hombre les dirigía la palabra. Herbert se impulsó hasta detrás de un árbol y escuchó. Aunque su alemán no fuese muy fluido, lo entendía casi todo.

—… que en este día pongamos fin a una época de lucha en la desunión. A partir de esta noche, nuestros dos grupos trabajarán juntos, con un objetivo común y bajo un mismo nombre: *Das National feuer!*

El orador gritó el nombre no sólo para el efecto retórico, sino para hacerse oír. Los vítores enfurecieron tanto a Herbert que recobró las fuerzas como por ensalmo.

Los neonazis jaleaban y alzaban ambos brazos como si su equipo hubiese ganado el campeonato del mundo. A Herbert no le sorprendió que aquellos individuos se abstuviesen del saludo nazi y de gritar *Sieg Heil!* Aunque pretendieran erigirse en salvadores de la patria, anhelasen la victoria y hubiese entre ellos canallas y asesinos, no eran los nazis de Adolf Hitler. Eran mucho más peligrosos: tenían la ventaja de haber aprendido de sus errores. Todos portaban algún objeto: un machete, una medalla o un simple par de botas. Probablemente, eran los objetos robados del tráiler de la productora. De manera que Hitler no estaba del todo sin «representación» en aquella reedición del mitin de Nuremberg.

Herbert desvió la mirada de los fuegos para que sus ojos volvieran a acostumbrarse a la oscuridad y miró en derredor en busca de Jody.

Cuando los vítores remitieron, oyó que una voz le susurraba a sus espaldas.

—Lo esperaba.

Herbert se dio la vuelta y vio a Jody, que parecía muy nerviosa.

—*Allí* tenías que haberme esperado —musitó Herbert señalando hacia el tortuoso camino—. Me habría venido bien un poco de ayuda —añadió cogiéndole la mano—. Por favor, Jody, regresemos; esto es una locura.

Jody se soltó de su mano sin brusquedad.

—Estoy asustada —dijo—, pero he de combatir ese miedo.

—Estás asustada —le susurró Herbert—, y también obsesionada. Te obcecas en algo que ya se ha cobrado una vida. Créeme, Jody, atacarlos no es tan importante como imaginas.

La voz de Herbert quedó ahogada por la del orador, que volvía a la carga. Herbert hubiese preferido no tener que oírlo, pero su voz llegaba clara y enérgica, pese a no utilizar megáfono. Herbert volvió a cogerle la mano a Jody y tiró de ella, que se negó a moverse.

—La mujer que está aquí a mi lado, mi adjunta en el mando, Karin Doring… —dijo el alemán, interrumpido por una espontánea ovación.

El orador aguardó unos momentos. Doring saludó con la cabeza pero no habló.

—Karin ha enviado emisarios a Hannover —gritó el orador al remitir los aplausos—. Dentro de pocos minutos marcharemos sobre la ciudad, al Bier-Hall, para anunciar nuestra unión al mundo. Invitaremos a nuestros hermanos de allí a que se unan al movimiento. Juntos le mostraremos a la civilización su futuro; un futuro en el que el esfuerzo y la laboriosidad serán recompensados…

De nuevo sonaron aplausos y vítores.

—… en el que las culturas, las creencias y los pueblos perversos serán erradicados de la sociedad…

Los aplausos y los vítores subieron de tono.

—… en el que todos ensalzarán nuestros símbolos y nuestros logros.

Los aplausos se convirtieron en cerrada ovación y Herbert aprovechó el clamoreo para gritarle a Jody.

—¡Vamos! ¡Se abalanzarán sobre ti como fieras!

Herbert tiró insistentemente de Jody, que miró hacia la concentración de neonazis. Bob no podía ver la expresión de su rostro en la oscuridad. Le dieron ganas de dispararle a los pies, cargársela en la silla y alejarse de allí.

—Y si la policía de Hannover nos ataca, ¡que nos ataque! ¡Que nos ataque! Durante más de un año he sufrido vejaciones por parte de Hauptmann Rosenlocher, de la policía de Hamburgo. Si conduzco demasiado de prisa, allí está él. Si pongo la música muy alta, allí está él. Si me reúno con mis compañeros, allí está él. Pero no podrá conmigo. ¡Que nos acosen uno a uno, o a todos juntos, como prefieran! Así verán que nuestro movimiento está organizado, que nuestra voluntad es fuerte.

—No quiero morir —dijo Jody mirando hacia la concentración—, aunque tampoco quiero vivir aterrorizada.

—Jody, tú no vas a…

La obstinada joven se soltó de la mano de Herbert, que desistió de volver a sujetarla, pero se impulsó con la silla tras ella.

Bob se dio a los demonios por haberse empeñado en desdeñar una silla con motor. Y maldijo a aquella joven, a quien tan bien entendía y a la que respetaba, aunque, como él, no atendiese a razones.

Al remitir los aplausos, Herbert oyó con mortificante claridad las pisadas de Jody. También las oyó un centinela, que se dio la vuelta, los vio a ambos a la luz de los fuegos del campamento y alertó a sus compañeros más cercanos.

Al cabo de un momento, el centinela corrió hacia adelante y varios jóvenes formaron en línea, con la intención de impedir que Jody y Herbert se acercasen al claro en el que se encontraba Karin Doring.

Herbert se detuvo, pero no así Jody.

Con un bufido de exasperación Bob Herbert se impulsó tras ella.

CUARENTA Y OCHO

Jueves, 20:36, al sudoeste de Vichy, Francia

—En ningún momento se ha hablado de que no supiese pilotar.

Paul Hood iba de pie, detrás de Richard Hausen, que pilotaba el Learjet a través de los cielos de Francia. Hablaba a gritos para hacerse oír entre el estruendo de los dos potentes motores turbohélice del aparato.

La piloto fija de las empresas Lang, Elisabeth Stroh, iba sentada a la derecha de Hausen, relegada a las funciones de copiloto. Era una atractiva morenita de unos veintisiete años que hablaba francés e inglés con un acento impecable.

Lang le había ordenado volar con ellos, aguardar en el reactor y regresar con el grupo. Sólo había abierto la boca para comunicarse con las torres de control de Hamburgo y Toulouse y para informar a los pasajeros del plan de vuelo. Lo que Hausen dijese no parecía interesarle en absoluto.

Hood había estado un rato sentado en la cabina con Stoll y con Nancy. Pero después de hora y media de vuelo necesitaba alejarse de los dos: de Stoll porque no callaba y de Nancy porque no despegaba la boca.

Sentado en uno de los mullidos solas adosados a las paredes de la cabina, Stoll había comentado que nunca se consideró dotado para el trabajo en equipo. Que le interesó entrar en el Centro de Operaciones porque era un individualista, porque necesitaban un

«laboradicto» capaz de pasarse el día sentado, programar *software* y detectar y reparar fallos de *hardware*. Dejó claro que él no servía para formar parte del comando «Striker», y que no estaba obligado a prestar servicio sobre el terreno. Si ahora lo hacía, era sólo por Hood, no por valor. Además, se deshizo en lamentaciones por los posibles defectos del Ave-X, y puntualizó que no podía garantizar nada.

Hood lo escuchó pacientemente y le aseguró que lo comprendía.

Nancy, por su parte, pasó casi todo el vuelo mirando por la ventanilla. Hood le preguntó en qué pensaba, pero ella no le contestó. No era difícil imaginarlo, y a Hood le hubiese gustado poder consolarla.

Lo que sí hizo Nancy fue darles información acerca de los planos de la planta de Demain. Stoll procesó las descripciones junto a los pocos datos que tenía sobre la planta. Mediante la función de acceso a distancia, el Centro de Operaciones les envió un programa ideado por Stoll.

Gracias a la enorme capacidad del satélite Hermit de la ONR, los ordenadores del Centro de Operaciones podían comunicar por ondas de radio con otros ordenadores. El programa patentado por Stoll trasladaba la función de transmisión de datos del enlace con el satélite en bloques de 2 a 5 kilobytes. Utilizaba elementos de protocolo de transferencias a archivos por modem-Z y radiotransmisión de amplio espectro, en la banda de los 2,4 a los 2,483 gigahercios.

La verdad era que el enlace no servía de mucho porque eran muy pocos los datos básicos que podía aportarles Nancy. Conocía las secciones de programación y manufactura, pero no sabía nada de los aposentos de los ejecutivos ni • del de Dominique.

Hood dejó a Nancy con sus pensamientos y a Stoll con el relativo consuelo de un videojuego que utilizaba para relajarse. Tras aventurarse de nuevo a entrar en la cabina del piloto. Hood escuchó

cómo el entusiasmado y casi exultante Hausen le hablaba de su infancia.

El padre de Hausen, Maximilian, fue piloto de la Luftwaffe. Se especializó en combates nocturnos, y formó parte de la primera escuadrilla de Heinkel He 219 que derribó cinco Lancaster. Al igual que muchos alemanes, Hausen no se excusaba por el comportamiento de su padre durante la guerra. El servicio militar era obligatorio, y lo que entonces hiciera, no disminuía el amor y el respeto que Hausen le profesaba.

Con todo, mientras el alemán hablaba de las actividades de su padre, a Hood le resultaba difícil no pensar en las familias de los jóvenes miembros de la tripulación de aquellos Lancaster derribados.

Acaso por notar a Hood algo violento, Hausen optó por pasarle la pelota.

—¿Estuvo su padre en la guerra? —le preguntó.

—Mi padre era médico —repuso Hood—. Estuvo destinado en Fort McClellan, en Alabama. Recomponía huesos rotos y trataba casos de…

Hood se interrumpió al reparar en la presencia de Elisabeth.

—… de diversas enfermedades —se limitó a añadir.

—Comprendo —dijo Hausen.

—Y yo también —terció Elisabeth a modo de sutil protesta, aunque sonriente.

Hood correspondió a la sonrisa. Se sintió como si de nuevo estuviese en el Centro de Operaciones y tratase de pasar por la espinosa maroma que separaba la corrección de la discriminación sexual.

—¿Y nunca quiso usted ser médico? —preguntó Hausen.

—No —contestó Hood—. Quería ayudar a los demás y me pareció que la política era el mejor camino. Muchos jóvenes de mi generación creyeron que la solución estaba en la revolución. Pero yo opté por trabajar en favor del llamado sistema.

—Hizo usted bien —dijo Hausen—. La revolución rara vez soluciona nada.

—¿Y usted? —preguntó Hood—. ¿Quiso siempre dedicarse a la política?

—Quise ser aviador desde que iba a gatas —contestó Hausen—. A los siete años, en la granja que teníamos cerca del Rin en Westfalia, mi padre me enseñó a pilotar el monoplano Fokker de mil novecientos trece que había restaurado. A los diez años, cuando estaba en el internado de Bonn en el que estudiaba, piloté un biplano Bucker de dos plazas de un aeródromo cercano —añadió, sonriente—. Pero lo que tan hermoso parecía desde el aire, resultaba mísero al tocar con los pies en el suelo. Y, al igual que usted, de mayor opté por ayudar a los demás.

—Sus padres debieron de sentirse muy orgullosos —dijo Hood.

—No exactamente —repuso Hausen con la expresión ensombrecida—. La situación era muy complicada. Mi padre tenía ideas muy fijas respecto de las cosas, incluso de lo que debería ser su hijo de mayor.

—¿Y quería que fuese piloto? —preguntó Hood.

—Sí, quería que fuese piloto.

—¿Y bien? No parece que se desinteresase usted de la tradición familiar.

—No —dijo Hausen—. Era peor. Me desinteresaba de los deseos de mi padre.

—Comprendo. ¿Y siguen furiosos con usted?

—Mi padre murió hace dos años —casi susurró Hausen—. Pudimos hablar un poco antes de que muriese, aunque quedó demasiado por decir. Mi madre y yo nos comunicamos muy bien, aunque no es la misma desde su muerte.

Mientras escuchaba, Hood no pudo evitar pensar que Ballon consideraba a Hausen ávido de hacerse publicidad. Por su experiencia política, Hood sabía lo importante que era tener buena

prensa. Pese a ello, quería creer en la sinceridad de aquel hombre. Además, no habría cobertura informativa de la operación en Francia.

El peor dilema del político: la imposibilidad de cumplir con una obligación sin incumplir otra igualmente importante, pensó con amargura. *Nadie a quien poder informar de nuestros triunfos si los conseguimos, ni tampoco de nuestra detención y humillación si fracasamos*.

Cuando Hood iba a regresar a la cabina del pasaje, Stoll lo llamó insistentemente.

—¡Venga, jefe! ¡Ocurre algo muy extraño en el ordenador!

No era el trémulo tono de voz de Matt, habitual en el genio técnico del Centro de Operaciones cuando estaba asustado. Era un tono grave y preocupado. Hood fue hacia él a través de la mullida alfombra blanca que cubría el suelo de la cabina.

—¿Qué pasa? —preguntó Hood.

—¡Fíjese en lo que se ha colado en el juego que tenía en pantalla!

Hood se sentó a su derecha. Nancy dejó su asiento del otro lado de la cabina y se sentó también junto a Stoll, a la izquierda. Matt bajó la persiana de la ventanilla para que se percibiera mejor.

Se veía un pergamino semiabierto, impreso con letra de estilo gótico. Unas manos blancas lo sostenían por ambos extremos.

¡Atención, ciudadanos! Rogamos disculpéis esta interrupción.

¿Sabéis que, de acuerdo con el Grupo Justiciero —una organización de defensa del bien publico—, una tercera parte de los hombres de raza negra, comprendidos entre los veinte y los veintinueve años, está en la cárcel o en libertad provisional? ¿Sabéis que este porcentaje es un 10% superior al de hace cinco años? ¿Sabéis que estos negros le cuestan a la nación 6000 millones de dólares cada año? Estad atentos a la pantalla dentro de ochenta y tres minutos.

—¿De dónde ha salido eso, Matt? —preguntó Hood.

—No tengo ni idea.

—Suelen producirse cruces entre terminales interactivos y en la transmisión de datos de un terminal a otro —dijo Nancy.

—Y en el correo electrónico —completó el comentario Stoll—. Pero esta interferencia no procede del Centro de Operaciones. Este texto proviene de otro lugar; un lugar que probablemente está muy bien camuflado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hood.

—Estas intrusiones tan sofisticadas se hacen, por lo general, a través de varios ordenadores.

—¿Y no se pueden seguir los pasos hacia atrás, hasta el ordenador de origen? —volvió a preguntar Hood.

—Esos memos hacen servir sus ordenadores para irrumpir en otro ordenador; luego utilizan éste para «entrar» en otro y así sucesivamente. Pero esto no resulta, como pudiera parecer, en una línea punteada, por así decirlo, en la que cada punto representa una transmisión, sino que cada ordenador representa miles de rutas potenciales. Es como un nudo ferroviario con centenares de vías que conducen a diferentes destinos.

El texto de la pantalla se borró y apareció otro.

¿Sabéis que la tasa de desempleo de los negros es el doble de la de los blancos? ¿Sabéis que nueve de cada diez discos que copan las listas de éxitos los interpretan negros, y que vuestras hijas y vuestras novias compran el sesenta por ciento de esa llamada música? ¿Sabéis que los negros compran sólo el cinco por ciento de los libros que se publican en este país? Estad atentos a la pantalla dentro de ochenta y dos minutos.

—¿Aparece esto en alguna otra función?

—Lo compruebo —repuso Stoll a la vez que tecleaba «listserv@cfrvm.sfc.ufs.stn»—. Éste es un grupo que comenta películas de acción producidas en Hong Kong. Son las señas de correo electrónico más complicadas que conozco.

Al cabo de un momento apareció un nuevo texto en el monitor.

Considero que Jackie Chan está inconmensurable en el papel de Wong Fei Hong. Aunque la caracterización no oculta la personalidad de Jackie, su interpretación es convincente.

—No es aventurado decir que los intrusos se centran sólo en aquellos que utilizan videojuegos.

—Es lógico. Si lo que se proponen es introducir videojuegos racistas, es la mejor manera —argumentó Nancy.

—Claro, porque no pueden ofrecerlos abiertamente —dijo Hood —. No es algo que puedan anunciar en las páginas amarillas de Internet.

—No —convino Stoll—. No obstante, el boca a boca funciona con rapidez. Todo aquel que quiera jugar sabe cómo encontrarlos.

—Y con el *enjoystick* como señuelo adicional —dijo Hood—, los chicos más incautos picarán.

—¿Y las leyes? —preguntó Nancy—. Tenía entendido que lo que se puede transmitir a través de Internet está sujeto a reglamentación.

—Y lo está —repuso Stoll, que volvió a su videojuego. Por un momento se desentendió de sus temores—. Las leyes imponen las mismas limitaciones que a otros mercados. La pornografía infantil está perseguida y detienen a quienes la explotan. Los anuncios para contratar matones son ilegales. Pero airear esta clase de datos, datos que se pueden encontrar en cualquier buen anuario, no es ilegal, aunque el propósito de difundirlos sea claramente racista. El único delito que esta gente ha cometido es… allanamiento

electrónico de morada. Estoy seguro de que este mensaje desaparecerá en cuestión de horas, antes de que a los técnicos de la red les dé tiempo a localizarlos.

—Por lo visto, piensas que esto es cosa de Dominique —dijo Nancy mirando a Hood.

—Tiene la capacidad técnica para hacerlo, ¿no?

—Eso no lo convierte en un delincuente.

—No —admitió Hood—. Pero el asesinato y el robo sí.

Nancy le sostuvo la mirada unos momentos, aunque enseguida bajó la vista.

—Estos mensajes tienen algo que me recuerda al aparecido en el ordenador del despacho de Hausen —dijo Stoll casi para sí—. El color de la base del pergamino es azul marino y no negro. Puede haberlo hecho alguien procedente del mundo de la publicidad por puro hábito. En la separación de colores, el azul marino se reproduce mejor que el negro. Y los matices del pergamino —añadió tocando la parte superior del texto— son similares a la textura de la piel de los ciervos del bosque que aparecen en el otro juego.

—Mucho especular me parece a mí eso —objetó Nancy, arrellanada en el sofá.

—Usted mejor que nadie sabe cómo les gusta dejar su impronta a los diseñadores de videojuegos —dijo Stoll—. Quizá recuerde los primeros tiempos de los videojuegos —añadió—. Se podía adivinar si un videojuego era de Activision, de Imagic o de Atari sólo con fijarse en el estilo del diseño. Es más: era fácil distinguir un videojuego de David Crane de los demás de Activision. Los creadores dejaban su huella en cada escena.

—Estoy más familiarizada de lo que imagina con los primeros videojuegos, Matt —replicó Nancy—. Y le aseguro que Demain no es así. Cuando programamos juegos para Dominique, dejamos a un lado nuestro estilo personal. Nuestra labor es armonizar los colores y las imágenes lo mejor posible en cada juego.

—Eso no descarta que Demain esté detrás de todo —objetó Paul —. Dominique difícilmente produciría videojuegos racistas que recordasen a sus juegos habituales.

—Pero yo he visto los trabajos de los profesionales que trabajan allí —dijo Nancy—. Y no es el estilo de ninguno de ellos.

—¿Y los colaboradores externos qué? —preguntó Hood.

—En gran medida, han de adaptarse al estilo de la empresa —contestó ella—. La cadena de producción es larga, y los miembros del personal aplican los criterios de la empresa.

—¿Y si todo el proceso de producción se hiciese fuera? —sugirió Hood.

Stoll hizo castañetear los dedos.

—Ese Reiner… el secretario de Hausen —dijo de pronto—, comentó que diseñaba hologramas. Está familiarizado con los ordenadores.

—Cierto —refrendó Hood—. Vamos a ver, Nancy: si un colaborador externo diseña un videojuego, ¿cuántas personas verían, como mínimo, el disquete en la empresa?

—En primer lugar, algo tan peligroso no se entregaría en forma de disquete —contestó Nancy.

—¿Por qué no? —preguntó Hood.

—Pues porque por el humo se sabe dónde está el fuego —repuso ella—. Al instalar el programa de un disquete queda reflejada la hora. Equivaldría a una prueba ante un tribunal de que Dominique traficaba con tales videojuegos.

—Siempre y cuando no lo borrasen en cuanto lo transmitiesen —dijo Stoll.

—Lo conservarían hasta que estuviesen seguros de que todo funcionaba de acuerdo a lo planeado —objetó ella—. Por lo menos, así es como trabajan en Demain. Un programa exterior como ése tendría que ser transmitido por módem a un procesador de textos sin disquetera.

—Nosotros tenemos, jefe —dijo Stoll—. Los utilizamos para datos ultrasecretos, al objeto de evitar que puedan hacerse copias en disquete.

A Paul Hood la jerga y la terminología informáticas lo desbordaban, pero entendió lo esencial de la explicación de Stoll.

—Los únicos que tienen procesadores de textos sin disquetera en Demain son los vicepresidentes, que manejan información acerca de nuevos juegos o de estrategias empresariales.

—Deme los nombres de algunos de esos altos cargos que tengan capacidad técnica para programar —le pidió Stoll tras volver a la pantalla del menú.

—¿Todo el proceso? —preguntó Nancy—. Sólo dos: Etienne Escarbot y Jean-Michel Home.

Stoll introdujo los nombres, los transmitió al Centro de Operaciones y pidió que le enviasen informes sobre ambos. Mientras aguardaban, Hood volvió a darle vueltas a algo que no podía quitarse de la cabeza desde su conversación con Ballon. Al coronel no le hacía la menor gracia que Hausen participase, pues pensaba que lo único que quería era hacerse publicidad.

¿Y si fuese algo peor?, se preguntó Hood. No quería pensar mal de quien parecía ser una buena persona, pero desconfiar de todo el mundo era parte de su trabajo. Después de oírle a Hausen hablar de las hazañas de su padre con la Luftwaffe, no tenía más remedio que preguntarse: *¿Y si Hausen* y *Dominique no eran enemigos?* Hood sólo tenía la versión de Hausen acerca de lo ocurrido en París hacía más de veinte años. *¿Y si estaban en el mismo barco? No sé…: Ballon había dicho que el padre de Dominique hizo una fortuna a costa de la construcción del Airbus. Hausen era un gran piloto*…

Hood llevó su razonamiento aún más lejos. ¿Y si Reiner no hubiese hecho más que lo que su jefe quería: que Hausen apareciese como víctima del odio de los racistas, para embarcar al Centro de Operaciones, a Ballon y al gobierno alemán en una

embarazosa operación? ¿Quién se atrevería a atacar a Dominique *por segunda vez* si la primera resultaba injustificada?

—¡Ajá! —exclamó Stoll—. Ya tenemos candidatos a garbanzo negro. Según los archivos judiciales de Lowell Coffey, en mil novecientos ochenta y uno, Étienne Escarbot fue acusado por una empresa parisina de robar secretos industriales a IBM. Demain pagó para que el proceso no siguiese adelante. Los cargos fueron archivados, pero hubo otra querella diecinueve años atrás contra el tal Horne. Parece ser que obtuvo una patente en Francia por un avanzado chip que una empresa estadounidense dijo que le habían robado, aunque no podía demostrarlo. Y tampoco conocían el paradero de la persona que supuestamente lo sustrajo…

Stoll dejó de leer, y ladeó la cabeza lentamente hacia Hood y luego hacia Nancy.

—No, no está equivocado, no —le aclaró ella—. No hay dos Nancy Jo Bosworth. Fui yo.

—No se preocupe, Matt —dijo Paul—. Ya estaba al corriente.

—Perdone, pero como programador que soy yo también, he de decirle que me parece que es muy poco ortodoxo… —objetó Stoll mirando a Nancy.

—Ya lo sé —admitió Nancy.

—Déjelo correr, Matt —dijo Hood con sequedad.

—Bueno, bueno —aceptó Stoll, que se recostó en el asiento, miró por la ventanilla y se ajustó el cinturón de seguridad, que no se había desabrochado en todo el vuelo.

Esto me empieza a escamar, pensó Hood. En lugar de reprender a Stoll, quizá tenía que preguntarse por la súbita aparición de Nancy en el parque, y precisamente cuando estaba en compañía de Richard Hausen. ¿Era una coincidencia o estaban todos conchabados con Dominique? De pronto se sintió inseguro y torpe. Con el aluvión de acontecimientos, y en su afán de impedir que Dominique difundiese sus proclamas y sus juegos por EE. UU., Hood había descuidado en exceso la seguridad y las precauciones. Además, había dejado que

su grupo se dispersase. Y su experto en seguridad, Bob Herbert, se había aventurado solo por una zona rural.

Quizá hiciese una montaña de un grano de arena —y eso era lo que le decía su intuición—, pero su razón le aconsejaba asegurarse… antes de llegar a Toulouse, si era posible.

Hood permaneció junto a Stoll mientras Nancy volvía a su asiento del otro lado de la cabina. Estaba disgustada y no lo ocultaba (exactamente igual que Stoll). En cambio, Hood tenía que disimular, aunque no por mucho tiempo.

Cuando Elisabeth anunció a través del intercomunicador que atenazarían en Toulouse dentro de pocos minutos, Hood miró desenfadadamente a Stoll y le cogió el miniordenador que tenía en el regazo.

—¿Quiere que le busque Solitaire? —preguntó Stoll refiriéndose al videojuego favorito de Paul.

—No —contestó Hood tras encender el ordenador—, prefiero Tetris —añadió, a la vez que tecleaba un texto y le hacía una seña a Stoll para que mirase la pantalla: *No diga una palabra, Matt. Sólo póngame* on-line *con Darrell*.

Stoll se tocó la nariz distraídamente, se inclinó hacia adelante y tecleó su contraseña y el número del Centro de Operaciones. Se oyó el zumbido del disco y apareció en pantalla la palabra *buscando*.

Stoll se recostó en el respaldo al aparecer la palabra *dispuesto*. Ladeó la cabeza hacia la ventanilla, pero sin dejar de mirar la pantalla.

Hood tecleó rápidamente su código personal de transmisión y luego escribió:

> *Darrell: Necesito todos los detalles que pueda proporcionarme sobre la vida del viceministro de Asuntos Exteriores alemán Richard Hausen. Compruebe sus declaraciones a Hacienda desde 1970, y si trató de que lo contratase la empresa Airbus Industrie o un tal Dupré, o Dominique. También me interesan detalles sobre la vida de*

Maximilian Hausen durante la posguerra y su hoja de servicios en la Luftwaffe. Llámeme en cuanto tenga algo. Lo necesito, a lo más tardar, antes de las cuatro de la tarde, hora de Washington (las diez de la noche aquí).

—Este juego se me da fatal —dijo Hood, que estaba recostado en el respaldo—. ¿Qué hago ahora?

Stoll transmitió el texto mediante la función de correo electrónico.

—¿Quiere seguir con otro juego, Paul?

—No —contestó Hood.

Stoll tecleó «:-)» y borró el texto de la pantalla.

—Lo que quiero es que coja este condenado ordenador y lo tire por la ventana —repuso Hood tras apagarlo.

—Los videojuegos se dan siempre mal cuando se está tenso —dijo Nancy mirando a Hood desde el otro lado de la cabina—. Es lo mismo que en el deporte y en el sexo. Hay que estar relajado.

Hood le pasó el ordenador a Stoll, fue a sentarse junto a Nancy y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Siento haberte metido en esto —dijo él.

—¿A que *esto* te refieres —preguntó Nancy—: a esta pequeña excursión aérea o a todo ese apestoso asunto?

—A la excursión aérea —contestó él—. No tenía que haber… —Se interrumpió para buscar la palabra justa y luego concluyó, vacilante —: …abusado de nuestra amistad.

—No importa. De verdad, Paul. En el fondo estoy harta de huir, de depender de Demain y de llevar vida de exiliada. ¿Cómo era aquello que dijo Sydney Carton al dirigirse al patíbulo en *Historia de dos ciudades*? «Lo que ahora hago es mucho, muchísimo mejor que lo que he hecho nunca». Pues bien: esto es mucho, muchísimo mejor que todo lo que he hecho hasta ahora.

Hood le sonrió con cordialidad. Hubiese querido decirle que no se preocupase por el patíbulo, pero no podía garantizarle lo que fuese a

ser de ella, como tampoco poner la mano en el fuego por su lealtad.

Cuando el reactor se hubo posado en el aeródromo de Toulouse, Hood reparó en que Nancy parecía muy preocupada. *Ojalá sea su futuro lo que la preocupa y no el mío*, pensó el director del Centro de Operaciones.

CUARENTA Y NUEVE

Jueves, 14:59, Washington, D.C.

El mensaje enviado por Hood a través del correo electrónico lo recibió Sharri Jurmain, un agente salido de la academia del FBI a quien Darrell McCaskey nombró secretario ejecutivo.

Jurmain retransmitió el mensaje, por el mismo procedimiento, a los ordenadores personales de McCaskey y del doctor John Benn de la SIR (Sección de Información Rápida) del Centro de Operaciones.

La SIR era poco más que dos despachos comunicados, con veintidós ordenadores al cargo de dos técnicos que trabajaban a jornada completa, supervisados por el doctor Benn.

John Benn era soltero y nacido en Gran Bretaña. Fue bibliotecario en la Biblioteca del Congreso y compilador de datos en la embajada, en Qatar, durante dos años (tras proclamar el estado árabe su independencia del Reino Unido en 1971). Benn permaneció allí durante siete años antes de trasladarse a Washington para estar al lado de su hermana, casada con un diplomático de quien acababa de enviudar. Seducido por Washington y por los estadounidenses, Benn se quedó allí cuando su hermana regresó a Gran Bretaña y, en 1988, obtuvo la nacionalidad estadounidense.

Benn se preciaba de su singular talento —cultivado en los tediosos años que pasó en Qatar— de poder citar de memoria los más abstrusos fragmentos de diálogo de la literatura inglesa, y de

hacerlos venir a cuento en la conversación, aunque fuese con calzador.

Ninguno de los miembros del Centro de Operaciones había logrado nunca identificar a qué obra pertenecían los oscuros pasajes que Benn citaba (ni siquiera con el concurso de unidades didácticas Usenet).

En aquellos momentos, Benn tomaba el té mentalmente encarnado en mister Boffin, personaje de *Nuestro mutuo amigo* de Dickens, cuando llegó la petición de Hood a través del correo electrónico. Se lo anunció una sintetizada voz electrónica que dijo: «Ahora me levantaré y me iré» de *Innisfree, la isla del lago* de Yeats, seguida del número de identificación de la persona que hacía la petición.

—De nuevo en la brecha, queridos amigos, una vez más —dijo Benn con un floreo a la vez que fijaba su atención en la pantalla número uno.

John y sus ayudantes, Sylvester Neuman y Alfred Smythe, enseguida reconocieron el «saludo» de Stoll (el «:-)», su «cara alegre») a un lado de la pantalla. En uno de sus gestos más extravagantes, Stoll convino con ellos en que, si alguna vez se veía obligado a transmitir datos, modificaría la contraseña invirtiendo el sentido del paréntesis «:-(», o sea, «cara triste». Porque, en efecto, si se disponían verticalmente ambas contraseñas (con los paréntesis en la base) se remedaba la técnica de los dibujantes para reflejar tristeza o alegría.

El equipo se puso diligentemente a buscar la información requerida.

Para obtener datos biográficos del viceministro alemán de Asuntos Exteriores Richard Hausen, así como de su padre, Smythe se conectó a la red *on-line* y seleccionó la función «PTA» (Protocolo de Transferencia de Archivos) para recabar datos de la ECRC Munich, Deutsche Elektronen Synchotron, German Electro-Synchotron, DKFZ Heidelberg, Gesellschaft für Wissenschaftliche Datenverarbeitung

GmbH, Konrad Zuse Zentrum für Informationstechnik y Comprehensive TeX Archive Network Heidelberg.

Neuman utilizó los ordenadores para entrar en la mensajería de Internet y pedir información a Deutsches Klimarechenzentrum Hamburg, EUnet Alemania y al German Network Information Center y ZIB, Berlin auf Ufer.

Con la ayuda de uno de los subalternos de Matt Stoll, el subdirector adjunto de Operaciones Grady Reynolds, indagaron en los archivos de Hacienda y de los Ministerios de Trabajo y de Educación de la ex RFA y de la ex RDA. Los expedientes de muchos alemanes, sobre todo los de la Alemania oriental, sólo eran accesibles impresos. Sin embargo, los datos académicos y económicos de las personalidades políticas tenían, por fuerza, que haber pasado a los ordenadores al aspirar a cargos públicos. También podrían obtener información de empresas que tenían la contabilidad informatizada.

La oficina de Darrell McCaskey, que gozaba de prioridad por parte de los organismos para los que servía de enlace, los conectó *on-line* con el FBI, Interpol y distintos cuerpos de seguridad alemanes: la Bundeskriminalamt o BKA, equivalente alemán al FBI; la Landespolizei; la Bundeszollpolizei (policía aduanera), y la Bundespostpolizei (policía postal). Estos dos últimos cuerpos lograban, a menudo, detener a aquellos delincuentes que se les escabullían a los demás.

A medida que sus asistentes recibían la información solicitada acerca de Hausen, el doctor Benn resumía por escrito lo esencial. Como Hood había pedido que lo llamasen por teléfono, Benn se lo leería, al margen de que archivasen los datos para poder transmitirlos o sacar copias en papel.

Al leer la información que llegaba y releer la petición original, temió que Hood estuviese un poco desorientado, porque no estaba nada claro qué Hausen (el padre o el hijo) hizo tal cosa o tal otra a lo largo de su vida.

Con independencia de ello, Benn aceleró lo que pudo la compilación y resumen de los datos para tener la información antes de la hora fijada por Hood.

CINCUENTA

Jueves, 15:01, Washington, D.C.

Todas las solicitudes de información que se recibían en el SIR quedaban registradas en el ordenador central, junto a un número de servicio y la hora de recepción. A los números de servicio se anteponían siempre uno, dos o tres dígitos que identificaban a la persona que efectuaba la petición.

Como las peticiones las hacían, muy frecuentemente, funcionar los que se encontraban en una situación peligrosa, se notificaba de inmediato a otros miembros del personal. Si algo le ocurría al funcionario que estuviese sobre el terreno, se llamaba a su grupo de apoyo para que culminase el servicio.

Cuando Hood pidió que la SIR le facilitase datos, la sección avisó a Mike Rodgers mediante un «bip» en su ordenador. Caso de no estar el general junto a la consola y no atender la llamada, la señal sonaría una vez cada minuto.

Pero sí que se encontraba Rodgers al sonar el «bip» por primera vez (estaba dando cuenta de un tardío almuerzo). Entre bocado y bocado de su hamburguesa del economato, examinó la petición. Y se alarmó.

Rodgers y Hood eran polos opuestos en muchos aspectos. Y, en lo que más diferían, era en su visión del mundo. Hood creía que las personas eran esencialmente buenas, mientras que Rodgers opinaba que la Humanidad era egoísta, una caterva de predadores, y estaba

convencido de que la evidencia de los hechos le daba la razón. De no ser así, ni él ni millones de militares como él tendrían trabajo.

En línea con su talante, Rodgers se dijo que, si Hood albergaba reservas respecto de los Hausen, debía de tener sobrados motivos.

—Va a Francia tras un grupo terrorista con Matt Stoll como apoyo —dijo en voz alta el general, pese a estar solo en su despacho.

Mike Rodgers miró a su ordenador. Hubiese dado cualquier cosa por poder teclear «COR» y comunicar con su ansiado Centro de Operaciones Regional, con todo el personal en sus puestos y el comando «Striker» a mano en Toulouse, pero tuvo que conformarse con teclear «MAPEURO».

Apareció en pantalla un mapa a todo color. Superpuso una plantilla y lo examinó.

—Novecientos kilómetros —dijo al recorrer con los ojos el cartográfico trayecto que separaba Toulouse de la base del norte de Italia.

Rodgers pulsó «Esc» y tecleó «OTANITAL».

Al cabo de cinco segundos, apareció en pantalla un menú a dos columnas, que ofrecía diversas opciones: «Despliegue de Tropas», «Transporte», «Armamento» y programas de simulación de escenarios bélicos.

Movió el cursor a «Transporte» y apareció un submenú. Seleccionó «Transporte Aéreo». Un nuevo submenú le ofreció un listado de aeródromos y de modelos de aviones. El Sikorsky CH-53E, un helicóptero trimotor con una autonomía de vuelo de más de 2000 km, era lo bastante espacioso para lo que planeaba, pero era lento (sólo 325 km/h). Movió el cursor a lo largo de la lista y lo detuvo al llegar a V-22 Osprey. Era un aparato de la Bell and Boeing de despegue y aterrizaje verticales. Su autonomía era de más de 2300 km y su velocidad de crucero de 575 km/h, aunque, quizá, lo más interesante era que los prototipos se le habían entregado a la Sexta Flota para probarlos en Nápoles.

Rodgers sonrió, salió del menú y activó la función para que apareciese en pantalla su agenda telefónica. Situó el cursor en «OTAN-LÍNEAS DIRECTAS» y seleccionó la del comandante supremo de las fuerzas de la OTAN en Europa, el general Vincenzo DiFate.

Al cabo de tres minutos, Rodgers había logrado sacar al general de una cena en la embajada española en Londres y explicarle para qué necesitaba un helicóptero y diez soldados franceses.

CINCUENTA Y UNO

Jueves, 21:02, Wunstorf, Alemania

—¡Estúpido lisiado!

Herbert había oído los más fuertes insultos a lo largo de su vida: lo que les espetaban a los negros en Mississippi, a los judíos en la ex Unión Soviética y a los estadounidenses en Beirut. Pero lo que el joven centinela le gritó al verlo seguir a Jody en silla de ruedas lo sacó de quicio. No era un exabrupto de los más fuertes, pero lo cabreó como si lo fuera.

Cogió la linterna que llevaba en la silla, se detuvo un momento e inspeccionó el asiento delantero del vehículo que había seguido hasta allí. Luego, se deslizó hacia un lado del sendero y apagó la linterna. Al ver que el centinela enfilaba hacia Jody, Herbert cogió el Skorpion.

Jody y el centinela estaban a unos diez metros de Herbert y a unos veinticinco del cordón de seguridad formado por los neonazis. Al otro lado del cordón proseguía el mitin.

La temeraria estadounidense estaba justo entre Herbert y el centinela, que le pregunto algo en alemán. Jody dijo que no lo entendía. El centinela consultó a voces con un compañero y, al hacerlo, se movió ligeramente hacia la izquierda. Herbert aprovechó para Apuntarle al lado izquierdo del mentón y dispararle.

El fornido joven gritó y se desplomó.

—Ahora estamos los dos lisiados —musitó Herbert, que guardó el arma en una de las raídas bolsas de piel de los lados de la silla y se impulsó hacia la parte donde estaba el volante del vehículo.

Se hizo un silencio absoluto en la concentración. Todos los que formaban el cordón de seguridad echaron cuerpo a tierra, detrás de su compañero herido. El desnivel del terreno les impedía disparar desde donde estaban, aunque Herbert era consciente de que no se iban a quedar allí.

—¡Haz lo que has venido a hacer y larguémonos, Jody! —le gritó Herbert.

La joven lo miró a él y luego dirigió la mirada hacia los neonazis.

—¡No has podido conmigo! —gritó a su vez Jody a pleno pulmón —. ¡Ni podrás nunca!

La joven miró al neonazi herido y luego retrocedió corriendo.

—¡Ponte al volante! —le dijo Herbert, que se enderezó trabajosamente y subió al coche—. Las llaves están en el contacto.

Se oían gritos procedentes de la concentración. Una joven, que estaba con los que echaron cuerpo a tierra, se levantó y apuntó a Jody con una pistola.

—¡Mierda! —exclamó Herbert, que se anticipó a la joven y le disparó a través de la ventanilla.

El disparo de Herbert alcanzó en el muslo a la alemana, que se trastabilló hacia atrás y cayó de espaldas con la pierna ensangrentada.

Herbert volvió a bajar del vehículo, se sentó en la silla de ruedas y cubrió a Jody. Ella subió entonces al coche y puso el motor en marcha.

Jody había perdido su aplomo. Temblaba y jadeaba, con visibles muestras de derrumbamiento nervioso.

—Escúchame bien, Jody —le dijo Herbert, que no podía permitirse el lujo de quedarse sin ella.

Jody rompió a llorar.

—¡Jody!

—*¡Qué!* —le espetó ella—. ¡Qué! ¡Qué! *¡Qué!*

—Pon marcha atrás y retrocede despacio.

Jody asió el volante crispada y bajó la vista. La concentración de neonazis se había deshecho como un ovillo y enfilaba hacia el postrado cordón de seguridad como un reguero de hormigas. Herbert vio que el orador y Karin Doring intercambiaban unas palabras y miraban furiosos hacia el lugar del que procedían los disparos. Los atacarían en cuestión de segundos, pensó Herbert.

—Jody, quiero que pongas marcha atrás y que retrocedas lentamente —dijo en tono paciente.

Herbert sabía que no iba a poder subir al coche sin bajar el cañón del arma. En cuanto lo hiciese, les dispararían. Miró hacia atrás. Aunque en la oscuridad fuese difícil precisarlo, el sendero parecía bastante llano, por lo menos en un largo trecho.

Su plan era dejar abierta la puerta del coche, que los impulsaría a él y a la silla hacia atrás; le serviría de cierta protección y le permitiría apuntar con el Skorpion para cubrir la retirada. Cuando estuviesen a prudente distancia, volvería a subir al coche y huirían.

Ése era el plan.

—¿Me oyes, Jody?

Ella asintió con la cabeza y dejó de sollozar.

—¿Quieres hacer el favor de retroceder lentamente?

Con exasperante lentitud e inseguridad, Jody cogió la palanca del cambio y rompió a llorar de nuevo.

—Jody, no tenemos más remedio —dijo Herbert sosegadamente.

Justo en el momento en que la joven iba a cambiar, reventaron los neumáticos, acribillados por una ráfaga de metralleta procedente del grupo de neonazis. El coche se levantó del suelo. La puerta abierta golpeó a Herbert y lo desplazó hacia la parte trasera del vehículo. Un intenso fuego de pistola acribilló el asiento del acompañante.

El grupo de concentrados formó un pasillo para dejar pasar a una mujer que llevaba una metralleta. Como Lang dijo aquella mañana,

sólo podía ser Karin Doring.

Herbert se impulsó hacia la puerta de atrás, la abrió y se parapetó. Luego, asomó por la izquierda y disparó una ráfaga, que sirvió para que no se moviesen quienes estaban cuerpo a tierra, aunque no para detener a Karin Doring, que avanzaba tan inexorablemente como el invierno.

Jody lloraba.

Herbert vio dos pistolas en el compartimiento de atrás (y otra cosa que podía serle útil). Disparó varias ráfagas hacia la concentración y miró a Jody.

—Necesito que me cubras —le dijo.

Ella meneó la cabeza. Estaba claro que no entendía lo que quería decirle.

Una rociada de balas alcanzó la puerta delantera. *Si no dejan de disparar nos harán pedazos*, pensó Herbert.

—¡Jody! Tienes que coger las pistolas que hay atrás y disparar. *¡Disparar!* ¡Si no lo haces, Jody, podemos darnos por muertos!

Ella asía el volante tan crispada que tenía los dedos blancos.

—¡¡Jody!!

La joven era un mar de lágrimas.

Desesperado, se volvió hacia ella y disparó al asiento, junto a su muslo derecho. Ella gritó y saltó como impulsada por un resorte.

—¡Jody! —repitió él—. ¡O coges la pistola y le disparas a Karin, o ten por seguro que se te carga!

La estudiante se giró para mirarlo con los ojos desorbitados. *Vaya… por lo visto, este lenguaje lo entiende mejor*. Se volvió resueltamente hacia atrás y se alcanzó las dos pistolas.

—Quita los seguros —le dijo Herbert—. Están…

—Ya lo sé. Ya está.

Herbert la vio tragarse las lágrimas y luego disparar a través del parabrisas, recostarse en el respaldo y sacudirse los añicos de cristal que le habían caído encima.

—¡Muy bien! —gritó él sin aliento—. ¡No malgastes balas! —le advirtió—. ¡Reserva munición!

Sin quitarle ojo al grupo de neonazis más cercano, Herbert cogió las seis botellas de agua mineral que había en el asiento trasero y las puso en las bolsas de piel de la silla. Al acercarse Karin Doring, los que seguían cuerpo a tierra se envalentonaron, y uno de ellos se levantó.

—¡Cabrón! —le gritó Jody a la vez que le disparaba.

El disparo no dio en el blanco pero sirvió para que el alemán volviese a echar cuerpo a tierra.

Herbert meneó la cabeza. *¡Menuda tiradora me he agenciado!*, pensó a la vez que abría dos de las botellas y derramaba el agua en el suelo. Luego, retrocedió apenas un metro, cogió el cuchillo y cortó un trozo del tubular izquierdo de la silla. Ni siquiera Karin Doring podía atravesar una cortina de fuego.

Varios proyectiles alcanzaron el capó del vehículo y rebotaron. Jody se lanzó hacia el lado izquierdo. Pero al comprender que así quedaba atrapada por la puerta, se tiró hacia la derecha. Al cabo de un momento una ráfaga acribilló el compartimiento de atrás.

—¡Jody! —gritó Herbert—. ¡Calienta el encendedor del salpicadero!

Jody obedeció y se agachó enseguida. Herbert estaba seguro de que Jody no iba a volver a asomar la cabeza.

Karin estaba a unos 250 m de distancia. Sus compañeros, que debieron de creerse a salvo, optaron por avanzar.

Herbert ya había introducido el tubo en el depósito y llenaba las botellas. La lluvia de disparos arreciaba; cada vez eran más los que alcanzaban el coche. Se veían haces de linterna que enfocaban desde distintos puntos de la concentración. En menos de medio minuto, él y Jody quedarían como el matrimonio Frankenstein del videojuego: a merced de los iracundos lugareños.

Herbert oyó el «clic» del encendedor. Jody no iba a poder ayudarlo. Se impulsó hacia adelante y, al ver que la puerta izquierda

estaba hecha un colador, metió la mano en el interior y cogió parte del relleno del destrozado asiento delantero. Puso una de las botellas en el suelo e introdujo el relleno en la otra. Luego cogió el encendedor del salpicadero, lo acercó al relleno y vio con exasperación que no prendía. Entonces comprendió horrorizado que era un material antiinflamable.

Masculló un juramento y empujó el relleno hasta casi la mitad de la botella. A continuación, introdujo el encendedor por el cuello y lanzó la botella con todas sus fuerzas, confiando en que el relleno cayese al fondo.

Resultó. El cóctel Molotov explotó en pleno vuelo y proyectó sobre la postrada avanzadilla neonazi gotas llameantes y fragmentos de cristal. Se oyeron gritos. El pequeño chubasco de fuego había alcanzado a varios de los jóvenes que seguían cuerpo a tierra.

Jody alzó la vista. Su pánico había dejado paso al asombro. Dirigió la mirada hacia los fuegos artificiales y luego hacia Herbert.

—¡Se acabó la fiesta! ¡Ya no tengo más cócteles! —exclamó Herbert al subir al coche—. Te sugiero que nos larguemos.

Herbert cerró la puerta y Jody hizo retroceder la *limousine*. Karin Doring se adelantó a sus hombres y corrió tras el coche sin dejar de disparar. Varios compañeros la secundaron.

—¡Ay!

Herbert miró a la izquierda al oír quejarse a Jody, que se venció hacia él. El coche perdió velocidad y enseguida se paró. La habían herido en el hombro, entre la clavícula y la primera costilla.

Jody respiraba con dificultad y cerraba los ojos con expresión de dolor. Herbert se arrimó a ella e hizo que apoyara el brazo en su hombro para que disminuyese la presión sobre la herida. En ese preciso momento reparó en el paquete de cigarrillos que Jody llevaba en el bolsillo de la blusa. Le dio un vuelco el corazón al ver que había varios fósforos remetidos entre la funda de celofán y la cajetilla.

Herbert recostó a Jody en el asiento y se deslizó hacia la derecha para coger del suelo la segunda botella, que sujetó entre los muslos.

Karin rebasó a sus asustados compañeros y recargó la semiautomática. Herbert sacó un pañuelo, lo introdujo en la botella y encendió un fósforo que acercó a la tela, que se inflamó y desintegró con mayor rapidez de lo que esperaba.

—O no prende o te abrasa —murmuró a la vez que se asomaba por la ventanilla y le lanzaba la botella a Karin.

El cristal crujió al inflamarse la gasolina. Al momento brotó una llama que se extendió y elevó. *Como música de órgano*, pensó Herbert, que de inmediato se volvió hacia Jody.

La joven se sujetaba el hombro. Bob sabía por experiencia que debía de tener la zona herida casi insensible. Por consiguiente, sólo le dolería cuando se moviese.

Herbert plegó la silla y la aupó al coche, más que nada para tener el teléfono a mano. No estaba seguro de que el teléfono de la *limousine* siguiese intacto después del tiroteo. Luego ayudó a Jody a incorporarse.

—Necesito que hagas una cosa, Jody —le susurró Herbert—. ¿Me oyes?

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

—No puedo pisar el acelerador. Tendrás que hacerlo tú por mí. ¿Crees que podrás hacerlo?

Ella volvió a asentir.

Herbert se desplazó hacia el lado del volante y lo agarró por detrás de Jody. Miró hacia adelante y entrevio a un hombre que sujetaba a Karin para impedirle que cruzase la cortina de fuego.

—¿Jody? No tenemos mucho tiempo. Me ocuparé de tu herida, pero hemos de salir de aquí.

Ella asintió de nuevo, se humedeció los labios y extendió la pierna sin dejar de jadear ni abrir los ojos. Herbert la vio tantear con el pie en busca del pedal del acelerador.

—Eso es. Ahí —dijo él—. Pisa.

Jody lo hizo con suavidad y el coche arrancó marcha atrás. Herbert maniobró hasta conseguir situarlo en sentido opuesto y enfiló luego por el sendero, entre los árboles. A través de la ventanilla trasera les llegaba el anaranjado resplandor del fuego.

Caos en los Días del Caos, pensó Herbert con sorna.

Era difícil conducir en aquellas condiciones y con los neumáticos delanteros reventados. El traqueteo era infernal y rozaban continuamente con los árboles.

Al poco, perdieron de vista el campamento. Era va noche cerrada y sólo se distinguía un tenue resplandor bajo un cielo encapotado. Herbert empezó a confiar en que, pese a todo, lograrían salir vivos del bosque.

Y entonces se caló el coche.

CINCUENTA Y DOS

Jueves, 21:14, Wunstorf, Alemania

Karin Doring se sacudía con la mayor serenidad las llameantes cuentas de gasolina que llovían sobre ella. Estaba indignada por la cobardía de sus seguidores, pero no dejó que esta indignación la atenazase. Su instinto de predadora seguía fijo en la presa. Entre la masa de seguidores en desbandada, observó la retirada del vehículo a través de la cortina de humo y llamas.

Muy listo, pensó con amargura. *Con los faros apagados*. Rehacía el camino sin más que el débil resplandor de las luces de freno. Apenas se veían.

Karin Doring llevaba al cinto el machete de las SA, que reservaba para la chica. Con él utilizaría la pistola.

Manfred la sujetó del hombro por detrás.

—¡Karin! Tenemos heridos. Richter necesita tu ayuda para restablecer el orden.

—¡A esos dos me los cargo! —le espetó ella—. Que se las componga Richter como pueda. ¿No quería mandar? Pues que mande.

—No puede darles órdenes a tus hombres —objetó Manfred—. Es prematuro. No las aceptarían.

—Dalas tú.

—Sabes muy bien que sólo te obedecen a ti. Te seguirían al infierno.

Karin se soltó el hombro de la mano de Manfred y se le encaró con expresión de ferocidad.

—¿Al infierno? Han huido en desbandada como cucarachas cuando el estadounidense los ha atacado. No han podido con un inválido en silla de ruedas, que no tenía más ayuda que la de una cría histérica. ¡Me avergüenzo de ellos! ¡Y me avergüenzo de mí misma!

—Motivo más que suficiente para olvidar el incidente —replicó Manfred—. Esos dos han tenido mucha suerte. Nos han pillado desprevenidos.

—Quiero vengarme. Quiero sangre.

—No —le rogó Manfred—. Así es como se han hecho las cosas hasta ahora, o sea, mal. Esto no es más que un revés, no una derrota.

—¡Palabras! ¡Pura palabrería!

—¡Escucha, Karin! —insistió Manfred—. Puedes desahogarte de otra manera. No obstante, ayuda a Richter a que marchemos todos hacia Hannover.

Karin se dio la vuelta y miró a través de las llamas.

—No tengo derecho a dirigir a nadie mientras esos dos sigan vivos. Delante de Richter, he tenido que ver cómo los míos, mis combatientes, no hacían nada.

Karin vio entonces un hueco entre las menguantes llamas y cruzó por allí entre una tenue humareda. Manfred la siguió, exasperado.

—No puedes dar alcance a un vehículo, Karin.

—Va por un sendero y sin luces —replicó ella, que empezó a correr—. Lo alcanzaré; o atajaré para cortarle el camino. No creas que es tan difícil.

—Razona, por favor —persistió Manfred tratando de no perder el paso—. ¿Quién te dice que no adivina tu intención y te tiende una emboscada?

—Correré el riesgo.

—¿Y qué haré yo sin ti? —le gritó Manfred.

—Unirte a Richter, como has venido a decir.

—No es eso lo que he querido decir —protestó él—. Por lo menos, hablémoslo, Karin.

Ella hizo caso omiso y echó a correr.

—¡Karin!

Ella disfrutaba con el esfuerzo; con su vigorosa y jadeante carrera por el sendero flanqueado de árboles.

—¡Karin!

No quería oírlo más. En el fondo, no tenía tan claro que sus seguidores le hubiesen fallado. Quizá fuese al revés. Para compensar la parte de culpa que le correspondiese en el desastre, para recobrar su autoridad moral, tenía que lavar sus manos en sangre.

Y lo haría. De un modo u otro, aquella noche, o al día siguiente, en Alemania o en EE. UU., lo haría.

CINCUENTA Y TRES

Jueves, 21:32, Toulouse, Francia

Hood miraba por la ventanilla mientras Hausen posaba con destreza el reactor en la pista.

El director del Centro de Operaciones vio enseguida hacia dónde tenían que dirigirse. Un potente foco de la parte superior de la terminal iluminaba un grupo de once hombres, vestidos con tejanos y camisa de franela. Estaba con ellos un joven con terno de ejecutivo. Al verlo mirar repetidamente el reloj y alisarse el pelo, Hood adivinó que no era policía porque no tenía la paciencia necesaria. También adivinó Hood quién era Ballon: uno con cara de bulldog ansioso por morder a alguien.

Ballon se adelantó al grupo antes de que el avión se hubiese detenido por completo. El joven del terno se apresuró a seguirlo.

—Ni siquiera nos hemos traído cacahuetes —dijo Matt Stoll, que tras desabrocharse el cinturón permaneció sentado haciendo tamborilear los dedos en las rodillas.

Hood vio que Ballon (porque, efectivamente, el de la cara de bulldog era el coronel) ordenaba a sus hombres que acercaran la escalerilla al reactor. Cuando la copiloto abrió la puerta, ya estaba la escalerilla adosada.

Paul fue el primero en salir del aparato, seguido de Nancy, Stoll y Hausen.

El coronel de la gendarmería se fijó enseguida en Hausen y en Hood.

—Buenas noches —lo saludó Paul al pie de la escalerilla—. Soy Paul Hood.

—Buenas noches —correspondió Ballon tras el preceptivo apretón de manos—. Soy el coronel Ballon —añadió, para a continuación, señalando con el pulgar al joven del terno, decir—: le presento al señor Marais, de Aduanas, que quiere que le diga que éste no es un aeropuerto internacional. Sólo se les permite a ustedes la… escala por deferencia personal hacia mí, y hacia el Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale.

—*Vive la France!* —musitó Stoll entre dientes.

—*Les passeports* —le dijo Marais a Ballon.

—Quiere ver sus pasaportes —les tradujo el coronel—. Luego, es de esperar que nos deje seguir nuestro camino.

—¿Habré de volverme a casa si he olvidado el mío? —le preguntó Stoll a Ballon.

—¿Es usted el técnico del… aparatito? —preguntó el coronel.

—Sí.

—Pues entonces, no. Aunque tenga que pegarle un tiro a Marais, usted se viene con nosotros.

Stoll metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el pasaporte. Los demás hicieron otro tanto.

Marais se cercioró de que las fotografías se correspondiesen con los rostros. Una vez hecha la comprobación, le devolvió los pasaportes a Ballon, que se los pasó a Hood.

—*Continuez* —dijo Marais visiblemente nervioso.

—También es mi obligación decirles —les comunicó el coronel— que, oficialmente, no han entrado ustedes en Francia, y que deberán abandonar el país antes de veinticuatro horas.

—Existimos pero no existimos —dijo Stoll—. A Aristóteles le hubiese encantado.

—¿Por qué precisamente a Aristóteles? —preguntó Nancy, que estaba detrás de Matt.

—Porque creía en la generación espontánea, en la abiogénesis. Francesco Redi lo refutó en el siglo diecisiete. Y ahora nosotros refutamos a Redi.

Hood devolvió los pasaportes y miró escrutadoramente a Marais. Vio algo en la expresión de su rostro que no le gustó. Al cabo de un momento, Marais llevó a Ballon a un lado y habló con él unos instantes. Cuando el coronel volvió junto al grupo su expresión se había agriado aún más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hood.

—Está preocupado —dijo Ballon mirando a Hausen—. No quiere que una situación tan irregular trascienda.

—No me extraña —terció Hausen con frialdad—. ¿A quién le gustaría airear que Francia es el santuario de Dominique?

—A nadie —replicó Ballon—, salvo al país al que debemos agradecer que hubiese un Hitler.

Hood tendía de manera instintiva a mediar en aquel tipo de confrontaciones, pero en aquella ocasión optó por no intervenir. Eran personas con ideas antagónicas y pensó que sólo conseguiría tenerlos por enemigos si interfería.

—Estoy aquí para ayudar a detener al próximo Hitler, no para resucitar al último. ¿De acuerdo?

Nancy se adelantó hacia Ballon, los rebasó a él, a Marais y a los demás miembros del comando francés y se dirigió hacia el edificio de la terminal.

Hausen miró a Hood y luego al coronel.

—Creo que ella tiene razón —dijo el viceministro—. Mis excusas a ambos.

Ballon torció el gesto, como si no estuviese muy dispuesto a dejar correr el asunto. Luego, se relajó y miró a Marais, que parecía sumido en la mayor confusión.

—*À demain* —dijo con sequedad el coronel, que les indicó a sus hombres con un ademán que se dirigiesen a la terminal.

Hood, Stoll y Hausen los siguieron.

Nada más entrar en el edificio, Hood se preguntó si habría sido pura coincidencia que Ballon se despidiese de Marais con aquel à *demain*. No tenía nada de particular despedirse con un «hasta mañana», pero, como mínimo, no dejaba de ser una ironía que fuese a Demain adonde se dirigían.

Ballon condujo al grupo hasta dos furgonetas que aguardaban. Aunque sin mucha ceremonia, se aseguró de que Stoll se alojara cómodamente entre Nancy y Hood. Él se sentó delante, junto al conductor. Había otros tres hombres en el asiento del fondo. Ninguno de ellos portaba armas (las llevaban en la furgoneta en la que iba Hausen).

—Me siento como el botánico del *Bounty* —le comentó Stoll a Hood cuando ya habían arrancado—. Como tendrían que trasplantar el árbol del pan que pretendían encontrar, el despótico capitán Bligh lo mimaba.

—¿Y nosotros qué? —dijo Nancy con expresión enfurruñada.

—Pues… ya sabes: rumbo a Tahiti, como los amotinados —repuso Hood.

Nancy no sonrió. Ni siquiera miró a Paul, que tuvo la sensación de estar en *La nave de los locos* y no en el *Bounty*. Su romántico recuerdo no le había hecho olvidar los bruscos cambios de humor de Nancy: pasaba de la tristeza a la depresión y de la depresión a la ira como si resbalase por una enlodada pendiente. Eran cambios de humor bastante fugaces, pero mientras duraban, hacían de ella una persona desagradable. Resultaba tan poco tranquilizador como la irritación que advertía en ella ahora.

—Me he cobrado todos los favores que me debían, y me los he gastado en traerlos a ustedes a Francia —les notificó Ballon—. Ya había gastado buena parte en conseguir la orden de registro para entrar en Demain. Expira hoy a medianoche y no quiero

desperdiciarla. Llevamos días vigilando la factoría mediante cámaras de vídeo, confiando ver algo que justifique entrar. Pero hasta el momento no hemos conseguido nada.

—¿Qué espera encontrar? —preguntó Hood.

—¿Idealmente? —dijo Ballon—. Caras de terroristas conocidos. Miembros de esa temible banda paramilitar que se autodenomina Nuevos Jacobinos, una reedición del grupo que no vacilaba en asesinar ancianas y niñas por pertenecer a las clases opulentas.

El coronel utilizó un llavín que pendía de su muñeca para abrir la guantera, de la que sacó una carpeta que contenía una docena de dibujos y fotografías borrosas y se la pasó a Hood.

—Éstos son jacobinos conocidos —dijo Ballon—. Necesitaría ver a alguno de ellos en la planta para entrar.

Hood le mostró la carpeta a Stoll.

—¿Va a poder ver un rostro con la suficiente claridad como para hacer una identificación inequívoca?

—Quizá —contestó Stoll tras examinar los dibujos y las fotograbas—. Depende del material que se interponga, de que esté en movimiento o en reposo y del tiempo de que disponga…

—Muchas condiciones son ésas —dijo el coronel con acritud—. Necesito la prueba de que uno de esos monstruos está dentro de la fortaleza.

—¿No hay un margen de flexibilidad respecto de la caducidad de la orden de registro? —preguntó Hood.

—Ninguno —contestó Ballon, crispado—. Pero no voy a permitir que una mala fotografía y nuestras prisas por entrar nos induzcan a culpar a un inocente.

—Fantástico —dijo Stoll—. Lo que necesito para trabajar sin presión —añadió tras devolverle la carpeta al coronel.

—Eso es lo que distingue a los profesionales de los aficionados —replicó Ballon.

Nancy fulminó al coronel con la mirada.

—Lo que a mí me parece es que un profesional, por lo pronto, no habría dejado que en la factoría hubiese terroristas —le espetó a Ballon—. Y también me parece que Dominique ha robado, incluso posiblemente ha asesinado, y que está dispuesto a provocar tantas guerras como quiera, pero que sabe hacer su trabajo. ¿Lo convierte eso en profesional?

—Los hombres como Dominique quebrantan la ley —contestó Ballon sin alterarse—. Nosotros no podemos permitirnos ese lujo.

—¡Vamos, hombre! —protestó ella—. Vivo en París, y a la mayoría de los estadounidenses nos tratan como si fuésemos una mierda, desde los caseros hasta los gendarmes. Las leyes no nos protegen.

—Pero usted acata las leyes, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Si una parte se sitúa al margen de la ley, no pasa de ahí —dijo Ballon—. Eso es delincuencia. Pero si ambas partes se sitúan al margen de ley, no tendremos delincuencia… tendremos el caos.

Hood optó por mediar ahora en la cuestión, aunque sólo cambiando de tema.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la fortaleza?

—Unos quince minutos —contestó Ballon sin dejar de fijar sus ojos en Nancy, pese a que ella miraba desdeñosamente para otro lado—. Sus argumentos, señorita Bosworth, me parecen sensatos, y lamento haberle hablado con acritud al señor Stoll. Mire, lo que ocurre es que en este caso nos jugamos mucho. ¿Se han parado ustedes a pensar en los riesgos que entraña el éxito?

—Pues no, la verdad —dijo Hood inclinándose hacia adelante—. ¿Qué quiere decir?

—Si nuestra operación es… quirúrgica y sólo extirpamos a Dominique; si sólo él cae, su empresa y sus ramificaciones pueden sobrevivir. Ahora, si sus empresas se derrumban, se perderán miles de millones de dólares, y la economía francesa y el gobierno se

verán seriamente desestabilizados. Y eso creará un vacío similar a los que hemos visto en el pasado.

El coronel se interrumpió un momento y miró hacia la furgoneta de atrás.

—Un vacío —prosiguió Ballon— en el que, históricamente, ha florecido el nacionalismo alemán; en el que los políticos alemanes se enardecen; en el que miran con avidez a Austria, los Sudetes, Alsacia-Lorena. Señores Hood y Stoll, señorita Bosworth… estamos en la cuerda floja. La prudencia es nuestra pértiga y la ley nuestra red, y con ambas llegaremos al otro lado.

Nancy ladeó la cabeza y miró por la ventanilla. Hood sabía que no iba a disculparse, pero en alguien como ella, el hecho de que hubiese dejado de porfiar ya era algo.

—También yo creo en la ley y en el sistema que nos hemos dado para protegerla —dijo Hood—. Lo ayudaremos a llegar al otro lado de la cuerda floja, coronel.

Ballon le dio las gracias con una ligera inclinación de cabeza, el primer gesto amable que tenía desde la llegada del grupo.

—Gracias, jefe —suspiró Stoll—. Como he dicho antes: lo que necesitaba yo para trabajar sin presión, ¿verdad?

CINCUENTA Y CUATRO

Jueves, 21:33, Wunstorf, Alemania

Al calarse el coche, Jody levantó el pie del acelerador, se recostó en el respaldo y cerró los ojos.

—No puedo moverme —dijo, jadeante.

Herbert encendió la luz interior y se inclinó hacia ella.

—Tienes que moverte, cariño —le dijo él quedamente.

—No.

—A nuestro coche se le ha parado el motor —continuó él a la vez que cogía un puñado del algodonoso relleno del asiento—. Y se nos parará a nosotros también si no salimos de aquí.

—No puedo —insistió ella.

Herbert le desabrochó la blusa para descubrirle la herida y se la limpió con suavidad. El orificio no era muy grande. La bala debía de ser del calibre 22, y parecía que hubiera sido disparada con un arma de fabricación casera.

Qué imbéciles, se dijo al pensar en los jóvenes que les habían disparado. *Vomitarían sólo con ver su propia sangre*.

—Tengo miedo —dijo de pronto Jody, quejumbrosa—. Estaba equivocada *¡Aún tengo miedo!*

—Es natural —la tranquilizó Herbert—. Te exiges demasiado.

Herbert estaba apenado por ella, pero no podía permitirse perderla, por lo menos, no en aquellos momentos. Estaba seguro de que Karin iría tras él, sola o con compañía. Los caduceos del nazismo

tenían que impregnarse con la sangre de los vencidos para servir de símbolos del poder.

—Escúchame, Jody. Estamos cerca del lugar del que partimos, a menos de dos kilómetros de la carretera general. Si llegamos allí, estaremos a salvo.

Herbert abrió la guantera, en la que encontró un tubo de analgésicos y le dio dos tabletas a Jody. Luego, trabajosamente, se alcanzó una de las botellas de agua mineral del asiento de atrás y le hizo beber un poco. Cuando hubo terminado llevó las manos a la parte de atrás del asiento y buscó a tientas una cosa.

—Jody, tenemos que salir de aquí —dijo tras dar con lo que buscaba—. He de curarte la herida, cariño.

—¿Cómo? —preguntó ella, que abrió al fin los ojos, parpadeó y movió instintivamente el hombro.

—Tengo que extraerte la bala. Pero no hay esparadrapo para fijarte un vendaje, ni hilo para coserte. Cuando te la haya extraído, tendré que cauterizar la herida.

—¿Que me va a quemar? —exclamó, alarmada.

—No es la primera vez que lo hago —contestó él—. Tenemos que salir de aquí, y necesito… tracción —añadió—. Te dolerá, pero ya te duele ahora. Y la herida hay que curarla.

Jody echó la cabeza hacia atrás.

—Cariño… No podemos perder tiempo.

—Está bien —farfulló Jody—. Hágalo.

Herbert bajó las manos para que Jody no las \iese, encendió una cerilla y acercó la llama a la punta del cuchillo para esterilizarla. Luego, apagó la llama y separó delicadamente con los dedos los bordes de la herida. La base de la bala relucía con la amarillenta luz del coche.

Bob respiró hondo y le tapó la boca a Jody con la mano izquierda.

—No te importe morderme —dijo él al alzar el cuchillo. Jody gimió de dolor.

Al extraer una bala, había que tener sumo cuidado en no causar más daño que el que había producido al entrar. Pero era necesario sacarla para evitar que se adentrase en los tejidos y los desgarrase.

Lo ideal era que un cirujano la extrajese con fórceps o tenacillas. No obstante, lo único que tenía Herbert era un cuchillo. Eso significaba tener que introducir la hoja y hacer saltar la bala hacia afuera enseguida, para evitar que el inevitable temblor de Jody la hiriese más.

Herbert examinó la herida unos momentos y luego introdujo la punta del cuchillo bajo la base de la bala, que había descrito un pequeño ángulo de izquierda a derecha. La hoja debería seguir la misma trayectoria.

Bob contuvo el aliento, dominó su pulso e introdujo la hoja.

Jody gritó y forcejeó con él, que la sujetó firmemente con el antebrazo izquierdo. No había nada como impulsarse en silla de ruedas para fortalecerse de cintura para arriba.

Herbert introdujo la hoja hasta el extremo cónico de la bala, hizo palanca con el cuchillo y empujó el proyectil hacia afuera. La bala salió lentamente y rodó por el cuerpo de Jody.

Bob se remetió el cuchillo bajo el cinturón, soltó a Jody y cogió las cerillas.

—Tardaré sólo cuatro o cinco segundos en cauterizar la herida —dijo Herbert—. ¿Lo soportarás?

Jody apretó los labios, cerró los ojos y asintió animosamente con la cabeza.

Herbert encendió un fósforo y lo utilizó para prender el resto de la carterita de cerillas. La llama de las cerillas sería más potente, y más rápida, que la candente hoja del cuchillo para cauterizar la herida. Y cada segundo era vital.

Bob volvió a taparle la boca a Jody y aplicó la llama de los fósforos a la sangrante herida.

Jody tensó el cuerpo y le mordió la mano. Herbert sabía muy bien lo que dolía, y que le dolería aún más cuando la humedad de la

piel se evaporase.

—¿No has visto nunca a Kenneth Branagh en *Enrique Cuarto*, Jody? —le susurró al oído sobreponiéndose al dolor del mordisco.

Un segundo. La sangre chisporroteó. Jody se rebulló y trató de sujetarle la muñeca con las manos.

—¿Recuerdas lo que les dijo a sus soldados?

Dos segundos. La carne empezó a socarrarse. Jody seguía mordiéndole.

—El rey les dijo que un día les mostrarían sus cicatrices a sus hijos y les dirían que eran agallas, fuertes como las del roble.

Tres segundos. La herida empezó a chisporrotear. Jody parecía haberse quedado sin fuerzas y puso los ojos en blanco.

—Como las que tú tienes, cariño —la animó Herbert—. Sólo que con la ventaja de poder hacerte la cirugía estética.

Cuatro segundos. Los bordes de la herida se soldaron con el calor Jody dejó caer los brazos.

—No te quedará la menor señal. Nadie creerá que hayas tenido una herida de bala, y que luchaste contra el rey Bob Herbert el día de San Crispín.

Cinco segundos. Herbert retiró los fósforos de la herida y limpió las brasitas pegadas a la piel. Era una chapuza, pero, por lo menos, la herida estaba cerrada.

Herbert se miró la mano izquierda. Tenía la palma ensangrentada.

—Ahora podremos los dos presumir de cicatrices —masculló él alargando el brazo hacia el asiento del acompañante—. ¿Crees que podrás andar?

Jody lo miró. Las gotas de sudor que perlaban su frente relucían con la macilenta luz del coche.

—Sí que podré —repuso ella, que sin mirarse la herida volvió a abrocharse la blusa—. ¿Le he hecho mucho daño en la mano?

—Si no tienes rabia no me pasará nada —contestó él tras abrir la puerta—. Ahora, ayúdame con la silla y saldremos de aquí como

alma que lleva el diablo.

Jody bajó con lentitud del coche y rodeó por la parte de atrás. Pese al dolor, se sentía más segura de sí misma. Al llegar junto a Herbert, sacó trabajosamente la silla del vehículo y la desplegó.

Herbert apoyó las manos en el asiento del coche y se sentó en la silla.

—Vamos —dijo él—. Rumbo este. A la izquierda.

—No es por ahí por donde yo he pasado —le hizo saber ella.

—Ya lo sé —repuso él—. Pero vamos por donde te digo.

Jody empezó a empujar la silla, que traqueteaba como un demonio, entorpecida por ramas caídas y raíces que sobresalían. Por detrás, a lo lejos, sólo un crujir de ramas alteraba el silencio de la noche.

—No vamos a conseguirlo —dijo Jody.

—¡Ya lo creo que sí! —le aseguró él—. Siempre y cuando no te desvíes de esta dirección.

Jody siguió empujando la silla a través de la oscuridad. Y mientras avanzaban, Herbert le contó el resto de su plan y lo que quería que hiciese.

CINCUENTA Y CINCO

Jueves, 21:56, Toulouse, Francia

Después de bajar de las furgonetas, Ballon, Hood, Stoll, Hausen y Nancy cruzaron el Tarn a pie a través del arqueado puente de ladrillos.

Gracias a una hilera de farolas, que equidistaban unos veinte metros, veían con bastante claridad (con la misma claridad con que nos verán a nosotros, pensó Hood).

No importaba. Dominique debía de dar por sentado que lo vigilaban. Verlos acercarse no le haría adoptar excepcionales medidas de seguridad.

Al llegar a la antigua *bastide*, el grupo se detuvo. Se sentaron los cinco junto a un bosquecillo, en el estrecho sendero de hierba que declinaba hacia el río.

Visiblemente malhumorado, Stoll le pidió a Nancy que sostuviese el ordenador mientras él sacaba el Ave-X de la mochila.

—Confío en que estén seguros de que no hacemos nada ilegal —dijo Stoll—. No me apetece protagonizar *Expreso de medianoche dos* y acabar en el talego.

El genio informático conectó el aparato a la fotoimpresora que, al igual que el Ave-X, abultaba poco más que una caja de zapatos. Enfocó el Ave-X al edificio y pulsó un botón de la fotoimpresora para activar el escáner de láser. El escáner sería el encargado de limpiar

la imagen, de eliminar zonas borrosas debidas a la dispersión de la luz, provocada por las motas de polvo en suspensión.

—¿Tiene idea de cuál es el grosor de esos muros, coronel? —preguntó Stoll.

—Unos quince centímetros, en la mayoría de los puntos.

—Entonces funcionará —dijo Stoll, que se acuclilló y encendió su generador teraherciano, que producía una frecuencia del orden del billón de hercios (un billón de vibraciones por segundo). A los pocos instantes, el aparato emitió un «bip»—. Dentro de medio minuto lo sabremos con seguridad.

En cuclillas como estaba, Stoll se inclinó hacia adelante y aguardó a que apareciese la imagen en color por la fotoimpresora. El papel salía como en un fax relativamente lento. Ballon observaba expectante la glaseada hoja.

Cuando la fotoimpresora se hubo detenido, Stoll retiró la hoja y se la dio a Ballon. El coronel la examinó con una pequeña linterna. Los demás se acercaron a ver.

A Hood se le cayó el alma a los pies. Con aquello no iban a ninguna parte.

—¿Qué es esto? —preguntó el coronel—. ¡Parece una piscina!

Stoll se enderezó y miró la fotografía.

—Es la imagen de un muro que tiene bastante más de quince centímetros de espesor —dijo después de examinar el código alfanumérico que aparecía al pie de la imagen—. El aparato ha captado hasta dieciséis centímetros y luego se ha parado, lo que significa que es más grueso de lo que creía o que hay otro obstáculo adosado a la cara interna del muro.

Hood miró a Nancy, que frunció el entrecejo y luego alzó la vista. La fortaleza tenía una altura equivalente a unos cinco pisos, y debía de haber materiales radiorreflectantes en el interior del edificio.

Ballon tiró la hoja de papel al suelo, visiblemente furioso.

—¿Para esto hemos venido aquí?

—Quien no se arriesga no gana —comentó Stoll, visiblemente aliviado—. Teníamos que haber previsto que esto no iba a ser tan fácil como «pinchar» las comunicaciones entre ordenadores del Estado.

Antes de acabar de decirlo, Stoll comprendió que acababa de cometer un error. Ballon le enfocó la linterna y Hood miró al genio de los ordenadores.

—¿Puede usted «pinchar» comunicaciones entre ordenadores? —preguntó Ballon.

—Bueno, pues… sí, lo he hecho —repuso Stoll mirando a Hood—. Pero es totalmente ilegal…

—Nosotros lo intentamos con los ordenadores de Demain —dijo Ballon—, pero Dominique no estaba *on-line* o, por lo menos, nosotros no lo detectamos. Tuve a varios de mis mejores especialistas trabajando en ello.

—A lo mejor se debió a que no sabían ustedes qué buscar exactamente —terció Nancy—. ¿No detectaron ninguno de sus videojuegos?

—Por supuesto que sí —contestó Ballon.

—Pues entonces, lo más probable es que lo que quisieran ocultar estuviese camuflado en algún videojuego.

—Un momento —dijo Stoll—. En el avión me he entretenido con un videojuego.

—Ya lo he visto —le espetó Nancy—. Y me he fijado en las órdenes que tecleaba y en el mensaje que ha enviado.

Hood tuvo que dominarse para que no advirtieran su turbación.

—Es como leer el movimiento de los labios —continuó Nancy—. Con práctica, se llega a saber lo que otro teclea. Da igual. El caso es que cuando programamos los juegos solemos incluir contraseñas de acceso a otros juegos. Por ejemplo, yo camuflé un Tetris en un Ironjaw, un juego que programé para Demain.

—¿Lo programó usted? ¡Es formidable! —exclamó Stoll.

—En efecto. Lo programé yo. Nadie se molesta en leer quién es el programador. Pero si usted lo hubiese hecho, habría localizado Tetris. Bastaba con realzar secuencialmente las letras de los nombres utilizados a modo de seudónimo: *Te*d Roberts y *Tris*h Fallo.

—¿Cómo demonios va a caer nadie en la cuenta de eso? —dijo Hood.

—No, claro —reconoció Nancy, sonriente—. Así resulta más divertido. Lo que hacemos es «filtrar» la información en revistas de aficionados a los videojuegos y en boletines informativos *on-line*.

—A nadie se le ocurriría buscar una contraseña de acceso en un inocente videojuego de aventuras —objetó Hood.

—Cierto —admitió Nancy—. Pero eso es todo lo que se necesita: una simple contraseña de acceso. Cualquiera, desde el más remoto villorrio, puede difundir un videojuego racista por toda Internet.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —preguntó Hood.

—La verdad es que no se me ha ocurrido hasta ahora —le espetó ella—. No me había pasado por la cabeza que nadie se dedicase a difundir videojuegos racistas en programas de juegos de rol. ¿Por qué no se le ha ocurrido a Matt, por ejemplo? ¿No es él tu autoproclamado genio informático?

—Tiene razón —dijo Stoll—. Debí haberlo pensado. Ya sabéis lo que dicen: que a veces se busca fuera lo que se tiene en casa.

A Hood no le hizo mucha gracia el comentario. Era como mentar la soga en casa del ahorcado.

—En definitiva —concluyó Paul—, que los videojuegos racistas están camuflados. ¿Dónde los buscamos?

—Y aunque los encontrásemos, ¿podríamos seguirles la pista hasta Demain? —dijo el viceministro.

—Es difícil saber dónde buscar —se lamentó Stoll—. Pueden hacerlos pasar de un programa a otro como una pelota: desde «Ataca el Escorpión» a «El Fénix del Espacio», y de éste a «Las garras del Hombre-Tigre».

—¿Tendría el programa de Dominique que volver a un videojuego de Demain? —preguntó Hood.

—No —contestó Stoll—. Una vez introducido es como un virus programado para infestar a voluntad.

—De modo que no hay hilo que permita sacar el ovillo.

—Así es —dijo Stoll—. Aunque pudiéramos impedir la difusión del programa (porque, probablemente, tiene equipos de apoyo en otro lugar), no habría, por así decirlo, huellas dactilares que pudieran servirnos.

—Pues menudo consuelo —se lamentó el coronel—. Así no voy a ninguna parte.

—Dominique está a punto de transmitir *on-line* —avisó Hood mirando el reloj—. ¿Estás segura, Nancy, de que no sabes nada acerca de esto? ¿De su *modus operandi*, de los programadores y de cómo trabajan?

—Si lo supiera, Paul, ya te lo habría dicho.

—Lo sé. Me refiero a algo que haya podido pasarte por alto.

—No. Además, yo no intervengo en la fase de acabado de esos programas. Sólo doy los datos, la idea general, y el equipo lo configura. Un equipo pagado a precio de oro, maniatado y leal al jefe. Cuando hacemos cosas como el juego extra, accesible mediante la contraseña oculta, es poco menos que una ocurrencia de última hora. Lo demás queda muy al margen de mis competencias.

Todos guardaron silencio unos momentos.

—¡Ya sé cómo hacerlo! —exclamó Stoll, que dio una palmada y se sentó en la hierba—. ¡Ya sé cómo cazar a ese cabrón!

—¿Cómo? —preguntó el coronel acuclillándose junto a él.

Los demás rodearon a Stoll, que desenrolló los cables del ordenador portátil y conectó el apar ato al Ave-X.

—Los programadores trabajan como los pintores —explicó Matt —. Como hemos visto en el despacho del viceministro, captan fragmentos del paisaje que los rodea y lo utilizan en sus juegos.

Ahora mismo está oscuro, y por tanto sería muy problemático visualizar un paraje. Pero si saco fotografías terahercianas de los árboles, de las lomas y de todo lo demás, los compuestos químicos aparecerán como datos visualizables. Esto nos permitirá apreciar formas: de las hojas, de las rocas y de los elementos del paisaje. Si introducimos estas formas en el ordenador…

—Puede proyectar un vídeo de comparación de programas para ver si las imágenes encajan —dijo Nancy—. ¡Brillante, Matt!

—Cierto —confirmó Matt—. Con un poco de suerte, podré hacerlo todo aquí. Y si necesito más análisis, transmitiré los datos al Centro de Operaciones.

Mientras Stoll manipulaba su equipo, Hood lo miraba con expresión de perplejidad, aunque confiado en la sapiencia de su colaborador. Justo en aquel momento sonó su teléfono y se alejó unos pasos, en dirección al río, para contestar.

—Diga.

—¿Paul? Soy John Benn. ¿Puede hablar?

—Sí.

—Tengo un completo informe para usted, pero le adelanto lo esencial: Maximilian Hausen, padre de Richard Hausen, trabajó para Pierre Dupré desde mil novecientos sesenta y seis hasta mil novecientos setenta y nueve en calidad de piloto y luego de instructor de vuelo.

—¿Ha dicho en mil novecientos sesenta y seis? —preguntó Hood.

—Exacto.

—Eso fue antes de que Richard Hausen y Gérard Dupré coincidiesen en la universidad. En cuyo caso, no era probable que se conocieran en la Sorbona, como Hausen había dicho. Casi con toda seguridad se conocieron antes.

Hood miró a Hausen, que miraba a su vez a Stoll. Lo de menos era saber cuándo conoció a Dominique el viceministro. Lo que preocupaba al director del Centro de Operaciones era la posibilidad

de que siguiesen en contacto, y no como enemigos sino como aliados.

—Hay más —dijo John Benn—: Maximilian Hausen fue un nazi que siguió reuniéndose en secreto con otros nazis después de la guerra. Pertenecían a los Lobos Blancos, un grupo que conspiró para la formación del Cuarto Reich.

Hood se volvió de espaldas al grupo.

—¿Fue Richard miembro de los Lobos Blancos? —preguntó en voz baja.

—No hay pruebas de que así sea, ni tampoco al contrario —contestó Benn.

Hood se alegró de oír eso, por lo menos.

—¿Algo más, John?

—De momento, no.

—Gracias —dijo Hood—. Su informe me es de gran ayuda.

—A su disposición. Buenas noches.

Hood desconectó y se quedó unos momentos mirando hacia las aguas del Tarn. *Ojalá sean buenas*, musitó entre dientes. Luego, dio media vuelta y fue a reunirse con los demás.

CINCUENTA Y SEIS

Jueves, 22:05, Wunstorf, Alemania

Jody avanzaba tan de prisa como sus agarrotadas piernas y su dolorido hombro le permitían. Era increíble, pensó, haber dado tantas cosas por supuestas a lo largo de su vida: que su buena forma física y su salud eran algo así como constantes matemáticas y que los paseos por el bosque eran indefectiblemente hermosos.

En su estado, empujar y tirar de una silla de ruedas con un ocupante era un ejercicio muy distinto.

Si, además, añadía que *iban a por ella*, que oía por detrás a una mujer empeñada en liquidarla, el panorama tenía tintes aún más negros.

Jody tropezó y cayó. Se levantó enseguida quejumbrosa y se apoyó en la silla. Dependía del precario y móvil sostén casi tanto como de sus piernas. Y de pronto oyó la voz de aquella mujer que le gritaba.

—¡No des un paso más!

Jody se detuvo.

—¡Arriba las manos!

Jody obedeció.

—Da dos pasos hacia la izquierda sin volver la cabeza.

Jody lo hizo sin rechistar. Oyó que Karin Doring se le acercaba jadeante. Se sobresaltó al sentir tres disparos que la neonazi dirigió al respaldo de la silla. El cuerpo muerto cayó hacia adelante.

—¡Dios mío! —exclamó Jody con el corazón encogido.

Karin rebasó a la joven y se plantó frente a ella. Incluso en la oscuridad vio la aterrada estudiante la expresión de ferocidad de la alemana. Y vio también el machete de las SA.

—¡Atreverte a irrumpir en mi campamento de esa manera! —le gritó Doring, tan fuera de sí que alejó la silla de una patada—. ¡Te has atrevido a desafiarme, a insultarme!

—Lo siento —dijo Jody, temblorosa—. Tú… tú habrías hecho lo mismo, ¿no es cierto?

—¡No te compares conmigo! —le espetó Karin—. ¡No me llegas ni a los talones!

De pronto, surgieron de una fronda los fogonazos de tres disparos. Karin se tambaleó pero sin llegar a caer. Luego alzó la vista al ver a Bob Herbert asomar entre las ramas de un árbol. Entonces, Karin cayó de rodillas, ensangrentada.

Herbert dejó caer el arma al suelo y se descolgó de la rama. Permaneció colgando, sostenido por sus poderosos brazos.

—Me temo que está encantada de no poder compararse a ti en estos momentos, Karin.

Karin porfió por mantener los ojos abiertos. Movió la cabeza lentamente, tratando de levantar el arma, pero se le cayó de la mano. Y al instante se desplomó.

Jody no quiso mirarla. Le dio una patada al cuerpo del policía muerto que sentaron en la silla, corrió hacia Herbert, que se dejó caer en la silla, y se recostó en el árbol.

—Tenías que hacerlo y lo has hecho como una profesional —dijo Herbert—. Estoy orgulloso de ti —añadió a la vez que se agachaba para alcanzarse el arma que acababa de soltar—. ¡Larguémonos de…!

Sin darle tiempo a acabar la frase, una enorme sombra gritó y cargó hacia él desde la oscuridad empuñando un machete. El enfurecido Manfred Piper alzó el brazo y dirigió la punta del machete hacia su pecho.

CINCUENTA Y SIETE

Jueves, 22:06, Toulouse, Frauda

Después de guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, Hood rehízo el camino por la suave pendiente cubierta de hierba.

El grupo seguía junto al bosquecillo. Sólo Matt se había adelantado unos metros, en dirección al puente. Desde allí, veía el curso del río y la otra orilla sin obstáculos que se interpusieran.

Al acercarse, Hood oyó al coronel hablar con Nancy.

—… Si nos ven, que nos vean. Me importa un rábano. Me importa tan poco como cuando sorprendí a mi esposa con su amante. Que a uno no le guste lo que ve, no lo hace desaparecer.

—No es eso lo que le he preguntado —dijo Nancy—. Le he preguntado si espera que alguien de Demain nos vea. Y si nos ven, ¿qué cree que ocurrirá?

—Estamos en un sitio público —contestó Ballon—. Aunque nos vean, no pueden hacer nada. En cualquier caso, dudo que Dominique se dé a la fuga, y menos aún en plena transmisión de sus juegos.

Hood se detuvo junto a Hausen. Iba a hacer un aparte con él cuando Ballon se les acercó.

—¿Todo bien? —preguntó el coronel.

—No estoy muy seguro —contestó Hood—. ¿Qué tal los preparativos, Matt?

—Más o menos —repuso Stoll, que estaba sentado con las piernas estiradas. Tenía el ordenador sobre las rodillas y tecleaba furiosamente—. Como un clavo.

—¿Como un clavo? —dijo Ballon.

—Puntual —dijo Stoll—. La transmisión del primer juego ha empezado a las diez en punto. Puntual a la décima de segundo. Lo he archivado en el disco duro. En un minuto, el Ave-X ha reconvertido poco más de la décima parte de las imágenes. De manera que dentro de menos de diez minutos las tendré completas.

—¿Y luego? —preguntó Hood.

—Tendré que empezar a jugar, pasar a diferentes fotogramas, a diferentes paisajes.

—¿Por qué no lo transmite al Centro de Operaciones?

—Porque harían lo mismo que puedo hacer yo aquí —repuso Matt—. Grabo una pequeña modificación en el programa de comparación para que pueda leer imágenes del Ave-X. Luego, los dioses decidirán. Si no cometo errores, las imágenes que sirven de fondo seguirán pasando por la pantalla. Y espero tener mi acostumbrado pálpito cuando aparezca algo que encaje —añadió tras dejar de teclear. Luego respiró hondo e hizo aparecer el juego en pantalla—. No va a resultar muy divertido. Es un linchamiento.

Nancy se había acercado a ellos mientras Matt hablaba. Se arrodilló junto a él y apoyó las manos en sus hombros.

—Lo ayudaré, Matt —dijo ella—. Soy muy buena en esto.

Hood los miró un momento. Sintió celos. Ver aquellas manos descender con la suavidad de los pétalos le hizo sentir una nostalgia que lo exasperó.

Después, con un armonioso movimiento, Nancy se dio la vuelta lentamente y miró a Hood. Lo efectuó con la suficiente lentitud como para darle tiempo a mirar hacia otro lado. Pero Hood no lo hizo. Le sostuvo la mirada, incapaz de sustraerse a su influjo.

Sólo pensar en Hausen liberó a Hood del hechizo de Nancy. Hablar con el viceministro era más apremiante.

—Me gustaría tener una conversación con usted, señor Hausen —dijo Hood.

—Por supuesto —accedió el viceministro, que lo miró expectante, casi impaciente por saber lo que tuviera que decirle.

Era evidente que el alemán estaba entusiasmado con lo que ocurría. Pero ¿de qué lado ponía su entusiasmo?

Hood posó la mano en el hombro de Hausen y lo condujo hacia el río. Ballon los siguió a prudente distancia. No importaba. Todo aquello lo afectaba también a él.

—La llamada que acabo de recibir era del Centro de Operaciones —dijo Hood—. Lo que he de preguntarle no puedo hacerlo de un modo delicado. De manera que no me andaré con rodeos. ¿Por qué no nos ha dicho que su padre trabajó para Dupré?

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Hausen.

—Mis colaboradores han indagado en los archivos del Ministerio de Hacienda alemán. Trabajó para Pierre Dupré como piloto desde mil novecientos sesenta y seis hasta mil novecientos setenta y nueve.

Hausen tardó unos segundos en contestar.

—Cierto. Y eso fue una de las cosas que discutimos Gérard y yo aquella noche en París. Mi padre lo enseñó a volar, lo trató como a un lujo, lo enseñó a odiar.

Ballon se detuvo junto a ellos, casi pegado a Hausen.

—¿Su padre trabajó para ese monstruo? —exclamó el coronel—. ¿Dónde está su padre ahora?

—Murió hace dos años —repuso el viceministro.

—Pero hay más —dijo Hood—. Hablemos de la filiación política de su padre.

—Estaban podridos —contestó Hausen visiblemente abrumado—. Perteneció a los Lobos Blancos, un grupo que mantuvo vivos los ideales nazis durante la posguerra. Se reunía con sus camaradas regularmente. Él…

Hausen se interrumpió.

—¿Qué? —lo apremió Ballon.

—… creía en Hitler y en las metas del Tercer Reich —contestó Hausen, que tuvo que sobreponerse para proseguir—. Consideraba el fin de la guerra como un revés, no como una derrota; y, a su modo, siguió en la guerra. Cuando yo tenía once años…

El viceministro volvió a interrumpirse y respiró hondo, como sí le faltase aliento para continuar.

—… mi padre y dos amigos —prosiguió, no obstante— regresaban a casa después de asistir al cine, y atacaron al hijo de un rabino que salía de la sinagoga. En cuanto lo supo, mi madre optó por alejarme de allí y enviarme a un internado berlinés. No volví a ver a mi padre hasta después de que Gérard lograse trabar amistad conmigo en la Sorbona.

—¿Trata de decirme que Gérard fue a la Sorbona sólo para trabar amistad con usted y recuperarlo para la causa? —preguntó Hood.

—Desde pequeño quisieron contar conmigo. Lo que mi padre había hecho me revolvía el estómago. Aún me parece oírlo llamándome para que lo viese, como si fuera un número de circo que no debía perderme. Todavía me parece oír los gemidos del joven, los golpes de mi padre y sus amigos. Fue vomitivo. Mi madre quería a mi padre, y me mandó fuera aquella noche para evitar que acabásemos odiándonos. Fui a vivir con unos primos de Berlín. Y durante mi estancia allí, formé un grupo antinazi. Con sólo dieciséis años, tuve mi propio programa de radio (y protección policial un mes después). Entre otras cosas, decidí seguir mis estudios en el extranjero para alejarme de las amenazas de muerte. Jamás he mentido respecto de mis convicciones. ¡Nunca! —exclamó, fulminando a Ballon con la mirada—. ¡Nunca! ¿Lo entiende?

—¿Y qué hay de Gérard? —le preguntó Hood.

—Nada que difiera mucho de lo que antes le dije —contestó Hausen—. Gérard era un joven rico y consentido que sabía de mí a través de mi padre. Creo que me consideraba algo así como un reto. Como los Lobos Blancos no lograron que cambiase de actitud a

través de la intimidación, Gérard se propuso conseguirlo con el diálogo. La noche que mató a aquellas chicas, trataba de demostrarme que sólo los borregos y los cobardes acatan la ley. Incluso mientras huíamos me dijo que quienes cambian el mundo actúan de acuerdo a sus propias reglas y hacen que otros las acaten.

Hausen bajó la vista. Hood miró a Ballon, que estaba furioso.

—Estuvo implicado en aquellas muertes y lo único que hizo fue huir y esconderse —le espetó el coronel—. ¿De qué lado está usted, señor Hausen?

—Obré mal —admitió el viceministro— y no he dejado de pagarlo desde entonces. Daría cualquier cosa por volver a aquella noche y entregar a Gérard. Pero no lo hice. Estaba asustado y huí. He tratado de compensarlo, coronel. Lo intento día y noche.

—Me interesa que me hable de su padre —terció Hood.

—Después de la noche que agredió al joven judío, sólo lo vi en dos ocasiones —dijo Hausen—. La primera fue en la finca de Dupré, cuando Gérard y yo huimos de París. Me pidió que me uniese a ellos porque, según él, era la única manera de salvarme. Me llamó traidor al negarme. La segunda vez fue la noche que murió. Fui a Bonn para estar con él y, en plena agonía, volvió a llamarme traidor. Ni siquiera en su lecho de muerte quise concederle la aquiescencia que pretendía de mí. Mi madre estuvo presente. Puede llamar con el teléfono del señor Hood, si quiere, y se lo confirmará.

El coronel miró a Hood, que no dejaba de observar a Hausen con la misma sensación que tuvo en el avión. Quería creer en la sinceridad de aquel hombre, pero había vidas en juego y, pese a todo lo que Hausen dijera, persistía la sombra de la duda.

Hood cogió el móvil y marcó un número de teléfono. Contestó John Benn.

—John, necesito saber cuándo murió Maximilian Hausen.

—El ubicuo nazi, ¿eh? —dijo Benn—. Tardaré un par de minutos. No se retire.

—De acuerdo.

Benn lo puso en línea de espera y Hood miró a Hausen.

—Lo siento —dijo Hood—. Se lo debo a Matt y a Nancy.

—Yo haría lo mismo —concedió Hausen—. Pero se lo repetiré: desprecio a Gérard Dominique, a los Nuevos Jacobinos, a los neonazis y a todo lo que representan. De no ser porque mi padre apestaba tanto a nazismo que se delataba solo, lo hubiese delatado yo.

—No ha debido de ser fácil para usted mantener esa actitud —concedió Hood.

—No, desde luego —repuso el viceministro—. Gérard estaba equivocado. Situarse al margen de la ley es de cobardes.

—¿Paul? —llamó John Benn al ponerse de nuevo al teléfono—. El mes próximo hará dos años que murió Maximilian Hausen. Se publicó una pequeña esquela en un periódico de Bonn: «Ex piloto de la Luftwaffe, piloto civil, etcétera…».

—Gracias —dijo Paul—. Muchísimas gracias —añadió antes de desconectar. Luego, se dirigió a Hausen—: De nuevo le ruego disculpas, señor Hausen.

—Me hago cargo —admitió Hausen—. No tiene por qué…

—¡Paul!

Hood y Hausen miraron a Stoll, hacia quien echó a correr el coronel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hood, ya junto a Ballon.

—¡Cosa de magia! —exclamó Matt—. Por más que lo intentaba no había manera. Mi equipo tardaría tres lustros en analizar lo que necesitamos. Estaba a punto de llamar al Centro de Operaciones para pedirles ayuda, pero Nancy ha descubierto algo mejor.

Nancy se levantó, miró a Ballon y dijo:

—En otros juegos de Demain se puede pasar del primer nivel al segundo deteniendo el juego y pulsando las flechas del teclado en una determinada secuencia: abajo, arriba, arriba, abajo, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

—¿Y?

—Pues que en este juego estamos ya en el segundo nivel sin haber pasado por el primero —contestó ella.

—¿Tan estúpido es Dominique como para poner sus habituales contraseñas en estos juegos? —preguntó Hood.

—En absoluto. Ahí está el truco —dijo Nancy—. La contraseña está en el programa. Tiene que ser borrada y no introducida. A lo largo del proceso alguien ha debido de olvidar borrarla.

Ballon miraba muy erguido hacia la fortaleza.

—¿Qué tal? —le preguntó Hood al coronel—. ¿Es suficiente para usted?

Ballon cogió la radio que llevaba al cinto y miró a Matt.

—¿Ha archivado el juego en su ordenador?

—El salto del nivel uno al nivel dos ha quedado registrado y archivado en la memoria del disco duro —contestó Stoll.

Ballon se acercó la radio a la boca.

—¿Sargento Ste. Marie? ¡Adelante!

CINCUENTA Y OCHO

Jueves, 22:12, Wunstorf, Alemania

Manfred atacó con el machete a Herbert, inmóvil en su silla de ruedas.

Si uno estaba de pie, era relativamente sencillo defenderse de una agresión con arma blanca. Sólo había que utilizar un antebrazo como si fuera un palo y extenderlo hacia abajo, o hacia arriba, para parar el antebrazo del agresor. Si se movía entonces el antebrazo como si fuera un aspa, se aprovechaba el propio impulso del agresor para apartarlo y para disponerse a neutralizar la siguiente acometida. O, mejor aún (ya que, probablemente, lo cogeríamos a contrapié o de espaldas debido a nuestras maniobras), tendríamos la oportunidad de huir.

Si uno estaba muy cerca o debajo del agresor, también había que utilizar el antebrazo para defenderse. Sólo que en este caso había que doblar un codo, y sujetar firmemente el brazo del agresor formando una «V» con ambos antebrazos. Entonces había que desviar el arma, igual que se hacía con la defensa con el brazo extendido. La única diferencia era que el bloqueo había que hacerlo más cerca de la muñeca que del codo. De lo contrario, la hoja podía deslizarse por el codo y producir una herida.

Como Manfred se disponía a asestarle un machetazo descargando todo el peso de su cuerpo, Bob Herbert tuvo que doblar el codo para detenerlo. Levantó el brazo izquierdo, con el

antebrazo paralelo a la frente, la cabeza echada hacia atrás y el puño cerrado para hacer más fuerza. Al dejar el agresor expuesta su mandíbula, Herbert le largó un gancho de derecha.

El iracundo alemán no pareció acusar el golpe. Retiró su bloqueado antebrazo y dirigió la punta del machete al pecho de Herbert, que de nuevo lo bloqueó con la «V».

Aunque Bob oía gritar a Jody, estaba demasiado enfrascado en desembarazarse de aquel animal para decirle que huyese.

En los combates cuerpo a cuerpo, mueren más soldados por distracción que por no saber qué hacer.

En esta ocasión, Manfred no se resignó a ver frustrado su ataque. Aunque Herbert volvió a bloquearle el brazo, optó por doblar la muñeca y movió la mano como si fuera independiente del resto del cuerpo. Dirigió la punta del machete hacia Herbert, y no le rebanó la mano de puro milagro.

Éste ganó unos preciosos instantes al empujar a Manfred con el brazo izquierdo para disminuir la presión.

Mientras el alemán trataba de hundirle la hoja, Herbert llevó la mano derecha hacia el antebrazo y le sujetó la mano con la que empuñaba el arma. Luego, hundió el pulgar en la intersección del índice y el pulgar de Manfred y, con los otros dedos, le sujetó el puño. Después, dejó caer el brazo izquierdo para que no le estorbase y, con un movimiento rápido y seco, torció el puño de Manfred en el sentido de las agujas del reloj.

La muñeca de Manfred crujió audiblemente, y el machete cayó al suelo.

Inasequible al desaliento, Manfred se lo alcanzó en un abrir y cerrar de ojos, lo empuñó con la mano izquierda y, a la vez que amagaba una decisiva acometida con el machete, sorprendió a Herbert con un rodillazo en el estómago.

Herbert se dobló hacia adelante en la silla y Manfred cayó sobre él como un energúmeno y lo inmovilizó con el peso de su cuerpo. El alemán volvió a alzar el machete y lo hundió en el respaldo de la

silla. La hoja rasgó audiblemente la piel del respaldo, y Jody le gritó al alemán que se detuviese.

Manfred asestó un nuevo machetazo, al mismo tiempo que gruñó como un animal herido. No era una imagen: acababa de oírse un disparo. El alemán se llevó la mano a la garganta. Tenía un agujero. Un agujero que acababa de hacerle la bala disparada por Jody con la pistola de Karin. La sangre manaba profusamente de su carótida, justo debajo del mentón. Manfred soltó el machete y cayó de la silla. Una vez en el suelo se retorció unos momentos y quedó inerte.

Herbert se giró y vio la oscura silueta de la joven recortada bajo un cielo aún más oscuro.

—¡Oh, Dios! —exclamo ella—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Estás bien? —le pregunto Herbert.

—He matado.

—No tenías elección.

—He matado a un hombre —dijo ella, sollozante—. He matado.

—No —replicó Herbert, a la vez que se impulsaba hacia ella—. Le has salvado la vida a un hombre. A mí.

—Pero… le he disparado…

—Tenías que hacerlo. Muchas personas tienen que matar en las guerras.

—¿En las guerras?

—Es que esto es una guerra, Jody. Eso es lo que es exactamente. Piénsalo: no te ha dejado alternativa. ¿Me oyes? No has hecho nada malo. Nada.

Jody siguió sin poder contener los sollozos.

—¿Jody?

—Lo siento —le dijo al cadáver—. Lo siento.

—¿Querrías hacerme un favor, Jody?

—¿Qué? —preguntó ella, confusa.

—¿Quemas apuntar hacia otro lado?

La muchacha cambió la dirección del arma lentamente y luego la dejó caer. Miró a Herbert como si lo viese por primera vez.

—No está usted herido —musitó ella—. ¿Cómo ha podido fallar?

—No salgo de casa sin esta silla, que tiene el respaldo y el asiento como un chaleco antibalas. Copié la idea del presidente. El sillón del despacho Oval tiene el mismo revestimiento.

Jody parecía no oírlo. Se tambaleó y cayó al suelo junto a la pistola. Herbert se acercó a ella y tiró con suavidad de su mano.

—Has resistido mucho —le dijo Herbert, que tiró de ella para auparla—. Pero estás al límite de tu resistencia. Sólo tenemos que llegar a la autopista para estar a salvo. Creo que más o menos habrá unos dos kilómetros. Todo lo que hemos de hacer es…

Herbert se interrumpió al oír pasos a lo lejos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—¡Mierda! —exclamó él—. Levanta. ¡Rápido!

—¿Qué pasa? —dijo ella en tono tan agitado como el suyo.

—Tenemos que salir de aquí a toda prisa.

—¿Por qué?

—Probablemente vienen a buscar a sus compañeros —dijo él empujándola—. ¡Corre!

—¿Y usted?

—No te preocupes. Lo que pasa es que alguien tiene que cubrir la retirada.

—¡Ni hablar! ¡No pienso irme!

—Mira, cariño, a mí me pagan para esto; a ti, sin embargo, no. Piensa en tus padres. Además, yo sólo haría que te retrasases. Por tanto, seré más útil agazapado. Trataré de defenderte a ti, y de paso a mí, desde aquí.

—¡Ni hablar! —gritó ella—. ¡No pienso ir sola!

Herbert comprendió que era inútil discutir. Estaba asustada, agotada y probablemente tan hambrienta como él.

—De acuerdo —dijo Herbert—. Iremos juntos.

Herbert le dijo que recogiese la pistola que había utilizado en el árbol. Mientras lo hacía, él se impulsó hasta el cuerpo de Karin,

cogió su pistola y encendió la linterna para buscar el machete de las SA.

Bob deslizó el machete bajo su pierna izquierda para tenerlo a mano. Luego, examinó la pistola de Karin para asegurarse de que aún le quedaba munición, fue hasta el cuerpo de Manfred, cogió el machete y registró al alemán, que no llevaba más armas. Se detuvo a examinar lo que llevaba en los bolsillos del *anorak*, y después volvió junto a Jody, que lo esperaba a unos metros de los cadáveres.

Desde el atentado que lo dejó sin piernas, Herbert se había sentido casi siempre como un personaje de una serie de dibujos animados que solía ver cuando acudía al centro de rehabilitación. Trataba de un excéntrico héroe que montaba una motocicleta con el motor trucado. Ahora, en cambio, por primera vez desde que quedó inútil de las piernas, Herbert se sintió como «Rambo»; como un hombre decidido, con una misión que cumplir y la voluntad de cumplirla.

Cincuenta años atrás, un hombre de raza negra, Jesse Owens, puso en evidencia a Hitler al vencer a sus atletas arios en los Juegos Olímpicos. Ahora, aquella noche, la ciega persecución de Karin demostraba que la sola supervivencia de Jody había bastado para minar su autoridad. Pues bien: si un hombre en silla de ruedas lograba escapar de aquellos energúmenos, podía perfectamente acabar con el mito del superhombre nazi. Por lo menos, en el seno de aquel grupo terrorista.

CINCUENTA Y NUEVE

Jueves, 22:41, Toulouse, Francia

De camino a la fortaleza convertida en factoría, mientras seguía a Ballon y a sus hombres por un antiguo sendero, Hood se preguntó cuántos ejércitos habrían pasado por allí a lo largo de los siglos, cuántos lograron la victoria y cuántos fracasaron.

No había muchas dudas respecto de lo que harían una vez en el interior. La intención de Ballon era encontrar pruebas que vinculasen a Dominique a los Nuevos Jacobinos, y detenerlo. Ésas eran las órdenes que tenían sus hombres. Pero Hausen y Hood lo convencieron para que dejase que Matt y Nancy buscasen en los ordenadores listas de miembros de Nuevos Jacobinos, de simpatizantes, o pruebas que vinculasen a Demain con los videojuegos racistas. Cualquiera de estas cosas ayudaría a hundir a Dominique.

Tampoco cabían muchas dudas respecto de lo que haría Dominique para evitarlo.

Dominique no sólo dirigía un ejército terrorista, sino que era un asesino. Podía estar dispuesto a proteger su imperio a todo trance.

¿Por qué no iba a hacerlo?, se dijo Hood mientras se acercaban a la entrada principal. Lo más probable era que Dominique se creyese por encima de las leyes. Desde la desastrosa huelga de ferroviarios de 1995, Francia padecía una fuerte crisis, a causa de la tremenda conflictividad laboral del sector público y del alarmante nivel de

desempleo. ¿Quién se atrevería a hundir a un gran empresario como Dominique? Sobre todo, si demostraba que lo acosaban ilegalmente. Los propios superiores de Ballon podían verse obligados a decir que su subalterno era un fanático. O algo peor, pensó Hood.

Dominique había hecho cercar el perímetro de la *bastide* con una verja de hierro. La única concesión a la modernidad eran pequeñas y negras cámaras de vídeo, que asomaban de los arabescos que adornaban la parte superior. Detrás de la verja había una garita de ladrillo rojo, del mismo estilo que el edificio. Al acercarse el grupo, dos hombres salieron de la garita. Uno era un vigilante de uniforme y el otro un joven con traje de calle. Ninguno de los dos pareció sorprendido por la llegada del grupo de Ballon.

—Coronel Bernard Benjamin Ballon del Grupo de Intervención de la Gendarmería Francesa —dijo Ballon frente a la entrada.

El coronel sacó un documento de su cartera y lo acercó desplegado a la verja.

—Es una orden de registro, un mandamiento del juez Christophe Labique, de París, firmado por mi superior, el general François Charrier.

El joven del traje pasó una mano entre los barrotes (una mano muy cuidada, de manicura).

—Me llamo Vaudran, del bufete Vaudran, Vaudran y Boisnard, y representamos a Demain. Muéstreme su mandamiento.

—Supongo que sabrá que sólo estoy obligado a mostrar el documento y a explicar el propósito del registro —dijo Ballon.

—Lo cogeré, lo leeré y sólo entonces podrán ustedes entrar.

—La ley dice que pueden ustedes leerlo mientras efectuamos el registro —lo informó Ballon—. Doy por sentado que conoce las leyes. Puede tenerlo en prenda mientras permanezcamos en el interior —añadió en tono irónico.

—Debo mostrárselo a mi cliente antes de franquearles la entrada —persistió Vaudran.

El coronel lo fulminó con la mirada y alzó el documento para que lo captase la cámara de vídeo, instalada en lo alto de la verja.

—Su cliente ya lo ve —dijo Ballon—. Es una orden, no una petición. Abran la verja.

—Lo siento —replicó el abogado—. Necesita usted algo más que un documento. Necesita un motivo.

—Lo tenemos —repuso Ballon—. Tenemos pruebas de que un videojuego racista titulado «Linchamiento» procede de un ordenador de Demain que se encuentra en este edificio.

—¿Qué pruebas?

—Un código de selección de niveles. Lo tenemos archivado en nuestros ordenadores. Lo podrán ver antes del juicio, no antes del registro. Lo explica todo el mandamiento judicial. Hagan el favor de abrir la verja.

El abogado miró a Ballon con fijeza y luego le indicó al vigilante que volviese a su puesto. Éste volvió a la garita, cerró la puerta de madera y cogió el teléfono.

—Tienen sesenta segundos —le gritó Ballon mirando el reloj—. ¡Sargento Ste. Marie!

—¡A la orden, señor!

—¿Tienen los explosivos preparados?

—Sí, señor.

—¡Dispónganse a volar la verja!

—Sí, señor.

—¿Se da cuenta de lo que va a hacer? —exclamó el abogado.

Ballon hizo caso omiso, sin dejar de mirar el reloj.

—Muchos han hundido su carrera por menos —lo amenazó Vaudran.

—Aquí no hay más que una carrera en peligro —le replicó Ballon mirándolo con fijeza—. O, mejor dicho: dos —añadió volviendo a mirar el reloj.

Hood se preguntó en qué iría a parar aquella operación. Estaba claro que Dominique los habría visto llegar, y habría ocultado o

destruido lo que pudiera incriminarlo. Probablemente, los entretenía para asegurarse de no haber olvidado nada.

Tras consultar por teléfono, el vigilante marcó un código en un panel de la garita.

Ballon les indicó a sus hombres que marchasen hacia la verja. El abogado se dirigió hacia una entrada secundaria, a la vez que el comando francés irrumpía en el interior. Una vez dentro, se dirigió hacia una puerta dorada. La operación fue seguida por uno de los vigilantes, que tecleó un codigo en el panel del marco de la puerta y la abrió. Ballon le tendió el documento antes de entrar.

En cuanto los hombres del coronel hubieron entrado, se alinearon a uno y otro lado de la puerta. Ballon les explicó que, si encontraba algún material que debieran incautar, los llamaría para que lo recogiesen y lo trasladasen a una de las furgonetas. Entretanto, vigilarían las salidas para que nadie abandonase el edificio.

Ballon y su grupo se adentraron en el interior de la fortaleza. Cruzaron un pasillo en el que Hood, de haber sido aquello una visita turística, se habría parado a contemplar los espectaculares arcos y los complejos relieves grabados en la piedra.

La voz de Ballon, no obstante, se encargó de que no se distrajera.

—Por aquí —dijo el coronel en voz baja pero enérgica al llegar al final del largo pasillo.

Ignorando las miradas de los otros vigilantes, obviamente avisados de que debían dejarlos pasar, el quinteto cruzó un corto pasadizo flanqueado de enrejadas ventanas que daba a la puerta de entrada a la sala de programación de Demain.

Hood ya contaba con que no hubiese empleados por la noche. Ni siquiera estaban los de la limpieza. Sólo un vigilante que los ignoró.

A pesar de las luces, las alarmas, las cámaras y el moderno suelo, el edificio conservaba su antiguo carácter, salvo en el antiguo comedor, habilitado como sala de ordenadores, muy similar a la de

la Oficina Nacional de Reconocimiento: paredes pintadas de blanco, fluorescentes en el techo, mesas de cristal y una treintena de terminales.

Frente a cada consola había un sillón giratorio de plástico. La única diferencia entre la sala de Demain y la de la ONR era que aquélla estaba vacía. Dominique minimizaba los riesgos. El mandamiento judicial con la orden de registro expiraba dentro de una hora. Si no había allí nadie para contestar preguntas, obstaculizaría el registro.

—¡Menudo salón recreativo! —exclamó Stoll al mirar en derredor.

—Pues ya puede empezar a jugar —le dijo Ballon.

Stoll miró a Hood, que asintió con la cabeza. Matt respiró hondo y se quedó contemplando a Nancy.

—¿A qué jugamos? —le preguntó.

—Da igual —contestó Nancy—. Todos los juegos dependen del mismo ordenador principal.

Stoll se sentó frente a la consola más próxima, conectó su ordenador portátil al de la mesa y encendió ambos.

—Probablemente han introducido bloqueadores en el ordenador —advirtió Nancy—. ¿Cómo se las compondrá para eludirlos y conectar con la memoria? Quizá yo pueda ayudarlo con algunos, pero es lento.

—No tan lento —dijo Stoll, que introdujo un disquete en la disquetera de su ordenador—. Siempre llevo conmigo el programa *Bulldozer*, grabado por mí. Empieza con mi localizador rápido «H», que busca las claves matemáticas para descodificar. No es necesario probar una a una para dar con ellas, ya que rastrea bloques numéricos. Si el uno y el ocho dan negativo, pongamos por caso, no es necesario probar con el siete. Una vez que el «H» aprende parte del léxico, cosa que sólo le lleva unos minutos, el *Bulldozer* busca menús. En cuanto logro pasar a los menús, ya estoy dentro del programa. Y a la vez que busco los datos, todo se transmite a los ordenadores del Centro de Operaciones.

Ballon posó la mano en el hombro a Stoll, meneó la cabeza y se llevó el índice a los labios.

Stoll se dio una palmada en la frente.

—Perdone —dijo Matt—. No hay que olvidarlo: las paredes oyen.

Ballon asintió con la cabeza. Mientras Nancy le daba a Stoll unas contraseñas para que las probase, Hausen se acercó a Ballon.

—¿Qué vamos a hacer con Dominique, coronel?

—Esperaremos.

—¿A qué? —preguntó Hausen.

—A que se ponga nervioso —le susurró Ballon al oído—. Tal como le he dicho a Stoll, Dominique debe de estar observándonos. Con un poco de suerte, encontraremos algo concluyente.

—¿Y si no lo encontramos?

—Lo tengo a usted.

—¿A mí?

—Les pediré a Stoll y a Bosworth que envíen un mensaje a través del ordenador: su versión de los asesinatos cometidos en París. De un modo u otro, hundiremos a Dominique —dijo el coronel, sonriente—. Aunque… cabe una tercera posibilidad: Dominique lleva esperándolo a usted veinticinco años, y si teme que acabe por revelar secretos de su pasado, le será difícil resistirse a la tentación de no dejarlo salir de la fortaleza.

—¿No lo creerá capaz de enviar a sus Nuevos Jacobinos aquí para que nos ataquen?

—He ordenado a mis hombres que estén alerta, pero no junto a nosotros. Si Dominique confía en apresarlo antes de que ellos lo impidan, la tentación será muy grande. Y en cuanto lo intente, los sacaré a todos ustedes de aquí y arrasaremos esto —añadió guiñándole el ojo, aunque sin sonreír—. Como le he dicho, yo también llevo mucho tiempo esperando cazar a Dominique. Y lo cazaré.

Hood estaba de pie junto a Stoll. A juzgar por la expresión de Hausen, algo malo pasaba. El viceministro, normalmente impasible,

estaba crispado y enarcaba las cejas con inequívoca preocupación. Pero prefirió no preguntarle nada. Al alemán le gustaba pensar mucho las cosas antes de hablar. Si tenía algo que decirle, se lo diría espontáneamente.

Hood se limitó a permanecer allí en silencio, observando con una mezcla de temor y de orgullo cómo el destino del mundo se decidía entre las manos de un joven sudoroso y un teclado de ordenador.

SESENTA

Jueves, 17:05, Washington, D.C.

Cuando empezaron a llegar al ordenador de Eddie Medina los datos que Matt Stoll transmitía desde Francia, el joven se quitó la chaqueta, volvió a sentarse y le dijo a su relevo nocturno, el secretario adjunto de operaciones de apoyo Randall Battle, que se lo notificase al general Rodgers.

Battle lo hizo así, justo en el momento en el que la firma de Stoll, «:-)», desaparecía de la pantalla, y en su lugar aparecía el título de un largo archivo llamado *L'Operation Ecouter*.

Rodgers le dijo a Battle que transmitiese el material a su propio ordenador. Luego, se dispuso a seguir la transmisión junto a Darrell McCaskey y Martha Mackall.

Lo primero que apareció fue una nota de Stoll:

> *Eddie: No puedo entretenerme mucho con notas. El Bulldozer ha logrado irrumpir en los archivos de Demain. Habían borrado los principales pero no los de seguridad. Voy a transmitiros todo el material de esos archivos.*

Después de la nota, siguieron fotografías de personas cuyo rostro se había utilizado como modelo para los personajes del videojuego. A continuación, aparecieron varias secuencias: hombres blancos que perseguían a hombres y mujeres de raza negra, unos blancos que

violaban a una negra, un negro destrozado por una jauría. Luego siguió otra nota de Stoll.

Es un videojuego que procede de un escondrijo muy bien camuflado.

A continuación apareció una hilera de árboles, con hombres y mujeres ahorcados, vistos desde diferentes ángulos. Además, también un juego extra: un chico blanco hacía prácticas de tiro con una hilera de niños negros.

Martha estaba boquiabierta. McCaskey apretaba los dientes y enarcaba las cejas.

Eddie... He debido de disparar una alarma. Oigo carreras por todas partes. El coronel de nuestra escolta francesa ha echado mano a la pistola. Me parece que voy a tener que agacharme... Adiós.

Continuaron llegando imágenes durante unos momentos, pero Rodgers ya no las siguió. Acababa de pasar a otro ordenador, y al cabo de unos segundos comunicó con la cabina de vuelo del V-22 Osprey.

SESENTA Y UNO

Jueves, 23:07, Toulouse, Frauda

—¡Apártese de ese teclado!

El coronel Ballon empujó a Matt Stoll con la mano izquierda, haciéndolo caer al suelo. Luego pulsó un botón de su radio al mismo tiempo que varios hombres armados irrumpían en la estancia.

Ballon empuñaba su pistola con la mano derecha. Era la única arma que llevaban entre los cinco.

Agachado junto a los demás, Hood contó hasta diecisiete hombres armados, que pasaron frente a la puerta y ocuparon posiciones a lo largo del pasillo. Salvo las altas ventanas, sólo accesibles con una escalera, la puerta era la única salida de la estancia.

Hausen estaba boca abajo en el suelo, entre Hood y el coronel.

—Felicidades, coronel —dijo el viceministro—. Dominique ha mordido el anzuelo.

Hood comprendió que algún roce habría habido entre ellos dos. Pero en aquellos momentos importaba poco. Por lo menos, a Ballon no parecía importarle. Alerta y frío, estaba completamente concentrado en la operación.

Por lo que entrevio fugazmente, Hood dedujo que era un grupo de facinerosos. Iban mal vestidos, desaliñados, como si los hubiesen llamado de improviso, y portaban las más variadas armas. Hood no

necesitó que Ballon se lo confirmase para adivinar que eran neojacobinos.

—Supongo que ésta es la clase de prueba que esperaba usted conseguir, coronel —dijo Stoll con inquietud.

—¡Levántense! —gritó el jefe del grupo a la vez que con su pistola describía un semicírculo hacia el interior de la sala.

—Si nos levantamos nos dispararán —musitó Ballon.

—¿No cree que si quisieran dispararnos ya lo habrían hecho? —preguntó Nancy.

—Para dispararnos tendrían que entrar —replicó Ballon—. No saben si vamos armados. No quieren arriesgarse a sufrir bajas —añadió, susurrante—. He alertado a mis hombres, que llegarán de un momento a otro.

—Cuando lleguen puede que sea demasiado tarde —objetó Hausen.

—No. Si seguimos aquí escondidos, daremos tiempo a que lleguen mis hombres —aseguró Ballon—. Dejen que vengan a por nosotros. Estamos preparados.

—No estamos preparados —susurró Nancy.

—Si los cogen entre dos fuegos —dijo Ballon— y mis hombres no los ven, griten «Blanco». Es la contraseña que utilizamos para advertir que hay entre nosotros personas desarmadas.

—Les voy a dar a esos animales la oportunidad de disparar —dijo Hausen—. A ver lo valientes que son —añadió, levantándose.

—¡Señor Hausen! —le gritó Ballon.

El alemán lo ignoró. Hood se quedó sin aliento. Se le aceleró el pulso al pensar en lo que podía pasar.

Se hizo un tenso silencio que terminó por romper uno de los neojacobinos.

—¡Andando! —le gritó el jefe del grupo a Hausen.

—Se llevan al viceministro —le susurró Ballon a Hood.

—¿De la sala o del edificio? —preguntó Hood.

—De esta ratonera, diría yo —se lamentó Stoll.

Ballon se encogió de hombros.

Hausen empezó a avanzar. Su valor impresionó a Hood, aunque, en el fondo, no estaba muy seguro de que fuese valor. Podía ser confianza: la confianza del colaboracionista.

También Ballon aguardaba expectante. Al llegar Hausen al vano de la puerta, dejaron de oírse sus pasos. Daba la impresión de que lo detenían.

El neojacobino grito que salieran los demás. Hood miró a Ballon.

—Usted ha tratado con estos terroristas —dijo Hood—. ¿Qué hacen en estas circunstancias?

—Torturan o asesinan a quien sea en todas las circunstancias —contesto Ballon—. No saben lo que significa la piedad.

—Pero… no han matado a Hausen —objetó Nancy.

—¡Salgan inmediatamente! —gritó el neojacobino.

—No lo matarán hasta que no nos desarmen —dijo Ballon.

—Nancy y Matt no podrían defenderse si nos dispararan —argüyó Hood—. Es mejor que salgan de aquí.

—Y tú también —dijo Nancy.

—Vale la pena intentarlo —convino Ballon—. No obstante, corremos el riesgo de que los utilicen como rehenes, y que los maten, uno a uno, hasta que salga yo.

—¿Y cómo lo vamos a evitar? —preguntó Nancy.

—Llegado el caso —dijo Ballon—, avisaré a mis hombres por radio. Están entrenados para afrontar situaciones como ésta.

—Pero el riesgo subsistirá —objetó Paul.

El jefe del grupo volvió a gritar. Los amenazó con irrumpir con sus hombres si ellos no salían.

—Cierto —admitió Ballon—. El riesgo subsistirá, pero, en cualquier caso, tendrán que situar en la puerta a los rehenes para que yo pueda verlos. Y si puedo verlos, también puedo dispararles. Y si disparo, quien sujete al rehén puede darse por muerto. Lo mejor es que salgan todos.

Hood se admiró de las agallas del francés. Sabía por Mike Rodgers que eso era justamente lo que hacía falta para una operación como aquélla. Personalmente, Hood no se sentía tan condado. Pensaba en su esposa y en sus hijos, en lo mucho que lo necesitaban, en cuánto los quería, en que todo podía frustrarse allí por una palabra o una iniciativa equivocadas.

Paul miró a Nancy, que esbozaba una contristada sonrisa. Hubiese querido compensarla por la parte de culpa que tuviese él por su azarosa vida. Pero nada podía hacer en aquellos momentos, y acaso tampoco después. Se limitó a sonreírle cariñosamente, y consiguió que alegrase un poco la cara. Tendría que conformarse con eso.

—Está bien —les dijo Ballon—. Levántense y vayan despacio hacia la puerta.

—Las piernas no me obedecen —protestó Matt.

—¡Pues azúcelas! —le ordenó Hood, que se levantó seguido por Nancy y, muy a regañadientes, por Stoll.

—¡Y yo que creía que éramos los buenos! —exclamó Stoll—. ¿Levantamos las manos o sólo caminamos? ¿Qué hacemos?

—Tratar de calmarse —le dijo Paul mientras avanzaban entre las consolas.

—¿Por qué han de decir siempre todos lo mismo? —se quejó Stoll —. Si pudiese calmarme, me calmaría. ¡No te fastidia!

—Me va a sacar de quicio, Matt —le espetó Nancy—. ¡Cálmese de una vez!

Matt optó por callar, y siguieron hacia la puerta en silencio.

Hood observó al jefe del grupo. Era el individuo que estaba más cerca de la puerta. Llevaba bigote, poblada barba negra, chaqueta de *chandal* gris, tejanos y botas. Sostenía bajo el brazo un rifle de asalto. A juzgar por su cara, no vacilaría en utilizarlo.

Siguieron los tres en silencio hasta que cruzaron la entrada. Paul vio que Hausen estaba con las manos apoyadas en una pared de

ladrillo y las piernas muy separadas mientras uno de los facinerosos le encañonaba la nuca.

—¡Mierda! —exclamó Stoll al llegar al corto y oscuro pasillo.

Cogieron a Matt entre dos, lo empujaron contra la pared y le encañonaron la nuca como a Hausen. Luego, hicieron otro tanto con Hood y con Nancy.

Paul miró de reojo al individuo que iba al mando. Estaba de lado, en una posición que le permitía ver a sus prisioneros y la puerta de la sala de ordenadores. Junto a él estaba Nancy, temblorosa. A su derecha tenía a Stoll, que temblaba aún más y miraba por el pasillo adelante como si buscase una salida por donde huir.

—Tenemos un mandamiento judicial —dijo Stoll quedamente—. Creía que todo esto era legal.

—¡Cállese! —le espetó el neojacobino que iba al mando.

—No formo parte del comando —protestó Stoll—, ni mis compañeros tampoco. ¡Soy informático!

—¡Cállese!

Stoll obedeció, aunque mascullando por lo bajo. El jefe de los neojacobinos observó a sus prisioneros un momento y luego volvió a la entrada de la sala y ordenó a voces que saliese el que quedaba.

—¡No saldré hasta que no dejen libres a los demás! —le gritó Ballon.

—No —dijo el neojacobino—. Primero salga.

Ballon optó por no volver a contestar. Prefería que el siguiente paso lo diese el enemigo. Y el siguiente paso que dio el enemigo fue señalar con la cabeza hacia Hausen.

El neojacobino que sujetaba al viceministro le tiró del pelo. Nancy gritó al ver que el francés lo conducía hacia la puerta. Hood temió que Ballon no tuviese siquiera la oportunidad de salir, que matasen al alemán, arrojasen su cuerpo al interior de la sala para que lo viese y amenazasen con matar al siguiente.

Se oyó un disparo en la oscuridad procedente de la entrada que conducía al pasillo principal. Hood tardó sólo unos instantes en

advertir que, entre tantos gritos y carreras, nadie había oído cómo desmontaban el trabajado pomo de la puerta. Desde allí, los hombres del coronel los tenían a todos a tiro.

El individuo que sujetaba a Hausen se había desplomado. Se oprimía con las manos el muslo izquierdo y gritaba como un poseso. Hausen aprovechó el momento de confusión para correr hacia la puerta. Ninguno de los neojacobinos disparó. Era obvio que temían que los abatiesen a todos.

Hausen abrió la puerta y desapareció. No había nadie en el otro lado. Probablemente, los miembros del comando francés lo habían visto correr hacia ellos y se habían apostado para cubrirlo.

Hood no se movió. Aunque el terrorista que estaba a su lado miraba en dirección contraria, seguía notando el contacto del cañón de la pistola en su nuca.

El sudor rezumaba de sus axilas y empapaba su pecho. Tenía las manos entumecidas a causa del contacto con el frío ladrillo de la pared. Si salía vivo de allí, les daría un largo abrazo a todos y cada uno de los miembros de su familia… y a Mike Rodgers. El general se había pasado la vida sobreviviendo a situaciones como aquélla. El respeto que sentía por él acababa de subir muchos enteros.

De pronto, sus manos empezaron a vibrar.

No, pensó Hood. *No son sólo mis manos*. Los viejos ladrillos vibraban también. A través de las enrejadas ventanas vio que el cielo se iluminaba con un intenso resplandor. Incluso el aire parecía temblar.

El jefe de los neojacobinos no vaciló: les gritó a sus hombres que rematasen la operación y saliesen.

SESENTA Y DOS

Jueves, 23:15, Wunstorf, Alemania

Aunque sus perseguidores estaban cada vez más cerca, Herbert no pensaba en ellos. En lo único que pensaba, mientras se impulsaba con la silla por el bosque, era en que, enfrascado en sus maniobras para escapar del campamento, había olvidado lo que podía ser la clave para salir vivos de allí, la clave del éxito de la operación.

¡Si pudiera recordar aquel nombre!, exclamó Herbert para sí.

Jody avanzaba lentamente en la oscuridad. Gemía. A Bob le entraron ganas de pedirle que le diese una patada en el trasero.

¡Mira que no recordarlo!

No había manera. Y no tenía más remedio que recordarlo. No podía permitir que prevaleciesen las teorías de Mike Rodgers. Tanto él como el general eran grandes aficionados a la historia militar. A menudo, discutían sobre un aspecto: si pudieran elegir, se planteaban, ¿irían a la batalla con un pequeño grupo de soldados de elite o con un gran contingente de reclutas?

Rodgers se inclinaba invariablemente por el número. Y ambos tenían sólidos argumentos en que apoyar sus preferencias. Herbert sacaba a relucir ejemplos: el de Sansón, que derrotó a los filisteos sin más ayuda que la quijada de un asno; el de Alexander Nevski, que en el siglo XIII rechazó a los caballeros teutones, fuertemente armados, con un grupo de campesinos que no portaban más que palos y horcas; el del pequeño grupo de ingleses mandados por

Enrique V que, en el siglo XV, derrotó en Azincourt a tropas francesas muy superiores en número.

Pero también Rodgers tenía sus ejemplos: pese a su bravura, los espartanos, en franca inferioridad numérica, fueron derrotados por los persas en la batalla de las Termopilas, en el 480 a. J. C.; el Álamo terminó por caer en manos del general Santa Anna, y en la guerra de Crimea, la 27 Brigada de Lanceros de la caballería británica (la famosa «Brigada Ligera») fue destrozada en una carga suicida.

Habrá que añadir a Robert West Herbert a la lista de los vencidos, pensó mientras oía crujir ramas bajo las pisadas de sus perseguidores. *Y le estaría bien empleado, por memo, por no haber sido lo bastante previsor como para anotar aquel nombre que podía salvarlos*. En fin… por lo menos moriría en buena compañía: el rey Leónidas, Jim Bowie, Errol Flynn…

Pensar en Errol Flynn lo ayudaba a estar relajado mientras se mentalizaba para afrontar a tantos enemigos. Sólo confiaba en que Jody tuviera el buen sentido de huir, aunque la obligación de defenderla le proporcionaba una dosis adicional de adrenalina.

Y de pronto, justo cuando había dejado de porfiar mentalmente por recordar el nombre, lo recordó.

—¡Empújame, Jody!

La joven, que caminaba a su lado, se detuvo para situarse detrás de la silla.

—Empuja, empuja —repitió él—. Vamos a salir de ésta, te lo aseguro. Pero hemos de ganar tiempo.

Pese a lo doloridos que tenía la espalda y el hombro, Jody se sobrepuso y se aplicó a la labor. Herbert se alcanzó el arma que iba a esgrimir.

A diferencia del derrotado teniente Vickers de Flynn, Herbert lograría rechazar al enemigo, aunque no utilizaría una quijada de asno como hizo Sansón.

Utilizaría un teléfono móvil.

SESENTA Y TRES

Jueves, 17:15, Washington, D.C.

Le pasaron la llamada a Rodgers mientras el general esperaba que el coronel August le transmitiese un informe de última hora.

Bob Herbert lo llamaba desde su teléfono celular. Rodgers conectó el altavoz para que Darrell, Martha y la jefe de prensa Ann Farris pudieran oírlo.

—Estoy en mitad de un oscuro bosque, entre Wunstorf y un lago —dijo Herbert—. Jody Thompson está conmigo.

Rodgers se irguió en el asiento y levantó el puño en señal de triunfo. Ann dio un salto en la silla y una jubilosa palmada.

—¡Formidable! —exclamó Rodgers mirando a McCaskey—. ¡Lo ha conseguido! Mientras, la Interpol y el FBI no saben aún por dónde se andan y llevan a la policía alemana a mal traer. ¿Cómo podemos ayudarlo, Bob?

—Tenemos a un grupo de neonazis pisándonos los talones. Tendrían que localizarme el número de teléfono de una persona.

Rodgers se inclinó hacia adelante y alertó a John Benn tecleando «F6/Retorno/17».

—¿De quién, Bob? —preguntó el general.

Herbert se lo dijo. Rodgers le pidió que no se retirase y tecleó «Hauptmann Rosenlocher, Hamburg Landespolizei».

McCaskey se había acercado a mirar la pantalla. Mientras Rodgers le transmitía el nombre a Benn, McCaskey cogió otro

teléfono y llamó a la Interpol.

—El tal Rosenlocher es una pesadilla para los neonazis —aclaró Herbert—. Quizá sea la única persona en quien se pueda confiar. Tengo entendido que está en Hannover.

—Lo localizaremos y lo pondremos en contacto con usted —dijo Rodgers.

—Cuanto antes mejor —lo apremió Herbert—. Nos dirigimos hacia una autopista. Pero esos individuos nos ganan rápidamente terreno. Oigo sus coches. Si encuentran los cadáveres que les hemos dejado en el camino…

—Entendido. ¿Puede seguir en línea?

—Mientras Jody resista, sí —contestó Herbert—. No se tiene en pie.

—Dígale que aguante —dijo Rodgers, que acababa de teclear el código de acceso al programa «Geólogo»—. Y resista usted también.

El general hizo aparecer Wunstorf en pantalla y examinó las características del terreno entre la ciudad y el lago. Era tal como lo había descrito Herbert: sólo bosque y altozanos.

—¿Tiene idea de dónde se encuentra, Bob? —preguntó Rodgers —. ¿No podría darme algún punto de referencia?

—Esto está oscuro como boca de lobo, Mike. No me extrañaría que avanzásemos a la rusa —dijo Herbert.

Ya. *Avanzar a la rusa*, pensó Rodgers. O sea, retroceder. Como hicieron los rusos contra Bonaparte y contra Hitler. Sólo que… ellos eran dos. Herbert no quería asustar a la joven, pero probablemente temía que fuera en dirección contraria.

—De acuerdo, Bob. Le daremos información sobre la posición.

Como McCaskey seguía al teléfono con la Interpol, Rodgers llamó personalmente a Stephen Viens. Incluso con los amplificadores de luminosidad para el reconocimiento nocturno, le dijo Viens, los satélites de la ONR tardarían por lo menos media hora en precisar la posición de Herbert. Rodgers le señaló que sus vidas estaban en

peligro. Viens replicó que, pese a ello, era imposible conseguirlo antes de media hora.

Tras darle las gracias a Viens, el general estudió el mapa. La verdad era que estaban donde el diablo perdió el poncho. Y si Herbert oía a sus perseguidores, era muy improbable que un coche, ni tampoco un helicóptero, pudiera llegar a tiempo.

—¿No tiene aún nada sobre el oficial de la policía? —le preguntó Rodgers a McCaskey.

—Estoy en ello.

Rodgers detestaba que le contestasen así. Reaccionaba siempre de una manera visceral. Lo que quería oír era que lo que hubiese ordenado estuviese hecho.

Tampoco le gustaba al general darles malas noticias a los agentes que estaban sobre el terreno. Pero era mejor dárselas que tenerlos en la ignorancia.

—Escuche, Bob: la ONR trata de localizarlos a ustedes. Quizá podamos conseguir orientarlos para que se alejen del enemigo. Mientras tanto, intentamos ponernos en contacto con el funcionario de la policía alemana. Lo malo es que, aunque lo localicemos, están ustedes en un lugar al que no es fácil acceder.

—¡Qué me va a contar a mí! —dijo Herbert—. ¡No hay más que árboles y lomas!

—¿No sería mejor que tratasen de flanquear al enemigo?

—No. Por aquí el terreno es desigual, pero a ambos lados es peor: puros pedregales. Tendríamos que arrastrarnos. No exagero.

Bob se interrumpió y estuvo en silencio unos instantes.

—Pero… ¿general? —prosiguió—. Si localizan a Rosenlocher, podrían intentar…

Rodgers escuchó mientras Herbert improvisaba. Lo que su jefe del servicio de inteligencia proponía era imaginativo, macabro y poco factible. No obstante, a falta de otra cosa, se convirtió en su plan de acción.

SESENTA Y CUATRO

Jueves, 23:28, Toulouse, Francia

Había diez cámaras de circuito cerrado colocadas de dos en dos en un armario del despacho de Dominique. Antes de que el edificio empezase a temblar, Dominique estaba sentado en su sillón de piel, observado tranquilamente lo que ocurría en el pasillo y en la sala de ordenadores.

¡Qué estúpida es esa gente!, pensó al ver que irrumpían en los entresijos de sus ordenadores y se dejaban atrapar. No le hubiese importado dejarlos marchar de no haber husmeado en sus archivos secretos. Como su empleada, Nancy Jo Bosworth, carecía de los conocimientos necesarios para hacerlo, tenía que haber sido el estadounidense el encargado de llevar a cabo ese trabajo. Y esperaba que sobreviviese, porque se proponía contratarlo.

Ni siquiera cuando el comando francés atacó a sus neojacobinos en el pasillo se preocupó Dominique. Sólo tenía que llamar para que acudiesen más hombres y rodeasen a los agentes. Una cincuentena de sus hombres estaba en la factoría aquella noche. No quería que nada interfiriese en su transmisión a Internet.

Dominique estuvo totalmente despreocupado hasta que el edificio empezó a temblar. Entonces frunció el entrecejo y parpadeó, deslumbrado por la intensa luz que emitían las pantallas de sus monitores.

Mediante el panel de control, incorporado al cajón superior de su mesa de despacho, visualizó el contorno del edificio. Por el lado del río, la pantalla reflejaba una luz cegadora. Dominique redujo el contraste y vio que se posaba un avión con las luces de navegación encendidas. Era un aparato de despegue y aterrizaje verticales que tomaba tierra como un helicóptero. Y aunque los numerosos coches que había en el aparcamiento le impedían aterrizar, en cuanto estuvo a unos cinco metros de la superficie se abrió la puerta de la cabina, descolgaron dos escalerillas de cuerda y descendieron soldados… de la OTAN.

Dominique se quedó boquiabierto.

—¿Qué hace la OTAN aquí? —masculló para sí, aunque conocía de sobra la respuesta. Era una misión especial dirigida contra él.

Al ver que una veintena de soldados irrumpía en el aparcamiento, Dominique llamó a Alain Boulez. El ex jefe de la policía de París estaba en un subterráneo habilitado para área de entrenamiento. Allí se encontraban las fuerzas de reserva de los neojacobinos.

—¿Se ha fijado en lo que aparece en los monitores, Alain?

—Sí, señor.

—Está visto que la OTAN no tiene nada mejor que hacer que atacar a los países miembros. Ocúpese de que sean rechazados y comuníquese conmigo a bordo del *Boldness*.

—A la orden.

Dominique llamó entonces a su director de operaciones.

—¿Cómo va la transmisión a Internet, Étienne?

—«Campo de Concentración» ya se ha transmitido, y «Linchamiento» se transmitirá a medianoche.

—Quiero que se transmita antes —dijo Dominique.

—Es que lo tenemos programado para esa hora, señor.

—Lo quiero antes —insistió Dominique, que cortó la comunicación sin dar opción a réplica y llamó al piloto de su helicóptero LongRanger—. ¿André? Bajo enseguida. Tenga preparado el *Boldness*.

—Inmediatamente, señor.

Dominique desconectó, se levantó y miró su colección de guillotinas. El resplandor de las pantallas les daba un aspecto aún más siniestro. Oyó un disparó y luego un tiroteo.

Pensó en lo que les dijo Danton a sus verdugos cuando lo iban a decapitar: «Mostradle mi cabeza al pueblo. Es digna de exhibirse».

Aunque la factoría cayese, los juegos serían transmitidos y él huiría. Se dirigiría a cualquiera de las muchas propiedades que tenía en Francia y en el extranjero: a su fábrica de plásticos de Taiwan, a su banco de París, a su factoría de CD-Rom de Madrid.

Dominique apagó los monitores, se puso guantes y salió enérgicamente de su despacho hacia el ascensor. No era una retirada, se dijo. Sólo era un simple traslado de su cuartel general. No faltaría más que, a la primera escaramuza importante, tuviese que claudicar.

El ascensor lo condujo a un pasadizo subterráneo que comunicaba con una pequeña pista, situada en la parte de atrás de la factoría. Tecleó un código en el panel del marco de una puerta del fondo, la abrió y cogió una de las pistolas que guardaban allí. Luego, subió por los empinados escalones que conducían a la pista.

El helicóptero LongRanger tenía ya los motores en marcha. Dominique se dirigió hacia la sección de cola, y al pasar bajo las aspas del rotor, se acercó a saludarlo uno de los vigilantes de Demain.

—Nosotros aún no hemos intervenido, Dominique. ¿Qué quiere que hagamos?

—Convencerlos de que no tengo nada que ver con los neojacobinos. Que han venido aquí sin que nadie los invitase, para echar del país a esos extranjeros.

—¿Y cómo voy a hacer semejante cosa, señor?

Dominique alzó la pistola y le disparó a bocajarro entre las cejas.

—Haciendo que parezca que has intentado hacerles frente —dijo.

Dominique dejó caer la pistola y subió al helicóptero.

—¡Vamos! —le ordenó al piloto a la vez que cerraba la puerta.

La cabina quedaba a su izquierda. El asiento del copiloto estaba vacío, y detrás había dos filas de asientos acolchados.

Dominique se sentó en el primer asiento de la fila delantera, contiguo a la puerta. No se molestó en abrocharse el cinturón de seguridad al elevarse el aparato.

El atronador ruido de los motores alteró el impasible semblante del francés, que miró hacia la *bastide* y frunció el entrecejo: el reactor de la OTAN se dirigía hacia la pista de la que acababa de despegar el helicóptero. Los soldados ya no estaban en el aparcamiento, y se veían fogonazos de disparos tras las ventanas de la antigua fortaleza y en varios puntos del recinto.

Era un allanamiento en toda regla, pensó Dominique. Los soldados irrumpían en sus dominios como los visigodos en las iglesias de Inglaterra, destruyéndolo todo. Sintió el impulso de gritarles: «¿No lo entendéis? ¡Soy el destino de la civilización!».

El helicóptero cruzó el río, dio un rodeo y volvió en dirección a la *bastide*.

—¿Qué hace, André? —preguntó Dominique a voces, para que se le oyese pese al ruido de los motores.

El piloto no contestó, y el helicóptero empezó a descender.

—¿André? *¡André!*

—Hoy me has dicho por teléfono que seguías todos mis movimientos —contestó el piloto—, pero te ha pasado uno por alto: el que me ha permitido llegar hasta aquí y golpear a tu desdichado piloto con la furia acumulada en veinticinco años.

Richard Hausen se giró y miró a Dominique, que se estremeció al verlo.

—He despegado para dejarle espacio al otro aparato —dijo Hausen—. Ahora, vas a volver, Gérard. En realidad, vas a volver a veinticinco años atrás.

El francés no replicó. Al igual que en París, tantos años atrás, la gazmoñería de Hausen lo hizo desistir de polemizar. Odiaba la

mojigatería que lo impulsó a defender a aquellas jóvenes.

Dominique no pudo controlar el precario equilibrio entre la razón y el deseo. Pese al peligro que ello entrañaba, se abalanzó sobre Hausen con un gutural e ininteligible exabrupto, agarró al alemán del pelo y le echó la cabeza hacia el respaldo.

Hausen gritó. Dominique trataba de desnucarlo. El viceministro soltó la palanca de control y clavó las uñas en la muñeca del francés. Al instante, el helicóptero inclinó el morro hacia abajo. Dominique cayó contra el asiento del piloto y soltó a Hausen que, a su vez, cayó sobre el parabrisas.

Aturdido y con la frente ensangrentada, el alemán porfió por hacerse de nuevo con el control del aparato. Se apartó del parabrisas y logró asir la palanca.

El helicóptero dejó de descender en picado, y Dominique aprovechó para rodear por detrás del asiento. Cogió del suelo los auriculares y, sin quitarle el ojo a la palanca del control, asió firmemente el cordón, se lo pasó por el cuello a Hausen y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas.

SESENTA Y CINCO

Jueves, 17:41, Washington, D. C

Mike Rodgers examinaba un mapa de Alemania en la pantalla del ordenador. Darrell McCaskey lo miró y alzó los pulgares en señal de triunfo.

—¡Lo tenemos! —exclamó McCaskey—. ¡Está Hauptmann Rosenlocher al teléfono!

—Soy el general Rodgers, señor Rosenlocher —dijo Mike—. Perdone que lo llame a estas horas. Es acerca del atentado cometido esta mañana en el lugar del rodaje de una película y del secuestro de una joven.

—Sí —dijo en tono impaciente el oficial de la policía alemana—. Hemos estado todo el día en ello. Acabo de llegar…

—Tenemos a la joven…

—¿Qué?

—Uno de mis hombres la ha localizado —le comunicó Rodgers—. Están en un bosque cercano a Wunstorf.

—Hay una concentración en la zona, del grupo de Karin Doring. Creemos que Felix Richter puede encontrarse allí también. Varios de mis hombres trabajan en el caso.

—Sus agentes son cómplices —dijo Rodgers.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque han tratado de matar a mi agente y a la chica. Llevan horas huyendo, Hauptmann, y no hay tiempo para hacerles llegar

ayuda. Un nutrido grupo de neonazis les pisa los talones. Sólo podemos salvarlos si usted nos ayuda.

—¿Cómo?

El general le explicó lo que quería, y Hauptmann accedió. Un minuto después, la experta en comunicaciones del Centro de Operaciones, Rosalind Green, disponía lo necesario.

SESENTA Y SEIS

Jueves, 23:49, Wunstorf, Alemania

El teléfono sonó en la oscuridad.

El hombre que estaba más cerca del aparato, Rolf Murnau, se detuvo a escuchar. Al oír por segunda vez el móvil, que sonaba con un «bip» ahogado como si procediera de un bolsillo, dirigió la luz de su linterna hacia la izquierda. Luego, avanzó unos pasos entre la frondosa enramada. El cónico haz luminoso enfocó un cuerpo. Por sus anchos hombros reconoció de inmediato que era Manfred Piper. Un poco más allá estaba el cadáver de Karin Doring.

—¡Venid aquí! —gritó Rolf—. ¡Dios mío! ¡Venid a ver!

Varios compañeros echaron a correr en dirección a Rolf. Los haces de sus linternas se entrecruzaron al acercarse. Algunos rodearon el cuerpo y miraron hacia abajo mientras el teléfono de Manfred seguía sonando. Otros, corrieron hacia el cadáver de Karin Doring.

Rolf se arrodilló junto al pecho de Manfred. La sangre formaba un oscuro rodal en la chaqueta, llena de zarzas. Rolf puso a Manfred boca arriba. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta y desencajada.

—¡Está muerta! —gritó uno que había junto a Karin—. ¡Malditos sean! ¡Está muerta!

El telélono no dejaba de sonar. Rolf alzó la vista en dirección a sus compañeros.

—¿Qué hago? —preguntó.

—Contesta —repuso Felix Richter, que acababa de llegar junto al grupo.

—Como usted quiera —dijo Rolf.

Murnau estaba aturdido ya que se había quedado sin sus jefes, sus héroes. Tuvo que sobreponerse para coger el teléfono de uno de los bolsillos de la chaqueta de Manfred. Tras un momento de vacilación, provocado por la extraña sensación de invadir la intimidad de un muerto, extendió la antena y contestó.

—Diga.

—Soy Hauptmann Karl Rosenlocher —dijo el comunicante—. ¡Quiero hablar con quien esté al mando, animales!

Rolf alzó la vista hacia Felix Richter.

—Quieren hablar con nuestro jefe.

—¿Quién es? —preguntó Richter.

—Hauptmann Karl Rosenlocher.

Pese a la oscuridad, Rolf vio que Richter se crispaba. A medida que corría la voz de la muerte de los dos líderes, se engrosaban los grupos que rodeaban sus cadáveres.

Jean-Michel llegó justo en el momento en que Richter se acercaba lentamente el teléfono a los labios.

—Soy Felix Richter.

—Mi voz ya la conoces —dijo Rosenlocher—. Ahora quiero que escuches ésta: «Ya os dije que no ibais a poder conmigo. Jamás venceréis. Ninguno de vosotros».

—Vamos a dar contigo, pequeña —amenazó Richter.

—Me parece que no, señor Richter —replicó Rosenlocher—. Está a salvo conmigo y con el estadounidense que la ha rescatado. Me ha llamado para que acudiese a recogerlos. En cuanto a usted… de ésta no lo libra nadie.

Richter miró hacia el oscuro bosque, llamó por señas al grupo de jóvenes más alejado y tapó el micrófono con la mano.

—Coged las armas. Todas las que tengamos —gritó Richter. Estaba tan oscuro que apenas veía. Los jóvenes alzaron los brazos

para mostrarle que ya las empuñaban. Luego, tras retirar la mano del micrófono, le dijo a Rosenlocher fuera de sí—. Responderé a la fuerza con la fuerza.

—Será inútil —replicó el inspector en tono confiado—. Tiene el enemigo dentro.

—¡De qué habla!

—¿Cómo cree que ha llegado el estadounidense a su campamento esta noche? ¿No ha reparado en el detalle de que va en silla de ruedas?

Richter miró hacia la oscuridad.

—Tiene infiltrados, señor Richter. Está usted al mando de… varios de mis hombres. Ellos han ayudado a los estadounidenses.

—¡Mentira! —exclamó Richter, descompuesto.

—Hoy, han estado con usted y lo han presenciado todo. Se han preparado y han actuado. Ha perdido usted elementos clave esta noche, ¿verdad, señor Richter?

—No le creo. No creo una palabra.

—Venga a por mí. A lo mejor se produce un tiroteo. Todos tendrán que disparar a oscuras. ¿Quién sabe quién caerá, señor Richter? ¿De qué bando procederá la bala?

—Usted no se atrevería a asesinarme —dijo el neonazi—. Se descubriría la verdad. Hundiría su carrera. Hay leyes.

—Con el atentado de esta mañana, Karin ha ignorado esas leyes. ¿Cree que a la opinión pública le va a importar? ¿Cree que los preocupará mucho que unos fríos asesinos hayan sido asesinados?

—No se saldrá usted con la suya, Hauptmann —replicó Richter—. ¡Si ahora desisto de la persecución y me marcho, usted no podrá hacer nada!

—Eso ya lo veremos —dijo Rosenlocher—. Sólo lo he llamado para despedirme, y para comunicarle que no sentiré su muerte.

Al colgar Hauptmann, Richter estampó el teléfono contra el suelo.

—¡Maldito sea!

—¿Qué ocurre? —quiso saber uno.

Richter cerró el puño y fulminó con la mirada a sus cómplices.

—Hauptmann me asegura que tenemos infiltrados de la Landespolizei de Hamburgo.

—¿Aquí? —preguntó Rolf.

—Aquí —contestó Richter, mirando en derredor—. Es mentira, por supuesto. ¡Es un imbécil! ¡Un loco! —clamó—. Pero… ¿por qué habría de mentirnos? Tiene a la chica y al estadounidense. ¿Qué gana con mentirnos?

—Quizá no haya mentido —dijo un joven visiblemente nervioso.

—¿Prefieres que desistamos de la persecución? —le preguntó Richter—. ¡A lo mejor eres tú uno de ellos!

—¡Cuidado con lo que dice, Richter! —lo atajó otro—. Conozco a Jorgen desde hace años. Es fiel a la causa.

—Quizá quien mienta sea el policía —terció una joven.

—¿Por qué? —dijo Richter—. ¿Qué pretendería con eso? ¿Atemorizarnos? ¿Provocar disensiones? ¿Indecisión? ¿Pánico? —bramó fuera de sí—. *¿Qué gana con eso?*

—Tiempo —terció Jean-Michel desde atrás.

—Pero ¡qué dice! —le espetó Richter girándose hacia él.

—Lo que hace Hauptmann es ganar tiempo —insistió Jean-Michel sin alterarse—. Encontramos los cadáveres, nos detenemos a ocuparnos de ellos, discutimos si puede o no haber traidores entre nosotros y, entretanto, Rosenlocher logra enfrentarnos o, por lo menos, distanciamos.

—¿Con qué objeto? —preguntó Richter—. Ya tiene lo que ha venido a buscar aquí.

—¿De verdad? —dijo Jean-Michel—. Dudo que el estadounidense y la chica hayan tenido tiempo de llegar a la autopista. Quizá el inválido lleve un teléfono consigo y haya llamado a Hauptmann —aventuró el francés acercándosele—. En su discurso, usted mencionó su nombre como el de su peor enemigo.

Richter lo fulminó con la mirada.

—No es difícil organizar una multiconferencia telefónica —aseguró Jean-Michel—, y simular que Rosenlocher, el estadounidense y la chica están juntos.

Richter cerró los ojos.

—Ha cometido usted el error que un líder no puede permitirse cometer —prosiguió Jean-Michel—. Le ha dado al estadounidense la clave para derrotarlo, al revelarle la identidad del único hombre en quien él podía confiar. Y ahora, quizá, le dé al enemigo la oportunidad de debilitarlo con una vieja artimaña sicológica.

Richter dobló las rodillas ligeramente y alzó los puños al cielo.

—¡A por ellos! —gritó.

Los alemanes vacilaron.

—Deberíamos ocuparnos de los cadáveres —dijo uno.

—¡Eso es lo que Hauptmann quiere que hagamos! —gritó Richter.

—No me importa. Es lo que debemos hacer.

Rolf estaba exasperado, consternado y furioso, pero, por encima de todo, debía cumplir con su deber.

—¡Voy a acabar con esos estadounidenses! —clamó Rolf dirigiendo el haz de la linterna en derredor—. Es lo que Karin Doring y Manfred Piper habrían querido que hiciésemos. Y es lo que pienso hacer.

Varios jóvenes lo siguieron en silencio y enseguida se les unieron otros. Avanzaron con rapidez para recuperar el tiempo perdido y desahogar su ira.

Pero a medida que Rolf se abría paso por las frondas, empezaron a rodar lágrimas por sus mejillas; lágrimas de un joven demasiado cerca aún de la infancia; lágrimas de alguien cuyos sueños de futuro en el seno de Feuer acababan de venirse abajo.

SESENTA Y SIETE

Jueves, 23:55, Toulouse, Francia

La misión básica del coronel Brett August en la OTAN consistía en ayudar a planificar maniobras. Aunque su especialidad eran los asaltos de infantería, tuvo la suerte de trabajar con expertos en ataques aéreos y navales. Uno de los oficiales del comando, el piloto Boisard, participó en rescates aéreos en Bosnia. A Brett August le encantaba trabajar con hombres como él, ver qué maniobras podían ser adaptadas, combinadas y modificadas para sorprender al enemigo.

En el caso de la *bastide*, sin embargo, August optó por un sencillo asalto de dos en dos, de probada eficacia. Dos hombres avanzaban y otros dos los cubrían. Luego, los dos que los cubrían rebasaban a los primeros, que los cubrían a su vez. Con independencia de que fuesen ocho, diez o veinte los hombres que participasen en el asalto, siempre había cuatro que se responsabilizaban de cubrirse entre sí. Esto permitía que el asalto fuese armónico, concentrado, y atacar con precisión de láser. Si un hombre caía, el compañero más rezagado avanzaba hacia el centro y el más adelantado lo cubría. Luego, se situaba en cabeza y lo cubría entonces el más rezagado. Así se evitaba que ninguno fuera abatido, accidentalmente, por un compañero. Si caían dos hombres, los otros dos se relevaban, con el mismo sistema de avance y cobertura. Si se

producían tres bajas, el superviviente procuraba entretener al enemigo al máximo.

El asalto fue tan eficaz que, de los veintidós soldados de elite de la OTAN que irrumpieron en la factoría de Demain al mando de Brett August, solo dos resultaron heridos, uno en la mano y otro en la rodilla. El percance sufrido en el hombro por el coronel Ballon fue la única novedad que tuvo el comando francés.

Los terroristas que participaron en la lucha tuvieron tres muertos y catorce heridos.

Ante una comisión de la Asamblea Nacional, Brett August testificaría que las bajas entre los terroristas se produjeron debido a una resistencia encarnizada y caótica.

«Como la de los jugadores de ajedrez que conocen el movimiento de las piezas pero no el juego —leería en un comunicado preparado entre él y Lowell Coffey II—. Los terroristas cargaron desde la factoría sin un plan, dividieron sus fuerzas y fueron duramente castigados. Al retirarse al interior del edificio y reagruparse, los cercamos. Finalmente, cogidos entre dos fuegos, trataron de salir a la desesperada. Nosotros intensificamos el fuego hasta que se rindieron. Eso fue todo. La operación, desde el primero al último disparo, duró veintidós minutos».

A Paul Hood se le hizo mucho más largo.

Cuando el enorme V-22 Osprey aterrizó en el recinto y el jefe de los Nuevos Jacobinos ordenó la ejecución de sus prisioneros, los agentes del comando francés dispararon; no sólo desde el vano de la puerta del pasillo, sino también desde un boquete abierto en el yeso del falso techo, y desde una ventana hasta la que uno de los agentes se descolgó en *rappel*. Fue una perfecta triangulación que acabó con tres terroristas heridos (los tres encargados de la ejecución de Paul Hood, Nancy Bosworth y Matt Stoll).

En cuanto los terroristas fueron abatidos, Hood se abalanzó sobre Nancy para protegerla y Matt echó cuerpo a tierra. A Ballon lo hirieron al salir corriendo para cubrir a Matt.

Con el desconcierto, los terroristas se desentendieron de los prisioneros. Los neojacobinos sólo se preocuparon de huir de prisa y corriendo de aquel pasillo, convertido en una especie de caseta de tiro al blanco en la que ellos eran los muñecos a abatir. Salieron al exterior, pero al cabo de diez minutos volvieron a entrar e intentaron repeler el asalto. Para entonces, Hood y sus compañeros se habían retirado a una cocina, donde Nancy limpió y vendó la herida de Ballon lo mejor que pudo, y Hood se encargó de que no se moviese de allí (porque, a pesar del dolor, el coronel quería seguir en la brecha).

Stoll reconoció abiertamente que la vista de la sangre lo mareaba y se acurrucó en un rincón. Para tratar de compensar su medrosidad, Matt se felicitó en voz alta por haber reparado en la manipulación del pomo de la puerta del pasillo y por haber intentado distraer la atención de los terroristas gritando: «¡Soy informático!». A lo que Hood replicó igual que lo hizo el terrorista: «¡Cállese!».

Dos soldados de la OTAN fueron los primeros en llegar a la cocina. Para entonces, el pasillo era ya un lugar seguro, y llamaron a un médico para que atendiese a Ballon.

Hood, Nancy y Stoll fueron evacuados y acomodados a bordo del Osprey. August y su intérprete francés se instalaron en un improvisado puesto de mando junto a la cabina del piloto. Tras recibir el informe de que el comando controlaba la primera planta del edificio y se dirigía a la segunda, August se presentó al grupo. Luego, centró su atención en el intérprete, pendiente de la radio mientras los soldados de la OTAN se acercaban a los despachos de los ejecutivos.

Hood quería saber si alguno de los dos comandos había encontrado a Dominique o a Hausen, y estaba muy impaciente por hablar con Rodgers. También estaba preocupado por Herbert, y ansioso por saber hacia dónde se dirigía. Pero habría de tener paciencia y conformarse, de momento, con que allí todos estaban a salvo.

Stoll se había instalado cómodamente en la cabina de pasajeros del Osprey. Hood iba a invitar a Nancy a sentarse a su lado, cuando apareció en el cielo un intenso punto luminoso. Se veía del tamaño de una estrella y se desplazaba de este a oeste. De pronto, el punto luminoso se dirigió hacia ellos y aumentó de tamaño, acompañado por el inconfundible ruido del rotor de un helicóptero.

Brett August alzó también la vista.

—¿Es de ustedes? —preguntó Hood.

—No —contestó August—. Podría ser el que ha despegado antes de que aterrizásemos nosotros. Hemos supuesto que debía de ser un grupo de altos mandos policiales.

De pronto, un oficial de la gendarmería, que llevaba a cuestas a un hombre en mangas de camisa, llamó al intérprete desde el borde de la pista.

—¡Sargento!

El hombre que el oficial llevaba a cuestas gemía. El oficial lo dejó en el suelo, junto al Osprey, y habló con el sargento. Al cabo de unos momentos, el oficial francés se volvió hacia August.

—Este hombre es piloto, señor. Calentaba los motores de un helicóptero del tal Dominique. Dice que un hombre rubio lo ha atacado.

—Hausen —dijo Paul.

El helicóptero empezó un vertiginoso descenso en espiral. Era obvio que no volaba, sino que caía.

August les dijo a todos que se pusieran a cubierto y se protegiesen la cabeza. Hood se echó encima de Nancy, pero August permaneció en pie. El coronel vio entonces que el helicóptero se equilibraba a unos setenta metros de altura y aceleraba hacia el río.

—¿Quién es Hausen, señor Hood? —preguntó August.

—Un político alemán, que también es piloto —contestó Hood—. Odia a Dominique, que es el hombre que está detrás de todo esto.

—¿Lo odia tanto como para arriesgar su vida robando un helicóptero?

—¡Ya lo creo! —exclamó Hood—. Hausen sería capaz de matarse con tal de que cayese Dominique.

—De matarse él y de matar a todos con el helicóptero —dijo August sin quitarle ojo al aparato, que describió un arco en dirección norte y volvió a nivelarse—. Ya he visto antes cosas así: viejos odios que resucitan y se descontrolan. ¿Siguen Manigot y Boisard en la primera planta? —añadió dirigiéndose al intérprete.

El sargento lo preguntó por radio y le contestaron afirmativamente.

—Están en la primera planta —repuso el suboficial.

—Pues dígales que se presenten aquí inmediatamente —ordenó August, que miró hacia la cabina del piloto y describió un círculo imaginario con el dedo índice por encima de su cabeza.

El piloto lo saludó y encendió los motores de despegue vertical.

—¿Qué ocurre, coronel? —preguntó Hood.

August corrió hacia las escaleras que conducían a la cabina del piloto.

—Pues que *uno* quiere que el helicóptero aterrice y el otro no —contestó el coronel estadounidense—. Si no subimos a bordo no ocurrirá ni lo uno ni lo otro.

—¿Subir a bordo? —exclamó Hood.

Los dos oficiales del comando de la OTAN llegaron enseguida y embarcaron. El atronador rugido de los motores del reactor ahogó la respuesta. Stoll, Hood y Nancy abandonaron el aparato y, menos de dos minutos después de que avistasen el helicóptero, el enorme reactor despegaba de la pequeña pista.

SESENTA Y OCHO

Viernes, 0:04, Wunstorf, Alemania

El coche de la policía iba lanzado por la autopista a 170 km/h. Hauptmann Rosenlocher miraba a su izquierda, hacia la otra orilla del río, atento a cualquier signo de actividad. No habían conectado la sirena y sólo encendían las luces destellantes si algún automovilista los entorpecía.

Hauptmann y su adjunto, vestidos ambos con el uniforme azul de la Landespolizei, iban recostados en el asiento, en silencio, pendientes de la carretera y del bosque.

Detrás del coche de Rosenlocher iban otros dos vehículos, designados «Dos» y «Tres», con seis hombres de su unidad táctica, formada por quince agentes, en cada uno. Cinco de ellos iban armados con carabinas M1 del calibre 30, especiales para el tiro a larga distancia. Otros cinco llevaban subfusil ametrallador HK 53. Todos portaban, además, pistolas Walther P1 de cañón largo. Su misión era encontrar a la joven y al hombre que iba en silla de ruedas.

El inspector Rosenlocher, cuyas rudas facciones contrastaban con su elegante pelo plateado, se preguntó si Richter se habría tragado el farol.

Rosenlocher no tenía ninguna experiencia en lo que llamaban operaciones sicológicas. Su especialidad eran las operaciones antidisturbios y las de infiltración y camuflaje. Pero el general

Rodgers le había asegurado que aquella táctica le fue eficaz a uno de sus colegas para acabar con el secuestro del avión de la TWA que llevó a cabo en París un grupo croata en 1976. Y lo que el general Rodgers le había explicado tenía sentido.

La mayoría de los revolucionarios, sobre todo los más inseguros y los recién incorporados a su lucha, eran muy crédulos respecto de la posibilidad de que hubiese traidores entre sus filas. Y a menudo los había.

Sonó el teléfono del inspector.

—Diga.

—Soy Rodgers. Al fín hemos logrado el seguimiento por satélite, inspector Rosenlocher. Bob y la chica están a unos tres kilómetros al norte de ustedes, y se dirigen hacia la autopista. Los neonazis habían cesado en la persecución, pero han vuelto a la carga. No está muy claro quién va a llegar antes.

Hauptmann miró el cuentakilómetros y se inclinó hacia el chófer para comunicarle quedamente que fuera más de prisa. El chófer, de aniñado rostro, masculló por lo bajo pero obedeció.

—Gracias, general —dijo Rosenlocher—. Lo llamaré en cuanto pueda decirle algo.

—Buena suerte —se despidió Rodgers.

Rosenlocher le dio de nuevo las gracias, miró hacia adelante y se alcanzó la escopeta que llevaba detrás del asiento. Le sudaban las manos como siempre que iba a entrar en acción, aunque, a diferencia de la mayoría de los casos, ardía en deseos de que aquello degenerase en un tiroteo sin cuartel, de machacar a los canallas que querían destruir su país.

—Un poco más de prisa —le dijo al chófer, que frunció los labios y pisó más a fondo.

La noche parecía avanzar tan veloz como los coches. El tiempo apremiaba. De pronto, entre las ramas de una fronda, a la izquierda de la carretera, distinguió dos sombras que se agacharon muy rápidas.

—Son del grupo de Richter —dijo Hauptmann—. Incluso a doscientos kilómetros por hora huelo a esos cabrones. Aminore la velocidad.

El chófer levantó un poco el pie del acelerador. Segundos después, vio a un hombre en silla de ruedas y a una joven que lo empujaba por el límite del bosque.

—¡Pare! —ordenó Rosenlocher.

El chófer frenó y se arrimó al arcén. Rosenlocher cogió la radio mientras los dos vehículos que lo seguían redujeron la velocidad.

—¡Atención, coches «Dos» y «Tres»! ¿Los han visto?

—Afirmativo, desde el coche «Dos».

—Afirmativo, desde el coche «Tres».

—«Dos», cubran el flanco sur —dijo Hauptmann—. «Tres», cubran el flanco norte. Subiré a los estadounidenses a mi coche.

Los tres vehículos se detuvieron en el arcén dejando entre sí unos veinte metros de distancia. Los chóferes siguieron al volante mientras los agentes bajaban de los coches. Caso de caer alguno de ellos herido, lo conducirían de inmediato al hospital de Hannover. Los agentes del coche «Dos» y del coche «Tres» se situaron de acuerdo a las órdenes de Hauptmann, detrás de la valla de la carretera. Si los atacaban a ellos o a los estadounidenses, tenían órdenes de disparar a matar.

Rosenlocher fue el primero en saltar la valla metálica. Estaba a menos de treinta metros del límite del bosque, donde Bob Herbert y Jody Thompson trataban desesperadamente de ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.

Rosenlocher alzó la escopeta y apuntó hacia unas ramas que vio moverse.

—¡Vamos! —le gritó a Herbert.

Jody siguió empujando. Jadeaba y tropezaba, pero no se detenía.

Rosenlocher miró a los demás. Vio caras iluminadas por los faros de los coches; caras jóvenes; caras que reflejaban ira o temor. Era consciente de que, al menor paso en falso, la situación podía

escapárseles de las manos. Confiaba en que prevaleciese el instinto de conservación y nadie perdiese la cabeza.

Ahora veía con claridad a los estadounidenses: Herbert se impulsaba enérgicamente con la silla mientras Jody sollozaba y hacía denonados esfuerzos para seguir empujando.

Rosenlocher apuntó hacia un grupo de jóvenes que acababa de asomar del bosque. No cabía duda de que eran valientes, ya que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas. Sin embargo, enseguida comprendió que no iban a atacarlos. Rosenlocher no vio a Karin ni a Manfred. Ignoraba la razón de que no estuviesen allí, pero sabía que, sin el cerebro, el cuerpo no respondería; y sin el corazón tampoco. Contra personas indefensas, aquellos facinerosos eran capaces de hacer cualquier barbaridad. No obstante, no se atrevían a enfrentarse a un grupo organizado y bien entrenado.

Herbert y Jody llegaron a su lado. De acuerdo a las instrucciones que tenían, los chóferes de los coches «Dos» y «Tres» ayudaron a Herbert a salvar la valla. Lo hicieron sin prisa y con aplomo, con la eficiencia de operarios que caracterizaba a la brigada de Rosenlocher.

Mientras los agentes de policía permanecían en sus puestos, los chóferes ayudaron a Herbert y a Jody a subir al primer coche. Una vez que los estadounidenses estuvieron a salvo en el interior, los agentes apostados tras la valla volvieron espaciadamente a sus cerches respectivos.

Rosenlocher dio media vuelta y enfiló hacia el coche de espaldas al bosque. Temió morir, porque en todo grupo de terroristas o de facinerosos siempre había un cobarde. Irguió la cabeza. El arrojo intimidaba al cobarde. Mientras caminaba, era consciente de cada ruido, de cada paso, sabedor de que, para él, podía ser el último.

Cuando llegó junto al coche, les ordenó con toda calma a sus hombres que subieran a los coches, que arrancaron sin el menor percance.

Rosenlocher le indicó al chófer que fuese directamente al hospital, y el chófer conectó la sirena.

Sentada en el asiento de atrás, Jody se recostó en el hombro de Herbert y rompió a llorar a lágrima viva.

—Me duele el brazo —se quejó.

—Tranquila —la conformó Herbert.

—Es que me duele todo.

—Nos ocuparemos de que te cuiden muy bien —le dijo cariñosamente—. Te repondrás enseguida. Y ya estás a salvo. Te has portado como una auténtica heroína.

Ella se arrimó más a él, que notó la calidez de su aliento y de sus lágrimas en la mejilla. La abrazó, tan orgulloso de ella que se le nubló la vista.

—¿Está usted bien, señor Herbert? —le preguntó Rosenlocher.

—Sí —contestó Bob—. Muy bien.

—Su amigo el general tenía razón —reconoció Rosenlocher—. Me ha dicho que sólo necesitaba que le hiciese ganar a usted unos minutos: «En cuanto aflojen mínimamente el lazo, Bob se les escabulle», han sido exactamente sus palabras.

—Ya —dijo Herbert—. Me escabullo… Ya, ya. Le veo las orejas y me meto en la boca del lobo. Gracias por echarnos una mano, Hauptmann. Lo tendré en mi lista de felicitaciones navideñas durante tiempo.

Rosenlocher sonrió y ladeó la cabeza. Luego, cogió el teléfono y le pidió al operador que lo pusiera con el general Rodgers. Mientras aguardaba, sostenía la escopeta entre las piernas. El peso del arma descansaba en la rodilla derecha.

Fue precisa una guerra para acabar con Hitler, pensó. Una vez que los agentes pusieran a Herbert y a la chica a salvo, volverían para dar caza a aquellos mal nacidos. Sería una ironía que, después de tantos años detrás de Felix Richter, después de tanto entrenamiento, el nuevo *Führer* cayese sin un disparo.

Pues… bendita ironía, pensó Rosenlocher. Quizá hubiesen aprendido algo, después de todo. Si se combate a los tiranos a tiempo, se descubre que a todos les aprieta el zapato en el mismo sitio.

Rosenlocher sonrió para sí. Sintió una enorme satisfacción al pasarle el teléfono a Bob Herbert para que pudiera decirle a su superior una sencilla frase: «Misión cumplida».

Porque cumplida estaba.

SESENTA Y NUEVE

Viernes, 0:16, Wunstorf, Alemania

Felix Richter vio regresar a los miembros de su montería.

—¿Dónde están los estadounidenses? —preguntó.

Rolf fue uno de los primeros en llegar junto a él. Miró los cuerpos de Karin y de Manfred. Tuvo que desviar la mirada al ver que les habían cubierto la cabeza con *anoraks*, como si fuesen perros atropellados en la carretera.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Richter.

—Que estaba la policía esperándonos —contestó Rolf—. No había nada que hacer.

—¿Es eso lo que Karin Doring habría dicho? —clamó Richter—. ¿Que no había nada que hacer?

—Karin habría estado allí *haciéndolo* —le gritó uno de los jóvenes —. A Karin no se le iba el aire por la boca.

—Nunca me he comparado a Karin Doring…

—No —dijo Rolf—. Y hace bien. Conmigo no cuente más.

Richter se le encaró.

—Escucha. Oídme bien todos vosotros. No podéis renunciar al legado por un revés. Se lo debemos a quienes lucharon antes que nosotros por lo mismo.

Un grupo se detuvo a hacerse cargo de los cadáveres, mientras otro grupo los esperó.

—¡No permitáis que esto acabe así! —tronó Richter.

Los jóvenes se desentendieron de Richter y se encaminaron hacia el campamento a reunirse con quienes habían permanecido allí. Rolf siguió los haces de las linternas que se adentraban en la oscuridad. ¿Eran aquellas tenues luces los brillantes focos que debían iluminar sus símbolos y sus logros?

—¡Es un revés, no una derrota! —clamó Richter de nuevo—. ¡No permitáis que nos destruyan!

Los jóvenes neonazis no se detuvieron.

Richter repitió lo mismo una y otra vez. Lo gritaba a pleno pulmón para tratar de enardecerlos.

—A ellos no les importan sus razones, señor Richter —le dijo Jean-Michel—. Lo único que saben es que se han quedado sin el alma del grupo. Si es usted inteligente y decidido, quizá consiga ganarse a algunos. En estos momentos, sin embargo, no queda sino regresar a casa.

Jean-Michel dirigió la mirada hacia los haces de las linternas, siguió su estela y dejó a Richter solo en la oscuridad.

SETENTA

Viernes, 0:17, Toulouse, Francia

El Osprey se cernió sobre la pista como un nubarrón, oscuro, rugiente. Sus luces de navegación parpadeaban.

El coronel Brett August estaba de pie en la cabina, detrás del piloto.

El reactor volaba a trescientos metros de altitud y a unos cinco kilómetros río abajo del LongRanger, que seguía rumbo sudoeste. El helicóptero aún daba bandazos, aunque con menor frecuencia que antes. Era como un potro que se resignase a la doma, pero diese algún respingo. August prefería que no se resignase demasiado pronto. Legalmente, no podría justificar lo que iban a hacer, a menos que el helicóptero perdiese el control y fuese una amenaza para la población.

—Velocidad aproximada: doscientos kilómetros por hora —dijo el piloto mientras veían retirarse al helicóptero.

El Osprey inclinó el morro hacia abajo. A casi 600 km/h el reactor podía al canzar rápidamente al helicóptero. Pero el jefe de la tripulación aún no estaba preparado. Él y su equipo de tres hombres estaban en la bodega, preparando un torno que podía izar una tonelada con un cable de sesenta metros. Lo utilizaban para recoger o depositar material en lugares en los que el Osprey no pudiese aterrizar.

August había ordenado preparar el torno. Cuando les explicó a sus hombres para qué lo quería, Manigot y Boisard se echaron a reír. Preferían que los llevasen ante un consejo de guerra y los ejecutasen, le dijeron, porque el resultado sería el mismo.

August replicó con lo que solía decirles a sus hombres: que si una misión se planeaba correctamente y la ejecutaban profesionales, debía ser tan sencilla como levantarse de la cama por la mañana, y que los imponderables eran… la sal de toda misión.

El Osprey volaba a velocidad de helicóptero. No obstante, lo que menos le preocupaba a August era la velocidad. Lo que quería era llegar al helicóptero en condiciones óptimas. Si el piloto cambiaba de rumbo bruscamente, August quería poder ajustar el suyo con suavidad. El coronel le había ordenado a su operador de radio que se mantuviese en silencio. Cuanta menos información tuviese el LongRanger acerca de quiénes iban a bordo y por qué, menos probable era que se les escabullese. No había peor adversario que aquel que no tenía rostro ni voz.

El piloto ajustó la altitud del Osprey para que volase a treinta metros por encima del LongRanger. Así veía perfectamente el aparato, que caracoleaba de este a oeste siguiendo el sinuoso curso del río. El piloto sabía volar pero no navegar. Era como el automovilista que sabe conducir pero no circular. El curso del río no era la mejor vía de escape.

El Osprey acortó distancias y se cernió sobre el helicóptero como una temible e imparable tormenta. El LongRanger aceleró al máximo, pero no pudo distanciarlo. En menos de dos minutos, el Osprey se situó en la vertical del LongRanger, que trató repetidamente de huir hacia uno y otro lado. Pero a cada intento, el reactor se ajustaba a sus movimientos como en un paso a dos.

Cuando el equipo tuvo el torno dispuesto, lo comunicó por radio a la cabina del piloto.

—El oficial Taylor está preparado, señor —dijo el piloto.

El coronel August se puso los guantes y asintió con la cabeza.

—Dígale que abra la bodega. Voy para allá.

El piloto cumplió la orden. August abrió la puerta de la cabina y se acercó al vano. El viento irrumpió con gran ímpetu. Los enormes engranajes del torno rechinaron, y se abrió la puerta de la parte baja del fuselaje.

August se movió con rapidez pese al viento. Cuando un equipo estaba preparado no era buena cosa hacerlo esperar. La espera era a la energía lo que el frío al calor: la minaba.

August concibió el plan en cuanto embarcó con Manigot y Boisard. Taylor descendería a Manigot diecisiete metros en vertical, justo por detrás del estabilizador horizontal, equidistante de la cabina del pasaje y de la sección de cola. Había suficiente espacio detrás de las aspas del rotor principal para descenderlo. Lo más crítico era el lapso de tiempo, de entre cinco y ocho segundos, durante el que el oficial y el cable que lo sostenía quedarían detrás del rotor principal. Si el LongRanger reducía la velocidad, o se inclinaba hacia arriba o hacia abajo, Manigot y el propio cable podían quedar hechos pedazos. En tal caso, Manigot se soltaría del cable, se lanzaría en paracaídas y la misión habría fallado. Si todo iba bien, cuando ambos estuviesen en la sección de cola, se deslizarían hacia el tren de aterrizaje y entrarían en la cabina.

Así lo tenían planeado. Había realizado el ejercicio de helicóptero a helicóptero. Pero de pronto, al mirar hacia abajo desde la puerta del reactor, Brett August comprendió que entre un avión y un helicóptero era muy distinto, demasiado arriesgado para sus hombres.

Iba a dar la orden de que desistiesen de la misión cuando algo le ocurrió al LongRanger.

SETENTA Y UNO

Viernes, 0:51, Toulouse, Francia

Richard Hausen yacía en el suelo de la cabina del piloto. Se palpó la herida del cuello. No acababa de comprender por qué no lo había rematado Dominique.

Oyó el reactor que los perseguía y notó la vibración. Lo tenían pegado a la cola.

Estaba seguro de que no iban a matar a Dominique, y de que el único medio que tenían para detenerlo era abordar el LongRanger.

Pese a lo aturdido que estaba, el alemán comprendió que la maniobra era más que aventurada con un helicóptero en vuelo. Sería más fácil si el LongRanger permanecía suspendido en el aire, si Dominique no lograba seguir pilotándolo para huir.

Hausen parpadeó repetidamente para aclararse la vista. Buscó en el cuadro de mandos la función del piloto automático que mantenía el aparato en suspensión. Entonces se abalanzó contra Dominique, pulsó el botón y empujó al francés al suelo.

SETENTA Y DOS

Viernes, 12:52, Toulouse, Francia

El Osprey enfiló hacia el suspendido LongRanger y August le ordenó al piloto que diese media vuelta. El Osprey giró y se situó sobre la vertical del LongRanger, también en suspensión.

August miró hacia abajo desde la puerta. Ambos aparatos se mantenían fijos en sus respectivas posiciones. Pero Brett era consciente de que el LongRanger podía variarla en cualquier momento, y también de que Dominique podía incitarlos a salir del aparato.

No, se dijo. Dominique ignoraba si lo que se proponían era abordarlos u hostigarlos. Además, el francés no podría verlos desde la cabina del piloto, ni saber si alguien había conseguido salir del aparato. August intuía que no era Dominique quien había maniobrado para que el LongRanger quedase en suspensión. Probablemente era Hausen.

Manigot, Boisard y Taylor miraban al coronel, pendientes de sus órdenes.

Quien no se arriesga no gana, pensaba August. Quienes temiesen al peligro era mejor que no vistiesen el uniforme militar. Tenía una misión que cumplir y los hombres adecuados para llevarla a cabo.

—¡Adelante! —les ordenó.

Taylor pulsó un botón del torno para hacer que Manigot descendiese rápidamente. El cable se desenrollaba a una velocidad de un metro por segundo. Llegó a la altura del estabilizador en quince segundos. En cuanto Manigot se asió al travesano horizontal, enganchó el cable y luego hizo señales con la linterna. Entonces, Boisard se deslizó rápidamente en un limpio descenso. Cuando estuvo bien sujeto al otro lado del travesaño, Manigot desengancho el cable y Taylor lo retiró inmediatamente. El peso del sólido gancho actuaba como una plomada que impedía que el cable chocase contra el rotor de cola.

Con el tenue resplandor de las luces de la cabina del Osprey, August observaba la maniobra asomado a la puerta.

Boisard desenrolló la soga que llevaba al cinto y la pasó por las presillas de acero del cinturón de Manigot, que se soltó del travesaño y se deslizó por la aleta de cola.

De pronto, el LongRanger picó el morro. No fue una descontrolada maniobra, como la de antes, sino un deliberado intento de huir. El brusco movimiento del helicóptero hizo que Manigot resbalase hacia el eje del rotor delantero. Sólo sus vivos reflejos lo frenaron y evitaron que el rotor lo triturase. Se asió a la tobera de escape de popa, mientras Boisard se sujetó al estabilizador y se balanceó como un péndulo en el mismo instante en que el helicóptero descendía en picado.

August le ordenó al piloto a través de la radio que persiguiese al helicóptero. Esperaba que sus hombres se soltasen y tirasen de la anilla del paracaídas.

Pero no lo hicieron; y le sorprendió, porque eran aguerridos pero no temerarios. Si no saltaban era porque no podían. Quizá temían chocar contra los rotores.

August se sintió impotente. La distancia, la oscuridad y el viento hacían muy difícil saber cómo estaba la situación. Siguió agarrado al marco de la puerta mientras el Osprey perseguía al LongRanger. Al

fin, el helicóptero volvió a estabilizarse. August se dirigió entonces al oficial Taylor.

—¡Baje ese trasto otra vez! —le gritó—. ¡Descenderé yo!

—Señor… No sabemos si el helicóptero va a seguir estabilizado —objetó Taylor.

—¡Haga lo que le digo! —le espetó August, que se alcanzó un paracaídas del compartimiento de material y se lo puso—. Voy a engancharlo a la aleta de cola. En cuanto llegue junto a Boisard, ese condenado helicóptero no se nos escapa.

—Señor… Es que el torno puede soportar hasta una tonelada. Y el helicóptero…

—Ya lo sé. Pero mientras el rotor del helicóptero gire, no será un cuerpo muerto. Dígale al piloto que no deje alejarse al helicóptero, cueste lo que cueste. Le haré señales con la linterna (dos destellos cuando lo tenga enganchado). Entonces le dice usted al piloto que dé media vuelta.

—A la orden, señor —dijo Taylor, que accionó el torno por disciplina, pero sin la menor confianza.

Mientras el Osprey surcaba el cielo, el cable se desenrolló y August descendió oblicuamente hacia el helicóptero. Giró sobre sí mismo varias veces, como un tirabuzón, antes de lograr sujetarse al estabilizador y luego al travesaño (al otro lado de donde se sujetaba Boisard, para no desequilibrar el aparato). Luego, se enganchó al montante y enganchó también el cable.

August había logrado atrapar la presa, pero no le hizo a Taylor señales con la linterna, ya que se le había ocurrido otra cosa.

Miró hacia adelante y se deslizó por la cola hacia Manigot. El fuerte viento obstaculizaba sus movimientos. Al acercarse a la cabina, el LongRanger giró bruscamente hacia el este. El Osprey a duras penas consiguió no despegarse. El cable se tensó y produjo una fuerte sacudida en el LongRanger.

August se deslizó desde la cola a uno de los lados, alzó la vista para asegurarse de que Manigot estaba bien y luego miró hacia

abajo. Sus pies estaban a menos de dos metros del borde del patín. Eran sólo dos metros, pero estaba muy oscuro y el viento era muy fuerte.

Se quitó los guantes y los dejó caer. A continuación, abrió el cierre del fleje que lo sujetaba al cable y aguardó a que el LongRanger volviese a estabilizarse. Entonces se dejó caer, se agarró al montante del patín con ambas manos y trató de izarse a pulso. El viento era tan fuerte que lo zarandeaba contra el compartimiento de equipajes mientras porfiaba por auparse.

En ese instante reparó en que el piloto lo miraba. Entre los asientos de la cabina, en el suelo, un hombre trataba de incorporarse. El piloto volvió a concentrarse en los mandos y trató de lanzar el helicóptero de nuevo en picado. El cable del torno resistió, pero ambos aparatos temblaron. El piloto volvió a mirar hacia atrás, pero ya no se interesaba por August, sino por el cable.

Lentamente, el piloto hizo ascender el aparato. August comprendió horrorizado lo que se proponía: trataba de utilizar el rotor para cortar el cable. De hecho, venía a decirles que o lo dejaban huir o los estrellaba a todos.

August porfió frenéticamente para poner un pie en el patín. Al fin lo logró, se abalanzó sobre la puerta de la cabina y la abrió. Irrumpió como una furia en el compartimiento del pasaje, y en dos zancadas se plantó en la cabina del piloto, saltó por encima del hombre que yacía semiinconsciente en el suelo y, a la manera de los luchadores de jiu jitsu, catapultó el brazo hacia adelante y golpeó al piloto en la cabeza. Repitió la operación hasta tres veces. El piloto, aturdido, cayó del asiento, que fue ocupado por August.

Mientras asía firmemente la palanca de control, August volvió la cabeza hacia el hombre que estaba en el suelo.

—¿Es usted Hausen, verdad? ¡Levántese de ahí, ya que lo necesito para que me ayude a pilotar este trasto!

—He… intentado… estabilizárselo a ustedes dos veces —farfulló el alemán.

—Bueno. Pues gracias —dijo August—. Pero ¡venga!

Lentamente, Hausen se arrastró hasta el asiento del copiloto.

—¡Más de prisa! —lo apremió Hausen—. ¡No tengo ni zorra idea de cómo funciona esto!

Jadeante, Hausen se aupó al asiento, se pasó la manga por sus ensangrentados ojos y asió la palanca.

—Ya está —dijo el alemán—. Ya… lo controlo.

El coronel dejó el asiento del piloto como una exhalación y arrastró a Dominique hacia el compartimiento del pasaje. Luego se dirigió a la puerta, que seguía abierta, y se asomó. Boisard iba resueltamente en auxilio de Manigot.

—¡Ahora no se desestabilizará! —gritó August—. ¡Cuando lo tenga, desenganche el cable!

Boisard asintió con la cabeza, y August volvió al interior.

—¿Está usted bien? —le gritó el coronel a Hausen.

—Espero estarlo —contestó el alemán desmayadamente.

—Cuando yo lo avise, dé la vuelta hacia la factoría —dijo August.

Hausen asintió con la cabeza. August se inclinó hacia Dominique, lo agarró bajo los brazos y lo estampó contra un asiento.

—Aunque ignoro lo que ha hecho usted, espero que sea lo bastante grave como para que lo quiten de la circulación para siempre —le espetó August.

Aturdido y sangrante, Dominique alzó la vista y le sonrió.

—A mí podrán detenerme —dijo entre dientes—, pero a *nosotros* no. El odio, el odio es más rentable que el oro.

—Pues ahí van parte de los intereses, por mi cuenta —dijo August, que le dirigió una burlona sonrisa y le estrelló el puño en la mandíbula.

Al vencérsele la cabeza a Dominique hacia un lado, August volvió a la puerta y, aunque estaba tan agotado que le temblaban los brazos, ayudó a Manigot a entrar. Cuando Boisard hubo terminado de desenganchar el cable, August lo ayudó también. Luego cerró la puerta y se dejó caer al suelo.

Lo más triste del caso era que aquel cabrito de Dominique tenía razón. El odio y quienes traficaban con el odio continuaban boyantes. Él lo combatía, y no se le daba mal, pero debía reconocer que subsistía. Y aunque su mente tardó un poco en acompasarse a su corazón, comprendió que cuando aterrizasen tenía que hacer una llamada.

SETENTA Y TRES

Viernes, 0:53, Toulouse, Francia

El comando francés tenía la fortaleza totalmente bajo su control cuando regresó el Osprey.

Los agentes detuvieron y esposaron a los neojacobinos de dos en dos. Luego, los llevaron a los cubículos de la oficina, vigilados por dos agentes cada uno.

El coronel Ballon opinaba que los mártires y los héroes eran exhibicionistas o juguetes mecánicos. Difícilmente hacían nada sin testigos, o sin que alguien les diese cuerda. El fulminante desastre de los Nuevos Jacobinos reforzó otra idea muy arraigada en Ballon acerca de aquellos individuos: eran un hatajo de cobardes animales sin arrestos para luchar individualmente, ni siquiera en grupo, si el enemigo era igual o superior en número.

El caso era que había cesado toda resistencia. Y ya estaban allí las furgonetas de la policía local, que se haría cargo de los detenidos. También llamaron a las ambulancias, pero Ballon insistió en que lo curasen allí mismo para aguardar al regreso del Osprey y del LongRanger. Había presenciado junto a los demás el forcejeo entre los dos aparatos, pero hasta que comunicaron por radio, desde el Osprey, que Dominique había sido detenido, nadie supo en qué había parado el singular combate.

Cuando aterrizó el Osprey, seguido por el LongRanger, el coronel August sacó a Dominique del aparato. Lo llevaba con un brazo a la

espalda y le sujetaba el cuello con el antebrazo, de tal manera que si el francés llegaba a resistírsele, lo hubiese desnucado.

Dominique no hizo el menor intento de huir. Apenas se tenía en pie. August lo entregó de inmediato a los gendarmes. Lo subieron a una furgoneta con Ballon y cuatro agentes.

—Dígale al señor Hausen que se ha ganado unos buenos titulares de prensa, si los quiere —le dijo Ballon a August antes de que el vehículo arrancase—. ¡Hágale saber que los escribiré yo mismo!

August le aseguró que se lo diría.

El piloto del Osprey había llamado al personal médico de la OTAN, ya que Boisard tenía magulladuras y cortes superficiales, al igual que Manigot que, además, tenía dos costillas rotas.

Quien salió peor parado fue Hausen. Pese a ello, durante el vuelo de regreso pudo decirle a August que Dominique había intentado estrangularlo, y que cada vez que se había rehecho e intentado recuperar el control del helicóptero, Dominique había vuelto a golpearlo. En cuanto el LongRanger aterrizó, Hausen se desplomó sobre el cuadro de mandos.

Hood subió al helicóptero para acompañar al viceministro hasta que lo evacuasen. Se sentó en el asiento del copiloto junto al alemán mientras aguardaban a que el personal médico de la OTAN prestase los primeros auxilios a quienes habían resultado heridos durante el asalto.

—Lo hemos cazado —dijo Hausen sonriendo débilmente.

—*Usted* lo ha cazado —remarcó Hood.

—No me hubiese importado morir con tal de detenerlo. Lo siento, pero… no me importaba nada más.

—No tiene por qué excusarse —dijo Hood—. Ha salido todo perfectamente.

El estadounidense se levantó y se apartó a un lado al ver que llegaban una doctora y un enfermero. Ella examinó los ojos y las heridas que Hausen tenía en el cuello, junto a la sien, en la cabeza y

en la mandíbula. Luego, le tomó el pulso y le hizo un superficial reconocimiento de la columna vertebral.

—Sólo tiene un ligero *shock* nervioso —le dijo la doctora al enfermero—. Saquémoslo de aquí.

Subieron una camilla al aparato y sacaron a Hausen del LongRanger. Hood salió con ellos.

—¡Paul! —gritó Hausen mientras lo bajaban por la escalerilla.

—¿Sí?

—Paul, esto no se ha terminado. ¿Entiende?

—Lo sé. Lograremos que el Centro de Operaciones Regional sea una realidad. Tome la iniciativa. Pero ahora no hable.

—En Washington —dijo Hausen, sonriente, mientras lo subían a la ambulancia—. La próxima vez nos veremos en Washington, más tranquilamente.

Hood le devolvió la sonrisa y le apretó la mano antes de que cerrasen la puerta de la ambulancia.

—Quizá deberíamos invitarlo a una reunión presupuestaria —intervino Matt Stoll desde atrás—. Esto le parecerá entonces tan plácido como un día de campo.

—Esta noche se ha portado como un héroe, Matt. Gracias —le dijo Hood dándole una palmadita en el hombro.

—Bah. Una nadería, jefe. Es increíble lo que puede hacer uno cuando peligra su pellejo y no tiene alternativa.

—No es cierto —replicó Hood—. A muchos los atenaza el pánico en cuanto oyen disparos. A usted no.

—Bah. Una nadería —repitió Stoll—. Lo he disimulado. Pero me parece que usted tiene otros asuntos pendientes que resolver. Iré de puntillas a entregarme tranquilamente a una crisis nerviosa.

Stoll se alejó. Nancy estaba justo detrás de él, en la penumbra. Paul la miró un momento antes de acercársele. También a ella quería decirle que se había portado como una heroína, pero se abstuvo. A Nancy no se la engatusaba con cumplidos. Además, no era eso lo que a ella le habría gustado oírle decir.

—Me parece que una movida como ésta no la tuvimos nunca tú y yo —dijo él tomando sus manos entre las suyas.

Ella se echó a reír, y luego a llorar.

—Eramos jóvenes vejestorios. Cenábamos, leíamos en la cama, veíamos las noticias de las diez y antiguas películas los fines de semana.

Hood pensó de pronto en los dos tiques para el cine que guardaba en la cartera. Ella no, claro. Ella lo miraba a los ojos, llena de amor y de deseo. Nancy no se lo ponía nada fácil.

Paul le acarició el dorso de las manos con los pulgares y luego la cogió por los hombros y la besó en la mejilla. Sus lágrimas saladas y cálidas le hicieron desear abrazarla y besarla en el cuello.

Pero se contuvo.

—Se abrirá una investigación, y habrá que dar explicaciones a la justicia. Me gustaría que me dejases proporcionarte un buen abogado.

—De acuerdo. Gracias.

—Estoy seguro de que alguien se hará cargo de las empresas de Demain cuando todo se calme. Mi personal tiene influencia en muchos sitios. Me ocuparé de que cuenten contigo. Entretanto, Matt te dará trabajo.

—Convertido en mi salvador —dijo ella con sequedad.

—Esto no es agradable para ninguno de los dos —replicó Hood, molesto—. Pero yo no puedo darte lo que tú quieres.

—¿Ah, no?

—No sin quitárselo a otra persona; a otra persona a quien amo. Junto a Sharon he madurado. Nos unen cosas para mí muy queridas.

—¿Y eso es todo lo que le pides a una relación? —inquirió ella—. ¿Y la pasión? Nosotros la tuvimos. Incluso cuando discutíamos.

—Sí —reconoció Paul—, pero eso acabó. Sharon y yo somos felices. El equilibrio es más importante de lo que parece. Saber que siempre hay alguien que te espera…

—Ya. Para lo bueno y para lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad… —ironizó Nancy.

—Exacto —dijo Hood—. O sólo para que no te den plantón en un cine.

—Qué duro —se lamentó Nancy, visiblemente afectada.

Hood sintió herirla, pero al fin se había armado de valor para decírselo. Dolía, pero era lo justo.

—Bueno… Me parece que hubiese hecho mejor en volver a la ciudad con el coronel Ballon —dijo Nancy.

—La policía local llegará de un momento a otro. Nos llevarán.

—Sigues tan tonto como siempre —dijo ella, sonriente—. Lo he dicho porque él está libre… Era una broma.

—Ya. Lo siento, Nancy.

—Más lo siento yo —suspiró ella—. Por todo —añadió volviéndolo a mirar a los ojos—. Aunque no haya resultado como yo hubiese querido, me ha gustado mucho verte. Y me alegro de que seas feliz. De verdad.

Nancy dio media vuelta y se alejó con el mismo contoneo que en el hotel. Su melena ondeaba. Sin mirar hacia atrás, levantó las manos como una agente de policía que detuviese el tráfico y meneó la cabeza.

Paul la siguió con la mirada, casi lloroso. Y cuando ella hubo desaparecido entre los agentes y el personal médico, sonrió con cierta tristeza.

Al fin, la antigua cita había tenido lugar.

SETENTA Y CUATRO

Lunes, 9:32, Washington, D.C.

Hood, Stoll y Herbert fueron recibidos en el Centro de Operaciones con una pequeña fiesta, organizada en su honor en el «Tanque» (la sala de conferencias de alta seguridad). Cuando llegaron, los jefes de sección tenían ya dispuestas varias bandejas con café, *croissants* y buñuelos.

—Lo hemos traído del economato; un desayuno más o menos a la francesa y a la alemana —dijo Ann Farris, que le dio a Hood dos castos besos en las mejillas.

Eddie Medina y John Benn habían pasado el fin de semana montando un pequeño escenario bélico con soldados de juguete, que representaban a la OTAN, a Hood y a Herbert. Defendían una posición, que simbolizaba la decencia, de una horda de malcarados facinerosos que surgían de un transporte, que simbolizaba el odio.

El magullado pero animoso Herbert se emocionó. Stoll sonrió de oreja a oreja. Hood no sabía dónde meterse. Rodgers se quedó en un rincón con los brazos cruzados y miraba a Hood con cierta envidia.

Como insistieron en que dijese unas palabras. Hood se sentó a uno de los extremos de la mesa de conferencias y sonrió.

—No hicimos más que lo que el general Rodgers y los miembros del comando «Striker» hacen de continuo.

—¿Andar como locos por el extranjero para justificar el sueldo de los diplomáticos? —comentó Lowell Coffey.

—No —replicó Stoll—. ¡Luchar por la verdad, la justicia y el estilo de vida estadounidense!

—¿Dónde están mis *pom-poms*? —preguntó Ann Farris.

Eran más de una veintena los funcionarios congregados en el «Tanque». Hood pidió silencio.

—Como he dicho, sólo hemos seguido el ejemplo que nos dan de continuo nuestros compañeros del Centro de Operaciones. Y, por cierto, Mike, ¿quiere dar usted la noticia?

Rodgers meneó la cabeza y señaló a Hood, que de buena gana lo hubiese acercado a rastras a la mesa para que compartiese los plácemes por el éxito. Pero las lisonjas no iban con el talante de Rodgers.

—Durante el fin de semana, el general Rodgers ha dado los últimos toques a la propuesta de que el coronel Brett A. August venga a Washington para asumir la jefatura del comando «Striker». El coronel August ha sido quien realmente ha atrapado a Dominique. Será un elemento de gran valor estratégico y personal para nuestro equipo.

Muchos aplaudieron y otros alzaron los pulgares en señal de aprobación.

—Como estoy seguro de que todos habrán visto —prosiguió Hood—, durante el fin de semana los medios informativos se han ocupado muy a fondo de la caída de Dominique y de la «Opération L'Ecouter» abortada por nosotros. He leído muchos editoriales acerca de que los prejuicios y los recelos de personas que, por lo demás, son buena gente, iban a ser manipulados y utilizados para destrozar vidas y la propia sociedad. Confío en que tal advertencia de la prensa no caiga en saco roto. Habremos de hablar de ello, Ann. Deberíamos pensar en un programa educativo dirigido a las escuelas.

Ann Farris asintió con la cabeza y miró orgullosamente al director del Centro de Operaciones.

—Las pruebas que Matt ha encontrado en los ordenadores de Demain están a buen recaudo, en manos de los fiscales franceses. Como la serie de delitos cometidos por Dominique tiene implicaciones internacionales, representantes de Estados Unidos, Alemania y otros países se ocuparán de que Dominique no logre eludir la acción de la justicia. También quiero felicitar a Matt y a su equipo. Ayer detectaron en el ordenador de un banco de Montgomery, en Alabama, la plataforma de lanzamiento que utilizaban los cómplices de Dominique para difundir los videojuegos racistas en Estados Unidos. La instalaron allí, a través de Internet, para poder lanzarlos lo más cerca posible de un lugar histórico: el lugar en el que Rosa Parks se negó a cederle su asiento en el autobús a un blanco en mil novecientos cincuenta y cinco. Dominique cree en la Historia. Lástima que no haya aprendido nada de ella.

—Como dijo Samuel Taylor Coleridge —terció Rodgers en tono solemne—: «Cuánto podrían enseñarnos los hombres si aprendiesen de la Historia. Pero la pasión y el interés los ciegan».

—Creo que les hemos abierto los ojos a algunos europeos, sobre todo gracias a Bob —dijo Hood.

—Y a Jody Thompson —recordó Herbert—. Yo estaría bajo tierra de no ser por ella.

—Sí, y a Jody —confirmó Hood—. Después de lo ocurrido, las celebraciones de los Días del Caos han sido un fracaso. Muchos de los más jóvenes participantes se desanimaron y volvieron a casa antes de lo previsto.

—Criaturitas. Qué penita me dan —ironizó Martha—. ¿Qué apuesta a que vuelven a las andadas?

—Sí —dijo Hood—. No hemos terminado con el odio. Pero esto puede servirles de seria advertencia. A las diez, he de reunirme con la senadora Barbara Fox.

Se oyeron algunos abucheos que Hood acalló con un ademán.

—Les prometo que la senadora no va a salir de aquí sin renunciar a los recortes presupuestarios con que nos amenazó. Es más, este fin de semana he pensado pedir más fondos para una nueva sección del Centro de Operaciones, u organismo independiente: una Policía de Tráfico de las Autopistas de la Información.

—Podríamos llamarla la Potra Informática —dijo Stoll.

Se oyeron murmullos de desaprobación.

—Es que suena fatal —protestó Stoll.

—Como suene es lo de menos. El caso es que los congresistas lo tomen en serio —terció John Benn—. Eso es lo que importa.

—A propósito del Congreso —dijo Hood—. No quiero hacer esperar a la senadora Fox. Deseo agradecerles a todos esta bienvenida y, muy especialmente, quiero expresarle mi reconocimiento al general Rodgers por el apoyo que nos ha prestado en el extranjero.

Paul Hood salió de la sala despedido con un respetuoso aplauso y algunos vítores. Antes de trasponer la puerta, le dio una palmada en el hombro al general, le pidió que lo acompañase y salieron juntos del «Tanque».

—¿Qué podríamos hacer para que el coronel August se sienta bien acogido? —preguntó Hood al dirigirse con el general hacia su despacho.

—Sólo se me ocurre una cosa —contestó Rodgers—. Voy a ir de tiendas a la hora del almuerzo, a ver si encuentro una maqueta del Messerschmitt Bf 109 de Revell. De pequeños, las montábamos. Ése es el único aparato famoso que nunca conseguimos.

—Cárguelo a gastos generales.

—No. Esto corre de mi cuenta. Se lo debo a Brett.

Hood dijo que lo comprendía y le preguntó a Rodgers si quería asistir a la entrevista con la senadora Fox.

Rodgers declinó el ofrecimiento.

—Con una vez por semana basta —contestó el general—. Además, usted siempre se las ha manejado mejor que yo. Me falta tacto.

—¿Que le falta *tacto*? Verá… Lo que para usted es rutinario ha sido para mí una odisea. Tiene usted el *tacto* perfectamente.

—De acuerdo, entonces. Si no logramos convencerla, la subimos a un helicóptero esposada.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Hood a la vez que su secretario, Benet, *el Pincha*, asomaba la cabeza por la puerta de su despacho desde el fondo del pasillo y le indicaba por señas a Hood que la senadora acababa de llegar.

Con los buenos deseos del general, Hood se apresuró a recibir a la senadora Fox junto al ascensor.

La senadora llegó con sus dos secretarios, algo recelosa.

—Buenos días, Paul —lo saludó—. ¿Se ha tomado un buen descanso durante el fin de semana?

—Salvo los ratos en que he tenido que encajar los rapapolvos de mi esposa por haber estado a punto de matarme.

—Bien —dijo Fox al enfilar con Hood hacia el despacho—. Lo que es yo, no he descansado en absoluto. No he parado de darle vueltas a lo del presupuesto. ¿Cómo me las voy a componer para recortarle las alas al hombre que acaba de salvar al mundo libre? ¿No lo habrá planeado todo usted sólo para complicarme la vida?

—Está visto que no puedo ocultarle nada —repuso Hood, sonriente.

—Mala hierba nunca muere —le recordó la senadora Fox—. Nada menos que un hombre en silla de ruedas salva a la joven Thompson. No es sólo un milagro, sino el sueño de todo relaciones públicas. La prensa está encantada con ella, sobre todo porque ha rechazado multitud de ofertas para hacer una película basada en su peripecia… a menos que la dirija ella. Es lista la niña.

El grupo se detuvo frente al despacho de Hood.

—Han sido Bob y Mike quienes han ayudado a la joven —dijo Hood—. No yo.

—Cierto —admitió la senadora—. Usted se ha limitado a evitar que nuestras ciudades se suman en el caos, cortando de raíz la carrera de un nuevo déspota. Ha conseguido todo eso, Paul. Es cierto. Pero sigo decidida a recortarles el presupuesto. Se lo debo a los contribuyentes.

—Deberíamos hablar de esto en mi despacho —replicó Hood—. Pero a solas. Quiero decirle algo.

—No tengo secretos para mis colaboradores —replicó la senadora —. Quizá no estén tan bien pagados como los suyos, pero son mis colaboradores.

—Entendido —dijo Paul—. Pese a ello, me gustaría hablar a solas con usted un momento.

—¿Les importa esperar aquí? —dijo la senadora Fox sin mirar a sus secretarios—. Enseguida vuelvo.

Neil Lippes y Bobby Winter declinaron el ofrecimiento de Hood de aguardar en su despacho. Hood cerró la puerta en cuanto la senadora hubo entrado.

—Tome asiento —dijo Hood dirigiéndose hacia su mesa.

—Prefiero seguir de pie —replicó ella—. Supongo que será breve.

Hood optó por quedarse frente a su mesa y no detrás. Detestaba la teatralidad, y quería ser lo más franco y directo posible. Sabía que cuanto más cerca estuviese de la senadora, mejor. Cogió un sobre de su despacho y se lo tendió a la senadora, aunque sin soltarlo.

—Esto lo han enviado este fin de semana a través de la valija diplomática alemana —dijo Hood—. Es del viceministro de Exteriores, Richard Hausen.

Hood siguió sin soltar el sobre. Había estado el domingo en casa de Matt y le había hecho hacer un análisis por ordenador para asegurarse. Y no había duda. Aunque temía aquel momento desde que llegó el sobre, no tenía más remedio que mostrárselo.

—Le escucho.

—Hace años, Gérard Dominique y Richard Hausen estudiaron juntos en París. Una noche salieron y bebieron más de la cuenta.

Las sonrosadas mejillas de la senadora palidecieron, y sus oscuros ojos miraron el sobre.

—¿Me permite? —dijo la senadora mirando el sobre.

Hood se lo dejó coger. Ella lo palpó para tratar de adivinar lo que contenía.

—Fotografías —aventuró Barbara Fox.

—Siéntese, por favor, senadora —dijo Hood amablemente.

Ella meneó la cabeza e introdujo la mano en el sobre. Cogió una fotografía al azar y la miró.

Era una transparencia en color de una joven que estaba en lo alto de la torre Eiffel, que señoreaba sobre un brumoso París.

—Lucy —dijo ella con la voz quebrada, apenas audible. Volvió a meter la fotografía en el sobre, que apretó contra su pecho—. ¿Qué ocurrió, Paul?

Hood vio que sus ojos se humedecían, pero Barbara Fox logró contener las lágrimas y apretó el sobre con más fuerza contra su pecho.

—Dominique las atacó —dijo Hood—. Hausen intentó impedirlo. Encontramos estas fotografías en el despacho de Dominique en Demain.

—Mi niña —sollozó la senadora con los ojos cerrados—. Mi Lucy.

Hood sintió el impulso de rodearla con sus brazos, pero se limitó a observarla, consciente de que ante algo como aquello no valían gestos ni palabras. También fue consciente de que la dura congresista era de carne y hueso, y de que, con independencia de lo que ocurriese entre ellos en el futuro, Barbara Fox nunca podría volverle del todo la espalda después de compartir la intensidad de aquel momento.

También la senadora lo comprendió así. Relajó los brazos y lo miró. Luego respiró hondo y le devolvió el sobre.

—¿Le importaría conservarlo una temporada? Después de veinticinco años, le ha puesto usted el punto final a algo muy doloroso. Pero aún no estoy en condiciones de afrontarlo. Ya tendré que hacerlo en el juicio de Dominique.

—Lo comprendo —dijo Hood, que dejó el sobre encima de la mesa, detrás de él, para que la senadora no tuviera que seguir viéndolo.

Barbara Fox se rehízo. Su vista se aclaró, e irguió los hombros. Luego, dijo en tono enérgico:

—Bien. Sabe usted perfectamente que ahora no puedo pedir recortes.

—No he hecho esto para obtener favores políticos.

—Lo sé. Con mayor razón para que luche por ustedes. Me inclinaba a recortarles el presupuesto, pero creo que el Centro de Operaciones ha demostrado su eficacia. Y usted también. De provenir de cualquier otro, me habría parecido una manipulación. Washington no es un lugar muy apropiado para intimar con las personas, pero esto me ha calado muy hondo. Creo de todo corazón, Paul, que debemos apoyar a quienes demuestran su valía, y a las instituciones que la demuestran también.

La senadora le tendió la mano y Hood se la estrechó.

—Gracias por lo de hoy —dijo ella—. Llamaré luego para concertar otra entrevista. Pensemos a ver si es posible satisfacer a los celosos censores del presupuesto y a ustedes.

—Le advierto que puedo necesitar más dinero —la previno Hood —. Tengo una idea para un nuevo organismo.

—Pues ése, precisamente, podría ser el medio de conseguirlo —aventuró la senadora—. Recortárselo al Centro de Operaciones para asignárselo a un nuevo organismo dependiente del… Centro de Operaciones. No es mala idea. Juegos malabares. Pero todos contentos.

La senadora Fox salió del despacho e ignoró las inquisitivas miradas de sus secretarios mientras se dirigía al ascensor.

Paul Hood fue a sentarse tras la mesa de su despacho. Guardó el sobre en un cajón. Luego sacó la cartera del bolsillo de la estadounidense, cogió los tiques, los rasgó por la mitad y los metió en un sobre que guardó junto al otro.

Después de veinticinco años, Hood tuvo la sensación de haber puesto, él también, un punto final.



THOMAS LEO CLANCY JR. (Baltimore, Estados Unidos, 1947 — ibidem, 2013) fue un escritor conocido por sus novelas de suspenso y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego.

Licenciado en Literatura Inglesa, comenzó su andadura como escritor en 1984 con *La caza del Octubre Rojo*, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra.

Clancy, con sus novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del *New York Times* o *USA Today*.

Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos *Rainbow Six, HAWX* o *Splinter Cell*, entre otros, y a la franquicia de libros *OP-Center*.



STEVE R. PIECZENIK (La Habana, Cuba, 1943) es un psiquiatra, autor, editor y teórico de la conspiración cubano-estadounidense. Recibió una beca para asistir a la Universidad de Cornell a los 16 años, donde se graduó con una licenciatura en pre-medicina y psicología en 1964. Más tarde recibió su M. D. de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cornell. Obtuvo un doctorado en relaciones internacionales del MIT mientras estudiaba en la Facultad de Medicina de Harvard. Pieczenik habla cinco idiomas con fluidez, incluidos ruso, español y francés.

Es un autor aclamado de *thrillers* psicopolíticos y co-creador de las series de libros superventas del *New York Times «Tom Clancy's Op-Center»* y *«Tom Clancy's Net Force»*. Sus novelas están basadas en sus veinte años de experiencia en la resolución de crisis internacionales para cinco administraciones estadounidenses.

Índice de contenido

Juegos de Estado
JUEGOS DE ESTADO
AGRADECIMIENTOS
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO

VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO

SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE
SETENTA
SETENTA Y UNO
SETENTA Y DOS
SETENTA Y TRES
SETENTA Y CUATRO
Sobre los autores